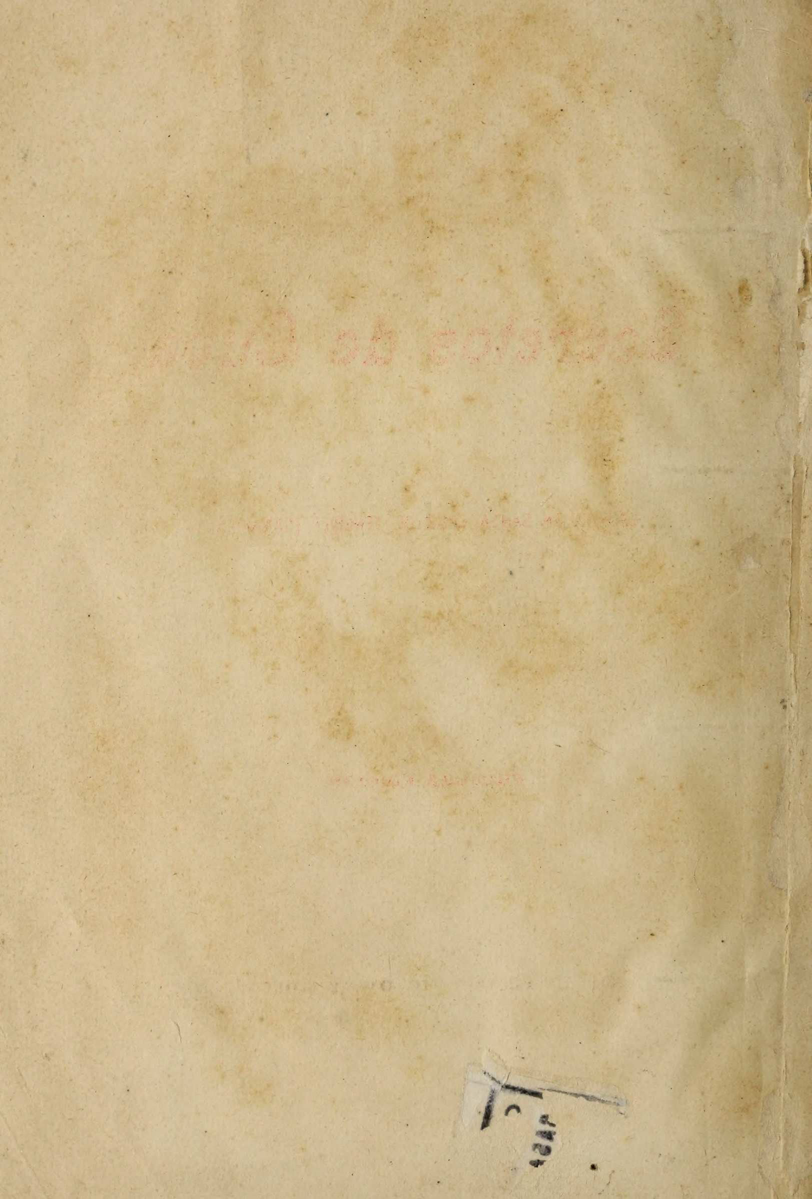


SOR MILAGROS

Ó

SECRETOS DE CUBA



SOR MILAGROS

Ó

Secretos de Cuba

NOVELA HISTÓRICA CONTEMPORÁNEA ILUSTRADA

ESCRITA EN SANTA CRUZ DE TENERIFE (CANARIAS)

POR

AURELIO PÉREZ ZAMORA

PRIMERA EDICIÓN

SANTA CRUZ DE TENERIFE

IMP. DE FÉLIX S. MOLOWNY, EDITOR

San Francisco, 32

1897





A la Sociedad de Beneficencia Canaria
en la Habana,

dedica estas humildes páginas (recuerdos de remotos años pasados en la hermosa Antilla)

Aurelio Pérez Zamora.



PRÓLOGO

ESTA obra, inédita por espacio de dos años, la doy al fin á la prensa cediendo al ruego de algunos de mis amigos que me han alentado á ello: publico, pues, este libro porque así lo ha querido la amistad y porque versa sobre hechos reales, efectivos, de que varios de mis lectores deben tener conocimiento. Esta última circunstancia me obliga naturalmente á *no dar* su verdadero nombre á muchos de los personajes que describo con toda exactitud, puesto que ellos han vivido, han *existido,* no siendo por consiguiente su vida mera fantasía, pura ficción del escritor. Por lo tanto, es una excentricidad literaria, si se me permite la frase, publicar como *novela* un libro, cuando lo principal de su contenido es pura historia, cuando en él se habla de hechos ciertos, conocidos; cuando se trata, en fin, en

casi todas sus páginas de cosas que en nuestros mismos días han pasado y de que hemos sido acaso testigos presenciales. Los acontecimientos que en forma de novela pongo hoy en conocimiento de mis lectores, han tenido lugar en la isla de Cuba hace más de cuarenta años, y de su veracidad pueden también atestiguar muchas personas que aún existen. Así, el mérito de mi obra, si alguno tiene, solo consiste en el particular que dejo indicado, aunque á veces no seré muy exacto en el órden cronológico con que se han desarrollado los sucesos. Bien sé que mi libro adolece de falta de aquellas galas literarias que justamente exige la ilustración moderna; pero sea como fuere, quiero lanzar por esos mundos de Dios *estas páginas,* fruto de mis ocios, desconfiando no obstante de la acojida que puedan ellas tener, de la fortuna que alcanzar puedan.

Según queda indicado, la obra que presento hoy al público carece de estilo, de la flexibilidad de lenguage con que se distinguen algunos escritores del día: en ella pues, solo encontrará el lector una forma narrativa sumamente sencilla, llana, casi familiar. En cuanto á los personages, á los tipos, están copiados del natural y si no es presunción, fotografiados fielmente; es decir, perfectamente caracterizados.

No ignoro cuan difícil es en la novela contemporánea, encontrar la fórmula graciosa y elegante de la naturalidad; tampoco se me oculta que el supremo secreto del arte está en causar viva emoción con medios

naturales y sencillos copiados de la vida; pero mi libro no lo constituye sino una relación de hechos pasados en nuestros mismos tiempos y como por lo tanto no existen en él situaciones dramáticas rebuscadas, no hay enredo, no hay *intriga,* sino verdad pura y neta que es lo que sencillamente presento al lector.

Compónese esta obra de *varios cuadros*—digámoslo así—ligados unos con otros en estrecho lazo, teniendo su encadenamiento en el conjunto la historia que presento.

Ahora bien: por ser este el primer trabajo que en forma de novela doy á la estampa, espero del público consideración y benevolencia, reconociendo yo sin embargo que carezco de títulos para atreverme á escalar las alturas á que ha llegado el género en una época de fina observación, tanto con respecto á las costumbres, como á los sentimientos y á las pasiones que dominan el corazón humano.

Si en alguno de los acontecimientos que relato peco de difuso ó de pesado, ó soy en el estilo poco correcto, ó no empleo como corresponde la forma que requiere la novela, dispense el lector al bisoño novelista y si la critica llegare á honrar mis páginas, aunque sea censurándolas, como después de todo es una obra de misericordia correjir al que yerra, inclinaré humildemente mi cabeza ante su fallo inapelable, pues que en mí no hay ni vanidad ni orgullo.

De cualquier manera, mi libro al salir de mis ma-

nos necesita protección y benevolencia. Qué vuelen pues sus páginas por ambos mundos y hago votos por que sean bien aceptadas ya que en su buena acojida va envuelta mi satisfacción y mi mayor recompensa.

El Autor.

Abril de 1897.

SOR MILAGROS Ó SECRETOS DE CUBA

I

INTRODUCCIÓN

CANSADO yo un día del mes de abril (en el año de 1880) de dar vueltas y más vueltas por algunas de las calles de mayor concurrencia de París, me dirigí al fin á casa de mi amigo M... G... M..., no muy lejos de los Campos Elíseos, y penetré en un lindo gabinete donde se hallaba á la sazón entretenido, ó más bien engolfado en el arte que profesaba, que era la pintura. Así que entré, apareció ante mis ojos lo que nunca podría mi boca relatar circunstanciadamente con toda verdad. Aquella estancia llena de mesas maqueadas y de flores, que embalsamaban el ambiente; aquel elegante saloncito decorado con ricas porcelanas de Sévres y mármoles de Carrara, mansión encantadora cuyas paredes estaban cubiertas de antigüedades y armas, de acuarelas y de magníficos cua-

dros al óleo, representando ya paisajes de Suiza ya retratos de reyes ó de mujeres hermosas, era el estudio de mi amigo. Este, en la época á que me refiero, gozaba en Francia de mucha reputación como artista y verdaderamente, su nombre hacía honor á España. Recuerdo que el tal estudio, que me empeño en llamar gabinete por la manera que se hallaba decorado y amueblado, era monísimo; *mignon,* según allí se dice: parecía un encanto, ó si se quiere, una ilusión realizada. Era mucho más caprichoso que el afamado estudio de Fortuny, nuestro malogrado compatriota.

—Qué haces?—pregunté á M... G... M... así que abrí la puerta, viéndole con el pincel entre sus dedos, extasiado ante un pequeño cuadro de factura moderna.

—Qué hago?—me replicó:—*Lo que tú no podrías hacer nunca...*

Y hablando así señalaba con su índice á un magnífico retrato de pequeñas dimensiones que tenía delante, sobre su caballete.

—Qué es eso?—le pregunté acercándome, admirado de ver la limpieza, la exactitud, la vida que había sabido imprimir el pincel en aquella imagen, que figuraba una joven como de diez y-ocho años esbelta y graciosa.

—Esto es encargo de un cubano: hé ahí el original. Ha querido que yo le saque una copia—me dijo.

—Y quién es ese cubano...? Cómo se llama?

—Don Antonio; pero no recuerdo el apellido. Sin embargo, este—según creo—empieza con G... Por lo tanto, si te parece (me dijo sonriendo) lo llamaremos *don Antonio G... el Cubano.* También te debo decir—añadió—que don Antonio está entera-

mente *chiflado,* pues no habla de otra cosa al venir á verme sino de una tal Milagros... ¡siempre de Milagros!

—¿Pero don Antonio es algún jóven?

—¡Cá! es un viejo que ha venido á encargarme esta obra.

Y me señaló el cuadro.

—Pues me gusta el *nene*—repliqué—Y la jovencita—añadí—cuyo retrato estás acabando, qué tiene que ver con esa Milagros?

—Pues si es ella misma cuando era niña y él un pollo, allá..... *in illo tempore.*

—No lo entiendo—le dije.

—Mira: voy á explicártelo—me replicó.—El cubano á que me refiero, parece que se enamoró perdidamente de una joven que llegó á singularizarse mucho; esto es, llegó á hacer gran eco en la Habana.... y ese retrato que estás viendo, que no es la sombra siquiera, según me han dicho, de lo que fué la chica al tener más edad, es la pintura de ella.... la de la niña Milagros, dos años después de haber salido del colegio

—¡Caracoles!—exclamé impresionado—Y por qué no me das ese retrato?

—¡Tómalo!—dijo inmediatamente—yo pintaré otro para el Cubano.

Hablando así, dió su última pincelada en uno de los pliegues del vestido y alargándome la mano me entregó el cuadro.

Lo cogí, lo guardé y hoy puedo presentarlo al lector, ya que Milagros es la protagonista de la historia... de esta singular historia, que en forma de novela doy al público, la cual comienza en la siguiente página...

Mirad el retrato...





II

Quien era don Antonio G... el Cubano.

HAY algunos seres predestinados para dar que hacer al mundo y producir eco y resonancia en la tierra: hay otros que vienen á la vida para sufrir en silencio sus desdichas, para llorar á solas en este valle de amarguras, sin que nunca se sepan sus dolores, sin que nadie vea correr sus lágrimas!

Así pensaba yo un día al ver pasar, por uno de los sitios más solitarios del Retiro en Madrid, á un individuo pobremente vestido, en cuyo semblante se retrataban con vivos colores la pena, el desamparo, el hambre.

Dicho señor, ya algo anciano, iba de prisa hacia el estanque del Retiro donde sobrenadaban varios cisnes y patos, cuyos graznidos venían á mis oídos como un lamento desgarrador, ó más bien como un grito de desesperación que el viento traía y llevaba.

De pronto aquel desconocido retrocedió algunos pasos y se sentó en un banco de piedra á unos quince metros de donde yo

estaba, y me miró pasando su mano por su frente, como si quisiera desechar una idea extraña.

Fijé en él yo también mis ojos escudriñadores, y no pude menos de decirme: ¿á este hombre le he visto yo... pero dónde? Cuando?

Indudablemente le había visto alguna vez. Y que su fisonomía, aunque variada con el tiempo, no me era desconocida, tambien lo tenía por seguro.

Pero, Señor, en qué parte he visto yo á este hombre?

Me pregunté, y nada... mi curiosidad quedó sin saciarse.

Pasó mucho... mucho tiempo y un día me encuentro de buenas á primeras al mismo individuo en una de las playas solitarias de esta ciudad de Santa Cruz de Tenerife sentado sobre una peña, contemplando absorto el mar tranquilo, cuyas olas llegaban casi hasta sus piés. A ratos dibujaba él distraidamente algunos signos, sobre la mojada arena, moviendo al capricho la punta de su bastón de puño de oro y regatón de plata. Mi hombre desde aquella vez que le ví en el Retiro había rejuvenecido, estaba transformado, ya no se le conocía, era otro. Blanco cuello y puños como el armiño se destacaban de su camisa bajo una americana de paño negro, fino como la seda, y su luenga barba del color de la nieve, caía sobre su pecho dándole aspecto venerable.

Encararme con él y preguntarme de nuevo:—*quién es este hombre?*—todo fué una misma cosa.—No hay duda: yo le he visto en alguna parte. Al encontrarle en el Retiro, quise reconocerlo. Quien es? Quien... quien será...? En varias ocasiones le hallé en mi camino y siempre le miraba atentamente como á punto de recordar; pero la memoria no hablaba sino á medias.

Transcurrieron muchos años y un día entrando yo en el hotel *Frascatti* en el Havre, lo ví instantaneamente. Otra vez, al pasar por cerca de la estátua de Bernardino de Saint-Pierre, el autor de Pablo y Virginia, cruzó por mi lado; en una ocasión yendo de París á Versalles con mi amigo B... D... al entrar en el wagón del tren que partía á las seis de la mañana del mismo día precisamente en que iban á *correr las aguas*, en aquellos deliciosos jardines, encuentro una vez más á mi Judío Errante, á aquel misterioso caballero que tantas veces había despertado mi curiosidad. Mis labios no se desplegaron en todo el viaje: en cambio mis ojos no se cansaban de mirar de hito en hito á aquel anciano: mi imaginación en continua tortura bregaba por recordar en qué sitio del mundo le había visto por primera vez; pero todo en vano, no acertaba.

Retornamos de Versalles hácia la caída de la tarde y al siguiente día me fuí á visitar la tumba de Abelardo y Eloísa en el Cementerio del *Pére Lachaise.* ¡Oh, sorpresa!... no bien había dado vuelta por una extensa calle de árboles, cuando alcanzo á ver á mi desconocido escribiendo con lápiz en la puerta del mausoleo de Mr. Thiers, el gran hombre de Estado, el gran historiador, el primer presidente de la república de Francia.

Corrí hácia aquel lugar como un desesperado, á tiempo que el caballero anciano, desaparecía por entre los sáuces que daban sombra á las tumbas. Inquirí con anciosa mirada cuanto había en la referida puerta, y solo ví millares de firmas como testimonio de admiración al genio, como símbolo de respeto y cariño, nombres todos desconocidos por mí. No supe... no encontré lo que buscaba.

Pasaron de esto algunos días, y una mañana, al sentarme á almorzar en el hotel en que me hospedaba, veo que se halla á mi lado mi incógnita viviente, mi perseguidor, mi sombra... Pero al parecer, no era ya el mismo.

Correctamente vestido, casi con lujo, se revelaba, á pesar de sus años, el hombre elegante, el *dandy*, la persona de buena sociedad.

Pero ¡cosa rara! en medio de aquel porte algún tanto distinguido, cualquiera que hubiera por primera vez tocado su callosa mano, sospecharía de seguro que había en otro tiempo empuñado el martillo ó el azadón, dignificando el trabajo con el sudor de la frente, que es la misión del hombre al venir al mundo.

—¡Hola, don Antonio... usted por aquí?—le dijo un jóven natural de Cuba, dándole un apretón de manos saludándole cordialmente al entrar en el comedor.

Qué don Antonio será este...?—dije para mí y luego dirigiéndome á una dama, bastante graciosa y elegante, que se hallaba á mi lado, le pregûnté ¿Conoce usted á ese caballero, Estela?

—«No: es la primera vez que le veo—me contestó—Pero parece que es amigo de mi marido... Sí, no hay duda, no hay duda... Es amigo»—Y al hablar así le miraba ella fijamente.

En esto le dice el esposo de dicha señora al recién llegado:—¡qué negocios serán esos que traen á don Antonio por aquí...

—Ya sabe usted que soy libre como la brisa de los campos—contestó.—Los pueblos chicos me ahogan: soy así... Busco siempre la libertad...

El joven cubano marido de Estela, diputado á Córtes entonces por aquella isla, hacía pocos días que había llegado de Madrid y

por ciertas circunstancias tuvimos ocasión de estrechar nuestra amistad: después regresó á España, donde fué subsecretario del Ministerio de Ultramar, siendo á la sazón presidente del Consejo de Ministros, si mal no recuerdo, el Señor Cánovas del Castillo.

—¿Qué don Antonio es ese?—pregunté en voz baja á mi amigo así que tuve brecha para satisfacer mi curiosidad constante.

Bajó él todavía más la voz y me dijo casi al oido:—«*es don Antonio Gonzalga...*»

Involuntariamente llevé mi mano á la frente, pues traje á la memoria el trance terrible... cuando por primera vez le ví.

Aquí el discreto lector comprenderá que el nombre del caballero en cuestión es supuesto. El verdadero lo conocerán muchos; pero no me es permitido lanzarlo á los vientos de la publicidad por ningún concepto.

Don Antonio posó su mirada en mí, y con aquella cordialidad que en tierra extraña da entre españoles la ausencia de la patria, me dijo:

—Señor: yo le he visto á usted alguna vez; pero no sé donde.

—Y yo también á usted—le repliqué.

—¿En donde?—me preguntó.

Y le contesté:—Primeramente en la Habana.

—¡Ah, ya sé...—me dijo:—perdió el color y sus ojos se nublaron.

Se nublaron sus ojos y vino la palidez á su semblante, porque recordó que había estado sentado en el banquillo, con el ropaje de los ajusticiados, en el patíbulo, *después de haber sido fusilado algunos años antes.*

Y todo por la libertad, por asuntos políticos, por la patria, por la independencia...

Don Antonio Gonzalga y el joven Crispi bajaron efectivamente del patíbulo el año de 185* indultados por el General don José de la Concha en el supremo instante de ir á cumplir el verdugo con Gonzalga la triste misión de su ministerio. ¡Impresión terrible! ¡acto que jamás se borrará de mi memoria! Ya la mano iba á dar tornillo á la infernal máquina, cuando aparece como por encanto uno de los ayudantes del referido General, á caballo y á carrera tendida, enseñando el blanco papel con su brazo levantado, agitándolo en el aire desde lejos para que se suspendiera la ejecución.

¡Loor eterno al que dejó así de tronchar dos existencias en plena vida!

¡Loor eterno... porque ese supremo destino es de Dios; que es el que crea y mata; esto es, el que da la vida y dispone de ella.

Don Antonio Gonzalga no es un personaje creado por la imaginación; ni la historia que después de tantos años en que los hechos sucedieron, doy á la estampa, está enriquecida por la fantasía y las galas del poeta. Muchos habrán conocido al hombre cuya oculta vida publico hoy; pero sépase que mi pluma no hace sino trazar, es decir, trasladar al papel lo que escuché de los propios labios de Gonzalga.

Un día, después de existir estrecha amistad entre don Antonio y el que escribe hoy su historia— ansioso de conocer á fondo todas las peripecias de la vida borrascosa de ese hombre extraordinario, al salir juntos para ver el *Gran Panorama* que se hallaba en aquel tiempo en los Campos Elíseos en París donde

se admiraba con una verdad desgarradora el cuadro sorprendente que representaba ó representa, si aún existe, la célebre guerra franco-prusiana; al salir—repito—le dije:

Don Antonio: porqué no me relata usted minuciosamente todo lo que en su vida le ha pasado?

—¡Ay! mi vida es tan accidentada—me contestó—han sido tan raros los acontecimientos en que he intervenido, he sufrido tanto en este mundo...

—Pero sea como fuere, don Antonio, le interrumpí—yo deseo oirle. Quiero saber todo; quiero conocer de su historia hasta sus más insignificantes detalles... ó soy su amigo, ó no lo soy.

—Pues bien, me dijo:—dirijámonos al *bosque de Boulogne* que allí procuraré traer á mí memoria todo lo que quisiera olvidar para siempre en la vida. Las impresiones terribles que he experimentado sólo usted las vá á saber, ya que ha invocado el nombre de nuestra mútua y buena amistad.

Y hablando así dirigimos nuestro coche al referido punto cuando ya el sol estaba próximo á ocultarse y empezaban á dibujarse en el horizonte los primeros resplandores de la luna.



III

Gonzalga cuenta la historia de sus primeros años.

LLEGAMOS al fin al bosque de Boulogne y nos sentamos en un sitio donde los rayos de la diosa de la noche, como diría un poeta *cursi*, daban de lleno en nuestro rostro alumbrando aquel solitario paraje. Sólo el lejano ruido de la populosa é industriosa ciudad llegaba á nuestros oídos, como el rugido de un mar borrascoso que se oye á mucha distancia, cuando parece que quiere escalar el cielo ó que brega por ensanchar sus límites.

Don Antonio, ya algo anciano, representaba con su blanca barba un patriarca de los primitivos tiempos. Sin embargo, su palabra fácil, su viva imaginación, su corazón de fuego como restos del nervio juvenil; esto es, de la «fibra del genio» y de la energía de sus primeros años, hacían que de sus lábios brotaran á veces conceptos, ideas, pensamientos dignos de ser reproducidos por el lápiz de un taquígrafo.

También su venerable figura realzada por la luz de la luna, destacándose en aquel sitio solitario con todos los misterios de la noche, presdisponía mi alma á recibir las impresiones terribles de

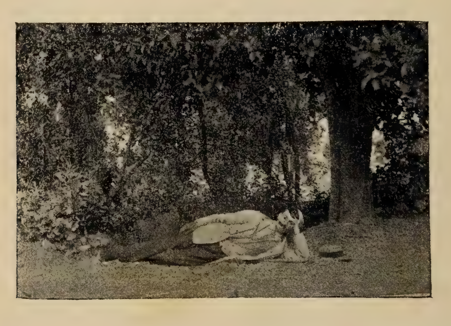
que don Antonio se hallaba poseido al evocar sus desgarradores recuerdos.

—¡Oh! cuánto sufro al volver mi imaginación á tiempos pasados—exclamó.

Permaneció algunos instantes con su frente inclinada, absorto, pensativo y luego me preguntó con viveza. ¿Conoció usted á Plácido el mulato, á Zenea, á Narciso López, á Ramón Pintó?

—No, le dije—tan sólo recuerdo haber visto á don Ramón cuando era director del Liceo de la Habana.

—¡Oh! todos fueron mis amigos; pero en fin, empezaré mi historia por donde debo... Yo soy cubano—prosiguió—en mis primeros años fuí arrullado y halagado por las brisas bajo las ceibas y los cocoteros; más tarde corrí por las extensas sabanas en briosos caballos, y á menudo volaba por los campos de Cuba en todas direcciones buscando nuevos objetos y otros aires que respirar.



A veces pasaba á nado los ríos; otras cansado y lleno de aburrimiento, me dormía á la sombra del naranjo ó del mamey. Donde

menos me gustaba estar era en los cafetales, y sobre todo en los ingenios. La flor del limonero y la esencia de las plantas más aromosas se respiraba á cada paso en el lugar donde nací; pero había una cosa que angustiaba mucho mi corazón y que no podia soportar: *la esclavitud.* Así que fuí creciendo, los dilatados horizontes que tenía ante mi vista eran cortos: mi alma necesitaba más espacio, más libertad. Llegué á los quince años y entonces una noche me fugué de casa demis padres con objeto de ir á los Estados Unidos, al gran país, según había oido, donde no hay diques que se opongan al libre pensamiento y donde la voluntad es suprema... por supuesto, siempre en términos lícitos.

Yo en Cuba, á pesar de mis pocos años, no podía estar. El chasquido del látigo sobre las carnes del negro, sublevaba mi alma: los lloros de las pobres víctimas del sufrimiento, eran lágrimas de fuego que quemaban como un infierno mis mejillas. Nací así y no había más remedio que obrar conforme á mi manera de ser, á mi naturaleza, hasta dejar el mundo.

¡Ah! cuántas veces vertía lágrimas de rabia hecho una furia al ver que arrancaban de los brazos de las madres á sus pequeños hijos para venderlos... y esos míseros seres eran terriblemente fustigados sin compasión porque lloraban cuando se llevaban para siempre aquellos pedazos de sus entrañas. No, no podía resistir tanta inhumanidad. El país de la libertad y del trabajo me llamaba á toda prisa. Allí podía yo desarrollar todo un mundo de ideas y de pensamientos... grandes pensamientos que *hervían aquí,* en mi cerebro guardados ocultamente, sin nadie saberlo, para darles forma, para darles *vida.* Pero ¡ay! que ya empiezan mis desventuras: voy á tocar lo triste para mí.

Me embarqué, pues, para Nueva York sin darle cuenta á nadie de mis proyectos, y al siguiente día por la noche creí ser víctima de un puñal, de un machete ó de alguna hacha.

¡Ah! nunca había visto, ni volveré á ver, la terrible catástrofe que se desarrolló á mi presencia. Serían las doce cuando de repente, sin nadie advertirlo ni darse cuenta, fuimos sorprendidos por un buque pirata, cuya tripulación en un abrir y cerrar de ojos se puso sobre cubierta en nuestro bergantín. Pero debo aquí hacer observar que la piratería en aquellos tiempos era moneda muy corriente en los mares de las antillas. ¡Qué de episodios sangrientos y espantosos no han tenido lugar allí envueltos en el secreto y en el misterio!

La luna aquella noche (bien lo recuerdo) alumbraba de lleno con su luz melancólica, y el mar bonancible apenas dejaba percibir sus oleajes. Así que oimos el ruido de los que saltaban la borda del «Audaz», que así se llamaba nuestro buque, abandonamos todos sobresaltados las literas, y como una exhalación volamos arriba. Eran doce hombres armados, robustos y fuertes los que se hallaban á nuestra vista. El más grueso que los capitaneaba, era un rechoncho de nariz chata, de ojos pequeños y hundidos, boca larga, trigueño, dientes grandes y separados; la cabeza sumamente abultada. Un discípulo de Gall hubiera notado en él bien desarrolladas, las protuberancias de la destructivilidad.

¿Qué de impresiones terribles, Dios mío! Qué noche, santos cielos! Todos aquellos bandoleros del mar rugían como condenados y el chasquido de los machetes y de las hachas, se oía de un modo siniestro, causando un terror indescriptible al rodar las cabezas. Aquellas que por casualidad no habían sido separadas

de los cuerpos tendidos sobre los charcos de sangre, eran con el tronco de las mismas hachas aplastadas y el crujido de los cráneos heridos por el hierro al chocar, causaba un sonido horroroso. No quisiera recordarlo! Qué de escenas espantosas hubo cuando fueron desgarrados los vestidos de muchas mujeres, cuando las turgentes formas de algunas, aumentada su morvidez por la pálida luna, fueron sin piedad acuchilladas; cuando aquellas criaturas eran arrastradas por los cabellos; cuando tiraban al mar girones de sus carnes... ¡Ah! aquellos desalmados con los vapores de sangre y con el calor de la lucha, estaban ebrios. Gozaban más, cuanto más extremaban sus crueldades.

Al fin todos los del «Audaz» sucumbieron... pero digo mal: al fin, *casi todos* sucumbieron. Tan sólo yo y una joven viuda que, envuelta en lágrimas, conservaba aún á su pequeño hijo entre sus brazos, quedábamos vivos. Hasta entonces yo no la había visto; pues no había salido de su camarote durante el viaje. Pero á la verdad, no me era del todo desconocida: recordaba perfectamente haberla encontrado en un Club una noche... En pié, como la estátua del dolor, se mantenía aquella mujer junto al palo de mesana, bebiendo en silencio sus lágrimas. Yo me había escondido y estaba acurrucado bajo la caja donde la brújula señala al buque su rumbo en alta mar.

De pronto, después de la escena descrita, el capitán pirata, cuya cabeza de singular forma y cabellera hirsuta se destacaba ferozmente en el sombrío cuadro que acabo de pintar, se acerca á la mujer resueltamente, le arrebata el niño, se va hacia la borda del barco y blandiendo sus brazos, lo arroja á las olas. Entonces

la pobre madre se retorció desesperadamente sus manos levantadas al cielo, exclamando sin cesar:

Por Dios... por Dios, matadme á mi antes!... Matadme...!

Al caer el inocente, mantuvieron las tranquilas aguas flotante á aquella hermosa criatura, que, en su lenguaje de niño, siempre bregando el instinto de la vida con la muerte, decía:

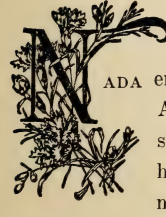
—*¡Upa mamá... upa mamá!* Es decir; que le subieran al buque, que le sacaran del agua.

El jefe de los piratas se detuvo entonces involuntariamente algunos instantes, viendo flotar al pobre angel y escuchando como un lamento aquella débil voz que se alejaba y que parecía querer subir al cielo, allá, á donde Dios está...



IV

Don Antonio da conocimiento de quien era el pirata.



ADA en la tierra queda al fin y al cabo sin castigo. Así como las buenas acciones son recompensadas siempre en esta solidaridad de los seres humanos, así las malas, las reprobadas en el mundo, las justamente censurables, tienen el pago merecido.

Por experiencia lo sé.

Al separarse el pirata de la borda del buque repitió maquinalmente aquellas dos palabras del niño:

Upa mamá... upa mamá...

Después mandó que nos amarraran. A la joven viuda al palo de proa y á mí al de mesana con una cuerda doble sumamente fuerte y dijo:—átenlos bien: no quiero matarlos hasta que presencien todo y puedan contárselo punto por punto á Dios, á quien muy pronto irán á ver...

Siempre recordaré aquel trance terrible, cuando la pobre

madre gritaba como loca llamando á su hijo y pidiendo que la mataran. Todavía sus palabras desgarradoras parece que zumban en mis oídos!

Los piratas, hartos de matanza, se fueron cínicamente bailando de contento á la cámara del Capitán á recoger la presa, que era rica y cuantiosa. Sí; no era insignificante el botín, pues el buque iba lleno de cajas de dinero para Nueva York á causa de que, reinando por primera ó segunda vez en la Habana el cólera, había entrado un terror pánico en los habitantes y se habían marchado desde luego muchas familias á los Estados Unidos, de donde pedían á Cuba con frecuencia metálico, puesto que los cambios estaban entonces muy altos y no podían hacer giros de letras á tan ruinoso precio, ni el comercio de la isla situar allí de otra manera sus fondos.

Tan pronto recogieron las cajas con los valores y todo lo más importante que allí había, mandó el Capitán llevarlas á bordo del pirata, ordenando igualmente que dieran barreno al «Audaz» para que, llenándose de agua, se fuera pronto á pique y no quedara huella de nada... de nada absolutamente.

Yo al oir tan terrible orden, levanté mi espíritu á Dios y empecé á murmurar una oración, porque veía próxima la muerte que me esperaba con todos sus horrores. Ya me parecía estar mirando hundirse poco á poco el buque, llegar á mis piés el agua... subir ésta hasta mi cintura y yo siempre amarrado al palo, en pié. Luego las olas salpicar mi cuello y siempre el buque hundiéndose... hundiéndose... cubrir al fin el mar mi cabeza y después...

¡Oh, santo Dios, qué horror!... ¡Qué sino el mío!... ¡Cuántas sentencias de muerte se me han comunicado!

Ví alejarse el buque pirata á vela tendida, mientras quedábamos la viuda y yo en aquella espantosa soledad ligados á nuestros maderos, esperando de minuto á minuto un milagro divino, contando los instantes que nos restaban de vida en aquel flotante cementerio.

Yo, recordando las oraciones que cuando niño me enseñó mi madre, pedí al cielo conmiseración y la pobre joven, sin acordarse de sí misma, no hacía más que clamar como una loca; ¡mi hijo... mi hijo!...

«El Audaz» marchaba al acaso, sin rumbo, sin timón: allí no se daba voz de mando: cómo nosotros, tenía escrita su sentencia: iba pronto á sucumbir... Su hora estaba marcada; garreaba impulsado por el implacable y ciego destino con su fúnebre carga inconsciente y mudo.

Ya las olas invadían la cubierta: no había remedio... mis pies se humedecían... ya sentía la impresión del frío mortal que me comunicaba el agua.

Pero, ¡bendita la Providencia!

Cuándo la menor esperanza estaba perdida, cuándo sólo esperaba camparecer ante el Juez Supremo á dar cuenta de mis actos, un bergantín á todo trapo surge á mi vista y rápido cual si tuviera alas de gaviota, se acerca á nuestro buque y nos salva.

Si mal no recuerdo era el «Centauro»... Sí; el «Centauro» era: su capitán un italiano muy conocido en el comercio, hombre entrado en años.

Mi joven compañera de infortunio, se llamaba Milagros, hija de un rico comerciante oriundo de Aragón, á quien acababa de perder, víctima de la epidemia en la Habana. Su madre, que tenía

por nombre Clotilde, había fallecido también, y contábase en aquellos tiempos, según después supe, que poco antes de morir, llamó á su hija Milagros junto á su lecho, le reveló importantes secretos y quitándose del cuello cierta medalla de oro—reliquia de triste historia—se la dió para que no olvidara nunca lo que es la virtud. El dolor y la pena la consumieron y la hija veneraba la memoria de su pobre madre, pues sabía perfectamente todo lo que ella había sufrido en el mundo. El marido de Milagros murió el mismo día que dejó de existir su padre, á causa de la epidemia colérica. A no ser por una tía carnal que residía en Nueva York, la simpática Milagros hubiera quedado sola en el mundo: no tendría familia. Pobre mujer!

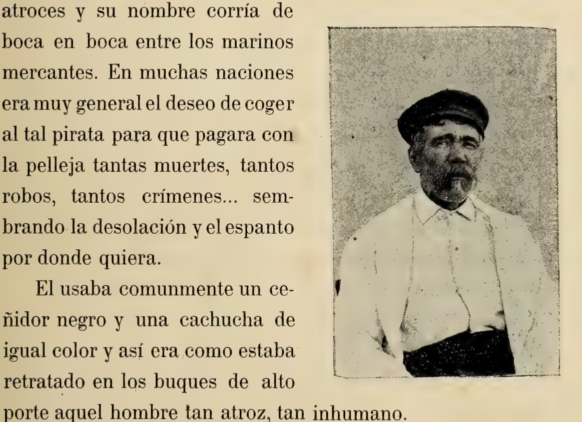
Siempre la recuerdo hoy en mis horas de soledad, cuando medio cerrados mis ojos... adormecida el alma... pero qué digo? Siempre la *recordaba,* allá, en mis juveniles años, cuando aun había fuego en el corazón. Ahora, qué diablos!... El corazón está muerto! Es más bien un mausoleo donde reposan marchitas; ó mejor dicho, completamente secas las ilusiones. Y cuando éstas faltan, qué es la existencia? Qué es el mundo?

Perdone usted á este pobre anciano sus extravíos mentales—me dijo don Antonio sonriendo amargamente y pasándose la mano por la frente como queriendo desechar de sí ideas impropias de su edad.

Pero dejemos por un momento á la bella Milagros, que ya habrá tiempo—dijo don Antonio—de describir su rostro sin par, la esbeltez de su cuerpo, sus prendas personales, sus encantos, su corazón de oro. Paso á ocuparme del capitán pirata, cuya cabeza bestial revelaba sanguinarios instintos, algo así como la perver-

sidad típica, que hace superior la fiera humana á la fiera del desierto.

He dicho antes, que nada en la tierra queda sin castigo, y en efecto, el Capitán pirata al fin la pagó. El, que era en aquellos tiempos el azote de los mares de las Antillas, estaba retratado en la cámara de muchos buques, pues era muy nombrado por sus crueldades y todos le conocían por el apodo de *Cabeza de Perro.* En la cara de semejante hombre se veía pintado á lo vivo lo que era su interior, su alma. Sus fechorías habían sido atroces y su nombre corría de boca en boca entre los marinos mercantes. En muchas naciones era muy general el deseo de coger al tal pirata para que pagara con la pelleja tantas muertes, tantos robos, tantos crímenes... sembrando la desolación y el espanto por donde quiera.



El usaba comunmente un ceñidor negro y una cachucha de igual color y así era como estaba retratado en los buques de alto porte aquel hombre tan atroz, tan inhumano.

A ciencia cierta no sabíamos quien era nuestro pirata: sería tal vez *Cabeza de Perro;* pero más nos pareció un tigre!

Porque, que mayor prueba de que *Cabeza de Perro* aventajaba á las fieras, que haberse atrevido á arrojar al mar á aquella pobre criatura?

Los niños, esos ángeles de la tierra, que sonríen al Cielo cuando duermen y que de una manera tranquila y dulce, parecen hablar con Dios cuando tan graciosamente, medio embelesados, mueven sus pequeños labios, son siempre queridos y respetados por la misma inocencia que los vela, por el mismo candor que los guarda. Ellos son hermanos de los querubines que cantan en la Gloria en torno del Señor llamando á sí á otros ángeles que moran aquí abajo.

Por lo tanto, *Cabeza de Perro* era una fiera. Su nombre aterraba y llegó á tener una celebridad tal, llegó á imponer tanto aquel hombre, que muchas veces hasta se dormían los niños de miedo con solo decirles las madres: «¡ah... duérmete que viene...!»

Pero el pirata, como todos los malhechores del mundo, tenía encubridores de sus fechorías y había, como se suele decir, quien le guardara la espalda. En la misma Habana existían personas de alto copete que se hallaban en compañía con Cabeza de Perro y tenían participación en las presas, en todos los robos hechos en alta mar. Hasta dentro de la ciudad poseía él una industria muy productiva á costa de un crímen, oculto para todo el mundo, de que después me ocuparé.

Cabeza de Perro debía morir en un patíbulo y al fin se cumplió la ley natural ó la ley hecha por los hombres que dice: *quien á hierro mata á hierro muere*. No sé si estoy conforme con la pena del Talión; pero en fin, no quiero ojo por ojo, diente por diente.

Cuando el Centauro nos libró de la muerte que teníamos ante nuestros ojos y nos llevó ¡pobres náufragos! pero no en virtud de

los desencadenados elementos, sino de la fiereza de los hombres, y nos llevó—repito—á Milagros y á mí al mismo punto de donde habíamos salido; esto es, á la Habana, no pude menos de decir: *el hombre propone y Dios dispone.* Mis proyectos se han frustrado por esta vez.

Nadie á bordo del «Centauro» tenía idea del nombre del bergantín pirata, ni conocía su cargamento, ni sabía una palabra de su tripulación. Nosotros sólo podíamos decir que un hombre muy feo, de cabeza disforme, era el jefe de semejante cuadrilla y que los del buque nos habían apresado para robarnos y matarnos.

—¡Pero es cosa extraña!—exclamó el capitán italiano repetidas veces; es muy singular que no hayamos nosotros visto ese pirata; máxime cuando casi en el mismo momento de efectuarse el crimen llegó mi bergantín. ¡Ah! me ocurre una cosa—dijo—¿Será *Cabeza de Perro,* que tiene un buque veloz como el viento? Vengan ustedes acá... *Andiamo... andiamo! Venite!...* Y nos condujo á la cámara.

Así que entramos, lanzó un grito desgarrador la pobre Milagros y cayó accidentada al suelo, gritando:

¡Ah, mi hijo... mi hijo!...

Era que había visto el retrato de *Cabeza de Perro* colgado en la cámara del capitán; pero tan bien hecho, tan parecido, que estaba hablando, como se suele decir. No había ya duda; *Cabeza de Perro* era el autor del crimen: el que había arrojado á las olas al pobre niño y el jefe de los qué habían aplastado con las hachas los cráneos.



V

Quién era Milagros?

MILAGROS era una mujer sorprendente por su talento y por su hermosura. Educada en el extranjero á donde había ido de edad de seis años, demostró siempre una gran disposición para la música, tanto que en los conservatorios donde había estudiado, nadie le disputó, así en el piano como en el violín, el primer premio. Además, cantaba maravillosamente: no superaba su voz de tiple ninguna artista de las que había en aquel tiempo. Era también consumada literata y muchas veces concurrió por su saber á las reuniones de la sociedad más distinguida. Y no sólo eso, sino que mucho después de aparecer en el estadío de la prensa el *Diario de la Marina* de la Habana, escribió en varias ocasiones su folletín y abogando por la abolición de la esclavitud, publicó también artículos de primer orden. En Puerto Príncipe fué amiga íntima de la Avellaneda, y cuando Adelina Patti cantó por primera vez en el teatro de Tacón, siendo muy niña; pues apenas contaba diez años, pronosticó á ella y á sus padres, que habría de ser la primera cantatriz de nuestra época. Y aconteció también que algunas veces en conciertos privados cantaron juntas.

Milagros era alta, de ojos negros como el azabache, suma-

mente blanca, de cuerpo arrogante, de modales distinguidos, de continente seductor: era una especialidad; no había nadie que al verla no exclamara: esta es la primera mujer del mundo!

Antes de casarse, y aún después, en vida de su marido, asistió á varias reuniones de la buena sociedad. Como tocaba á la perfección el violín, la invitaron una noche en casa del marqués de F... á que ejecutara unas dificilísimas variaciones de Paganini, y al terminar la colmaron de aplausos y felicitaciones. Aquella mujer en pie, vestida de blanco, con su cabellera tendida como jovencita que entonces era, embelesada, abstraida por completo con los delicados sonidos que tan dulcemente hacía salir de las cuerdas de su violín el arco que empuñaba, parecía un ser ideal, una creación, un capricho de artista. En una palabra, Milagros aquella noche tocando su instrumento, era un portento de belleza sin igual. ¡Oh, en pocos años había variado mucho en su físico: parecía otra mujer. Ella se había vuelto sumamente gallarda, singularmente hermosa.



Pero lo que sobre todo realzaba, aquella extraordinaria criatura, era su gran modestia, esa virtud sublime, primer encanto de la mujer,

flor la más apreciada del alma que las embellece en todas las edades, en todos los instantes de la vida y hasta en la muerte, porque siempre dejan gratos recuerdos.

Así que se vió sola en el mundo, pues la tía carnal que tenía se hallaba muy lejos de ella, determinó entrar en la institución de las hijas de la caridad y que todos la llamaran Sor Milagros.

Pero muchos decían: no, no lo llevará á efecto.

Aunque varias amigas trataron de disuadirla, su resolución era tan firme, tan constante, que nadie consiguió doblegarla ni hacer siquiera que titubeara un momento. Como hasta cierto punto era rica por lo que había heredado de sus padres y tenía un corazón caritativo y era buena, ella mitigaba su aflicción al recordar á su hijo, contribuyendo con sus donativos á enjugar las lágrimas de los necesitados. Y á la verdad, nadie quería creer al principio, ni aún después, sino cuando por sus mismos ojos lo vieron, que la elegante Milagros habría de despojarse de las ricas galas que vestía y á las que tan acostumbrada estaba, para llevar la sencilla y blanca toca de esos ángeles de la tierra que pasan junto á los enfermos su vida, dando consuelo, curando llagas, enjugando lágrimas, ayudando á conjurar tantas penas!

Sor Milagros había nacido para llamar la atención en el mundo, para que el mundo hablara de ella y para arrastrar con sus encantos á muchos corazones; pero también para que la respetaran. Su semblante llevaba cierto sello de austeridad; pero indudablemente tenía la magestad de una reina aquella mujer.

Habré de confesarlo: no era simpatía, sino amor el sentimiento que me inspiraba Sor Milagros.

En silencio me devoraba una pasión que no osaba comunicarle, porque reconocía muy bien mi pequeñez para levantar mis ojos hasta ella y decirle: «te quiero, te amo...!»

La impresión que aquella mujer me causaba siempre que la veía, era terrible. Muchas veces iba por los campos paso á paso, absorto en su recuerdo sin darme cuenta del sitio en que me hallaba, siempre pensando en ella, en *Sor Milagros*: otras, me sentaba en las soledades de Cuba á la sombra de los cocoteros ó de las seibas y me dormía soñando con la imágen de mi oculto amor. Sor Milagros se me representaba á cada instante por donde quiera que iba: en los suspiros de la brisa oía su voz, en las imágenes que creaba mi imaginación veía sus encantos. Mi corazón era un volcán que nadie adivinaba, pero que quemaba mis entrañas minando mi salud. Había nacido así y que remedio?



VI

Continúa Gonzalga hablando de sus amores

CAÍ enfermo y los médicos me mandaron á otro campo más ameno que aquel en que vivía. Recuerdo que en el punto á donde fuí había muchas flores y entre ellas hacían sus nidos tórtolas de triste canto. Yo tenía por enfermedad una pasión que embriagaba mi alma y que exaltaba mi espíritu: estaba como loco. Las flores traían hasta mí su perfume y me parecía que era el aliento de la mujer á quien adoraba: cuando las tórtolas daban al viento su arrullo lastimero, se afectaba tanto mi corazón, que hasta lloraba, sin darme cuenta de ello.

No había duda: mi razón se había perturbado y no era la amenidad de los campos y la soledad lo que necesitaba yo para curarme, sino el bullicio, las distracciones de las grandes ciudades, los viajes y sobre todo el alejamiento de los lugares donde había nacido mi primera pasión. Tenía veinte años y había venido al mundo bajo los trópicos donde el alma enardecida bebe los

encantos de una tierra privilegiada al aspirar sus emanaciones de amor y fuego.

Se agravó mi enfermedad y los facultativos opinaron que mis dolencias nacían de una pasión de ánimo y que era necesario dejar aquellos sitios, donde hasta el canto de las tórtolas perjudicaba mi salud. Urgía pues abandonar aquellos lugares tan tristes para mí.

Y qué hacer cuando yo no tenía medios para viajar, ni familia en la Habana para que me cuidara, ni casa allí donde vivir? Cómo poder sufragar los gastos de una enfermedad tan pertinaz?

Porque mis padres en el campo eran pobres y no habrían de ser más ricos, con sólo venir á la Capital donde es mucho más cara la vida. Ellos si bien perdonaron mi primera calaverada, abriéndome sus brazos al volver á la casa, como al hijo pródigo, no podían resolverse á acompañarme á la Habana y menos atender á los gastos que mi dolencia exigía. No había, pues, otro remedio que mendigar... ó llamar á las puertas del hospital, á esa mansión de los desamparados donde siempre halla auxilio y consuelo el que se acoje á su santo asilo.

Pasaron algunas semanas y me agravé y víme precisado á volver á la ciudad; pero no á ocupar el empleo que antes tenía para poder subsistir, sino á implorar á esos séres mitad mujer mitad ángel, que á la Caridad consagran su vida, sin más recompensa que la dulce satisfacción que hace latir el alma de placer cuando se practica una acción meritoria.

Se dieron los pasos necesarios para poder ingresar yo en el benéfico establecimiento y como mi debilidad era extrema, pues apenas tenía fuerza para caminar tres metros, tomé una volanta

y fuí al hospital de San Juan de Dios. Mi pálido rostro, mis negros ojos un tanto hundidos, una gran languidez originada por el mal, debían darme cierto aspecto interesante, y todo revelaba desde luego la pasión que me consumía.

Así que el coche llegó á la puerta del hospital, dió el conductor al portero el documento indispensable para poder pasar á la sala de enfermos que se me había designado. Paso á paso, ayudado, no recuerdo de quien, llegué á la sala número 5 y me encontré con tres compañeros de infortunio iguales á mí; no en enfermedad, sino en la orfandad de la vida; es decir, desheredados de la fortuna. Dicha sala era vigilada y atendida por dos hermanas de la caridad. Dos de aquellos enfermos eran cuidados por una y el tercero y yo, que acababa de ingresar, estábamos atendidos por la otra, que era mucho más jóven, según reparé desde luego.

Serían las cinco de la tarde cuando entré en el salón. Por las celosías de unas ventanas que daban á un patio, entraba la claridad necesaria para tener el local á media luz. El calor del día, el cansancio del camino, la debilidad que me consumía, el sufrimiento de mi espíritu al pisar por primera vez aquel asilo de beneficencia, hicieron brotar en mi frente un sudor frío al caer en la cama y perdí el sentido.—¡Dios de Misericordia ¿porqué hiciste dirijir á aquel sagrado recinto de la caridad y del amor al que sólo necesitaba sosiego, tranquilidad, reposo, lejos de...

¡Pero enmudezca mi boca, que se deben respetar siempre los designios del Cielo...

Me desmayé, pues, y cuando volví en mí; cuando abrí los ojos, veo casi sobre mi cara la imagen de la interesante mujer por

quien me hallaba allí... Mis brazos entonces involuntariamente quisieron moverse para acercar más aquel rostro adorado al mío y mis labios, Cielo santo... mis labios se plegaron y dieron... no se puede llamar... sino un suspiro...

La hermana de la caridad, que atentamente me estaba observando con marcada curiosidad, queriendo reconocerme, era Sor Milagros; mi antigua compañera de viaje, la mujer por quien yo soñaba noche y día. ¡Ah, oculto amor mío...!

Sor Milagros no tenía, ni remotamente, idea de que ella era la causa del aflictivo estado en que me veía; que á ella era á quien buscaba siempre, por todas partes, la estrella que marcaba mi camino. Sor Milagros no sabía que la adoraba en secreto, que era el encanto de mi vida y que hasta en sueños me perseguía su imagen. Al parecer nunca había parado su atención en mí; para ella había estado yo desconocido en el mundo: era uno del montón anónimo; pero, entiéndase bien, en cuanto á inspirarle ese dulce sentimiento que nace espontáneamente del alma; sentimiento que me abrazaba como volcán el corazón. Por lo demás, yo no le era del todo indiferente: para ella mi presencia tenía un recuerdo triste. ¡Oh, sí; no habíamos sido ambos dos seres, reunidos al azar en mar solitario sobre una flotante tumba?

Milagros, á la verdad, no advirtió aquel movimiento pasional de mis labios y me preguntó con frialdad y cierta indiferencia si tenía sed. Ella apenas me miraba, porque, según observé, atendía con más asiduidad al otro enfermo.

—¿Sed... Sí, tengo sed... Aquí en mi pecho siento un fuego—le dije en voz baja apoderándose de mi ánimo profunda tristeza al reconocer en ella su poco interés.

—Pues descansad y estad tranquilo, que con mis cuidados mejorareis—me replicó entonces con voz melosa y me miró de un modo extraño.

A poco rato me dió á beber agua con azahár.

Toda la noche la pasé en una excitación nerviosa llevándome la mano al pecho y á la frente y delirando á veces. Mis labios no llegarían á pronunciar su nombre; pero yo debí hablar en mis delirios de una mujer que me tenía robado el corazón y se secaba con frecuencia mi boca y pedía siempre jadeante agua... agua!

Al fin Sor Milagros dejó de mostrarse conmigo indiferente al ver mi estado. Mi enfermedad le preocupaba y ella aquella noche venía de tiempo en tiempo á observarme, á poner su mano en mi ardiente sien, inclinándose un poco para ver si dormía y saber más ó menos el grado de mi fiebre, y luego sentía yo el ligero crujido de sus vestidos, cuando se alejaba, después de haber saturado con el perfume de su aliento mi rostro. Mi oído estaba siempre *alerta:* yo era el centinela que velaba los pasos de la hermana de la caridad en las horas de lucidez. Cuando venía quedito, de puntillas, para no despertarme, creyéndome dormido, entreabría yo los ojos y mentalmente la enviaba frases de cariño, besos al aire, con ardiente entusiasmo, con verdadero frenesí. Porque efectivamente, yo estaba loco en aquella soledad llena de su presencia: la tristeza me consumía.





VII

Interés de Sor Milagros por el enfermo

AL siguiente día vino el médico del hospital á pasar visita y Sor Milagros sumamente interesada ya en que yo recobrara pronto la salud, le hizo una minuciosa descripción de mi estado. La pobre joven se hallaba muy lejos de sospechar que ella era causa de mi enfermedad; conocía, sí, que una pasión de esas que perturban los sentidos hasta aniquilar al hombre, se había apoderado de mí. Seguramente yo le causaba lástima. Como el corazón de la mujer es impresionable y compasivo de suyo, no dejé de ir inspirando poco á poco interés á la hermana que me cuidaba noche y día, que venía con frecuencia á mi lado, que posaba su mano en mi frente, que me preguntaba algo á media voz y que en ocasiones, para no molestar mi cabeza, me hablaba por señas ó me cuchicheaba. Siempre me alentaba, me

daba ánimo y me sonreía con su boca y con sus ojos sin apercibirse de nada; es decir, sin ella misma darse cuenta del interés que le despertaban mi soledad y mis tristezas.

El médico entró al siguiente día, como dejo dicho, en el salón en que yo me hallaba y así que me vió al abrir Sor Milagros una de las ventanas para dar más luz, exclamó:

—¡Como... ¿Tú aquí, Gonzalga?

El doctor Urquinosa (llamémosle así) médico entonces del Obispado de la Habana, era el facultativo que tenía á su cargo el hospital de San Juan de Dios y por consiguiente el que me estaba hablando. Urquinosa conocía perfectamente á mi familia porque siempre, cuando el señor Obispo iba á la visita á administrar por los pueblos del interior de la isla el santo sacramento de la confirmación, el doctor le acompañaba, como igualmente don *Fabricio Descobello,* familiar y Secretario de Su Ilustrísima, de quien me he de ocupar mucho en esta historia. Ambos me conocían: los dos me habían manifestado siempre gran cariño y aprecio y tenían mucha amistad con mis padres.

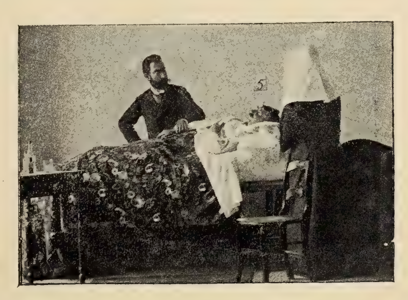
Pero antes de proseguir, debo declarar que don Fabricio era muy considerado en la Habana y que yo, por necesidad, al hablar de tan cumplido caballero, tengo que darle un nombre supuesto.

Así que entró el médico, quise maquinalmente tapar con el embozo de la cama mi rostro y ocultarme: instintivamente me negaba á que me conociera. La vergüenza de estar en un hospital, quien nunca había mendigado, ocupando el sitio de los pobres de solemnidad, sublevaba mi orgullo.

El doctor lo comprendió así y me dijo: no hay que apurarse... El mismo Jesucristo fue pobre y sin embargo redimió el mundo.

Y después me preguntó; pero qué tienes, Gonzalga? Por qué estás aquí? Qué mal es ese?

La hermana de la caridad se hallaba en pie á mi cabecera y no pestañeaba, como se suele decir. Era tan grande su cuidado, que quería como arrancarle al médico los pensamientos más íntimos para saber lo que opinaba de mi enfermedad y conocer á fondo mi estado, pues yo le interesaba ya extremadamente.



El doctor me tomó el pulso y me hizo algunas preguntas; después pidió tinta, pluma y papel, se sentó junto á una mesa y escribió una receta prescribiéndole á la enfermera el sistema que conmigo debía observar. Pero como mi enfermedad había empezado, al parecer, á despertar en el corazón de Sor Milagros un sentimiento extraño, que ella misma no podía comprender, estaba algo distraída y le pidió al médico le repitiera sus instrucciones para no equivocarse y atender con toda seguridad y exactitud al enfermo que estaba bajo su cuidado.

El médico al fin salió del salón acompañándole la hermana de la caridad, y yo quedé en mi soledad bendiciendo á Dios por tenerme allí, donde veía á cada instante al ídolo de mis adoraciones, sintiendo tal cual vez su mano en mi calenturienta frente

y escuchando su acento que embriagaba mi alma y enardecía más y más mi amor.

Al terminar don Antonio sus últimas palabras guardó silencio por algunos instantes, y luego, cruzando sus manos como un arrepentido, dijo volviendo sus ojos al cielo: «Señor, Tú que todo lo conoces y lo sabes: Tú que das vigor al viento é impulso á las olas; Tú que tienes bajo tu dominio todos los resortes que mueven el universo, porque es inmenso tu poder, haz que tenga yo fuerza bastante para concluir esta mi historia y haz que una vez terminada se borren para siempre de mi pensamiento recuerdos que tanto me martirizan.»

Y luego dijo con aire triste:—prosigamos... prosigamos!...

. . . .

¡Ay, estuve viviendo muchos días, semanas, meses, bajo el mismo techo en que se hallaba Sor Milagros. Mi enfermedad se mostraba rebelde y yo casi estaba contento de ello; porque así podía verla... así podía oir su voz y escuchar sus pasos; así podía, en fin, aspirar su hálito embriagador, siempre que me creía dormido, cuando acercaba su rostro á mis ojos, para observar mi respiración anhelosa y tocar mi frente, con objeto de darle cuenta al médico de las alternativas de la fiebre que me devoraba. Cada día me trataba con más agasajo y se afanaba más en atenderme, en estar pendiente de mí.

Así trascurrió mucho tiempo: ella sin saber que en secreto la amaba y yo sin conocer con seguridad que su indiferencia hacia mí se había trocado en verdadero interés.

Mas un día, cuando yo había notado ya que sus ojos no me miraban glacialmente como al principio, porque ellos al fin y al

cabo siempre revelan al mundo lo que el alma quiere en vano ocultar, le dije á media voz para que nadie me oyera:—¡Ay, Sor Milagros... qué enfermo estoy!

—Pues soy franca,—me contestó en el mismo tono—quisiera que usted mejorara y...

Se tiñó de carmín su rostro y no acabó de expresar su pensamiento: las palabras quedaron aprisionadas en sus lábios.

—Pero, porqué no concluye usted?—le dije, siempre en baja voz.

—Hay cosas que no se deben manifestar: son secretos íntimos—me contestó.

—Pero los secretos se pueden decir á quien los sabe guardar; máxime cuando la amistad y los secretos de dos son de uno mismo...

—Hay pensamientos que trituran el cerebro, palabras que no pueden pronunciar los lábios y sentimientos que debe contener el corazón,—me replicó.

Guardamos silencio por algunos instantes; ella sentada á mí cabecera con una taza de tisana en la mano, y yo recostado en mi lecho con los ojos medio cerrados para mejor contemplar el cielo de mis ilusiones, el encanto á la vez que el martirio de mi vida.

Cuando pasó un rato, durante el cual trató mi pensamiento de adivinar la frase que Sor Milagros no se atrevió á concluir, insistí en que la repitiera; pero suplicándole que no la dejara á medias.

—Por Dios, Gonzalga, no se empeñe usted en hacerme decir lo que debo callar. La santa misión que el cielo y el mundo me conceden, me prohibe ciertas cosas y sella mis lábios.

—No—le dije—ántes está la libertad del pensamiento: el pensamiento es libre como el aire. Usted ha dicho: *quisiera que usted mejorara* y...

—Pues bien: y *no lo quisiera* (añadió con resolución). Eso es lo que me faltó decir—Bajó entonces al suelo sus ojos y sus mejillas se sonrosaron de nuevo.

Y para que no mejorar?—le pregunté. ¿Es que quiere usted verme siempre padecer, devorando yo en silencio una... Y no terminé.

—Sí; concluya usted, Gonzalga, una pasión que me mata? No es eso lo que quería decir? Pero quien la causa?—dijo con arrebatada curiosidad y al mismo tiempo con tristeza.

—Y es usted quien lo pregunta?—repuse.

En esto se presenta una hermana de la caridad llamada Sor Esperanza y le dice al oído: «venga usted pronto conmigo, »Sor Milagros, que la Superiora está casi espirando y tiene gran »interés en ver á usted».

Milagros que quería á la Superiora entrañablemente, se sobrecogió mucho al saber tal noticia.

Salieron ambas hermanas al instante y yo me quedé solo con mis pensamientos, devorando en silencio el sentido de las palabras de mi enfermera. Y repetía á cada instante:—«*quisiera que usted mejorara y no quisiera.*»

—No hay duda, esto quiere decir que desea estar siempre viéndome. Hay interés por su parte: seguro, hay interés.

Pero dejemos ahora á nuestro enfermo casi moribundo de amor en el hospital de San Juan de Dios de la ciudad de la Habana, y describamos la industria criminal á que se dedicaba en

aquella capital cierta sociedad, secreta, que en aquellos tiempos existía, según me relató don Antonio Gonzalga, autor de esta verídica historia.



VIII

Una casa misteriosa

En uno de los barrios de la Habana, en la calzada de San Lázaro, muy cerca de una máquina de serrar madera que allí existía entonces, se levantaba al cielo como pidiendo misericordia, un vetusto edificio que por muchos motivos debía ser demolido; pues á todas las horas del día y aun más por la noche, parecía estar gritando á voz en cuello: «por Dios, quítenme de aquí...» Extenso como pocos, tenía una apariencia pobre, mezquina y lo que más llamaba la atención de todos los que le miraban con ojos de artista, era los innumerables defectos arquitectónicos de su rara construcción; pues por uno de sus lados representaba su mole informe la facha de una vieja corcobada, llena de verrugas y por el otro un convento austero de los tiempos de la santa Inquisición. La fachada primera, tenía dos grandes marcos de luz redondos como dos pupilas de cíclope mirando al mar; más abajo, promediando la

distancia entre los dos huecos, había un balcón de madera, estrecho y bastante saliente, á modo de nariz; después, perpendicularmente al balcón, se veía una ancha ventana sumamente chata; ó mejor dicho, un tragaluz con barrotes de hierro de trecho en trecho, como si fuera la boca con sus dientes y encima de todo, arriba, un tejado de color rojizo y negro figurando la cabellera de Medusa.

En el testero de aquella inexpugnable fortaleza, que ninguna mano se atrevía á tocar para derrumbarla, se veían algún tanto diseminadas, cabezas de piedra salientes, casi redondas, como grandes granos y más arriba, como si fuera la frente, se destacaba el alero, que diríase semejaba las cejas de la pobre vieja casa.

Pero si desagradable era el edificio por fuera, lo que es por dentro, había de todo. Allí se encontraban suntuosos salones con ricos artesonados, espejos de grandes dimensiones con cornucopias de un gusto exquisito, pisos de mármol, cristales de colores con dibujos bien combinados, juegos de agua salpicando en los patios las perfumadas flores y en algunas de las paredes, se veían hermosísimos cuadros representando voluptuosas mujeres de blancas y redondas formas; pero con tanta verdad, que parecía hablaban aquellas lúbricas imágenes, brotando de sus labios palabras sensuales y deleitosas, que embriagaban los sentidos convidando al amor.

Y también había otros departamentos donde se veían mesas y carpetas y pesitas para pesar las monedas de oro que allí entraban de día y de noche y libros de comercio con signos misteriosos como geroglíficos. Había salones de grandes dimensiones

donde se guardaban armas de fuego y hachas, machetes y cuchillos y más lejos de estos locales, existía un cuarto oscuro como la noche con fuertes arcas de hierro. Pero sobre todo, lo que debía llamar la atención y como se suele decir, poner los pelos de punta á cualquiera que hubiera podido penetrar para registrar de pies á cabeza aquel antro, trasunto del mismo infierno, era el subterráneo que surtía de *la materia prima* á la principal industria del establecimiento. De describir este sitio me ocuparé más tarde.

Porque allí, en aquella rara casa, como con el tiempo se supo, se comerciaba de varias maneras. El edificio de que me ocupo, misterioso y todo como era, daba á la compañía clandestina una ganancia de millones: era el primer establecimiento mercantil de toda la isla, sin que nadie adivinara nunca su verdadero valor, su importancia indiscutible y sobre todo, su lucro criminal.

Por lo tanto, varios decían que la fábrica de pasteles de la Calzada de San Lázaro era una mina. Y en efecto, llegó á adquirir una fama tan grande aquel establecimiento; eran tantos los pedidos de dicho artículo bucólico, así de dentro de la ciudad como de fuera, que el dinero se vaciaba por la noche á manos llenas en las arcas subterráneas. ¡Oh, en los banquetes más aristocráticos, no dejaban nunca de aparecer aquellos pastelillos tan suculentos.

También el edificio poseía otra industria, de no *menor cuantía,* donde el vicio robando á la virtud sus mejores galas, encontraba pasto para disfrutar el hombre de la sensualidad, é ir poco á poco gastando el cuerpo y el alma en la más espantosa

corrupción. Mujeres de todas las partes del mundo, con ricos atavíos, dejaban ver las gracias que les diera el cielo y allí iban á comprar los más encopetados señores las sonrisas falaces de aquellas pobres criaturas, que, aunque de aspecto divino, ya no resplandecía en ellas ni siquiera un rayo de pudor y mucho menos de inocencia.

Y no era sólo los artículos que hemos indicado, lo que más contribuía á la prosperidad siempre creciente del clandestino establecimiento del barrio de San Lázaro. En aquellos subterráneos ya descritos, había muchas tozas de cedro, de caoba y de oloroso sándalo y se guardaban cajas de género, fruto del robo y del contrabando, y allí, en los sitios más á propósito, donde no llegaba la luz del día, ni podía oirse el ruido de la ciudad, se ocultaban muchas veces á los más célebres bandidos y entre ellos alguno cuya cabeza estaba pregonada.

También se jugaba de lo lindo á lo prohibido y unas veces á la ruleta y otras al monte, se desplumaban los tahures unos á otros á puerta cerrada ó bien abierta, en medio del mismo día, incitando el ruido del dinero á los transeuntes á entrar y dejar allí el fruto del trabajo del hombre honrado, ganado con tantos sudores, con tantas penas, con tantos afanes!

También había departamentos en aquel inmenso edificio reservado para los *clubs* políticos y las logias. Era el centro donde se fraguaban las invasiones filibusteras y donde hasta se trataba á veces de una revolución social; pero ¡cosa rara! ninguno de los hombres afiliados á una idea cualquiera, conocía el fin abominable que constituía el alma de aquella casa. Generalmente se entraba allí á deshora de la noche á trabajar por la

anexión ó por la independencia de Cuba y á veces en el calor de la improvisación se suscitaban cuestiones candentes, se pronunciaban discursos terroríficos modelados en los de Robespierre y Marat.

Cuba debe ser libre—decían unos:—la perla de las Antillas españolas está llamada á gobernarse por sí misma y debe comenzar por la abolición de la esclavitud para borrar ese padrón de ignominia que pesa como una losa de plomo á mediados del siglo en que vivimos, en el corazón de cada hijo de la patria.

—¡Desgraciada de Cuba—replicaban otros—si llegara ella á quebrantar los lazos de amor filial que siempre debe unirnos á la que ha regido nuestros destinos! ¿No estáis todos los días viendo la anarquía que reina, la sangre que corre en esos otros pueblos de la joven América; pueblos que se emanciparon de España, creyendo mejorar de suerte y no han conseguido hasta ahora sino vivir siempre en contínua guerra? Qué han adelantado? Guerras de raza: mirad á Santo Domingo...! Contempladle...!! Qué es Haití...?

Y otros decían: á Cuba le conviene la anexión á los Estados Unidos para ser regida por leyes libres á fin de que prospere y sea grande; así no vendrían esos empleados hambrientos á disipar nuestra riqueza; si bien es cierto que hay muchos muy dignos que no han abusado ni abusan de nada.

—¡Desdichados de nosotros—exclamó uno, que al fin fué al patíbulo;—desgraciados si nos entregáramos á ese gran camaleón que aspira á tragarse el mundo. ¡No vendrían ellos en masa á exterminarnos para ser dueños de la hacienda que hemos heredado de nuestros padres? ¿No seríamos vilipendiados, pisotea-

dos? Quiero la independencia; quiero antes la república, y por esta idea moriré. He de ser el Presidente... ó me espera el cadalso!

Y en efecto, fué al fin al patíbulo... O César, ó nada.

¡Ah, tal era la exaltación, tal el entusiasmo y el delirio en aquellos tiempos por la independencia ó por la anexión de Cuba á los Estados Unidos, que hasta algunas mujeres asistieron á los clubs, comprometiéndose á bordar la bandera de las estrellas para cuando llegara el día de la deseada emancipación.

Y á esa casa maldita en donde se fraguaban conspiraciones... y á ese centro misterioso, donde la política aventurera daba órdenes que llegaban hasta el lugar más insignificante de la isla, lo confieso—dijo con pena don Antonio—asistía yo también por mi desgracia. Más adelante se verá el porqué.

Allí me encontré una noche á la bella Milagros con otras encantadoras mujeres; por supuesto, ántes de haber ella vestido su blanca toca. Entusiasta como la que más por la abolición de la *esclavitud*, fué designada por una votación compacta para que desarrollara ante el público dicho tema, y desempeñó con tanto acierto su cometido, que se arrebataban de las manos los periódicos en que se publicaban sus vehementes y fogosos artículos, tan bien escritos, tan persuasivos y sentimentales.





IX

Tristezas y pasatiempos.

Milagros, después que perdió para siempre á su hijo, estaba comunmente triste y su misma melancolía la hacía más interesante. Además, muy á menudo se le representaban las desgarradoras escenas de su madre; escenas muy tristes que la llevaron antes de tiempo al sepulcro y que la joven no podía apartar de su memoria por más que transcurrieran los años.

Aquella extraordinaria mujer se captaba las simpatías de todos donde quiera que se presentaba. Bien relacionada en la ciudad y aun en los pueblos más importantes de la isla, todos la querían y la consideraban. Ella había conocido mucho siendo muy niña á *Plácido el Mulato,* el poeta de altos vuelos, y, más tarde, á Zenea, el dulce vate del hogar y del corazón, de finos sentimientos, que al fin fué víctima también por la misma causa que el pobre Plácido, y todos la querían, todos la apreciaban en extremo.

Y no se limitaban sus relaciones á cierto círculo; Milagros tanto cultivaba la amistad del pobre como del rico, siendo hon-

rados; y tanto estrechaba la mano de las primeras autoridades, así militares como civiles que llegaban á la Habana á regir los destinos de la isla, como recibía consideración y cariño del alto prelado que en aquella ciudad empuñaba el báculo pastoral.

Como era sumamente caritativa, de contínuo estaba ideando la manera de aliviar las penas de los necesitados. Unas veces promovía suscriciones, otras proponía bazares para dar más lucimiento á las férias de las ciudades, ó de los pequeños pueblos donde temporalmente residía; pero siempre llevando por principal objetivo dar de comer al hambriento con el producto de dichos bazares y de las suscriciones que ella misma abría. En fin, todos en sus mayores apuros acudían á Milagros llamándola *la amiga de los pobres.*

Una noche, hallándose al lado de un distinguido general que regía entonces los destinos del país, le dijo este: me han dicho, Milagros, que usted toca el piano maravillosamente. Cuando hemos de tener el gusto de oirle ejecutar alguna pieza de concierto á la amiga de los pobres? Y Tula, una de las más distinguidas señoritas de la Habana y una de las más íntimas de la hermosa Milagros, se asoció al general en la petición y también le dijo: pero porque te haces tanto de rogar, siempre que te instan que toques, si eres una consumada pianista?

—Aduladora!—Se limitó á contestar.

La modestia era una de sus principales virtudes, pero como su ansiedad por enjugar las lágrimas del prójimo no tenía límites, siempre que se le necesitaba para una buena obra, allí estaba ella, dejando á un lado los escrúpulos y poniendo sus habilidades al servicio de los necesitados.

El general apreciaba bastante á Milagros: era un militarote no exento de talento y conocía lo mucho que aquella joven valía. Como recibía en palacio y era hombre ilustrado y amante decidido de las bellas artes, sobre todo de la música, hacía que concurrieran allí los aficionados más distinguidos de la Habana y se daban conciertos de primer orden, brillando siempre, en absoluto, la bella Milagros. Y brillaba, porque aquella maravillosa figura se destacaba, en donde quiera que estaba, entre todas, por su hermosura y por su talento.

La aficionada artista poseía una memoria musical admirable y ejecutaba á primera vista. Un dia le llevaron, para oirla al piano, la sinfonía de la *Mutta di Portici* d'Auber y por la noche, así que entró en la tertulia del General, su amiga Tula y el mismo General se empeñaron en que ejecutara la referida pieza.

—Pero si no la tengo aquí, cómo puedo complacer á ustedes?

Como todos sabían que con solo haberla ejecutado una vez podía muy bien satisfacer la súplica que le hacían, insistieron los de la tertulia y al fin Milagros dijo:—pues bien; haré por tocar esa admirable sinfonía; pero antes pido un favor.

—¿Cual... cual...?—preguntaron á una voz los concurrentes.

—Pues es muy sencillo; dejarme sola y que todos pasen á la habitación inmediata.

—Bien, y qué más?

—Que se apaguen las luces para...

—¿Para qué?—le interrumpieron.

—Para quedarme á oscuras,—contestó sonriendo.—Es cuando mejor me inspiro.

Hubo un aplauso general en el salón al ver que la pianista iba á tocar y al fin la dejaron sola y sin luces.

Desde aquel momento se sienta al piano y ¡oh prodigio!, un torrente de armonía se deja oir. Las notas que ella sacaba limpias, sonoras, sentimentales; notas que hablaban, iban poco á poco embriagando... llenando de gozo el alma y á la vez de melancolía; de esa dulce tristeza tan común en la simpática jóven, que tan magistralmente sabía revelarla por medio del instrumento, causando verdadera admiración á cuantos la escuchaban. Y como ella jugaba á su antojo con los dedos sobre las teclas de un magnífico piano Pleyel, la fantasía resultó mas bien una improvisación: pero arrobadora, llena de dulzura y majestad, de sublimidad y grandeza.

Al terminar, le suplicaron que ejecutara alguna otra pieza y entonces salieron del teclado con una brillantez llena de vigor y energía, sonidos improvisados, tomando por motivo una sinfonía de Beethoven.

La impresión que causaron en el auditorio tales arranques de brillante fantasía, nacidos del sentimiento y de la inspiración, dejó por mucho tiempo grato recuerdo en los salones de Palacio y aquella misma noche la comprometieron para que tocara, en un concierto público, á beneficio de los hospitales.

Al dejarse de oir la última nota, apareció como por encanto el salón iluminado y los aplausos fueron estrepitosos.

Y el General á todo esto decía sonriendo: *que me pediría usted á mí, Milagros, que yo no le concediera?*

Y ella contestó: no lo olvidaré... Gracias!



X

El café de las revelaciones.

CERCA de la *plaza de Armas,* en la calle de San Ignacio, haciendo esquina á la de O'Relly, existía en aquella época un lujoso café llamado la «Dominica». Allí se reunía de noche lo más selecto de la juventud de la ciudad; allí se trataba muchas veces en voz baja de la política del día; allí en ocasiones se daban noticias descabelladas, difíciles de creer por lo absurdas. En el sitio más retirado del café, en un ángulo que formaba dicho establecimiento, se sentaban frecuentemente tres caballeros que hablaban por lo común con cierto misterio, revelando sus semblantes siniestras intenciones. Una mañana muy temprano, en que se hallaban sentados dos de dichos amigos, al entrar el tercero, le dijeron sus camaradas.

—¡Hola, qué hay de nuevo? Qué traes?

—¡Cosa grave... Ya la sociedad ha descubierto quien dió la voz de alerta al general para seguir la pista...

—Sí...? Y qué alma del diablo es esa?—interrogó con mis-

terio uno de los dos que se hallaban en aquellos instantes leyendo periódicos y tomando café junto á una pequeña mesa.

—Nada menos que una hermana de la caridad.

—Eso es cierto...? Estás seguro de que es *élla?*—preguntó con admiración y espanto uno de los interlocutores.

—Sí; la misma que habíamos sospechado: es Sor Mi...

En esto bajó tanto la voz el joven por temor de ser oído de las personas extrañas, que no supieron el nombre de la hermana de que se trataba, sino solo ellos.

—Mas ya la pagará! Narciso López fué al patíbulo por su causa; pero hombres de corazón quedan en el partido para vengarle y esa espía indigna... esa hipócrita que con el manto de la caridad engaña al mundo, ha de recibir su merecido antes de poco: sí; morirá! Ya está decretado—dijo trémulo de ira el que acababa de entrar.

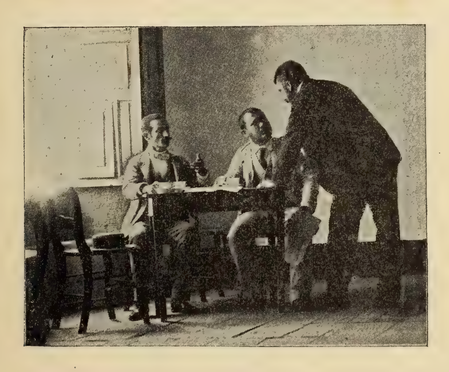
Y otro añadió:—todos trabajamos por la causa santa de Cuba, y es necesario que los que estamos afiliados al partido de la independencia, si queremos triunfar, tomemos medidas extremas para enarbolar en su dia la enseña de la libertad, jugando el todo por el todo, caiga quien caiga.

—¡Pero quien lo diría? Quien habría de creer que esa mujer al parecer entusiasta por *Cuba libre,* habría de ser tan miserable!—exclamó uno de los tres amigos.

—¡Y ella que asistía á nuestras sesiones en compañíá de lá Marquesa de F...; ella que se comprometió á bordar una de las estrellas del pendón que habría de tremolar en esta desgraciada tierra!; ella que es de aquí... ha estado por tanto tiempo engañándonos, sirviendo de espía!

—Pues que muera... que muera!—repitieron con rabia los tres.—Que muera lo mismo que murió José Castilla en el café de *Martibelona*, por perverso, por traidor (1)

—Y qué género de muerte se le va á dar?—preguntó el más jóven—Es que la va á matar alguna bala...? Cómo va á morir?



—Envenenada. Va á morir envenenada!—Contestó el que había entrado últimamente, y al decir esto se inclinó algún tanto bajando la voz al hablar con el que tenía un periódico en la mano sobre su rodilla, junto á la mesa.

—¡Envenenada... y cómo?—interrogó el otro amigo.

—¿Cómo?... Ya se encargó en la pastelería de la Calzada de San Lázaro la estricnina para esa perra, para esa bruja. Y no lo

(1) El apellido Castilla es supuesto: no es el verdadero. El café pertenecía á don Pablo Urbaneja.

(N. DEL A.)

digo por vieja, pues demasiado joven es para el oficio á que se ha metido.

—¿Es decir que un pastel contendrá el veneno?

—Yo no sé: lo que puedo asegurar es que esa traidora va bien pronto á dejar la pelleja—contestó el de la noticia que continuaba siempre en pie hablando muy apasionadamente con sus camaradas.

En efecto, á eso de las nueve de la mañana de aquel mismo día, un caballero de alto copete entró por la puerta principal de la indicada casa de los crímenes y con gran misterio le encargó al dueño de la pastelería, ó mejor dicho, al sujeto que se hallaba al frente del establecimiento, un pastel que pagaría á cualquier precio por alto que fuese, si se comprometía á poner dentro, en el relleno, unos polvos muy finos que le daba. Encargole también mucho sigilo; pues de su discreción, en guardar el secreto, pendía no sólo el gran empleo que tenía, sino su propia vida y sobre todo la de su padre...

Como el caballero á que me refiero era consocio de la casa, pues estaba con otros dos individuos interesado en los negocios de la misma, el que tenía á su cargo el establecimiento, no titubeó en cumplir al pie de la letra los encargos que se le hacían con tanta reserva.

—Y bien: á qué hora estará pronto ese pastelillo para venir yo mismo á buscarlo?

El hombre de la pastelería, que era un joven, de cabeza algo abultada y feo por añadidura, se inclinó humildemente ante el caballero, y en voz muy baja y mirando con precaución á su alrededor, no fuera que allí hubiese alguien, le dijo casi

al oído: puede venir Vuecencia cuando quiera, después de las dos de la tarde.

—Pues al avío! contestó el caballero... No perder tiempo y no faltar en nada.

Y se marchó.

No había duda: estaba decretada la muerte de la hermana de la Caridad. Así como poco antes el mortífero plomo había tronchado en flor una vida junto á u na mesa de un billar, en un café que había en la Calzada del Monte, en las inmediaciones del Campo de Marte; esto es, así como aquel que entregó á la justicia á Narciso López, exhibiéndose después por ello en varios puntos de España, dejó de existir á manos de los hombres; de la misma manera iba á ser suprimida de este mundo de miserias, una de esas benditas mujeres que ocupan toda su vida en amparar á los pobres, dando consuelo y enjugando lágrimas. El tribunal del partido *Cuba libre* lo había así decretado: muerte á la traidora! No había remedio: iba á morir la hermana de la Caridad...

Pero antes de proseguir, debo hacer presente que los consocios de la casa del barrio de San Lázaro no eran conocidos de nadie como tales socios. Dos de ellos, personas muy encopetadas, aunque dos solemnes bribones, recibían por donde quiera que iban homenajes de alta consideración; uno sobre todo. Nadie sospechaba, ni remotamente siquiera, que tales caballeros eran dignos de un grillete: el oropel cubría la falta: todo era engaño. La astucia y el dinero les hacía aparecer hombres honrados y les abría de par en par las puertas de la buena sociedad, donde pasaban por personas escogidas.

Y los partidos que tremolaban en secreto una bandera á cuya

sombra se agrupaban muchos hijos de Cuba llevados del santo amor á la patria, trabajaban con verdadera fe, aunque con esperanza engañadora, para conseguir el triunfo de sus ideas. Y esas ideas eran apoyadas por un considerable número de hombres de verdadero mérito, gente honrada, jóvenes en su mayor parte, salidos de las aulas de la Universidad, que llevaban al seno de esas sociedades secretas el entusiasmo de la primera edad, la iniciativa y actividad de una juventud estudiosa y de genio. Todos los partidos, en todas épocas, tienen sus lamentables equivocaciones y ninguno está exento de acoger en su seno ocultos bribones, como los que se dibujan sobre el negro cuadro que voy pintando. Porque para errar han nacido los hombres; infalible no hay más que Dios.

Volvamos al caballero que encargó el pastel: lo llamaré Fermín de las Cañadas, pues por consideraciones fáciles de comprender, no le doy su nombre verdadero.

El Excelentísimo Don Fermín, era un encopetado señor cuyos títulos y pergaminos le abrían por do quiera las puertas de las oficinas públicas del Estado, lo mismo que las de la alta sociedad de la Habana; de esa rica ciudad donde poseía él muchas casas y establecimientos. El tenía en los negocios ocultos de que aún no he hablado, dos socios más: el uno, era un individuo de regular estatura, flacucho, de nariz y orejas sumamente grandes y bastante rico ya cuando entró en la compañía: el otro era un hombre que siempre se escondía, que tenía miedo de presentarse á la luz del sol, horriblemente feo, antipático, de dientes grandes y separados, de cabeza sumamente abultada y redonda. Ese casi nunca se hallaba en la ciudad: su vida la pasaba en el mar, donde había

cometido un sin número de criminales hazañas, pues era nada menos que *Cabeza de Perro.*

XI

Los malhechores y el resultado de un sueño

CABEZA *de Perro* era el padre del que se hallaba al frente de la casa del barrio de San Lázaro; es decir, del pastelero que tenía bajo llave los tesoros guardados en el aposento oscuro, en las arcas de hierro. Cabeza de Perro era también el que traía por las noches el producto de las piraterías que se guardaba en los subterráneos donde nadíe podía penetrar. Los otros dos socios corrían con el trabajo de allanar las dificultades que se presentaban para proveer de licencias y pasaportes á los bandidos, á todos esos malhechores que en lances apurados se ponían siempre bajo su protección, ocultándose en las bóvedas de la referida casa, seguros de que nadie les molestaría en sus escondites.

Y cuéntase que cuando el célebre general Tacón, de feliz memoria, llegó á la Habana, purgó de la mala yerba á la capital y á los campos de Cuba; y cuéntase también que hasta que él no

tomó el mando de la isla, los asesinatos, los robos, las piraterías, los secuestros, estaban á la orden del día y los más terribles bandidos eran amparados y defendidos por señores de gran influencia, sin poder vivir allí con sosiego y tranquilidad ningún hombre honrado. Pues bien: pasó aquella época de triste recordación; todo se moralizó con la voluntad de hierro y con el sentido práctico de aquella primera autoridad de buen gobierno y excelente administración: el desborde se encauzó al fin, y el país comenzó á prosperar.

Lo principal de la historia de que me ocupo empieza algo después de la época en que Tacón salió de la Habana; allá, cuando las guaridas habían vuelto á abrirse para dar protección y amparo á los criminales; cuando los secuestros tenían aterrados á los hombres ricos y algunos señores de alta alcurnia ponían de nuevo su posición, sus influencias y sus amaños á disposición de los bandoleros que poblaban la ciudad y sobre todos los campos.

Por aquella época, sobre poco más ó menos, nació Tula, compañera inseparable de Milagros. La madre de Tula, que se llamaba Carlota, era muy amiga de una tal Sor Micaela, y á ésta, aunque joven aún,la habían nombrado superiora de las hermanas de la Caridad que había entonces en la Habana. Sor Micaela, hija del país, había trabajado grandemente por la independencia desde muy niña, y siempre estaba entre los hombres políticos y sabía los secretos más recónditos de ellos, en cuanto á la *suspirada libertad,* como todos la llamaban. Pero sucedió que una noche, soñando en alta voz Sor Micaela, una noche en que no sé por qué circunstancia se quedó ella en el mismo cuarto de Car-

lota, reveló los secretos importantísimos acerca de Narciso López, que conspiraba, y entonces su amiga, que no quería la independencia ni la anexión de Cuba, contó todo á la primera autoridad y se descubrió la conspiración, por lo que aquel subió al patíbulo.

Los jefes del partido de *Cuba libre* tuvieron conocimiento de que evidentemente la conspiración había fracasado por Sor Micaela que reveló el secreto, sin ellos saber cómo ni cuándo, y entonces la que siempre había trabajado en contra de España, patrocinando las revoluciones, fué envenenada por sus mismos amigos políticos del modo ya indicado, y por eso es que el día que Sor Milagros me dijo junto á mi cama: *quisiera que usted mejorara y... no quisiera*, se ausentó ella inmediatamente de mi lado. Y se ausentó porque Sor Esperanza, según ya lo he relatado, le dijo al oído: «venga usted pronto conmigo, Sor Milagros, que la superiora está casi espirando, y tiene gran interés en ver á usted.»

Y efectivamente así era.

Al llegar Sor Milagros se hallaba casi muerta la superiora; pero ésta al ver á su amiga, se reanimó como una luz que al apagarse da un destello y revive. Ella expresó con su mirada un gran deseo como de querer decir algo; pero no podía hablar. Sin embargo, con mucha dificultad tendió la mano á la joven y dándole una pequeña llave, le dijo con voz muy apagada: «*abre el cofrecito... entérate de... quema... y guarda secretos.*»

Y diciendo esto entregó Micaela su alma á Dios.

El fin trágico de la Superiora fué muy comentado entre los revolucionarios y algo de esto se susurró en el público. Con

mucho misterio se decía que Sor Micaela había sido envenenada; pero la tierra cayó sobre aquel cuerpo inerte, ya sin vida, y no se delató nada... no se dio un paso... no llegó á la puerta de la Justicia ninguna voz que dijera: *ha muerto á manos de los hombres.*

La precaución que Sor Micaela había tomado de entregar la llave de los secretos á la joven Milagros, encargándole que quemara lo que era objeto del mayor sigilo, tenía su razón de ser. Allí estaban reunidas las sentencias de muerte, digámoslo así, de muchos hombres notables de la Habana; pues eran tantos los documentos fehacientes de los conspiradores contra España, que verdaderamente muchos de los partidarios de *Cuba libre* hubieran pagado muy caro el deseo de la independencia ó de la anexión, que bullía en aquellos tiempos en algunos cerebros, si se les hubiera delatado á las autoridades. Muchos se hallaban sumamente comprometidos: todos gente de pró de la ciudad.

También Sor Micaela tenía en el cofrecito de las revelaciones, secretos de otra naturaleza muy importantes para Milagros.

Ricos hacendados, médicos, títulos de Castilla, abogados célebres por la elocuencia con que defendían en los estrados á sus clientes, cuyos asuntos representaban cuantiosas riquezas; hombres notables todos por su saber y por la posición que ocupaban, estaban verdaderamente comprometidos y todos tenían su suerte depositada, digámoslo así, en manos de la joven hermana de la Caridad. Con sólo una palabra que ella hubiera dicho á la justicia, caían varias cabezas llevando al seno de muchas familias la desolación y el llanto. Así lo comprendieron varios comprometidos y por eso, á la muerte de alguien que fué honra

del foro cubano por su saber y fácil palabra, hubo murmuraciones sospechando el suicidio... el suicidio antes de verse vestido con la hopa del ajusticiado.

Bien recordarán los que han sobrevivido á la catástrofe; es decir, á la guerra secreta de aquellos tiempos, que muchas lágrimas derramaron varias familias á causa de la política, que mucha sangre se vertió, y si esta historia llegara á ser publicada algún día—dijo con tristeza don Antonio—cuántos suspiros se lanzarían! Cuántos recuerdos desgarradores vendrían á la memoria de los que se hallan en pormenores de aquella época tan borrascosa! Entonces sabrían indudablemente que Antonio Gonzalga habla con conocimiento de causa y que todo lo que relata es la pura verdad.

Algo parece que se llegó á traslucir de que Sor Milagros tenía en su poder importantes documentos; tanto, que un día fué el Jefe de Policía á interesarla para que le dijera lo que supiese de cierto acerca de la actitud que en política tenía el director del Liceo de la Habana.

—¿Cómo, caballero? ¿Cómo viene usted á pedirme lo que la honradez no consiente, lo que la dignidad rechaza...?—dijo ella ofendida.—Si usted tiene sospecha de que don Ramón Pintó es contrario á la causa de España, busque usted otros medios para saber la verdad; pero no exija usted de mí lo que el honor me veda.

Y entonces fue, cuando un día muy de mañana, se presentó de sopetón la policía secreta en el domicilio de Pintó y le arrancó á viva fuerza en momentos supremos, importantes documentos que le comprometían terriblemente y entonces fué cuando por primera vez también vertió lágrimas de amargura una esposa

amante y feliz y las derramaron igualmente inocentes y desconsoladas vírgenes que dejaban el lecho para dar el último adiós á su padre.



Cuando bregaba el juez ó el jefe de policía por arrancar de las manos de Pintó aquellos importantes *papeles,* una dama de rodillas bañada en lágrimas y con sus manos en cruz suplicaba al representante de la justicia diciéndole:—por los santos del cielo, señor, deje usted á mi esposo... déjelo... déjelo...

Y al mismo tiempo exclamaba amargamente una joven: ¡padre mío... padre mío, qué va á ser de tí? Y las dos hermanas lloraban junto al jefe de policía que luchaba con Pintó para quitarle los documentos.

Entonces, en aquellos tiempos, fué cuando el notable jurisconsulto *don Anacleto Bermúdez*, casi con lágrimas en los ojos, exclamaba en la soledad del retiro, ó en el seno de la amistad: «qué de mártires, Dios mío! Cuántas desgracias! ¿Qué será de tí, Cuba querida....?

Yo me hallaba en medio de la oculta hoguera, siempre comprometido, trabajando por la abolición de la esclavitud y por otras nobles causas. A menudo surcaba los mares y entraba en el puerto, donde, hoy precisamente, la estátua de la Libertad empieza á alumbrar el Nuevo Mundo. (1) Entonces ese gran foco de luz eléctrica no existía. Edison no había dicho aún su última palabra. Emisario constante, obrero furibundo de la revolución, yo ponía á disposición de *Cuba libre* mi cuerpo, mi vida, mi alma y estaba en relaciones continuas con los primeros jefes de las conspiraciones.

Mas no precipitemos los hechos—dijo don Antonio—y sacando el reloj, exclamó: pero si es ya tan tarde!... Marchémonos, pues, y mañana á la misma hora volveremos á este sitio que por lo solitario se presta á las confidencias y seguiremos viniendo muchas tardes más, hasta concluir esta historia, llena de tantas impresiones terribles para mí, que siempre me estremezco al recordarla.

El coche rodó entonces velozmente y nos apeamos cerca de la Bolsa en un hotel de la Rue Vivienne, que pertenecía á una señora hija de la Habana.



(I) Alude á la gran antorcha que alumbraba con luz eléctrica el puerto de New York.



XII

Causa principal del bandolerismo

Yo apenas pude dormir aquella noche. La relación tan interesante hecha por don Antonio Gonzalga, tenía ocupada mi imaginación y estaba ansioso de saber cual era la industria criminal de la casa del barrio de San Lázaro, que mi amigo no me había aún relatado, á pesar de haber dicho al hablar de uno de los subterráneos, que más tarde la describiría.

También me hallaba impresionado por la muerte, casi repentina, de Sor Micaela. El deseo de conocer el desenlace de los nacientes amores de Sor Milagros, atormentaba mi cerebro. No menos quería saber todos los secretos que guardaba el cofrecito, cuya llave le dió la moribunda, encargándole gran sigilo, acerca de las revelaciones. Y anhelaba igualmente conocer el fin, que habían tenido el temible pirata, y los dos bribones que pasaban por caballeros de pro y eran ocultadores de bandidos y socios

en especulaciones criminales con *Cabeza de Perro.* ¿Y qué diré de la ansiedad que había despertado en mí la vida del mismo don Antonio Gonzalga, á quien un día ví subir al patíbulo junto con Crispi, y después de tantos y tantos años me lo encuentro pobremente vestido, revelando en su rostro amarillento y descarnado el hambre y la miseria? Y sus manos callosas más que las de un obrero, cuánto no me llamaban la atención dándome mucho que cavilar!

Todo verdaderamente me había impresionado, y no veía la hora de volver al bosque de Boulogne, para sentarme en el mismo sitio y oir de boca de mi amigo Gonzalga, la verídica historia relacionada con hechos de que muchos tienen conocimiento porque de ellos han sido testigos oculares.

Siempre había oído hablar de los mártires de Cuba, y sabía el fin trágico de Plácido, de Zenea, de Narciso López, de Pintó y de otros muchos de triste recordación; pero sí estaba lejos, muy lejos de conocer los grandes crímenes de que no habla la historia, porque esos delitos, si bien no quedan ocultos á la justicia, pues ellos en definitiva tienen su castigo, permanecen, sin embargo, muchas veces envueltos en el olvido y no se divulgan y acaso nadie los sabe, transcurrido el tiempo en que se efectuaron.

En mis excursiones, allá en otra época, por las Américas, había conocido yo á muchos de los hombres notables de que me hablaba don Antonio; pero nada sabía verdaderamente de esos subterráneos misteriosos, ni de esas guaridas donde la prostitución y los más cenagosos vicios reinaban de un modo absoluto. Como don Antonio, según hemos dicho ya, era de imaginación

viva y hablaba correctamente, inspirándose al tratar de lo que más le impresionara, tenía yo gran interés en estar á su lado para oirle disertar y sobre todo describir los hechos de la manera que él lo hacía, tan clara y tan elocuentemente.

Llegó al fin el momento de continuar don Antonio su interesante relato, y lo primero que dijo al sentarse en el mismo paraje que el día anterior, fué: «*Inspírame, gran Dios!*»—Voy á empezar—añadió—pero antes quiero dejar bien consignado que iré relatando poco á poco y al capricho lo que venga á mi memoria, aunque sin orden cronológico, siempre que no sea sumamente necesario. Sí; no habrá orden, no habrá concierto en la relación que forma mi historia; pero es la fiel expresión de mis sentimientos y la verdad, de lo que ha acontecido y acontece, lo que sale de mis labios. Quiero hablar—continuó diciendo—acerca de la crápula de una sociedad corrompida que tantas lágrimas ha hecho derramar y que tanto dinero y tanta sangre ha estado costando y cuesta á nuestra nación. Deseo, pues, que mis palabras, nacidas de lo íntimo de mi corazón, tengan algún día resonancia para que conozca el mundo entero los secretos resortes que han hecho, que hacen aún, de la más rica de las Antillas un país desgraciado hasta cierto punto, pudiendo muy bien llegar el día, si no se pone pronto remedio, en que se pierda para siempre á Cuba, que es, como se dice, la perla más preciada que ostenta en su florón la corona de España. Porque ella es muy codiciada... muy codiciada!...

¿Y para que tal cosa no suceda, para que Cuba sea próspera y feliz ¿qué es necesario hacer?—me preguntarán—Poner nuestros gobiernos especial cuidado én que vayan allí, á regir los des-

tinos del país, hombres aptos, desinteresados, y que todos sus empleados sean bien retribuídos; pero sumamente probos... muy probos! Uno de los generales que España ha mandado á Cuba con gran éxito, ha sido don Miguel Tacón, á quien á todas horas se nombra con veneración y respeto. Desde luego se grangeó dicho general las simpatías, porque, sumamente honrado y hombre de buen criterio, empezó á moralizar el país, limpiándolo con energía y con constancia de la mala yerba que lo esterilizaba. ¡Ah,no quiero recordarlo! La corrupción y el bandolerismo antes de llegar él allí, se había enseñoreado de una manera tan alarmante por los campos y por las ciudades, que daba horror: tanta desmoralización causaba espanto.

Y lo causaba verdaderamente, porque hasta en medio de la luz del día y en las calles más céntricas y concurridas de la Habana, se asesinaba, robaba y secuestraba, sin que nadie supiera quién era el autor de semejantes fechorías, y nunca se podían descubrir muchos misteriosos crímenes, que llevaban el temor y la intranquilidad á las honradas familias de las aldeas y de las ciudades.

Aun los hombres de corazón y de espíritu fuerte, se hallaban sobrecogidos, y nadie, aunque alguno viera con sus propios ojos cometer el crimen ó conociera al delincuente, osaba decir nada y mucho menos hacer ninguna delación, porque hubiera pagado de seguro tan grande atrevimiento, con la muerte.

¿Y quién tenía la culpa de tal anarquía, de semejante desquiciamiento social? ¿Quién daba motivo á tanto escándalo, á tanta corrupción? El mismo Gobierno! El Gobierno de España que á menudo mandaba á Cuba mucha gente corrompida. Había épocas

en que caía sobre la isla una plaga de empleados sin ciencia ni conciencia para poder amoldar sus actos á la razón y la justicia. Y muchos de dichos empleados iban con la consigna de suministrar mensualmente recursos á aquellos que habían puesto en juego sus influencias, ¡padres de la patria! para conseguirles la credencial. Y otros no cobraban sueldo alguno para sí, porque habían ido con el serio compromiso de no tener más que las manos libres... para las *buscas*, y sus haberes remitirlos á España á sus patrocinadores.

¡Oh, corrupción, á qué extremo llegaste!

No hay duda: para darle caza al bandolerismo hoy y siempre es necesario mandar á Cuba hombres como Tacón, que no tengan otro punto de mira que concluir con esa maldita plaga que asola los campos y que todo lo aniquila; que no guarden consideraciones ni miramientos sino á la honradez y al trabajo, fuente perenne de todo bienestar, de la tranquilidad y prosperidad de las familias, que es lo que forma los grandes pueblos.

Así que Tacón llegó á la Habana, guardó por algún tiempo reserva, y muchos le creyeron un hombre inepto para regir los destinos del país que se le confiara. Pero lo que el general hacía, durante su silencio era observar y atraerse, al igual de Napoleón primero, á los hombres de que había menester para que le ayudaran con feliz éxito en su gran empresa. El exterminio del bandolerismo, era su idea fija, su pensamiento constante. ¿Cómo y cuándo empezar?... Y de qué manera dar pruebas, dar testimonio de su potencia, de su energía, de su gran temple de alma? Veremos de lo que se valió para lograrlo?

Empero, antes pido perdón por lo mucho que divago en esta

historia... Mas, como no divagar si á veces es absolutamente necesario hacerlo así para esclarecimiento de los hechos?





XIII

Un catalán «sui géneris».

Un dia llega á palacio un señor raro en su porte, pero más todavía en su conversación y en sus modales. El General ya tenía conocimiento, al parecer, de las excentricidades del individuo de que me ocupo y era una ansiedad extrema la que sentía por conocer personalmente al sujeto de que tantas veces le habían hablado y cuyas historias le habían hecho reir mucho en varias ocasiones. No quiso desde luego llamarle á su presencia á fin de satisfacer su curiosidad; pero indicó á una persona amiga el deseo que tenía de verle y de tratarle.

El caballero fué al fin á palacio y dijo que quería ver á Tacón. Como el sujeto era sumamente conocido en toda la Habana, así que se presentó, le abrieron paso y subió al salón de recibo, erguido como un rey.

—Vengo á ponerme á *tus* órdenes, Vuecencia, dijo, así que salió el General. Este se sonrió bondadosamente y le apeó *el segundo* tratamiento; esto es, el de *vuesencia.*

Su Excelencia que era hombre perspicaz y de ojo certero para conocer á primera vista y penetrar el corazón humano, echó una mirada escudriñadora sobre el recién llegado y le dijo cortesmente que tomara asiento.

El desconocido no pronunció de pronto su nombre, y aunque al General no le había tampoco dicho nadie cómo se llamaba el caballero, él no obstante adivinó desde luego con quien se las había, quien era el interlocutor.

—¡ *Voto va Deu:* tú no me conoces, General, le dijo.

El sujeto era un catalán cerrado, como se suele decir, y aunque algo tosco, al menos *en apariencia,* era hombre de talento claro, de excelente corazón, de un arrojo grande para el comercio, de una honradez á toda prueba, hombre que, si bien sin instrucción, se sobreponía por su genio á todo el mundo. El era el primero que con su lenguaje especial, *sui géneris,* tomaba la palabra en la Lonja, en el Círculo mercantil y en otros puntos, y siempre daba en el clavo cuando se trataba de un negocio cualquiera, de asuntos peliagudos, por muy oscuros que se presentaran. El desconocido era un diamante en bruto, una piedra preciosa sin pulimentar. Su nombre lo pronunciaban con frecuencia en la Habana y á veces corría de boca en boca en el muelle de caballería, donde todas las mañanas se reunían bajo el tinglado, á hacer sus transacciones, los principales comerciantes de la ciudad.

Como nuestro personaje tuteaba á todo el mundo, y el general sabía esto perfectamente, no le llamó la atención la poca etiqueta que con la primera Autoridad de la isla guardaba; antes bien le causó gracia aquel *sans-façon* tan peculiar en él, y

tanto fué así, que le cautivó verdaderamente oirle raciocinar en aquel lenguaje medio castellano, medio catalán.

El General en un momento de silencio dijo para sí: este hombre me conviene; á nadie es capáz de engañar; debe tener un corazón de oro; posee un alma noble, y de seguro que será de un temple fuerte.

—Tú, General, no vayas á ser como esos que se amilanan y se mueren de miedo, sin atreverse nunca á sentarles la mano á esos bribones que la echan de caballeros y de hombres de pro y sólo son unos bandidos dignos del grillete ó de ir *al palo*. Porque es necesario mandar al palo á muchos... Tampoco te dejes sobornar... Siempre que tú creas poderte yo ser útil, aquí me tienes... dame la mano... Soy tu amigo... Cuenta conmigo, vuesencia.

- ¿Pero sabe usted bien...—le dijo el General—conoce usted perfectamente á los encubridores de los criminales?

¡Ah, por ellos debes empezar. Acuérdate de lo que te digo, vuesencia: los peores bandidos son los de levita y más todavía los de casaca. Es necesario exterminar primero á esos criminales para poder concluir con los de chaqueta. A todos les conozco, á todos... como á los dedos de mis manos.

—Y tendrá usted valor para ayudarme á llevar á cabo esa campaña difícil que voy á emprender? Podré contar con la bravura, con la lealtad... pero me he expresado mal, me he equivocado... no he querido decir eso; pues no me engaña su rostro ni ese modo franco que he observado en usted desde un principio y siempre... siempre será leal el que ha nacido con ese corazón que en tan poco tiempo he profundizado. Lo que he querido preguntar es, si usted tendrá confianza en sí mismo para emprender

una campaña conmigo á fin de concluirla con buen éxito; porque si puedo contar con...

Y no le dejó acabar, pues le interrumpió diciéndole con arrogancia: *¡Voto va Deu...* la palabra que dá *Pancho Márti* una vez, vale más que cien escrituras. *Pancho Márti* á nadie teme, á nadie..!

—Y cómo haré—preguntó el general—para saber á quien he de sentar desde luego la mano?

El catalán se inclinó un poco al oido de don Miguel y éste en contestación á cierto secreto, le dijo:

—Gracias, Márti; cuento con usted.

—Aquí... aquí está Pancho Márti para lo que se ofrezca—dijo dándose una fuerte palmada en el pecho.—*¡Voto va Deu...* Adiós, general. ¡Este es Pancho Márti que desea concluír con los bribones. Yo soy el primero que va á alumbrarte... Déjate llevar por mí.

Pero mientras en el secreto de la amistad, ó bien á solas, en el retiro del gabinete, preparaba el general Tacón el golpe certero que debía exterminar el bandolerismo; mientras la primera autoridad de la isla de Cuba guardaba el más profundo silencio, desde que puso su planta sobre el muelle de la Habana, mirando todo y observando todo minuciosamente, los chuscos burlones, escribían por las noches en las puertas de palacio:



«*Este gallo que no canta*
algo tiene en la garganta.»

Y el general hizo añadir debajo estos otros pareados:

Este gallo cantará
y á algunos les pesará.

El fin de la campaña emprendida por el general don Miguel Tacón fué digno del principio, pues habiendo empezado él con suma valentía á castigar sin conmiseración alguna á muchos señorones que gozaban de gran consideración en la sociedad, pero que eran unos bandidos ó encubridores de terribles criminales, hizo cundir el pánico en la isla y dejó en poco tiempo á los pueblos tranquilos y libres de malhechores; todo como una balsa de aceite, y adquirió su nombre gran popularidad.





XIV

Confidencias al General y su proceder.

El general Tacón, tan honrado, tan sumamente probo, no consintió esas irregularidades que todos los dias se oyen en estos tiempos, y sucedió que algunos criminales y muchos que sin serlo, llevaban una vida depravada y corrompida, se dedicaron entonces al trabajo, se convirtieron en buenos ciudadanos y en lo que cabe fueron felices. Así es que los robos y los asesinatos terminaron, se vió que disminuían considerablemente las casas de prostitución, y en cuanto á las de juego ya no se conocía una. Pero me he equivocado; había una oculta: la de la calzada de San Lázaro, que siempre continuó.

Antes de llegar don Miguel Tacón á la Habana, el juego era público, pues á puerta abierta se jugaba hasta en las calles más céntricas de la ciudad. ¡Oh, aquello era un escándalo, la corrupción no tenía límites, era un completo desquiciamiento social.

—Mire usted, le dijo cierto individuo un día al general, voy á

hacerle ver la clase de gente que el Gobierno de España manda aquí: voy á contar lo que una vez me sucedió. Yo soy rico, á Dios gracias, y muchos en sus apuros ocurren á mí y me proponen negocios de todas clases. Vaya usted abriendo los ojos, mi general, para que vea lo que aquí pasa. Este país ha estado hasta ahora dejado de la mano de Dios; sumamente perdido. Escuche, señor: vino una vez á mi casa un comerciante (que por cierto llegó aquí de simple empleado de aduanas y luego se hizo rico; pero muy rico!) y me dijo: quiere usted comprarme el cargamento todo que me trajo el bergantín H...? Lo doy por la misma cantidad que me tiene costado, ni un cuarto más, ni un céntimo menos. Yo como veía un negocio seguro y decente en lo que me proponía, le dije que no tenía inconveniente en comprar dicho cargamento por los precios que arrojara la factura, con más los gastos que él hubiera sufragado por cuenta del negocio. Pues bien—contestó—queda cerrado el trato. Acepté, pues, pasó todo el cargamento á mi casa, y cuando le fuí á satisfacer lo que arrojaba la factura y algunos gastos insignificantes que se habían hecho, me exige mi hombre de buenas á primeras los derechos de introducción de las mercancías, que no eran flojos. Mas como yo supe, después de hallarse en mis almacenes los efectos comprados, que ni un duro siquiera se había pagado por ellos al Tesoro, le dije:—contraté con usted de palabra y por escrito el reembolsarle hasta el último céntimo. Si usted ha satisfecho algo al Estado, sírvase presentarme la carta de pago expedida por la aduana, que yo, siempre exacto en la palabra que doy, cumplo fielmente mis compromisos. Yo todo lo sé, amigo mío;—le añadí—usted contrató con el Vista de aduana que hiciera la vista

gorda, para después partir por mitad la cantidad á que ascendían los derechos de introducción con arreglo á la tarifa, y luego ha faltado usted á la palabra, pues sé de buena tinta que no quiere cumplir lo que le prometió y sé también que está usted en vías de presentarse en quiebra y si prosigue en su intento, le delato por...

No prosiga usted,—me contestó cínicamente.—A los jueces los tengo yo de mi parte.

Asómbrese usted,mi general: hasta los jueces que son los que tienen en su mano vindicar el honor de la púdica doncella, dejar caer la cuchilla que pende sobre la cabeza del asesino; que tienen en el fiel en todas ocasiones la balanza de la justicia...!

Don Antonio Gonzalga, al decir estas palabras descansó un rato y luego continuó:—el general Tacón tenía un corazón sensible; pero un carácter de hierro, inflexible, indomable. Un día vino á palacio una señora y le pidió audiencia. El general había sabido que un caballerito se permitió maltratar con palabras y obras á su madre y que lleno de deudas y á veces ebrio, andaba por las calles y por los cafés de vago, cometiendo fechorías. Una tarde que acababa precisamente de dar un gran escándalo y que había sacado un cuchillo para herir á uno de sus amigos, el jefe de policía dió al general parte de todo lo ocurrido y éste mandó que el señorito en cuestión pasara en el mismo instante, con levita y todo, á la cuadrilla de trabajadores que á la sazón arreglaba una de las calles de la ciudad, para que le dieran un martillo y se pusiera á *partir china.* La madre del pervertido joven, corrió colérica como un brazo de mar á casa del general, para decirle que mandara quitar de la calle á su pobre hijo, y sobre todo, que

no le dieran para trabajar un martillo tan grande; pues el niño no tenía más que veinte años y no estaba acostumbrado á exponerse al sol y mucho menos á trabajos tan rudos.

—Bien señora: la he oído á usted como buena madre; ahora me toca á mí obrar como buen Juez. Salió la señora con alguna esperanza, pero Tacón mandó que le pusieran en la mano al joven, en lugar del martillo que tenía, otro con media libra más de peso, pues había creído que *el niño* tenía menos edad.

Por lo tanto, se cumplió al pie de la letra la orden de Su Excelencia y fué mayor el castigo.



XV

Un hallazgo en la puerta de palacio

He dicho que el general Tacón tenía un corazón compasivo, y en efecto así era.

Una noche al entrar solo en palacio, según acostumbraba, distinguió en el suelo cerca de la puerta un bulto que se movía. Va hacia él, lo toca, lo coje y ve que es un recién nacido que alguna *buen alma* había puesto allí. Llama inmediatamente al centinela que se hallaba á pocos pasos de distancia de donde estaba acostadito el niño y le pregunta:—has visto llegar aquí á alguien?

—Si no estoy engañado, mi general, habrá cosa de diez miuutos se paró un coche y ví que se apeó una mujer.

—Y fue ella quien dejó en la calle esta criatura?

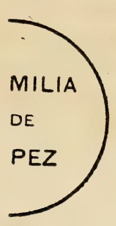


—No sé; no ví nada... Sin embargo, ahora recuerdo que se bajó un instante al suelo una señora y volvió al carruaje, partiendo luego éste como un rayo. No parecía sino una exhalación.

—Pues estamos frescos—exclamó Tacón. Y qué hago yo de este niño?—Vamos á ver... súbelo—le dijo á un sargento que acababa de llegar allí, haciendo el saludo de ordenanza á la primera autoridad de la isla.

Al estar el general examinando las facciones de la pobre criatura, cerca de una luz que se hallaba en un cuarto junto á la sala, reparó que colgaba del cuello de la niña, pues era una

hembrita, la mitad de una medalla de oro donde estaban grabadas unas sílabas en la siguiente forma:



Pero la otra mitad donde estará?—Pensaba Tacón examinando siempre minuciosamente la cinta y la media medalla.

¡Esto es raro! Y estas sílabas, terminaciones al parecer de tres palabras ¿qué dirán unidas á las otras letras que probablemente habrá en la otra mitad? Y el general leía siempre:

MILIA

DE

PEZ

¡Pues nada, que la niña siga con su media medalla... pero aguarda... qué es esto...?

Y don Miguel al ver entre los finos pañales que envolvían la criatura, un pequeño papel sujeto al lienzo con un alfiler, acercó más la luz y leyó lo siguiente:

«La mitad de la medalla que falta, la lleva constantemente al cuello su padre. La niña que conserve siempre la suya en su garganta.»

—Pero qué hago yo con este enredo, Dios mío? ¿Qué es esto...?

De pronto arrastra con su diestra un sillón que se hallaba á su alcance, manda por la gorra que acostumbraba usar dentro de casa, se la pone y se sienta después con la niña entre sus brazos, reflexionando acerca de lo que era necesario practicar y diciendo para sí ¿qué haré yo de esta criatura, Dios mío! Que haré!...

Estuvo así meditando un gran rato, solo, sin ningún testigo de vista y al fin llamó, tomó la pluma y escribió en un papel timbrado, lo siguiente:

«El general Tacón ruega á la Superiora del Convento de las Ursulinas de la ciudad de la Habana, acoja bajo su protección á la niña que le envía para que sea bautizada y le pongan por nombre *Micaela,* corriendo con todos los gastos que se ocasionen, este su afectísimo

Miguel Tacón.»

Y llamando á uno de sus ayudantes, le dice que haga enganchar inmediatamente el coche, y que parta á toda prisa al convento de las Ursulinas, para que entregue á la Superiora aquella carta y aquella niña, que había encontrado la misma noche en la calle á corta distancia de palacio.

No bien había pasado media hora, cuando ya estaba en los brazos de las monjas Ursulinas, unas veces llorando y otras durmiendo, la pobrecita criatura, á quien al siguiente día se le puso por nombre Micaela, pues su patrocinador que se llamaba Miguel, así lo había ordenado.

El general Tacón iba con frecuencia á ver á Micaela y casi siempre le llevaba juguetes y confites, cuando ya la pobrecita tenía edad para paladear los dulces y principiaba á saber manejar las muñecas; esos juguetes tan propios de las niñas de pocos

años, que son siempre el encanto de los padres, cuando empiezan á balbucear palabras que apenas se les entienden.

Pero ¡ay! la pobre Micaela no tenía á quien llamar madre como otras; no podía recibir el cariño, el agasajo, el beso maternal, el consolador aliento de la que sabe prodigar halagos y hacer caricias, estrechando en su seno con efluvios del alma á esos pedazos de sus entrañas, vida de su vida, amor del amor.

La niña fué creciendo, y á medida que pasaban los años, se vió que se iba desarrollando de una manera precoz su inteligencia; se observó que sus aficiones eran algo extrañas; que si bien le gustaba hacer caridades y se condolía mucho de los pobres faltos de libertad, cuyos sufrimientos lloraba, también iba en su corazón infiltrándose la malevolencia, el rencor hacia la madre patria, hacia España, que permitía contra toda razón y justicia, fustigar á la humanidad consintiendo en su querida Cuba, por más tiempo, esa negra mancha que llaman esclavitud.

Aquella niña, pues, que había sido echada una noche á la puerta de palacio por una mano desconocida, fué con el tiempo causa de que el partido de *Cuba libre* experimentara un gran golpe al ver desaparecer para siempre á uno de sus principales corifeos, de sus más importantes campeones: aquella niña en fin, nació para desconcertar, por una de esas casualidades raras en la vida, los planes habilmente urdidos entre las sombras y el misterio por una falange de conspiradores, entusiastas por una idea atrevida que acaso en opinión de muchos era irrealizable, era un sueño, una ilusión...

Ya se sabrá más adelante á qué me refiero, al traer á mi me-

moria estos acontecimientos, que forman época en la historia de la pobre Cuba...



XVI

Lo que era Micaela y lo que era el general.

Micaela recibió una perfecta educación en el convento y á solas, ocultamente, leía mucho las obras de Próudhón, de Rousseau y de otros filósofos. Como le había faltado el amor de madre, encontraba sus más gratas afecciones en la lectura de ciertos libros que poco á poco fueron amoldando su alma y preparándola para combatir las preocupaciones sociales y las miserias del mundo. Su corazón amaestrado en la desgracia, falto del cariño de una madre, pues nunca la conoció; llorando en silencio la orfandad y el desamparo en la vida, principalmente después que se vió sin la protección del general Tacón, que al fin fué relevado; Micaela se lanzó entonces con la amargura en el alma á luchar por la humanidad, y se hizo hermana de la Caridad, logrando al poco tiempo que la nombraran Superiora. Y como su odio á España, tanto por instinto como por educación era muy grande, desde luego combatió con todas sus fuerzas las instituciones que regían y á menudo escribía en el *Diario de la*

Marina de la Habana y en *La Aurora del Yumuri* de Matanzas, bajo seudónimos, furibundos artículos que por cierto fueron traducidos y publicados en periódicos extranjeros de gran circulación.

Micaela, pues, se afilió al partido de *Cuba libre,* y después de haber entrado en la institución de las hermanas de la Caridad, prestó grandes servicios á la causa de la independencia y de la emancipación de la esclavitud. Ella frecuentaba con Milagros los clubs políticos, tenía íntimas conferencias con los principales jefes del partido, llegó á granjearse el aprecio de Narciso López y de Pintó, y todos tenían en la Superiora una confianza grande, ilimitada, como en ninguna otra persona. Sor Micaela, por lo tanto, era la guardadora de las cartas más trascendentales, de toda clase de documentos y hasta de la bandera del partido.

Empero, aquella mujer, á pesar del aislamiento en que siempre había vivido, sin profesar á nadie gran cariño, pues no había nacido, al parecer y según ella creía, sino para combatir los vicios y las preocupaciones sociales, abogando en todo por la perfectibilidad humana, sentía sin embargo una misteriosa atracción hacia un hombre solamente, quizás por los mismos pensamientos que cruzaban por la mente de ambos, tal vez por la fraternidad de sus ideas; es decir, por hallarse los dos corazones identificados en la misma causa.

Continuamente había ella llevado en su seno la media medalla de oro que al nacer le pusieron en el cuello. Pero la otra media, quién la tenía, sobre qué pecho estaba?... Y Micaela la contemplaba siempre y preocupada decía á veces: ¡ay! Dios mío, que será de mí?

Aislada en cuanto á familia, solitaria por el mundo, iba caminando por los abrojos de la vida sin más estrella á donde dirigir sus pasos que la suspirada independencia... Mas había un hombre que la llamaba en sus ensueños; que con ella cuchicheaba, que le decía en secreto: «ven, que yo haré á Cuba feliz. Yo soy la libertad!»

Y quién era ese hombre que así preocupaba el corazón de Sor Micaela, de esa alma de hielo, refractaria á todo lo que no fuera la *independencia,* según ella lo entendía?

Pero me voy extendiendo demasiado sobre un particular de que debo ocuparme más tarde, dijo don Antonio en voz baja, y guardó silencio por un rato para descansar. Después continuó mi amigo su interesante historia y dijo:

—Proseguiré, aunque por un momento retroceda algunos años.

No hay duda que el general Tacón, revestido como se hallaba de facultades omnímodas, era en Cuba un Virey. Aquellos eran otros tiempos y se podía gobernar como él lo hacía dando resultados magníficos, brillantes. Con su clara inteligencia y sobre todo con una fuerza de voluntad muy grande y una honradez á toda prueba, atacó con valentía el bandolerismo, empezando por los que vestían levita y frac. Los que ya no tenían campo para continuar ejerciendo sus fechorías, estaban disgustados con la permanencia de Tacón al frente del mando de Cuba, y alguno había que propalaba siniestramente la noticia de que «al general le iba á llegar pronto el relevo; pues el Gobierno en España miraba ya con malos ojos la tiranía de semejante bajá de «tres colas.» Estos noticiones de gente *non sancta,* tenían algo colérico al general, porque no eran sino voces de vagos que se entretenían en inventar y propalar mentiras.

Un día le dice Tacón al jefe de policía, quién temblaba siempre de miedo con sólo ser llamado á su presencia: «mire usted; tres días de término le doy para que me indague y sepa de buena tinta, quién es el autor de la noticia que corre por la ciudad acerca de que muy pronto me va á llegar el relevo. Por supuesto, ha de ser con toda exactitud, de lo contrario queda usted sin empleo; será destituído en el acto.

No pasaron más de dos días sin que el referido jefe le dijera á don Miguel Tacón:—mi general: ya sé el autor de la noticia. El que ha inventado la patraña del relevo de Vuecencia, es don Pedro Carrillo y Marqués.

—¿Está ustéd de ello seguro... pero enteramente seguro?—le preguntó.

—Es muy cierto, señor: él mismo lo ha confesado.

—Pues tráigale usted á mi presencia—dijo el general.

Salió inmediatamente el jefe de policía y á la media hora se presenta de nuevo con el novelero Carrillo y Marqués.

—Aquí estoy para lo que vuecencia guste mandar—dijo temblando de miedo el pobre Carrillo así que se vió en presencia del general.

—Pues mire usted—replicó Tacón posando sus ojos escudriñadores sobre aquel infeliz que apenas se atrevía á levantar la vista del suelo—mire usted; le mando que ahora mismo me diga de donde ha venido la noticia de mi relevo, quien la ha dado, ó si lo ha soñado usted.

—¡Señor... Señor...—solo pudo tartamudear Marqués inclinándose—Señor... Señor...!

—Pero, qué...? No sabe usted decir sino esa palabra?

El embustero Carrillo temblando más y más ol oir la voz del general, volvió maquinalmente á decir: Señor... Señor...!



Pues nada, señor Carrillo—repuso Tacón--- tome usted este anteojo de larga vista; váyase á la punta del Morro y mientras no llegue mi relevo, estará usted mirando al horizonte para ver si descubre el buque... El no ha de tardar... Señor jefe de policía, conduzca usted al Morro al señor Marqués.

Y ambos se ausentaron, produciendo la hilaridad en el público el castigo que el general dió al señor don Pedro Carrillo, hombre sumamente holgazán y embrollador, pues era un vago consumado, y además chismoso. Otras muchas anécdotas podría

traer á mi memoria—dijo don Antonio—pero ocuparé el tiempo en relatar cosas de más interés.

XVII

Cabeza de Perro arrepentido, sus impaciencias y lo que ocultaba la casa de San Lázaro.

He dicho, si mal no recuerdo, que en uno de los subterráneos de la casa misteriosa del barrio de San Lázaro, había piezas de caoba, de cedro y de oloroso sándalo. Y en efecto, el pirata *Cabeza de Perro* traía de vez en cuando dichas maderas de los mares de las indias; pues en muchas ocasiones se alargaba hasta aquellas apartadas regiones á ejercer el *oficio* á que se había dedicado. Una vez no sólo trajo sándalo y cedro, sino también ocho jóvenes del Africa, de quince á diez y seis años, de color de ébano, de finas facciones, de ojos de fuego, negros como el azabache y de dientes blancos como perlas. Yo las ví!... Dichas vírgenes africanas fueron sorprendidas y robadas por los piratas en una playa desierta, á cosa de las dos de la tarde, en el momento preciso en que unas se bañaban gozosas y otras también desnudas jugaban en la arena... Y aquellas ocho mujeres,

apenas llegadas á la pubertad, de formas divinas, bien torneadas, como si fueran cinceladas en mármol negro, entraron igualmente en la *casa terrible* para servir;.... pero no prosigamos.... Quiero echar sobre ellas el manto del olvido: no quiero desflorar con relaciones impúdicas la ilusión de sus encantos. Sí, echemos un velo!...

Muchos años estuvo *Cabeza de Perro* dedicado con fortuna á la piratería; pero dicho sea con verdad: desde la noche aquella en que abordó al bergantín *El Audaz* y arrojó al mar al pobre niño, hijo de Milagros; desde el momento aquel en que la brisa trajo á su oído, como una reconvención de Dios, la débil súplica de aquel inocente que decía: « *Upa, mamá... upa, mamá...* » ya *Cabeza de Perro* no era dueño de sí; no era el mismo pirata: se había transformado su ser; pues si se dormía, oía entre sueño la voz del niño, pero... siempre, todas las noches... siempre! Y cuando la luna con su luz melancólica arrojaba de lleno sobre las olas algún rayo que rielaba tímidamente, el pirata sin poderlo remediar se sobrecogía de espanto, porque le parecía estar mirando flotar el blanco ropaje y entre las gasas la carita del ángel. Y en el silencio de la noche al oir murmurar las olas, cuando se hallaba sobre cubierta, sólo, con Dios y su conciencia, veía ante sus ojos la misma imagen y se crispaban involuntariamente sus dedos, y sus pupilas se dilataban y sus órbitas se hundían y se erizaban sus cabellos y lleno de miedo hasta quería arrojarse al mar, delirante, loco, murmurando maquinalmente en voz muy baja: *upa, mamá... upa mamá...* El quería en su desasosiego, desaparecer para siempre, dejar la vida!

Era que la adormecida conciencia del pirata empezó desde

aquella noche memorable á abrir sus alas, y á penetrar en el corazón malvado esa luz misteriosa que viene del cielo con rayos magníficos.

El pirata *Cabeza de Perro* estaba arrepentido: el remordimiento le perseguía; la luz de la luna, el silencio de la noche, las estrellas, la vista del cielo, todo era para él un martirio, un terrible suplicio; porque el remordimiento que llevaba dentro del pecho parecía una víbora que le despedazaba las entrañas: á su estado prefería la muerte. Unas veces, se aparecía en la casa de los crímenes y le decía á su hijo que no quería vivir más, que le mataran. Otras, le parecía estar oyendo los desgarradores alaridos de las ocho doncellas, negras como el ébano, cuando fueron arrebatadas en las solitarias playas del Africa, á los caprichos de sus juegos y de sus juveniles gracias, para luego venir á ser sumergidas en el cenagoso fango de la degradación. *Cabeza de Perro* fué poco á poco perdiendo el color y envejeciendo á pasos de gigante. Un día en que los fantasmas de sus inocentes víctimas se habían presentado con más insistencia á la imaginación del pirata, se fué éste por la noche á la *casa de los crímenes* y esperó á que llegara su consocio, el Excmo. Sr. D. Fermín de las Cañadas. Le quería hablar y miraba de continuo á la puerta para ver si llegaba. Pero todo en vano.

Como el caballero de tan alta alcurnia no parecía, *Cabeza de Perro* se hallaba impaciente y entabló conversación con su hijo, como para distraerse, ó más bien, para desahogar las penas del alma.

—Mira, Luis: yo no puedo vivir así... A cada instante se me está representando, de día y de noche, la carita de un niño que

vivo tiré al mar y que flotaba sobre las olas pronunciando dos palabras que siempre resuenan aquí... en mis oídos. Escucho también con frecuencia los clamores de las ocho muchachas que traje á esta maldita casa para que sirvieran de pasatiempo á los grandes señores y las corrompiera el vicio. Pobrecillas! Yo me voy á presentar á la justicia, Luis... Me voy á presentar...

—¿Qué... qué dice usted, señor...?

—¡Qué... ¿qué es lo que digo?—Lo que oyes... Me voy á presentar... No puedo más...!

—Padre, por Dios!—Usted nos vá á perder á todos. Esta casa va á ser descubierta... Ya sabe usted que tantos niños como han desaparecido...

—¡Calla...—le interrumpió el pirata:—no me pronuncies nunca la palabra *niño*... Quiero morir!

Cabeza de Perro, sentado en una silla junto á una mesa, dándole de frente la débil luz de una lámpara de aceite, apoyó en su mano la mejilla y guardó silencio por largo rato, pensativo, mirando siempre al suelo, ensimismado.

—¿Pero, padre, será posible que está usted resuelto á dejar unos negocios tan lucrativos como los que tenemos? Qué casa en toda la isla presenta al año en los libros balances tan beneficiosos? La fábrica de pasteles, la ruleta y los demás juegos, los lujosos salones que atraen á lo más escogido de la Habana á gozar de las gracias y de las caricias de...

Y *Cabeza de Perro* le volvió á interrumpir y le dijo con resolución:—mira, Luis, aunque me dieran llenas de onzas de oro y de billetes de banco todas las arcas de hierro que en los subterráneos existen, créeme que es cierto como esta luz que nos está

alumbrando, que yo Angel García, por más que nada tengo de ángel, no seguiré siendo lo que he sido... pues si tuviera cien vidas, y cien veces me dieran la muerte, no pagaría nunca el mal que he causado. Yo no quiero vivir así, Luis; no quiero!

—Está usted loco?

—¡Ojalá lo estuviera!—contestó con tristeza Angel.

—Padre, me ocurre una idea—dijo entonces el hijo, bajando algún tanto la voz;—el excelentísimo don Fermín ha de llegar aquí dentro de pocos instantes, según acostumbra todas las noches, para arreglar las cuentas del día, anotar en los libros las correspondientes partidas, recojer los ingresos y guardar todo en las arcas; porque unidos los dos, no matamos esta noche á ese bribón, aquí, entre estas cuatro paredes?

—¡Estás loco, hijo? Bien sé, como lo sabes tú también, que es un solemne bribón. Él, que si se quiere, ha cometido todavía más crímenes que yo, está engañando al mundo, dándose todos los días golpes de pecho en las iglesias, llevando escapularios que los luce como al descuido medio ocultos, y alargando la mano al salir del templo á los pobrecitos mendigos, cuando la gente le mira, á fin de aparentar religiosidad y buen corazón. Bien sé que si se le quitara del mundo, se haría á la sociedad un gran beneficio; pero eso, hijo mio, que lo haga Dios: eso no me pertenece, no es de mi cuenta.

Pero yo no conozco ya á mi padre: veo que de poco tiempo á esta parte es otro; oigo con frecuencia en sus labios la palabra *Dios*... ¿Donde ha ido, pues, á parar su valentía? ¿Donde está el gran valor del que ha sido por tanto tiempo el terror de los mares?

—Ya no quiero ser valiente, hijo mío. Esas valentías tan bárbaras son recuerdos que amargan hoy mi existencia llenando de angustia y temor mi corazón. Estoy decidido, completamente resuelto, á separarme para siempre de estos negocios y á no ser más capitán del *Invencible* ni ser nada... sólo quiero morirme. Así no oiré nunca más aquellas palabras de la pobre criatura que estoy oyendo á todas horas, en todas partes, por donde quiera que voy.

No bien había concluído el pirata de decir á su hijo lo que antecede, entró don Fermín de las Cañadas, el Santurrón, á quien todo el mundo consideraba y reverenciaba.

Así que se presentó el Excelentísimo señor en el sitio donde se hallaban padre é hijo, ambos le hicieron un reverente saludo y se pusieron inmediatamente en pié.

—Aquí le estaba esperando á Vuecencia mi padre. Parece que tiene algo importante que hablar, si Vuecencia se lo permite.

—Veamos: se presenta en puerta acaso algún buen negocio? ¿Ha caído hoy algún niño... *sobre la mesa?*

Al oir la palabra *niño,* se estremeció involuntariamente el pirata y como poseído de un terror inexplicable y al mismo tiempo manifestando cierta energía y entereza, le dijo á don Fermín de un modo resuelto:

He venido aquí esta noche para declarar solemnemente, con mi mano en el corazón y mis ojos puestos en el cielo, que Angel García deja de ser pirata. Ya *Cabeza de Perro,* como todo el mundo le llama, cesa en esa vida de aventuras y de crímenes y de inauditos escándalos. Que disponga nuestra sociedad del *Invencible*, porque ya no soy pirata ni volverán mis pies á

pisar nunca más su cubierta maldita. Lo ha oído bien Vuecencia? Está ya enterado?

—Pero qué me dices, Angel? ¿Cómo te atreves á resolver á tu antojo y á hablarme en esa actitud? Pues qué no estamos ligados por ocultos, por secretos vínculos y obligados á continuar siempre nuestros negocios tan beneficiosos para todos, tan lucrativos? Si tú trabajas y te aventuras con riesgo de tu persona en alta mar, ¿no trabajo yo también y me expongo en tierra, á todas las horas de la noche y del dia, á morir en un patíbulo, ó bien á llevar en reclusión perpetua el grillete? Es necesario que sigas en la compañía; sobre todo ahora que no hay ya en la Habana *Tacones* que gobiernen á Cuba.

En esto se oye el ruido de dos coches que se detienen á la puerta principal de la casa y don Fermín receloso de alguna emboscada, desaparece como por encanto, escabulléndose por una trampa muy disimulada que se hallaba á pocos pasos, en uno de los cuatro ángulos del aposento.

Tacón había sido relevado dejando la isla de Cuba tranquila ó casi tranquila; pues tan solo había escapado á sus pesquisas la casa misteriosa de la calzada de San Lázaro. Ese teatro, pues, de las maldades más inauditas, ese antro de horrendos crímenes, continuaba allí siempre como un padrón de ignominia, pero muy oculto, guardando un recóndito secreto, regidos los socios por unos estatutos admirables, para huir los criminales cuando fuera necesario, poniéndose á salvo de las garras de la justicia.

Varias veces al ir Pancho Marti á visitar á su amigo Tacón á palacio, había pasado por la casa maldita, y al ver el exterior tan

raro que presentaba aquel vetusto edificio, le asaltaron vivísimos deseos de comprarlo á cualquier precio, para levantar allí un gran teatro, á fin de mejorar en aquella parte de la población el aspecto público. Pero, á la verdad, el rico comerciante, el hacendado opulento, que tanto se afanaba por hermosear la ciudad de la Habana, si hubiera tratado formalmente de llevar á cabo su pensamiento, de seguro que no lo habría podido realizar, porque mientras fuera aquel edificio guarida de bandoleros como lo era; mientras no llegara el día de descubrirse aquel antro de la corrupción y del crimen, quién lo vendía? La casa estaba dando un rédito extraordinario. Sólo por sostener la rica industria de la pastelería, la sociedad secreta no dejaría á dos tirones tan buen sitio... escondidito... retiradito, como estaba, allá, en un rincón de la ciudad. Era, pues, tan á propósito el lugar donde se hallaba el edificio, para el comercio y las varias industrias á que estaba dedicado, que no había otro igual en toda la Habana, ni á muchas leguas á la redonda.

Además, allí, en aquella casa de tan mezquina apariencia, llevaban los principales socios una vida espléndida y burlaban las pesquisas de la policía, engañándola unas veces y sobornando á los más subalternos otras. Sí; el dinero se derramaba á manos llenas para comprar á los agentes de la autoridad: el oro hacía respetar; es decir, volvía sagradas é inviolables las puertas de aquella mansión del crimen, donde el sol de la justicia no osaba penetrar jamás.

Aquel edificio era por dentro un laberinto que no he descrito aún sino á medias. Los departamentos no se comunicaban unos con otros sino por puertas secretas: los pisos de las habitaciones

ocultaban trampas ingeniosísimas: todos los muebles tenían doble fondo y había falsos en las paredes. Los espejos eran soberbios y las arañas pendientes de los techos con incrustaciones, algunas de ellas de oro y jaspe, brillaban con las luces de una manera fantástica, espléndida, sorprendente. Aquello parecía una mansión encantadora, un verdadero palacio de hadas, lleno de secretos, de escondites y de puertas disimuladas. Y había en un cuarto contiguo al de las arcas del dinero, montones de alhajas y de polvo de oro traído de California, relojes, cucharillas de plata, barbas postizas, mordazas, llaves de todas clases y tamaños y ganzúas é infinidad de manos de cera que en actitud contemplativa en las iglesias aparecían cruzadas sobre los vestidos de los ladrones, mientras que éstos introducían sus verdaderas manos, para robar, en los bolsillos de los fieles. El cortinaje era soberbio, y dentro de las arcas del cuarto oscuro había rollos de monedas de oro y plata y legajos de billetes de banco. En una palabra, lo que existía dentro de aquella casa, era una riqueza incalculable, fabulosa.

He descrito á grandes rasgos lo que el edificio enciclopédico contenía; pero no he dicho nada acerca del principal departamento, mejor oculto que todos por que ofrecía un terrible cuadro, cuya vista desgarraba el corazón y perturbaba los sentidos del más animoso.

Sí; cuando se haga una relación exacta del tenebroso antro donde con mucho sigilo se ocultaba para todo el mundo un crimen, que hacía ingresar anualmente en el establecimiento cuantiosas riquezas, se verá que Cuba estaba dejada de la mano de Dios, toda vez que llegó á permanecer por muchos años en

el secreto y en el misterio, una industria basada en uno de los más terribles delitos que se pueden cometer sobre la tierra....

Pero en fin, dejemos por ahora la casa de la calzada de San Lázaro para trasladarnos al hospital de San Juan de Dios.



XVIII

Delirios de un enfermo.

AY! cuantos recuerdos—dijo don Antonio con tristeza—cuantos recuerdos tienen para mí las paredes del aposento aquel donde en silencio aspiraba yo el perfumado aliento de Sor Milagros cuando cuidadosamente, para no despertarme, ponía ella su rostro sobre mis ojos y tocaba mi frente!

Seguí enfermo. Siempre que traía á mi mente el recuerdo de sus últimas palabras, sentía como un éxtasis embriagador. De noche me despertaba á menudo, y al recordar aquel pensamiento que la hermana de la Caridad se resistía á repetir; ó mejor dicho, á terminar cuando lo dejó á medias—*quisiera que usted mejorara y no quisiera...* pasaba mi mano por mis ojos y me preguntaba á mi mismo ¿estoy despierto... ó es esto un sueño?

Sor Milagros dejó por algunos días de ser mi enfermera: otra hermana la reemplazó, con gran contrariedad mía, y cuando para dar fuerzas á mi desfallecido organismo, me traía caldo, lo

encontraba yo sumamente amargo al llevarlo á los labios; y lo confieso, me causaba siempre enfado oir los pasos de aquella mujer así que se acercaba á mi lecho.

No pocas veces aquella pobre hermana de la Caridad, llevada de su buen corazón, venía á mi lado á saber si se me ofrecía alguna cosa ó á preguntar por mi salud ó á darme algún consuelo y yo furioso, sin saber por qué, la despedía de mala manera, rechinando mis dientes de cólera, con ceñudo entrecejo y balbuceando entrecortadas palabras, delirante, fuera de mi. Ella al pié de mi lecho permanecía pensativa, con sus párpados inclinados al suelo mientras yo cerraba mis ojos sin querer mirarla, pues me irritaba hasta el verla. Quería estar sólo con mis tristezas y con mis penas; sólo, sin testigo alguno para que nadie sospechara la causa de mi mal.



Aquella santa hija de la Caridad me consideraba loco; llegó á tenerme miedo, y al fin dijo que no podía atenderme porque la enfermedad que yo tenía era demencia. Ella firmemente creía que necesitaba un manicomio en vez del hospital.

Al fin volvió Sor Milagros á ser mi enfermera. ¡Ay, siempre quiero acordarme... siempre! del día en que la vi de nuevo á mi lado: todavía me parece estar oyendo sus primeras dulces palabras: todavía aquella voz melodiosa, como bajada del Cielo, vibra en lo más hondo del alma, sin embargo del tiempo que ha trascurrido y de los años que tengo. A pesar de mi estado delirante, la oí decir:

—Gonzalga: aquí, al lado del enfermo viene la hermana de la Caridad á cumplir solamente la alta misión de que se halla revestida. ¿Comprende usted? *solamente!...*

—Bien lo sé—le contesté.—Yo reconozco en la mujer que está á mi lado la santidad que reviste la institución á que pertenece y comprendo que es ofender á Dios querer inquietarla en el cumplimiento de su sublime ministerio.

—Pues bien; seamos cuerdos y no intentemos nunca levantar la punta del velo conque cada uno cubre su corazón. Que lo sepa Dios solo... que así más mérito alcanzará á sus ojos nuestra fuerza de voluntad y nuestros sacrificios...

Y se ausentó de mi lado con la majestad de una reina que en un momento supremo hace postrar de hinojos á sus rebeldes vasallos.

Empero al marcharse, había ella triunfado? Sus palabras tendrían bastante eficacia, para subyugar un alma desfallecida de amor?

¿Y ella misma, podría acaso sobreponerse á los impulsos del corazón, por más que la razón se empeñase en dominarlo, en rendirlo...?

Pasaron los días, y Sor Milagros cada vez más triste, venía á

mi lado á atenderme; pero yo advertía que sus ojos, negros como el azabache, revelaban insomnios; me parecía á veces como que había llorado. También la noté cierta seriedad al hablarme y sólo me decía lo muy preciso; pero siempre sin mirarme como antes frente á frente. Luego se marchaba maquinalmente y con aire aún más triste.

Al quedarme solo con mi pensamiento puesto en ella, pero contrariado hasta cierto punto por la esquivez de la ingrata, me decía:—no me ha mirado siquiera; ¿quién sabe?... de seguro que va á estar comunicativa conmigo cuando vuelva.

Pero nada: me equivocaba de medio á medio. Sor Milagros se me presentaba siempre seria, erguida, como si apenas me conociera; en una palabra, indiferente. Y volvía á quedarme cabizbajo, contrariado, herido en mi amor propio y perdía la esperanza de ser objeto por su parte cuando menos, de amistad estrecha, de cariño ó de amor platónico; pero ese desaliento pasaba, y al fin y al cabo volvía la esperanza á renacer en mi pecho.

Los días transcurrían y mi enfermedad iba poco á poco agravándose: era tanta ya la debilidad que me consumía, que apenas tenía fuerzas para sostener la taza de caldo en mis manos. Mis ojos hundidos eran como dos ascuas brillando en medio de la noche.

—Hermana de la Caridad—le dije una vez—qué he hecho yo para que nadie se compadezca de mí? ¿Es que mi enfermedad, ya bastante detenida, demasiado pesada para ser atendida con ese cariño fraternal á que todos los de buen corazón están obligados, no es digna de inspirar interés á nadie? ¿Acaso en mis desdichas no merezco una palabra de consuelo? ¿Por ven-

tura la orfandad en que mi corazón se halla, no ha de encontrar nunca una mirada cariñosa, que le haga sobrellevar la amargura, el desconsuelo de una vida llena de abrojos y de penas? Por qué tan esquiva se muestra conmigo Sor Milagros?

Ella pálida, con sus labios secos, erguida siempre, sin poner en mí la vista, miró al cielo un momento con suma tristeza y no me contestó. Observé que instintivamente llevó la mano á su pecho, apretando con frenesí un objeto que pendía al parecer de su cuello por medio de una cinta negra que rozaba sus carnes... ¡Tal vez sería la medalla de oro dada por su madre al morir!

Y enseguida salió con precipitación, después de dejar en mis labios una pequeña píldora que me había recetado el médico para minorar la fiebre que me consumía.

Al apartarse de mi lado me pareció que el llanto acudía á sus ojos y si no me engañé, oí como un suspiro.

Ya lo he dicho: Sor Milagros, después de la confidencia secreta y de la muerte de su madre y de su hijo, estaba comunmente triste. Ella... aquel corazón todo amor, todo sentimiento, no encontraba más solaz en las horas solitarias de la noche, que sentarse al piano y verter en un raudal de dulce armonía, las congojas de su alma, el desconsuelo de su pecho, el martirio de su vida. Unas veces las notas vigorosas de sus improvisaciones entre acordes y arpegios rodaban como el rugido de la tempestad; otras respiraban melancolía: no era música aquello: era el doble de una campana tocando á muerto, y en ocasiones hacía trinar á las cuerdas, semejando el gorgeo de los inocentes pajarillos cuando cantan al Señor de lo Creado así que nace el día.

Sor Milagros, sea que ofendida por mi insistencia en querer

que me mirara con más cariño, ó bien resuelta á no dar pábulo á la pasión que me devoraba, puesto que su intención sólo era consagrarse en cuerpo y alma á practicar la santa caridad y á no perder la senda de la virtud, Sor Milagros dejó de repente de asistirme en la enfermedad y no la volví á ver en mi sala.

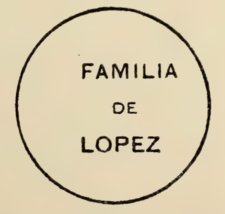




XIX

Historia de la medalla, dos hermanas y dos esposos.

LA historia de la medalla de oro que colgaba del cuello de Sor Milagros y que ésta, cual si fuere un talismán, oprimía maquinalmente entre sus manos en momentos supremos, era historia muy triste. En su anverso tenía aquella medalla grabadas las palabras siguientes:



y en su reverso aparecían dos corazones unidos y atravesados por una saeta.

Tales geroglíficos, que así pueden llamarse, no hay duda que

representaban el Amor y el martirio. Pero ¿qué querían decir esas palabras y esos dos corazones? ¿Con qué historia oculta, misteriosa, se relacionaban ellos en la vida de la madre de Milagros, que fué quien entregó á ésta la medalla al morir?

Milagros recordaba que casi desde que tuvo uso de razón había visto siempre á su madre vestida de luto, encerrada en un cuarto donde su padre la tenía sin salir jamás á la calle, sin tener ninguna amiga, sin visitar á nadie y sin que nadie la visitara y él tampoco le hablaba nunca. Era, digámoslo así, una muerta enterrada en vida.

La madre de Milagros, pues, no parecía sino hallarse sufriendo una reclusión perpétua. Y tanto más había creído la joven que su pobre madre expiaba alguna falta, cuanto que jamás salía de su aposento, donde siempre se le encontraba llorosa. Solamente dejaba el cuarto para ponerse á la mesa junto á su marido. Todos los días á una hora exacta, fija, precisa, salía pues Clotilde de su aposento, pálida como la muerte, con su pañuelo en la mano enjugando el llanto de sus ojos y se sentaba á comer; pero sin que nadie absolutamente le dirigiera la palabra. Tampoco ella desplegaba sus labios ni levantaba para nada su vista ni oía otro sonido al llegar allí que uno muy desgarrador para la pobre presa; sonido que repercutía como un lamento en su pecho al dejar ella misma caer la medalla de oro dentro de una copa de cristal. Y ese sonido, aunque agudo, triste, pero muy triste, lo oía todos los días á la misma hora, al sentarse á la mesa, como la reconvención de un mal paso, como una satisfacción á una justa queja, como el recuerdo diario, constante, de una dignidad ultrajada que hace expiar una culpa.

Era que su marido de carácter indomable, inflexible como buen aragonés, le había impuesto á Clotilde una pena muy terrible por una de esas faltas que ni se olvidan, ni se redimen nunca.

Si el delito había sido grande, el castigo fué mayor. Ya veremos la causa de todo y el fin que tuvo aquella infeliz.

El padre de Sor Milagros se llamaba Francisco. Un día tuvo éste que ausentarse por mucho tiempo, dejando á su única hija muy pequeña y á Clotilde, su esposa, á quien al marchar le encargó mucho el cuidado de la casa y sobre todo el comportamiento que debía observar durante su permanencia en Venezuela.

Sucedió que por aquel tiempo se hallaba de paso en la Habana un joven militar, apuesto y bizarro, el que habiendo visto un día en la iglesia de la Catedral á Clotilde, quedó prendado de la joven, que si bien no podía llamarse hermosa, era sí sumamente simpática y de sangre ligera. Empezó á galantearla, y ella algo despreocupada y coqueta, olvidando el propio decoro y los repetidos encargos de su marido, entró en relaciones con López, que así era el apellido del joven. De esos amores resultó un adulterio, que bastante caro le costó á Clotilde.

Así pues, todas las tardecitas iba López á casa de don Francisco, aprovechando la ausencia de éste, y permanecía allí *en conversación criminal,* que dirían los ingleses, hasta tarde de la noche con su ídolo, un ídolo de barro. Los criados de Clotilde murmuraban del comportamiento de la señora y uno sobre todo, que era el negro Bernardo, muy antiguo en la casa, se lamentaba de la poca fortuna que el *niño Pancho* había tenido en su casamiento.

Como usted conoce perfectamente las costumbres de la isla de Cuba, puesto que ha vivido allí mucho tiempo—me dijo mi amigo Gonzalga—está por demás aclarar que la gente de color y sobre todo los esclavos, dan el nombre de *niño* á sus amos ó señores, por más que estos tengan tantos años como Matuzalen.

Pues bien; el negro Bernardo no podía resistir que la joven Clotilde estuviera siéndole infiel á su esposo y juró, por los santos todos de la Corte celestial, que habría de saberlo el niño Pancho tan pronto llegara de Venezuela.

—¡Oh, yo no puedo aguantar más semejantes cosas. Yo se lo contaré todo al niño Pancho... Sí; yo se lo contaré—exclamaba el negro montando en ira.

Y él repetía en ocasiones, hablando consigo mismo, una palabra algo indecorosa y á veces la decía maquinalmente.

Llegó al fin á la Habana, después de muchos meses de ausencia el pobre marido, pareciéndole siglos el tiempo pasado y creyendo no ver la hora de comerse á besos á su niña y estrechar á su esposa querida entre sus brazos.

Pero durante el viaje había ocurrido que la infirme Clotilde dió á luz una niña, y en tan grave conflicto se encarga López de la criatura, y con mucho sigilo hace que la expongan inmediatamente cerca de la puerta de palacio, trabando antes en sus finos pañales un papel escrito y colgándole de su cuellecito la *mitad* de una medalla de oro, que él había hecho cincelar con la inscripción de *Familia de López*, igual en un todo á la que había regalado entera á su querida Clotilde, como un delicado recuerdo, ó mejor dicho, como prueba de amor.

Ya sabemos que Clotilde, al morir, se la dió á su hija Mila-

gros para memoria de su expiación y para que tuviera siempre presente la virtud, que es lo que constituye la verdadera felicidad en la vida.

De suerte, que la recién nacida tenía en su cuellecito media medalla y la otra media la llevaba siempre López consigo debajo de su fina camisa, sobre su pecho, y las sílabas grabadas eran Fa.... Lo.,.. en la forma siguiente:



pues había dividido la medalla en dos mitades; una para su hija y la otra para él.

Por eso al examinar á la luz el general Tacón aquella noche á la niña, halló el pequeño papel que decía: «*la mitad de la medalla que falta, la lleva constantemente al cuello su padre*» y por eso la de la criaturita tenía grabada «*milia-de-pez.*»

Por lo tanto, no hay duda que Sor Micaela era hermana de Milagros por parte de madre, aunque hija de un delito... de un *adulterio.*

Pero quién sería su padre, el López de la medalla? En qué parte del mundo se hallaría?

Las dos niñas crecieron y fueron mujeres.

Milagros y Micaela caminaban sobre la tierra sin saber el lazo que las unía, y como hay indudablemente un secreto instinto en

las criaturas, que las atrae unas á otras, cuando por sus venas corre una misma sangre,por eso las dos hermanas tenían iguales gustos y unas mismas afecciones y ambas se querían entrañablemente. Sin embargo, Micaela se presentaba por lo regular más arrojada, más impetuosa, más varonil, aunque más fría: Milagros era toda dulzura, sentimiento, amor. Aquella desde sus más tiernos años se afilió á la bandera que pugnaba por desplegarse libremente en los campos de Cuba y no sentía amor por ningun hombre, sino por una idea; ésta, Milagros, tenía hasta cierto punto las mismas afecciones que Micaela; pero el sentimiento la subyugaba, el amor la vencía: la timidez, la modestia, la ternura, la hacían toda mujer.

Micaela laboraba incesantemente, y prestando gran apoyo á la causa de *Cuba libre*, en ciertos momentos llegaba á tal grado su arrojo, que hasta se comprometía; tanto, que estuvo á punto una vez de que la expatriaran. Como no había disfrutado de los tiernos alhagos que unicamente saben dispensar las madres, carecía en absoluto de esa dulzura que ellas comunican á sus hijas en la primera edad, para infiltrar poco á poco en el ductil corazón los efluvios sentimentales del alma, que han de hacerlas verdaderas mujeres con el tiempo, susceptibles de todas las delicadezas del sexo, por medio de las cuales se llega á realizar el ideal del tipo femenil en el mundo.

Mas aunque divague,dejaré esto por ahora y ocupareme de la primera entrevista de los esposos, al llegar de Venezuela el padre de Milagros.

Don Francisco, ansioso de abrazar á Clotilde, pues hacía mucho tiempo que se hallaba lejos de ella, caminaba á prisa por

los corredores de la casa buscando á su querida esposa y á su hija y llamándolas á grandes voces; pero era extraño, nadie le respondía. A quien primero encontró fué al negro Bernardo, que apesadumbrado y pensativo, estaba junto á la baranda de la escalera, con su mano á la mejilla, esperando al amo, á quien quería entrañablemente, mientras murmuraba entre dientes, según solía: *—Pobre amo mío... Pobre amo mío...!*

—¡Hola, Bernardo, que hay...?—le dijo don Francisco, como saludándole cariñosa y alegremente, así que lo vió.

—Hay... muchas cosas, mi amo: muchas cosas...!—le contestó el esclavo con tristeza.

—Y donde está la niña Clotilde? Y la pequeña Milagros? No las encuentro: por donde andan?

Iba don Francisco á entrar ya en el cuarto nupcial buscando á Clotilde, cuando el negro que le seguía volvió á decir como hablando consigo mismo:—Pobre amo mío... pobre amo mío!

Y esto lo murmuraba el esclavo al poner el esposo el pie en el dintel de la puerta de la alcoba.

Don Francisco llegó á oirle y le preguntó: ¿pero por qué dices eso? Qué diantre de antífona me rezas?

Y Bernardo, malicioso como el que más, le contestó con sorna sentimental: «*más vale que su mesé no sepa náaa, mi amo... naitica...*»

El recién llegado abrió al fin la puerta de la alcoba y encontró á su esposa peinándose, arreglando su *toilette*. Pero á Clotilde ya no se le conocía; se hallaba sumamente desfigurada, pálida, con grandes ojeras, como si tras de una grave enfermedad estuviera convaleciendo: ella más bien parecía un cadáver. Al

ver á don Francisco, se sobrecoge, y sin querer, instintivamente, sin darse cuenta ella misma de lo que hacía, rehuye la mirada, baja la vista al suelo, al tiempo que impensadamente da un débil suspiro; pero tan imperceptible, que apenas lo oyó su marido, á quien ella no esperaba tan de improviso.

No halló don Francisco en la casa la expansiva alegría que soñaba encontrar á su llegada; una cosa rara se notaba en los semblantes; Clotilde contestaba á medias palabras casi por monosílabos las preguntas que le hacía, los criados estaban serios y flotaba en el ambiente algo de grave y amargo que no le dejaba respirar á sus anchas.

No obstante, don Francisco dió muchos besos á la pequeña Milagros; luego cogiéndola en brazos, la sentó sobre sus rodillas para mejor recrearse en la contemplación de sus gracias; después de haber dado un abrazo bien apretado á su mujer. Preguntó á la niña si durante su ausencia habían venido muchas amiguitas á hacerla compañía y á jugar con ella.

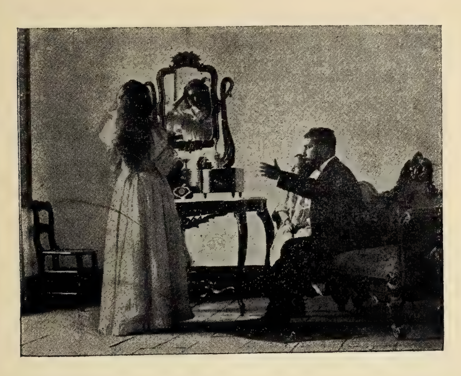
—Niñas no, papá, el caballero López, sí...

¿Cómo? Qué dice esta niña? Que López es ese...?—interrogó sobresaltado, dirigiéndose á su mujer:—*Qué López es ese?....* Qué dice esta niña?... repitió mirándola airado.

Ella no contestó; pero parecía que sus manos temblaban al tocar sus cabellos y el peine se le cayó. Se bajó al suelo á cogerlo y entonces don Francisco le dijo: pero qué tienes...? Qué te pasa...? Por qué estás así? ¿Qué trastorno es ese que se advierte en tu cara? Por qué no respondes á lo que dice esta niña?

—Pero qué ha dicho?

—Nada: friolera! Ha dicho que aquí ha entrado un tal López.



Clotilde toda turbada, temblorosa, contestó: «son *cosas* de ella...» Mas la pobre pecadora, para disimular continuó peinándose y mirándose al espejo con afectada serenidad.

—No, papaíto; don López ha venido aquí. ¡Cuántas veces me traía dulces, tan bonitos, tan buenos...! Y mamá siempre me mandaba á jugar con una muñeca muy grande... si vieras... ¡tan bien vestida! que me regaló el caballero...

—¡Hola, esas tenemos...? Y don Francisco medio dudando, medio creyendo, y hablando consigo mismo, se quedó meditabundo.—No puede ser!... mas en fin... veremos...!—se dijo él haciendo un movimiento de cabeza; mudó de color y siguió absorto en sus pensamientos, recordando las palabras que murmuró el negro, como compadeciéndole, y entonces sus sospechas se confirmaron.

—No me queda duda: Clotilde me ha sido infiel... Sí; porque los niños dicen siempre la verdad... y hay un López que ha entra-

do aquí á hurtadillas á robarme el honor, la felicidad, el reposo en esta casa, donde antes reinaban la tranquilidad y el amor que yo tenía por santuario de virtud puesto bajo la custodia de un ángel... ángel rebelde ahora... ángel caído...

Y el mísero don Francisco, sin saber que resolución tomar, ya pensaba huir de la adúltera: ya le venía al pensamiento arrojarla por la ventana y darse él enseguida la muerte; más luego entrando en su perturbado cerebro un rayo de esperanza, se decía: pero... sin indicios claros que lo acrediten... sin pruebas... ¡Si esta mujer llega á estar inocente...!

El negro Bernardo había llevado en brazos á la niña Milagros y se quedaron solo los dos esposos.

—¡Ay, de ella si se ha atrevido durante mi ausencia á serme infiel!—exclamó. Por último, como el que toma una resolución decisiva, se puso á dar, mientras crispaba furioso las manos, precipitados paseos por el cuarto á manera de loco; de repente se para, se acerca á Clotilde y cogiéndola con rabia por el brazo la arrastra hacia sí y la hace sentar por fuerza en una silla junto al tocador.

—Aquí existe una cosa rara, extraordinaria—le dijo;—aquí hay algo oculto que se retrata en tu semblante, que lo revela tu actitud y ahora mismo vas á explicarme, vas á decirme todo... Si no me confiesas la verdad desnuda (por más que sea terrible para mí y para tí) como te lo mando, serás responsable de lo que suceda, porque tengo la suficiente calma y el valor necesario para en el acto partirte el corazón ingrato con este puñal.—Y sacó el arma de su cintura para ponerla sobre el mármol del tocador,

—¡Ah! por Dios... por Dios!—Sólo se atrevió ella á gritar temblando.

—Pero qué trastorno es ese que observo en tu semblante desde que entré aquí? Leo en tus ojos, la inquietud del delincuente sorprendido, por que no revelan la tranquilidad del alma en aquel brillo reposado que antes tenían, ni tu mirada busca ya la mía llena de afecto, antes por el contrario, la evitas si puedes.

Inmóvil como una estátua se hallaba ella. No parecía sino la Magdalena arrepentida al pié de la Cruz, pálida, demudada, temblorosa, con sus cabellos tendidos sobre la espalda y la vista levantada al Cielo.

Como Clotilde, ocupada en su *toilette* se hallaba medio despojada, alcanzó á ver don Francisco parte de su cinta que aprisionaba su cuello semejante á las que se usan en los relicarios, cosa que no recordaba hubiera llevado nunca. Con presteza se lanza el esposo sobre ella y tira de la cinta, sacando del seno de la adúltera la medalla de oro que había recibido de López; recuerdo de aquellas horas de amor, tan fugaces como luego largamente expiadas por desdicha suya.

—Que es esto?—le preguntó con sorpresa y tono airado al fijarse en las letras y los signos grabados sobre la medalla.

Sobrecogida la pobre delincuente más todavía, aterrada, ni se atrevió á desplegar los labios. Quedaba patente la falta con aquella prueba, que por descuido, su propia imprevisión había suministrado.

—¿Que quiere decir esto?—repitió él subiendo de grado su indignación, estrujando la medalla entre sus dedos y acercándola tanto y de un modo tan violento á la cara de Clotilde, que la hi-

rió con ella en la mejilla al tiempo de caer la infeliz arrodillada á las plantas del que se había erigido en juez de su honra.

—Qué quiere decir *Familia de López?* Y estos dos corazones grabados, que traspasa una flecha, que representan? ¡Ah, ya comprendo!..—exclamó sarcásticamente...—estilo emblémico-amoroso... Es tu amor, el amor de ese hombre... pero amor criminal, amor corrompido, el de la infidelidad y el perjurio; representan en fin, el lodo del honor salpicando las paredes de la casa honrada, donde existió otro amor, el verdadero, el conyugal; significan la ruptura de ese vínculo que una ley sagrada hace inquebrantable, con el cual, respetándose, se asegura indudablemente la felicidad de las familias.

Y don Francisco, cual si hubiera caído sobre él un rayo, se desplomó como una masa, inerte, y quedó largo rato reclinado sobre una silla con la mano sobre su frente. Ella, la pecadora, allí estaba muda también con el remordimiento pintado en el semblante, insensible á fuerza de tanto sufrir. ¡Ay, jamás la dicha, que se había escapado por la puerta de aquella casa, volvería á derramar sus codiciados encantos sobre la morada de los jóvenes esposos, que el demonio de la sensualidad dejara maldita.

Al cabo se repuso don Francisco y llevándose la mano á sus ojos, dijo: es esto un sueño? Seré víctima de una pesadilla horrible? ¡Oh, no... que oigo y veo la verdad amarga y punzante que me condena á eterna vergüenza para ludibrio de la gente... por desgracia mía!

—Mira, Clotilde—añadió afectando una calma que estaba muy lejos de sentir—debería ahora mismo matarte; pero no... no quiero! Eso sería tenerte demasiada compasión. La muerte la

vas á recibir poco á poco, moralmente, con todo el rigor de la desesperación, á fin de que la sientas más, para que te arrepientas y sufras el remordimiento: así expiarás como mereces, tu gran culpa. Este cuarto ha de ser, mientras respires, tu cárcel; de la que no saldrás jamás sino para sentarte á la mesa todos los días á mi lado, á la hora de comer, hasta que te lleven al sepulcro. No te dirigiré la palabra ni tú volverás á desplegar tus labios para hablar con nadie. De este modo hasta que mueras! Ahora, ponte de rodillas y júrame con la mano en el corazón, que cumplirás lo que te ordeno—dijo don Francisco resuelto á todo, cogiendo al mismo tiempo el puñal de encima del tocador.—Si no lo juras te mato. Elige entre la vida y la muerte... la muerte en este instante... la vida sin voluntad, como un autómata sujeto á mi capricho.



Y blandía el puñal sobre la cabeza de Clotilde.

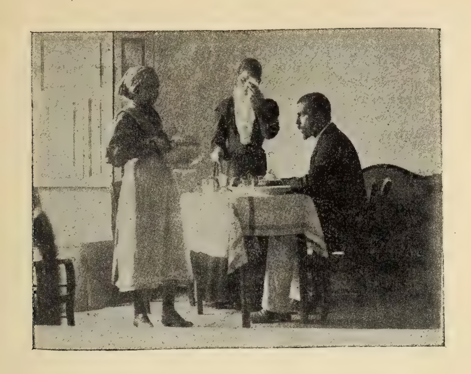
La adúltera, contestando rápidamente con la acción, puso su rodilla en tierra y dijo balbuciente: —*Lo juro, señor, lo juro!*—Tenía cruzadas las manos, sus ojos miraban al cielo, mientras el vengador de su honra continuaba con el puñal levantado, pronto á hun-

dirlo en aquel palpitante seno resplandeciente de blancura y de belleza.

—Pues bien, levántate: escucha. De aquí en adelante oirás diariamente, siempre, á la misma hora, el sonido que produce el choque de dos cuerpos, el oro y el cristal, que aunque no quieras te recordará tu falta mientras vivas. Para ello, antes de sentarte á mi lado, arrojarás todos los días dentro de esta misma copa que tienes casualmente aquí, en el tocador, la medalla indigna que llevabas al cuello y que seguirás llevando como recuerdo del gran error que cometiste al pensar que podías crearte una familia clandestina como tu crimen, renegando de mí, de tu hija, de tu honra, de la honra nuestra! Sí: deshonrándonos; porque todo el mundo en la Habana á estas horas ya debe saber tu delito y nuestra afrenta. Deshonrado!... por qué?... ¡Ah! porque así lo quiere la sociedad. Solidario de la culpa ajena... marido burlado, resígnate! Paciencia!

Y don Francisco, extraviado en un mar de ideas y sentimientos encontrados, no cesaba de murmurar esta última palabra, resumen de sus cavilaciones: *Paciencia!*

Un silencio sepulcral reinó después por largo rato en el aposento. Clotilde temblorosa, no osaba pronunciar una frase de disculpa que en vano buscaba: el aire que se respiraba allí era cada vez más pesado, más enrarecido y don Francisco salió de la alcoba para no volver á pisarla jamás. Inmediatamente dió sus instrucciones á los criados, y como buen aragonés, inflexible en la senda que una vez se trazaba, fué inexorable con Clotilde y nunca estuvo á su lado sino al almorzar y al comer, á fin de que la infeliz expiara, en la forma dicha, con más rigor su culpa.



La pobre Clotilde convicta y confesa, oía todos los días (en el instante de sentarse su marido á la mesa y de traer el primer plato la negra que los servía) el sonido fatídico de la medalla que al caer de golpe en la copa de cristal, arrojada por su misma mano, le arrancaba lágrimas; sonido que repercutía en lo íntimo de su alma como una queja de los ofendidos, como una reconvención del Dios de los buenos, y la repetición cotidiana del acto expiatorio, poco á poco fué minando aquella existencia enteramente consagrada al martirio por una falta que, la dignidad y el honor ultrajado del hombre de carácter, no perdonan nunca.

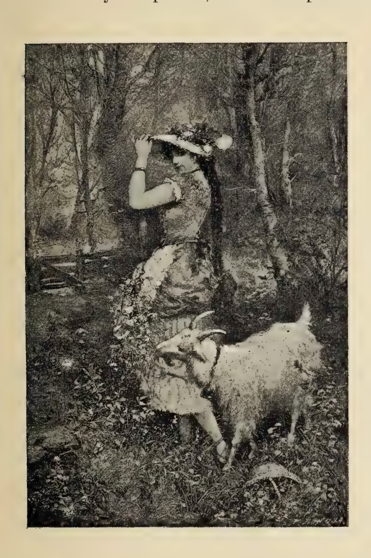
Don Francisco envió á su hija, pasado algún tiempo de esto, á un colegio al extranjero y Clotilde quedó desde el día en que llegó su marido de Venezuela, encerrada para siempre en su gabinete. La prisión tan rigurosa, la voz del remordimiento, de su caída, el recuerdo de su hija que no por espúrea, le era menos

amada, la ausencia de Milagros, el odio eterno de don Francisco, la vergüenza que le inspiraban sus mismos criados, su soledad, su aburrimiento, todo esto junto, era para ella un tormento mayor que las angustias de la muerte; de modo que la desdichada fué perdiendo por grados la salud, hasta que adquirió una tísis fatal. Pero nada despedazaba con más violencia sus entrañas, que el sonido de aquella funesta medalla, al chocar de contínuo contra el cristal acusador, que le quitaba toda esperanza como el letrero que puso á su infierno el Dante. Aquello le recordaba, por más que no quisiera, que había sobre la tierra una criatura, hija del pecado, afrontando quizás por su causa la miseria, el desamparo, y un esposo que había sido bueno y considerado, sufriendo la amargura que da de contínuo al alma la infidelidad y el engaño de una mujer, de aquella á quien para siempre unió su suerte en la vida creyéndola pura.

Pasaron los años, y Clotilde había ido, con todo rigor, expiando su falta. Con tal expiación le sobrevino, según ya he dicho, el mal traidor de la tísis que hacía en ella mayores estragos, cuanto más ferozmente el remordimiento atormentaba su parte moral. ¡Cuantas veces pidió la muerte, anhelosa de dejar aquel estado insufrible! A fuerza de guardar silencio, pues nunca se comunicaba con nadie, llegó casi á perder el uso de la palabra.

Al fin concluyó Milagros su educación: su padre entonces la mandó á buscar y ella dejó el colegio. Era una jovencita sumamente agraciada y causaba encanto el verla. Don Francisco, así que su hija llegó del extranjero, hizo que fuera al campo donde permaneció algún tiempo disfrutando de los placeres al alcance de su edad. Ella tenía entonces catorce años, y todas las maña-

nas iba muy temprano, vestida caprichosamente, á coger flores por los jardines y yerba para una cabrita que siempre le acompañaba y que hacía sus delicias.



Allí, en el campo, muy cerca de Güines, permaneció como dos meses. Cuando volvió á la casa ya Clotilde no podía salir de su lecho; tan enferma se hallaba! Una tos pertinaz la ahogaba y la consumía. Don Francisco prohibió severamente á su hija que viera á su esposa, y le dijo, al descubrir sus deseos de ir aunque fuera un momento al lado de su madre, que se hiciera cargo de que ya no la tenía, pues para ella y para el mundo Clotilde había muerto hacía mucho tiempo, palabras que desconcertaron á la niña.

Las resoluciones de don Francisco eran siempre órdenes, ó mejor dicho, sentencias que no tenían apelación: se había vuelto inexorable. Sin embargo, un día que ya Clotilde estaba casi espirante, recibió una esquela de su esposa en que le decía: «Segura-

mente dejaré de existir hoy. Por Dios! permite á Milagros venga un momento... antes que todo acabe... quiero darle el último beso: prometo hablarle muy pocas palabras. Perdóname!

Clotilde.»

—Pues bien: que vaya..! Es necesario que haya piedad para una arrepentida que pide perdón á las puertas del sepulcro—murmuró don Francisco al leer el papel.—Y añadió:—todo esto es obra de un gran remordimiento... hijo de una de esas culpas afrentosas que dejan una herida mortal en el alma.

Llamó entonces á Milagros y le dijo secamente:—Entra á ver á tu madre.



XX

Un gran hipócrita y un pobrecito

En la calle de Empedrado, esquina á la de Aguiar en la Habana, existe desde el año de 1573, una iglesia que llaman de San Juan de Dios. Allí solía ir con frecuencia á rezar todos los días por la mañana un devoto, quien por su asistencia tan continuada al templo y más todavía por el fervor con que elevaba al Señor sus preces, dándose muchos golpes de pecho, se había conquistado en la ciudad renombre de *santo.* Y no era por eso sólo por lo que todo el mundo le atendía y le consideraba, sino también por la posición que había adquirido, debida á sus fabulosas riquezas. Alto, enjuto de carnes, de color trigueño, de ojos pequeños y hundidos, cuyas pupilas brillaban como el fuego; de boca larga y dientes puntiagudos y separados, de bigote cano y aire quijotesco, aquel hombre á primera vista tenía un no sé que de repulsivo; pero en fin, como al parecer era de-

chado de virtudes y religiosidad, muchos le apreciaban. Además, daba en público limosnas á diestro y siniestro, á cuyo efecto llevaba los bolsillos ordinariamente llenos de las monedas de menos valor que entonces circulaban en la Habana, para repartir entre los pobres, sobre todo al salir de la iglesia; así es que mi hombre llegó á ser indudablemente muy considerado, recibiendo por do quiera muestras de respeto. En una palabra, todo el mundo le hacía el *rendibú,* frase corrompida del francés, de que me valgo, por que es un término provincial que allí se usaba mucho en aquella época.

Al entrar y salir en las iglesias, se apresuraban todos á porfía á adelantarse para abrirle la puerta en señal de acatamiento. Y él verdaderamente no parecía sino un bendito en los templos adonde iba casi todas las mañanas, aparentando siempre vivir en gracia de Dios.

Un día hallándose aquel *buen devoto* muy abstraído en sus oraciones con los ojos puestos en la santa imágen, que se hallaba en uno de los nichos del altar mayor, dándose él fervorosamente grandes golpes de pecho, en su mayor éxtasis, en los momentos de más arrobamiento, un indivíduo con trazas de caballero pobre, se le acercó é interrumpiéndole en sus rezos, le dijo al oido:

—El secuestro que usted sabe está ya hecho.

—¿Cuál? el de Pancho Marti...?

—No: ese Pancho es muy listo. Ha sido el de la niña.

—Y quien lo ha llevado á cabo...?—le preguntó con aire misterioso.

—La partida de *Manita Muerta.*

—Pues ahora que no hay *Tacones* en la Habana, golpe á la lapa, que las espaldas bien guardadas las tenemos...

—Sí; pero le voy á decir á usted una cosa y es que...

—No, no me diga usted ahora nada: no me interrumpa en mis oraciones, que después hablaremos.

Y siguió en actitud extática rezando, al parecer un tercio; pues tenía las cuentas de un rosario de oro entre sus dedos.

El indivíduo que parecía un caballero pobre, se apartó entonces de su lado y fué á sentarse junto á la puerta, por donde debía salir el santurrón ó sea el *santo*, como se le llamaba.

El caballero alto continuó reza que reza, pero al fin hizo una profunda reverencia al señor de las Tribulaciones, que estaba ese día descubierto, y paso á paso, los ojos al suelo, se acercó humildemente á la pila del agua bendita, mojó su dedo índice, se hizo con toda solemnidad en la frente la señal de la cruz, se persignó, volvió á hacer otra cortesía poniéndose enfrente del altar mayor, besó arrodillado el suelo y salió lleno de recogimiento.

Un lujoso coche le estaba esperando en la calle é incorporándose al santurrón el otro indivíduo de quien he hablado, ambos subieron al carruaje. El caballero alto le dijo al auriga: «pica... A la calzada de San Lázaro; pero vivo... vivo...!»

En todo el camino hablaron los dos que iban dentro.

Llegaron en un santiamén á la casa de los crímenes y el caballero alto, dejando la actitud de humildad y recogimiento que se observaba en él, siempre que estaba en la iglesia, entró como un rey en el salón de conferencias, donde en amigable consorcio se reunían los bandidos de levita y de chaqueta, á darse mútua

cuenta de las fechorías cometidas en las ciudades y en los campos y á poner en conocimiento de los principales jefes de las cuadrillas, las noticias que tenían y que mejor se prestaban á las combinaciones para llevar á cabo los robos y los secuestros.

En el salón había varios asociados.

Al entrar nuestro hombre, todos con gran respeto se pusieron en pié y después su acompañante se acercó al caballero alto y le dijo al oído:

—Según ya le manifesté á usted en la iglesia, la niña está en nuestro poder, pero lo que es Pancho Martí no es fácil que caiga... Es muy ladino, es pájaro de cuenta. Quién puede con él? Ni los generales...!

—Y donde se halla la niña? Quiero verla.

—Entonces sígame usted.

Don Fermín de las Cañadas, pues no era otro el santurrón de que nos ocupamos, siguió los pasos del que fué á buscarle á la iglesia de San Juan de Dios. Este era socio suyo y sépase que aunque tenía traza de caballero pobre, era muy rico, pues primeramente había adquirido una gran fortuna dando á préstamo dinero con una usura que no tenía límites, y más tarde sentó plaza entre los criminales á fin de adquirir noticias acerca de lo que les convenía para sacar pasaportes falsos, para tratar con los vistas de las Aduanas, para proveer á los bandidos de licencias y poder ellos llevar consigo el salvo-conducto, digámoslo así, que había de franquearles el pase por todas partes, por donde quiera que fuera.

Aquel ente de regular estatura, escuálido y de color de cera virgen, vestía siempre muy humildemente y nunca le gustaba

comprar nada para sí. En fin, que se le quebraban las manos, al dar dinero por una prenda de vestir, ó bien para comprar un sombrero. Por eso sus sombreros del año uno y sus levitas mugrientas de paño bastante usado daban lugar á la crítica, á la risa y á la chacota. Llamábanle por mal nombre el *Pobrecito* y como tal se aprovechaba siempre de lo que le tenía cuenta, dejando de gastar todo lo que podía y como por naturaleza era avaro, acostumbraba, después de celebrarse las sesiones en aquel antro de la corrupción y del crímen, ir recogiendo, cuando nadie le veía; esto es, cuando se hallaba solo—habré de decirlo?—las colillas de los puros tiradas por el suelo, tristes restos de los Cabañas, de los Carbajales, de los Partagás y de otras fábricas de tabaco de gran nombre.

Como él conocía mucho á los canónigos de la santa iglesia Catedral de la Habana, lo mismo que á los frailes de los conventos, hacía de las colillas oloroso rapé que les vendía. Y esto que á la verdad era un artículo algo lucrativo por lo económico de la *materia prima,* se aumentó con el tiempo, pues se hizo el negocio más extensivo; porque mi hombre se rodeó de un enjambre de chicos que iban diariamente por las plazas, por los cafés y otros sitios públicos á recojer los resíduos que los pródigos fumadores proporcionaban inconscientemente á la flamante industria. ¡Oh, si España hubiera tenido en aquel tiempo para gobernarla hombres como el *Pobrecito,* de seguro que otra sería hoy la suerte de nuestra pobre nación: no, no hubiera habido seguramente tanto despilfarro, tanto derroche!

Hablando así mi amigo Gonzalga, sin haberse dado cuenta de sus digresiones, perdió, como se suele decir, el hilo de la

historia y me dijo: perdone usted que *se me haya ido el santo al cielo* al apartarme de lo principal de la relación. Donde estábamos...? Espere usted... habíamos quedado, si mal no recuerdo, en que el Excelentísimo don Fermín iba siguiendo los pasos del *Pobrecito* para conocer á la niña robada. No es eso?

Pero voy á describir antes, como Dios me dé á entender, aquel sitio horrible, aquel punto el más saliente, aunque el más oculto, de los repugnantes cuadros que en aquel tiempo existían en la casa de la Calzada de San Lázaro.





XXI

El taller del crimen.

En un subterráneo alumbrado día y noche por una débil lámpara de aceite, en el que no podía penetrar nunca ningún rayo de luz que no fuera artificial, se veía un negro, ya bastante anciano, rodeado de cuchillos, hachas y machetes. En el centro de dicho local se levantaba una mesa muy espaciosa, cuya superficie se hallaba cubierta de afilados clavos, como de media vara de largo cada uno, con sus puntas mirando al cielo. En el techo del salón; es decir, en la parte superior de aquel subterráneo, había una trampa perfectamente combinada, por donde caían sobre la mesa las desgraciadas criaturas que arriba pisaban el pavimento de un patio. Todos los que iban á dar sobre aquellas afiladas puntas de hierro, quedaban acribillados, ensartados y muertos sobre la indicada mesa; pero si alguna vez la casualidad no hacía que murieran las pobres

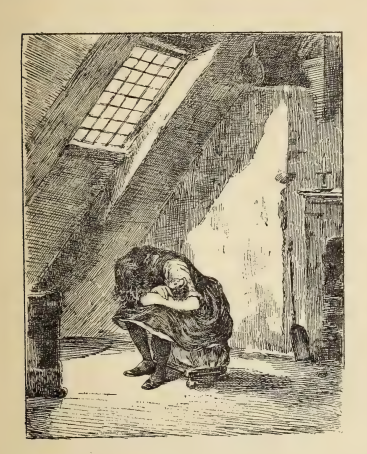
víctimas en el momento de ser heridas por los clavos, el negro se encargaba de rematarlas en el mismo instante con el hacha, que no dejaba de la mano, ó bien con el machete que contínuamente llevaba á la cintura.

Aquel subterráneo era el que surtía de la *materia prima* á la pastelería. La carne humana tan sabrosa, tan tierna, tan suculenta, tan dulce, principalmente la de los niños, proporcionaba al establecimiento mucho dinero, después de darle gran fama.

El subterráneo que acabo de describir, se llamaba el *salón de la muerte*. La Parca fiera con todos sus atributos se hallaba allí representada con una verdad desgarradora. Huesos de personas mayores y de niños, calaveras de todos tamaños, guedejas de cabellos de varios colores, se hallaban como en un osario amontonados en un rincón y á la débil luz que siniestramente despedía la lámpara de aceite, se veían las paredes manchadas de sangre, respirándose en aquel recinto del crímen un olor repugnante, fétido, nauseabundo.

Al lado de dicho salón y comunicándose por una estrecha puerta, existía otro local que recibía alguna claridad por un ventanillo oblicuo con rejas de hierro. Era èl departamento donde el negro dormía y tenía un lujo relativo de muebles, comparado con el anteriormente descrito, que parecía un palacio, aunque muy aparente para morirse de pena cualquiera criatura que viera allí. La niña robada, así que penetró en aquel calabozo, se sentó, con una muñeca que llevaba, sobre un taburete, que había en medio del aposento, inclinó su cabecita sobre las rodillas y pensando en su mamá, no cesó de llorar en silencio llena de pena y de miedo. Una pala que servía para remover de tiempo en

tiempo los huesos del osario, se hallaba empinada junto á una mesa de noche, donde se veía una palmatoria con su vela. La triste luz que ésta derramaba daba á aquel lugar un misterioso aspecto en medio de la soledad y de aquel silencio sepulcral que tanto apocaba el espíritu.



Don Fermín al entrar allí acompañándole don Prudencio, que era el verdadero nombre del *Pobrecito,* vió sentada sobre aquella especie de banqueta, acurrucada y sumamente afligida, creo que suspirando con la muñeca en sus brazos, á la niña secuestrada por la partida de *Manita Muerta*, según decía don Prudencio. En tal secuestro figuraba por cierto una mujer, de quien después me ocuparé.

—Cómo te llamas?—le preguntó el santurrón á la pobre niña bajándose hasta el suelo y encendiendo al mismo tiempo un fósforo de cerilla, que acercó á la carita de la inocente, para mejor distinguir sus facciones.

Ella no contestó.

—Cómo te llamas?—le dijo de nuevo don Fermín con imperio.

La niña, sumamente asustada, respondió entonces:—me llamo Carlotita.

Ella quedó toda la noche hasta que amaneció en la misma posición en que la encontró don Fermín de las Cañadas.

Aquella pobre criatura representaba tener ocho años. El cutis de su rostro, la blancura de su garganta, sus delicadas manos, su cabello como la seda, el traje que vestía, todo hacía creer que era hija de personas de distinción y bien acomodadas. Pero no era necesario que don Fermín tratara de indagar el nombre de la secuestrada ni á que familia pertenecía, pues él no lo ignoraba. En el libro misterioso donde se anotaban por medio de signos convencionales é ininteligibles las vicisitudes diarias de la casa, aparecía con todos sus detalles la partida de Carlotita. Esta niña fué secuestrada, ó mejor dicho robada, por una venganza: la política había tomado una parte muy activa en tal aventura. Ella llevaba el mismo nombre de su madre: Carlota.

Manita Muerta era natural de Cangrejeras, pueblo inmediato á la Habana. Hijo de un pescador, aunque á primera vista parecía hombre de poco entendimiento, ó más bien un tonto, llegó á ser jefe de partida y asistía algunas veces á las sesiones de la casa de la Calzada de San Lázaro, donde se resolvió robar á la niña.

Los bandidos habían también determinado en sus reuniones nocturnas, quitar del medio al rico propietario y comerciante Pancho Marti, y ésto era solamente en venganza de haber contribuído con el General Tacón á limpiar la isla de Cuba del bandolerismo. Porque en mi concepto es innegable que el catalán Pancho Marti prestó muy buenos servicios á aquella Antilla, así

como que el referido General, fué quien encauzó completamente su administración en aquellos calamitosos tiempos de tan grandes y tristes recuerdos para dicho país.

Por más que divague y me aparte del curso natural de mi historia—dijo don Antonio Gonzalga,—no puedo menos de manifestar, que moralizar la isla de Cuba en todas sus partes es el único medio que hay para que el escudo de Castilla conserve para siempre esa preciosa perla de su florón sin meterme yo á disertar acerca de la política antillana que más conviene. Porque verdaderamente, nadie sabe el gran mal que los gobiernos han causado y causan en aquel hermoso país, al enviar allí empleados para que en poco tiempo se hagan ricos, sin tener además conocimientos ni talla para gobernarlo. El bandolerismo es hijo, como todos saben, de la corrupción de las costumbres que viene de arriba invadiéndolo todo y contagiando todas las clases de la sociedad, hasta llegar á la última capa. Ya trataré de este particular—dijo Gonzalga—y después añadió con suma energía:

Pero no... digamos algo de una vez y entiéndase que hablo por propia experiencia, pues he nacido allí y conozco las llagas de que adolece mi patria. Los empleados en su mayor parte llegan de España con ínfulas de reyes ó semidioses, por muy inferior que sea la categoría del destino que van á ejercer, aunque ocupen una plaza modesta. Al pisar el público algunas de las oficinas del Estado, se le recibe de un modo poco digno, la altanería se desborda, resplandece hasta en sus más pequeños detalles la poca urbanidad; cada uno se cree Señor de horca y cuchillo; en fin, á todo el mundo se trata con muy poca consideración; se cree estar en una tierra de esclavos. Los Gobiernos, pues,

deben recomendar á sus servidores prudente tacto y cierto comportamiento que atraiga y no repela, que cada uno moralice, que nadie exaspere, á fin de que no sea repulsiva la misión de los que mandan. ¡Oh, hay muchos descontentos y no sabemos lo que podrá suceder andando el tiempo. Porque el *camaleón* no está lejos... y es ambicioso y osado. Me entiende usted...? Me entiende...?

También la laboriosidad en vez de la holgazanería es punto muy importante para moralizar las oficinas de que me ocupo. Cuantas veces vieron mis ojos mozos fuertes, robustos, que podían romper un mundo, medio recostados, entretenidos en hacer y deshacer cigarrillos de papel, como despreciables mujercillas ó bien con las manos en los bolsillos paseando de unos salones á otros, conversando, riendo, alborotando, sin dárseles cuidado de lo que pudiera decir el público observador. Y hay quien dice que este mal desgraciadamente no es sólo propio de la burocracia, que se enseñorea de nuestras Antillas.

¡Ah, yo he visto empleados, nada menos que Gobernadores nombrados por influencias del caciquismo, que, sin tener los conocimientos necesarios y el tacto prudente indispensable para regir los destinos de una provincia, han abusado de su mando con menoscabo del prestigio de que debe rodearse el principio de autoridad.

Yo he conocido autoridades que se han creído en el poder semidioses y han atropellado la honradez, han escarnecido la dignidad, sin ponerse á la altura que debieran, sin llegar á comprender toda la importancia del cargo que ejercían, representación genuina del Estado.

¡Ahí tiene usted los mayores enemigos de la integridad de la patria! En la elección de esos servidores suyos deben proceder con mucho cuidado los Gobiernos.

De eso depende en gran parte la fuerza moral de los poderes públicos; pero tiempo tengo de hablar de esta materia.

Sí; dejemos por ahora lo que es digno de tratar más detenidamente en otra ocasión (si estuviere de humor para ocuparme de ello), y vamos á nuestra historia—dijo don Antonio Gonzalga.





XXII

Despedida maternal.—Resultado de un hospedaje.

La noche aquella en que entró la pobre Carlota en el salón de la Muerte, fué la del mismo día en que vió á Clotilde la bella Milagros por primera vez, después de ocho años que había estado fuera educándose en un colegio de Europa.

Cuando su padre le dijo secamente:—entra á ver á tu madre —la joven sintió en su pecho una emoción inexplicable; su corazón latió con fuerza, de un modo poco común, como queriendo salir de la carcel que le encerraba y su imaginación ardiente volaba por un mundo desconocido. Sin saber el mal que padecía Clotilde, pues su padre no le había hablado nunca de ella, sino cuando le dijo que se contara para siempre como huérfana de madre, la joven creía encontrarla buena y sana, robusta, hermosa, con esa hermosura que siempre el amor de hija halla en la que le dió el hálito de la vida, en la que la llevó en sus entra-

ñas. Al abrir la puerta Milagros no distinguió en el lecho, entre la penumbra en que se hallaba la alcoba, sino una figura demacrada, semejante á la Muerte. Y era que la Muerte se cernía bajo aquel techo, era que estaba dando vuelta al rededor de aquella cama, bregando por llevarse á Clotilde al otro mundo.

¡Señor, que es lo que veo?—dijo Milagros para sí, al ir á abrazarla... Ella de pronto quiso retroceder instintivamente, creyendo que aquella no era su madre, que se había equivocado; en fin, que era otra mujer. ¡Tan pálida, tan escuálida estaba la pobre!

La enferma al ver después de largos años á su hija, le tendió su descarnada mano, quiso incorporarse; pero no pudo. Y empezó á llorar muy afligida; la tos y el llanto no la dejaban hablar.

—Venturoso día!—dijo al fin en voz muy baja.—La veo... y... me muero.

Milagros se acerca entonces á su madre y con ardiente efusión la besa... la abraza... y la vuelve á besar.

¿Quién podría describir con la verdad desgarradora que siente el pecho atormentado por distintas emociones, la entrevista de aquellas dos criaturas; la una casi muerta, que se vá á lo desconocido, la otra llena de vida que viene al mundo, á la realidad?

Clotilde, después de un rato de profundo silencio, le dijo á la joven que se hallaba á la cabecera de su cama:—Milagros, yo apenas puedo ya hablar; pero antes de morir deseo decirte...—Y se detuvo algunos instantes sin poder proseguir, como si la palabra quedara presa en sus labios. Tan enferma se hallaba!

Luego continuó:—quiero decirte que siempre he tenido un

secreto presentimiento de que un hijo mío que me dijeron hace ya tiempo... mucho tiempo, que murió... vive... Sí; nosotros dimos á criar al campo, cuando tú tenías dos años, á un hermanito tuyo, recién nacido... y la nodriza creo que me lo cambió; pues cuando... me trajo el niño ya criado á los diez y ocho meses, murió en casa á los dos días... y, Milagros,... créeme, aquel no era el mismo niño que habíamos dado: no, no era el hijo de mis entrañas: me lo decía el corazón... El mío tenía *cinco lunares en forma de cruz en su brazo derecho.*

Luego la pobre enferma le hizo señas á su hija para que se acercara y le habló al oído.

Qué le diría...?

Pasado un rato volvió con mucho trabajo á hablar Clotilde y murmuró: «la virtud, hija mía, es el camino que conduce á la felicidad. Cuando eso falta no hay sino...»—Y guardó silencio: no podía continuar.

—Sino qué... madre?

—Muerte! Mírame: aquí tienes el espejo de una falta que harto he purgado (dijo con voz entrecortada) Yo no he vivido... hoy sí... hoy es un día feliz para mí...—añadió con voz más desfallecida.

—Y porqué es feliz?

—Porque te veo... y porque dentro de pocos instantes ya... no viviré más.

Pronunciando la última palabra, Clotilde perdió el conocimiento: parecía que efectivamente había entregado su alma á Dios.

Pero luego volvió en sí, hizo señas á su hija para que se le

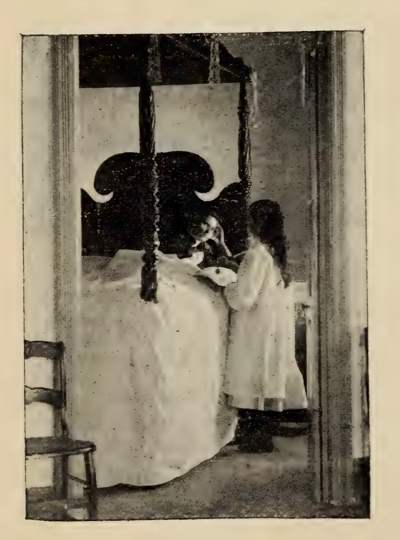
acercara y cuando tuvo su rostro junto al de ella le dió un beso.

—Este es el último que te doy, Milagros. Me siento por momentos desfallecer... no puedo... hablar... No puedo más...

Después dijo:—abre esas ventanas, deseo más claridad;quiero verte.

Y la órden se cumplió.

Entonces, con mucho trabajo se quitó la medalla que tenía en su cuello y dándosela á su hija, le dijo:—llévala siempre junto á tu pecho como recuerdo de tu madre y que sea ella el talismán de tu virtud... Hay otra igual dividida en dos mitades: una de ellas... la tiene una hija espúrea que... ignoro donde está: la otra la lleva su padre, que es... López, en el cuello.



—Pero qué es esto, Dios mío? Tengo yo acaso una hermana?

—Si... por desgracia... mía...!

Y fué lo último que dijo. Clotilde expiró en aquel ins-

tante. Al caer su cabeza sobre la almohada, dió el último suspiro.

La jóven entonces se postró junto al lecho y elevó al Eterno, una plegaria por el alma de su madre, á tiempo que por una de las ventanas, recibía el aposento los últimos resplandores del sol. Ya pronto iba á llegar la noche. ¡Pobre Clotilde!

. . . .

Milagros estuvo mucho tiempo sin consuelo, llevando riguroso luto. Le había impresionado vivamente saber que tenía una hermana. Pero viviría? Habría muerto? Y si existía donde se hallaba? Quien era?

También le había hablado su madre acerca de las sospechas de que vivía su hermano; mas esto no era sino una vaga presunción.

Siempre que Milagros encontraba alguna jóven de su mismo talle, blanca como ella, con cabello de igual color, se quedaba pensando si sería su hermana... y sus ojos instintivamente se dirigían á su garganta para ver si distinguía alguna cinta de donde pendiera la media medalla de que su madre le había hablado al morir.

De todas las mujeres que había visto hasta entonces, ninguna le parecía tener sangre de su sangre. Empero aconteció que un día, no sé porqué casualidad, vió y trató por primera vez á Micaela y halló en ella cierta semejanza, cierto parecido, aunque revelaba distinto carácter; pues la encontró más varonil, más impetuosa, más arrojada de lo que ella era. En cuanto á López, padre de la expósita, Milagros le había visto muchas veces en la casa; pero allá, cuando muy niña; en aquellos tiempos en que

ella jugaba con las muñecas. Después de tantos años transcurridos, aunque le viera no le conocería de seguro: él sería ya otro. Habría variado tanto..!

Y en efecto, López era otro hombre ya. El había nacido para la carrera militar y su arrojo y su talento, ayudado de la fortuna, le habían hecho subir hasta la cumbre de la gloria. Pero donde se hallaba? ¿Qué viento favorable le había impulsado para dejar los grados más subalternos y ponerse á la cabeza de los escuadrones...? Porque él era la primera lanza en los ejércitos, según muchos afirmaban.

Y sin embargo de elevarle la fortuna y de que la posición alcanzada por sus muchos méritos le brindaba satisfacción, riqueza, bienestar, gloria, Lopez, el amante que fué de Clotilde, no se reconocía feliz. La media medalla que llevaba constantemente sobre su pecho, le recordaba que existía en el mundo una hija espúrea, sin haber conocido á sus padres y que también había él labrado la desgracia de una mujer. Estos recuerdos atormentaban tenazmente su memoria y muchas veces en la noche, despertaba despavorido pareciéndole oir las quejas de la desdichada que sucumbió al fin á sus constantes persecuciones, correspondiendo á su criminal amor.

López nada sabía de la suerte que le había cabido á su hija: él ignoraba si esta vivía. Sin embargo, un sentimiento natural pero misterioso, desconocido, le hacía sospechar que la niña abandonada se hallaba en el mundo. Pero que alma caritativa habría recogido á la pobre criatura hasta haber llegado á la edad de poder ella por sí misma buscarse la vida en este Valle de lágrimas? Sumamente preocupado con la idea de que su hija tal

vez estaría pasando penas, procuraba buscarla por todas partes para ver si algún día la podía encontrar. ¡Ah, cuanto habría él dado por tenerla en su casa, por llevarla á la iglesia, por acompañarla á los paseos, á los teatros, á todas partes; en fin, por tenerla á su lado! Por que López tenía muy buen corazón: sus sentimientos eran inmejorables.

Micaela, como dije, dejó de ser niña y entró de hermana de la Caridad y llegó á ser la Superiora. He dicho que también Milagros la quería mucho aun ignorando el lazo tan estrecho que las unía; pero la quería por no se qué secreto instinto que puede llamarse la voz de la sangre.

Milagros se casó, pues su padre deseaba vivamente que tomara pronto estado. Como en ello tenía empeño y su hija era rica y además la adornaban cualidades y condiciones tanto morales como físicas de gran valía, la jóven encontró en poco tiempo quien, enamorada de su persona, la tomara por esposa. Un niño nació de aquella unión y su recuerdo era el tormento constante de Milagros. Ya sabemos cual fué el fin de la pobre criatura.

Micaela se lanzó desde luego por su carácter atrevido á las grandes aventuras: conspiraba y ponía en peligro su vida muchas veces. En los tiempos á que me refiero, el verdugo de la ciudad subía por desgracia con frecuencia al fatal tablado y si la hermana de la caridad, la intrépida Micaela, que á pesar de su corta edad era ya la Superiora, pudo escapar del suplicio; en algunas ocasiones fue debido á las influencias de Sor Milagros. Micaela, á pesar de todo, no dejaba de ser muy religiosa y muchas veces se la encontraba orando ante Jesús crucificado, con verdadero fervor.

Los acontecimientos más inesperados, los más raros sucesos, venían de repente á intranquilizar en aquella época los ánimos y á poner en movimiento á los habitantes de la populosa Cuba. Tan pronto se descubría una conspiración, fraguada con suma habilidad en los ignorados subterráneos de la misteriosa casa de la Calzada de San Lázaro, como llevaban al patíbulo á encopetados señores que conspiraban sin que nadie se hubiese apercibido, ni remotamente, de que estuvieran afiliados á la causa de Cuba libre. Blancos y negros, hijos todos del país, con pocas excepciones, ponían su cuerpo y su alma incondicionalmente á disposición de los principales jefes y derramaban gustosos su sangre por la idea que defendían. Micaela era fanática por esa misma idea, al servicio de la cual se consagraba gustosa; pero no era eso sólo lo que preocupaba aquella imaginación ardiente, nacida bajo el fuego de los trópicos; Micaela llevaba en el corazón un suplicio y este era vivir en el mundo sóla, sin tener padres conocidos ni familia que velara y se interesara por ella. Muchas veces, pensando en las desdichas de los que vienen al mundo para vivir en la orfandad, se decía á sí misma sumamente afectada: vivirán mis padres? Qué habrá sido de ellos? Y luego, sacando la media medalla que llevaba en su seno, leía con tristeza aquellas misteriosas sílabas, y entonces trabajaba su imaginación largo rato queriendo adivinar las letras que irremediablemente debía contener la otra media.

Entre todos los jefes del partido, no había ninguno que inspirara tantas simpatías á Micaela, como un valiente que ostentaba en su pecho gloriosas condecoraciones ganadas por su arrojo en los campos de batalla, y este era *Naza-*

rio (1) *López*. Ella se mostraba siempre inclinada á lo sorprendente, á lo maravilloso, á todo lo que fuera sobrenatural y que más se acercara á lo divino: por eso á Jesús crucificado le había levantado en su corazón un templo y por eso quizás sentía una misteriosa simpatía por aquel general.

¿Dónde estará... dónde encontraré yo la otra mitad de la medalla, á fin de saber lo que dice esta inscripción uniendo las dos mitades? Tal era el pensamiento constante de Micaela.

Mas el tiempo pasaba y la curiosidad, que es innata siempre en la naturaleza de la mujer, quedaba sin satisfacer; pero brillando de continuo en el corazón de la joven ese rayo de luz misterioso que llaman esperanza.

Los asuntos políticos se fueron embrollando más y más cada vez y un día corre como una chispa eléctrica por la ciudad de la Habana la noticia de que habían cogido al principal corifeo de Cuba libre. José Castilla (1) al dar hospedaje á un fugitivo, que se hallaba unido á él con el vínculo del compadrazgo, fugitivo que había desembarcado en cierta localidad de la isla, que no recuerdo, procedente de Cayo Hueso y que era perseguido, lo presentó á las autoridades maniatado y el infeliz fué conducido á la Habana y puesto inmediatamente en capilla para que se encomendara á Dios, toda vez que dentro de las veinte y cuatro horas iba á subir al cadalso.

Llegó, pues, á la capital de la isla el conspirador: todo el mundo salió de su casa á saber noticias: la conversación del dia

(1) Este nombre es supuesto.
(2) Este nombre no es el verdadero.

era la misma en todas partes; todos decían: «mañana al despuntar la aurora es la ejecución, mañana va *al palo!*...

Y en efecto, al siguiente día apareció el campo, donde el reo iba á ser ejecutado, cubierto en toda su gran extensión de un mar de gente, todos ansiosos de ver expiar su culpa al primer caudillo de la insurrección cubana. Acompañábale al suplicio, además del cura y de los sayones, una hermana de la Caridad, y el reo al pie de la escalerilla, sacó de su seno media medalla que pendía de una cinta y le dijo á la joven: me desprendo en este supremo momento de esta media medalla y se la entrego á usted, hermana, por si acaso hallare algún día la otra media en su camino por el mundo.

—*Padre mío!...* pudo solamente decir Sor Micaela. El oyó aquellas dos palabras y la miró de un modo extraño al escucharlas y al reconocer á su hija.

El reo subió con entereza al patíbulo y allí queriendo hablar gritó: «*Cuba querida...*» Esto fué lo único que pronunció, pues el redoblar de los tambores ahogó su voz y no pudo proseguir y el verdugo, cumpliendo su fatal misión, tronchó una existencia más á tiempo que el público decía:

Ya murió *Nazario López...* Ya murió!...

Como se ve, Sor Micaela encontró al fin la media medalla que buscaba, lo que tanto ansiaba obtener: mas en qué trance, Dios mío! En qué trance!... Respetemos los misteriosos designios del cielo!—exclamó don Antonio y guardó silencio por un rato. Después dijo: la joven Micaela tenía, pues, en su poder una de las cosas que más había ambicionado en este mundo: ya estaba satisfecho el deseo de su alma; uniendo las dos mitades tenía el todo,

la unidad. La medalla entera decía: *Familia de López.* Ya sabía quien era su padre.

Como Micaela era en extremo reservada, no comunicó nada de lo que le había sucedido, ni aún á su amiga más íntima, que era Sor Milagros y guardó las dos medias medallas en el cofrecito de los secretos. Así pues, ya no llevaba sobre su pecho el talismán, digámoslo así, que López le había puesto en su cuello al nacer: ya el destino había satisfecho la curiosidad de toda su vida; ya sabía quién le había dado el ser... Empero, la que la llevara en sus entrañas hasta que abrió sus ojos al mundo, cómo se llamaba? ¿Quién era?

Un día estaban sentadas las dos hermanas en un cuarto solas y al levantarse Sor Milagros de su silla parece que se rompió la cinta que ataba á la medalla que llevaba en su pecho y no sé como, rodó aquella por el suelo. Micaela se apresuró á cogerla y la sorpresa que le causó al mirarla fué muy grande. Quiso de pronto preguntar á Sor Milagros quien le había dado aquella medalla, enteramente igual ó parecida en un todo á las dos mitades que ella tenía; pero guardó reserva, no interrogó nada y permaneció un rato ensimismada, silenciosa, pensativa.

Milagros observó la sorpresa que la medalla había causado en Micaela y recordó que su madre al morir la había dicho que existían dos mitades iguales á aquella que le dió y que una de ellas la llevaba en su cuello la hija bastarda y le vino entonces al pensamiento la idea de si Micaela tendría dicha mitad; es decir, si por las venas de la Superiora corría sangre de su sangre.

Igual idea cruzó por la mente de Micaela.

Las dos jóvenes sospechando la verdad, conferenciaron entre sí y aclararon el secreto.

Micaela entonces se arrojó en brazos de Milagros y ambas permanecieron largo rato unidas, llorando no ya como dos amigas, como dos hermanas que eran; sino como dos hermanas muy queridas que después de una larga ausencia se encuentran por casualidad.

La Superiora por la noche trazó algunas líneas en un álbum donde escribía sus memorias. Sobre aquella hoja cayó una furtiva lágrima cuya mancha quedó allí indeleble para siempre, como testimonio de gozo y de ternura al saber la joven que no estaba sola en el mundo, que tenía una hermana!

Esto precisamente aconteció la víspera del día en que Micaela murió envenenada por una venganza política, que fué un secreto.





XXIII

Una familia feliz.

No muy lejos de una botica que se hallaba en aquellos tiempos en la Calzada del Monte, en uno de los barrios de la Habana, vivía en una casa de regular apariencia una familia compuesta de una señora como de cuarenta años, de cara redonda, dos hijas y un joven que aún no había llegado á la mayor edad. La madre de estos vástagos era mujer á quien gustaba mucho divertirse y las niñas no le iban en zaga. Llamábase la mamá doña Luz, la niña mayor Altagracia y la segunda Beatriz: el muchacho tenía por nombre Benigno. Doña Luz y sus hijas asistían á toda clase de diversiones. Tan pronto iban á Marianao, á bailar donde llamaban *la Glorieta,* como estaban en *Sebastopol,* local á donde concurría en la ciudad de la Habana gente *non-sancta* y digo *non-sancta,* no por otra cosa sino por la clase de baile un tanto libre que allí tenía lugar todos los domingos por la noche. Y cuéntase que la mamá, aunque muy metida

á veces en la casa de Dios, encontraba, según ella decía, más sal, más animación, más vida, y se divertía mejor en Sebastopol que en la Glorieta, en donde todo tenía menos atractivo, no había gracia ni alma y resultaba el baile más soso. A estas criaturas nada les faltaba; es decir, tenían buena mesa, vestían con muchas cintas y relumbrones, y eran las primeras que se hallaban en las fiestas. Por supuesto, *cursis* como ellas solas; en eso nadie las aventajaba.

Pero esta familia feliz daba que murmurar en la vecindad. Muchos creían que doña Luz se había encontrado dinero enterrado; otros decían que fabricaba monedas y algunos afirmaban que tenía pactos con el mismo demonio. Y era porque, sin tener bienes de fortuna conocidos, sin que nadie se ocupara de nada en aquella casa, sino solo el niño, empleado con un mezquino sueldo, todos brillaban y triunfaban y además se percibía con frecuencia en la vecindad un olorcillo tan agradable, salido de la cocina de doña Luz, que á la verdad quitaba pesares, ó mejor dicho hacía abrir al prójimo la boca un palmo. Tan bueno era el aroma de los guisos; aroma que el viento traía de aquella casa esparciéndolo al rededor, para desconsolar á muchos.

Las muchachas eran buenas; pero tenían un defecto y era el de ser muy exigentes. Sin tener (que ellas lo supieran) de donde les viniera nada, á no ser cierta cosa, de que sólo dichas jóvenes tenían conocimiento, armaban camorras con la mamá porque esta no les traía de las tiendas todas las galas que le pedían para vestir á su capricho.

—Mi *malakoff* ya no sirve—decía una.—Es necesario, mamita, que me compres otro; pero que me abulte, mucho..... mu-

chísimo, como el de doña *Chucha*, la señora de aquí enfrente. No me gusta verme escurrida al salir á la calle.

El Malakoff llamaban en aquel tiempo en la Habana á lo que en otras partes era conocido con el nombre de *Miriñaque* y el miriñaque ya sabemos todos que á veces tocaba en lo ridículo por lo hueco y lo *pomposo:* hoy lo ha reemplazado el *polizón,* ó mejor dicho, hasta ahora poco lo reemplazaba.

Las niñas y la mamá se daban una gran vida. Ellas no salían de casa al peso del día porque el calor tan sofocante emanado del sol de los trópicos, les molestaba sobremanera; así es que se pasaban el tiempo unas veces meciéndose muellemente en buenos sillones, otras columpiándose al aire libre en ricas hamacas, y siempre dándose fresco con grandes abanicos. Nunca trabajaban ni hacían la menor cosa; en fin, que lo pasaban como unas odaliscas, como princesas, como reinas.

La casa se hallaba casi siempre cerrada de día y de noche y ellas con frecuencia salían al patio, lleno de flores, donde se entretenían en leer bajo un cocotero, romances *alegres* y novelas románticas. Cuando apartaban la vista de la lectura, soltaban la lengua á todo trapo y murmuraban hasta de la camisa que tenían encima... sobre su cuerpo. Nadie de los del vecindario se escapaba á la maledicencia de aquellas mujeres que nada sabían, pero que de todo se ocupaban. Aquellas lenguas viperinas hablaban mal del Capitán General, del Provisor, de la vecina de enfrente y hasta del Obispo. La mamá era la que más tenía materia para charlar y parecía que de todo entendía, pues todo lo trataba y lo discutía con aire de suficiencia.

A doña Luz se le veía comunmente soñolienta, fumando buenos puros, tendida magníficamente en su hamaca, siempre diciendo: *¡qué gran vida es esta. ¡Oh, quegran vida.....*



La niña mayor tenía por novio á Sebastián Noveyra á quien todo el mundo conocía en la Habana con el nombre de *Matías Pérez,* portugués *reventando de forte* por los cuatro costados, que se ganaba la vida haciendo toldos para las calles de la ciudad, para los patios y para los establecimientos de comercio. Eso sí; nadie los dejaba tan bonitos, tan bien arreglados como Noveyra, quien tenía orgullo en presentarlos mejor que nadie, tan bien acabados, que era un portento. Doña Luz, que

estaba también muy oronda con tener á su hija *casi* colocada con un hombre de las circunstancias de Noveyra, hablaba tanto del *talento* de su yerno futuro, en cuanto á hacer toldos, que lo ponía por esas nubes. Y á la verdad, el portugués llegó á adquirir por su habilidad tal fama, que todos le conocían en la Habana por el *Rey de los Toldos*. El con solo el dictado de rey estaba orgullosísimo y se daba tono y mucha importancia y se inflaba como un pavo real. Vamos, que el portugués ya no cabía en su pellejo.

Como mi historia es sumamente verídica, tengo la seguridad de que muchos en la Habana recordarán aún al «rey de los toldos...;» esto es, á Matías Pérez, dijo sonriendo don Antonio.

Pero en fin, me basta que usted dé crédito á mi relato.

Y luego añadió mi amigo Gonzalga:—En la Calzada del Monte todos se hacían lenguas acerca de lo regalona y lo satisfecha que vivía doña Luz. A la verdad no faltaban envidiosos y averiguadores de vidas agenas que la motejaran y la criticaran con fundamento, porque nadie sabía en todo el barrio cómo y cuando y porqué motivo le caía el maná del Cielo á aquella mujer. Algunos preguntaban si robaba y por eso es que en la duda, cada hijo de vecino cerraba con mucha precaución su puerta por lo que pudiera suceder. Lo que más daba en qué pensar, era que después de cubrir todos sus grandes gastos aquella buena señora, aún tenía onzas de oro que facilitar á un crédito muy crecido, según se afirmaba, y todas del cuño de Cárlos III, sin saber nadie cómo había adquirido aquella soberbia colección de peluconas. Porque verdaderamente, ellas ni por industria, ni por herencia, ni por renta propia podían considerarse con bienes de fortuna.

—Que ladronas son esas que todos los días compran joyas, flores y un sin fín de adornos y baratijas y no dan razón de la procedencia de su dinero? Esto se preguntaban las del barrio y exclamaban á coro:—pues no es nada lo que tenemos metido en el vecindario. Vaya unas brujas! ¡Que buenas lámparas!—Y la mayor parte de las vecinas más cercanas decían:—Semejante cosa no debe consentirse; la que quiera regalarse y vivir con el lujo, que lo gane. ¿Vamos á delatar á esas bribonas á la justicia?

Era, pues, cierto de toda certeza que doña Luz, y sus dos hijas se habían ganado por sus puños la malquerencia general de los vecinos que no podían gastar lo que ellas en galas y perifollos.

Lo que también parecía una verdad indiscutible, era que doña Luz llevaba una vida misteriosa; porque, lo repito, no tenía bienes conocidos, no trabajaba, no se ocupaban en nada sus hijas y todos en aquella casa brillaban y triunfaban... ¿De dónde procedía ese dinero que sin medida derramaban con ostentación de sus personas en espectáculos, fiestas y bureos y que les servía para no perder un baile, una función de iglesia ni feria ni jolgorio?

Y sobre todo, cómo salía de su cocina aquel olorcillo excitante capaz de abrir el apetito de un muerto? Nada: allí había gato encerrado...

Susurrábase también, con visos de certeza, que un alto funcionario público rondaba mucho la casa, á modo de Tenorio trasnochado, poniendo los puntos á Beatriz, la segunda hija de doña Luz, y decíase igualmente que el tal caballero era casado.

Pero dejémonos de chismografía y vamos al grano: hablemos de Noveyra; de aquel arrogante portugués que muchos co-

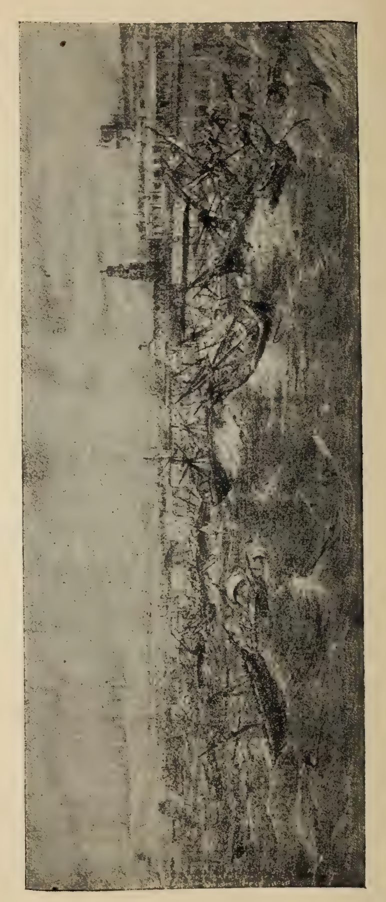
nocieron hace más de cuarenta años en la Capital de la Gran Antilla.

Al novio de Altagracia no se le podía dar del todo el nombre de fanfarrón; pues era un valiente en regla. Pruebas de ello dió cuando llegó de Portugal á la Habana en medio de un deshecho temporal que hará época en los fastos de la historia de Cuba.

Sebastián Noveyra, siendo aun muy joven, se distinguió por su gran arrojo el día 10 de Octubre de 1846, salvando de una muerte segura á varias personas. Entre los terribles ciclones que ha sufrido la isla, no hay memoria de ninguno tan desastroso, como el de los días diez y once del referido mes, en el cual bajó el barómetro de escala francesa á 26 $0\frac{1}{2}$ y el de medida inglesa á 27 74 soplando el viento del N. E.

Antes de romper la tempestad se notaba en el aire algo extraño, algo horrible, algo tremebundo, vistiendo el cielo un manto de tristeza que sobrecogía el espíritu. Sordos bramidos se oían en lontananza como quejidos precursores de la Naturaleza que va á quebrantar, digámoslo así, los ejes del mundo, retumbando por do quiera con horrible fragor los ecos de la destrucción y de la muerte. Desde luego el corazón presentía, el alma se afligía y apocaba. Aquellos fueron días de luto: aquellas fueron horas memorables, que mientras haya vida no las olvidará nunca el que pasó por ellas.

Todo el que miraba aquel ceniciento cielo y oía aquel extraño rumor, creía que se aproximaba la fin del mundo: aullaban los canes: lloraban los niños: la tímida doncella se postraba ante el crucificado llena de miedo pidiendo conmiseración: nadie sabía lo que iba á acontecer; pero auguraban que sería algo muy triste.



Los estragos de la ciudad y de la bahía fueron incalculables. Varios buques de guerra se fueron á pique: el bergantín español *Constitución* y la goleta *Criolla* se perdieron completamente: la corbeta francesa *Blonde*, varó desarbolada: los vapores españoles *Guadalupe, Bazan* y *Satélite* vararon en la costa frente al Arsenal y el vapor *Trueno* en el bajo de Regla. Entre los buques mercantes se fueron á pique la fragata española *Primera de Guatemala*, los bergantines *Centauro, Colón, Paquete de Vera-Cruz, Pelícano, Piedad* y varios

otros. Zozóbró la fragata *Crourrier,* holandesa, se sumergió en la Machina la *Jacson,* francesa, se fué á pique destrozada la inglesa *Edward Hayes,* quedó embarrancada y casi perdida la americana *Mudarra* y los costeros en su mayor parte se perdieron, habiendo sido muy pocos los buques de travesía que escaparon sin tener grandes averías. El huracán fué espantoso: la ciudad sufrió grandemente, pues resultaron muchas casas deterioradas y un gran número destruídas. Hubo unos treinta muertos y veinte y cuatro heridos. Todos los que hayan presenciado tal temporal lo recordarán con horror.

En esa catástrofe se distinguió por su valor Noveyra y tanto fué su arrojo, que el Excelentísimo señor Capitán general don Leopoldo O'Donell, que era entonces la primera autoridad de la isla, trató de premiar los servicios del portugués que quería ser cuñado de Benigno.

Benigno, el hijo de doña Luz, tenía un carácter fuerte, indomable y nada justificaba su nombre, sino que por el contrario, lo desmentía con sus alborotos, pendencias contínuas é impetuosidad acostumbrada. A cada instante buscaba camorra. En la oficina de Obras públicas donde se hallaba empleado de escribiente, no se le podía resistir: hacía lo que se le antojaba; pasaban días y semanas y hasta meses y no llegaba á poner en limpio un oficio; volcaba los tinteros, continuamente estaba pintando barcos y muñecos en la pared; así es que el Ingeniero Jefe no sabía qué hacerse con tan diabólico muchacho.

Benigno, puede asegurarse, no se cuidaba de otra cosa que de ir á firmar á fin de mes la nómina. Decía el muy bribón que había varios en la oficina que hacían lo mismo y que él no

se hallaba en el caso de trabajar por otros que disfrutaban de más haber. Semejante muchacho tenía aburrido á todo el mundo; pero ¿quién podía meter en vereda á aquel indómito, cuando el mismo jefe estaba, según se decía, galanteando á su hermana y por consiguiente no debía entrar en sus cálculos ponerse á mal con quien podía serle fatal para el éxito de su conquista?

La oficina á que me refiero, se hallaba pues en completo abandono. Frecuentemente se veían algunos empleados muellemente recostados, en sofás ó sillones, fumando buenos puros, embelesados, extasiados en ver elevarse ante sus ojos las ténues nubecillas de humo en forma de espiral. Así abstraídos, adormecidos, pasaban el tiempo en un *dolce farniente*, murmurando *el mañana* con el propósito firme de trabajar más al siguiente día, Dios mediante. Pero llegaba el día inmediato y en las horas de oficina siempre la cosa era igual: no había voluntad que los moviera.

El Ingeniero Jefe, don Ambrosio Bermúdez, hombre de grandes influencias en la Corte, pues tenía allí parientes en muy buena posición, era atendido en Madrid con particular solicitud, tratárase de lo que se tratara, cuando él recomendaba un asunto y por lo tanto no había cosa que Bermúdez pretendiera de los Ministros, que no lo consiguiera sobre la marcha. También en la misma Habana era él un brazo fuerte para cualquier empeño; así es que, conociendo doña Luz lo mucho que valía el ingeniero de Obras públicas, en cuya oficina tenía colocado á su hijo, se alegraba interiormente de ver por los alrededores de su casa á don Ambrosio en solicitud de Beatriz. Beatriz también comprendía que para el porvenir de su hermano y de toda la familia,

convenía agradar al ingeniero y no mostrarse esquiva; así es que don Ambrosio encontraba cada día más accesible el terreno para penetrar hasta donde pudiera en el laberinto de su naciente amor, que le llevaba á una magnífica conquista.



Beatriz deseaba mucho que el ingeniero se le declarara hasta que al fin vió realizado su constante anhelo, para lo cual se arregló perfectamente una noche de baile, llevando traje de gran cola á la glorieta de Marianao. Bermúdez, elegantemente vestido también y muy almibarado, sentado al lado de la joven, le declaró sin muchos rodeos «*su atrevido pensamiento,*» á cuya declaración correspondió ella sin hacerse de rogar, como quien de antemano tiene aprendida la lección, acordándose del porvenir de su hermano.

Todos con el noviazgo se hallaban muy contentos en la casa y todo marchaba á las mil maravillas, menos la vida que llevaba el hijo de doña Luz. Era una familia aquella al parecer feliz.

Un día viendo el ingeniero que no podía de ninguna manera sacar partido del maldito muchacho, pues éste no adelantaba nada en la carrera de empleado público, por su gran holgazane-

ría, le dijo con ciertas ínfulas:—es necesario mudar de vida, Benigno. Conozco perfectamente que usted no ha nacido para estar metido todo el día en una oficina como esta, donde se trabaja tanto... tanto... pegado uno siempre á la mesa, continuamente en cálculos, haciendo números y más números, siempre con guarismos hasta lo infinito. Míreme usted... que calvo estoy... con tanto trabajo mental como tengo... Quiere usted entrar en una casa de comercio, donde el trabajo es más ligero, más variado y hasta si se quiere más lucrativo? Yo tengo á quien poder recomendarle. Porque—ya lo dije—es necesario mudar de vida, Benigno!... Es necesario y... á toda prisa: lo entiende usted?

—¡Oh, sí... sí señor... deseo entrar en el comercio; pero sobre todo de «*dependiente de aduanas.*»

—Bien: eso vendrá más tarde. Por de pronto puede usted empezar por lo más fácil hasta que vaya adquiriendo ciertos conocimientos indispensables. Poco á poco, como sabe usted, se va lejos. En los escritorios de la Habana, se crean los muchachos una buena posición cuando nacen con *hebra.* Yo he conocido chicos que han entrado comenzando por limpiar las lámparas y han salido para ser directores de casas de seguros ó de comercio.

—Sí, señor: yo entraría con mil amores: sí, señor, con mucho gusto.

—Pues nada; manos á la obra. Mañana hablaré yo con mi amigo Barrenechea, para ver lo que se puede hacer de usted.

—Con quién... con don Juan?

—Sí; con don Juan, que es un buen almacenista y hombre honrado.

En efecto, á los tres días estaba colocado ya Benigno en un

establecimiento de víveres ganando más sueldo que en la oficina de obras públicas.

El almacén en donde se hallaba el hijo de doña Luz, estaba situado en las inmediaciones del Muelle de Caballería, en los bajos de la opulenta casa de Drake. Benigno tenía poco aplomo; todo lo hacía corriendo, precipitadamente. El primer día que salió á cobrar, que fué por cierto un sábado santo, cometió una distracción muy grande, cosa que pudo haberle costado caro; pues sucedió que al ir á rendir á su principal la cuenta de todo el dinero recogido, observó que le faltaba nada menos que veinte onzas de oro.

Entonces apenas se conocía en la Habana el papel moneda: no había sino peluconas, muchas peluconas.—¡Ay, infeliz de mi... qué hago yo ahora...? (Se decía el pobre Benigno). Y efectivamente, ¿cómo adivinar que casa era la que le había dado de menos dicha cantidad, cuando fueron cuatro las cuentas que debía cobrar y que cobró, y el dinero lo había ido metiendo, á medida que lo recibía, en un saquito donde por consiguiente estaba todo junto, todo mezclado....?

El hacía reflexiones y se decía: se habrá padecido la equivocación en la casa de Mórison? Sería en la de don Francisco Alvarez, donde está Serpa ó en la de Embil? Sería acaso en la de Drake...? Nada: vamos á preguntar á la ventura: iré á todas ellas, que esos señores son buenos sujetos, gente formal y honrada.

No bien había acabado don Antonio de pronunciar la última palabra, cuando oimos allá lejos, la campana de un reloj que nos advertía la hora avanzada que era y entonces mi amigo levantándose presuroso de su sitio, dijo, señalando á la luna que ya des-

cendía: «¡Retirémonos, que pronto va á desaparecer *ella;*—y añadió sonriendo con amargura—*ella,* mi buena amiga, la que tanto me conoce por haberme alumbrado en mis desgracias y mis penas!»

El coche volvió á rodar velozmente como el día anterior y al entrar nosotros en el hotel, apareció al extremo de uno de los pasillos, su dueña, es decir, la cubana.

Y don Antonio, al alcanzar á verla le gritó: Buenas noches, doña Carlota»—y luego me insinuó al oído:—«Ya sabrá usted más adelante quien es esta Carlota..... una Carlota de cuerpo entero... una mujer de armas tomar.



XXIV

Altivez y amor oculto y algo del Obispo y de don Fabricio, su secretario

Al siguiente día, á la hora designada, volvimos á nuestro acostumbrado paseo, al bosque de Boulogne, y nos sentamos en el mismo sitio. Yo verdaderamente estaba ansioso de saber si Sor Milagros se había atrevido á pisar de nuevo el salón donde Gonzalga se hallaba enfermo de amor; así es que, como tenía gran prisa de satisfacer mi curiosidad, le pregunté:

—¿Qué actitud tomó para con usted la hermana de la Caridad, esa Milagros que tan desdeñosa se le mostró en su última entrevista?

—Siempre altiva, siempre indiferente, me contestó.—Algunas veces la vi pasar erguida por el corredor, frente á mi departamento, sin dignarse mirar á la puerta para ver aunque fuera el lecho en que yo yacía moribundo. Como una fiebre pertinaz devoraba mi vida, el médico mandaba en ocasiones que estuvie-

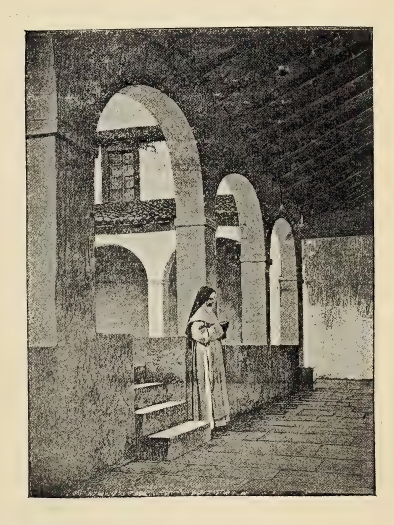
ran abiertas las hojas de las ventanas del salón que daban al vestíbulo. Por ellas veía yo cuando pasaba Sor Milagros, quien según supe, estaba asistiendo á otros enfermos y no quería venir á atenderme á mí, á cuidarme, á darme la vida con su celestial presencia. Aunque tal esquivez hiriera en lo más sensible mi amor propio, la misma indiferencia que ella me mostraba, lejos de apagar, hacía crecer la llama de mi pasión; de modo que en esta contienda de encontrados afectos, quería á todo trance salir vencedor, y si me afanaba en vivir, sólo era por eso, por triunfar al fin en la lucha de lo divino con lo humano, hasta ver cómo se resisten... de dónde sacan sus fuerzas el alma y la materia, los sentimientos del deber frente á los del enamorado corazón.

A la verdad, yo me hallaba en extremo resentido: el extraño proceder de Sor Milagros me tenía en un estado más que nervioso, irascible.

Cada pocos días se renovaban para asistirme las enfermeras, y, habré de confesarlo, todas me eran igualmente insoportables. Pero no; yo con una transigía á medias, haciéndoseme algo simpática y era porque me traía á veces noticias y me hablaba de *ella*. Un día me dijo:—¿qué le ha hecho usted á una hermana de la Caridad que yo conozco y que tanto se resiste á entrar en esta sala? Pero lo más particular—continuó diciendo—es que, á pesar de la repugnancia que manifiesta, trasluzco en ella un marcado interés por el enfermo del número cinco, y aunque no pregunta, conozco que le gusta estar enterada de su estado. Ya lo creo!.... se le nota tristeza cuando sabe quo el paciente está peor, ó que adelanta poco su salud.

Mi sala, según ya he dicho, era la del número cinco. Yo, como

soy naturalmente desconfiado, le dije á mi enfermera: no estará usted equivocada, hermana, en cuanto á ese interés que usted cree observar?



—No, no lo estoy. Ella debe tener un gran pesar; ahora precisamente la he encontrado abajo, á la entrada, y siempre la veo triste, pensativa, y á veces no sabe lo que hace ni lo que piensa, ni lo que dice. Como es tan hacendosa, siempre se le halla ocupada en las labores de mano. Allí está la pobrecita trabajando junto á una columna.

—Si está triste y ensimismada, es por otra causa, muy legítima. No sabe usted?... Ella perdió un hijo en una noche terrible, que no quiero recordar, porque al representárseme en la memoria, se me eriza el cabello.

—Sí; ya lo se: todo me lo ha contado; mas tengo la seguridad de que en Sor Milagros pasa algo extraordinario, que sólo lo sabe ella y... Dios, que penetra en las conciencias...

—No será por mí, seguramente.

Me miró la enfermera de una manera particular, como si dijese:

—Quién lo duda? ¿Conoce usted acaso el corazón de la mujer? ---Después no sé si la oí expresar, ó si fué mi conturbada imaginación quién hablando por ella, hizo este subversivo razonamiento:

—Nosotras, cuanto más queremos nos afanamos más en disimularlo; y á veces lo hacemos así para no llevarnos chasco.... pues tememos no ser correspondidas cómo deseamos.

Yo aquel día me hallaba sumamente hastiado de la vida y estaba de un humor infernal: todo me molestaba, aún lo que podía halagarme: así es que le dije como reconviniéndola:

—Explíquese de una vez, hermana... nada de reticencias.

—Bien conozco que el estado de postración en que usted se encuentra y los sinsabores de una pasión que no es correspondida, tienen sobrexcitado su ánimo; pero sería mejor que usted se dominase.

—Sí; quizás estaré nervioso; pero quién se halla como yo al borde del sepulcro en lo mejor de la edad, en el estado de excitación en que me encuentro, todo hiere mis oídos y no quiero sino morirme—dije airado.

—Esas son ideas pesimistas, hijas verdaderamente de su fantasía de su enferma imaginación, que extrema el grado de sus dolencias, pues no hay motivo para exasperarse tanto... y yo como veo que le soy molesta á usted, no quiero agravar su estado y me marcho—dijo con resolución.

Ella era orgullosa; yo intransigente y ambos estábamos contrariados.

Así continuamos con nuestras réplicas, hasta que la hermana de la Caridad salió del salón enfadada y no la volví á ver más.

Me fuí quedando solo, desamparado, y todo por mis genialidades, por mis impertinencias.

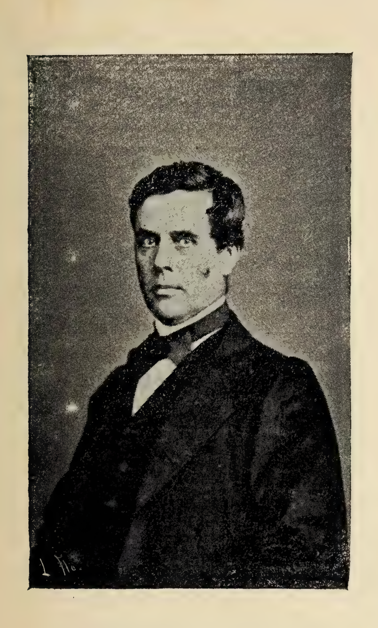
Yo sabía todo lo que le pasaba al alma de mis penas; á Sor Milagros. Esta, después de la muerte de Micaela, había variado bastante de caráter: su ensimismamiento más marcado y su misma tristeza la hacían todavía más interesante. Al abrir el cofrecito cuya llave le había dado la Superiora, encontró en él importantes revelaciones y vió claramente confirmado que Micaela era su hermana. Dentro estaban las dos medias medallas, que, unidas, formaban una igual en un todo á la que le dió Clotilde, su madre, medalla que desde que aquella murió, llevó siempre la joven Milagros sobre su pecho, como prenda de amor filial. Documentos muy importantes de conspiraciones y secretos íntimos de la vida de Micaela se hallaban también allí, revueltos en confuso montón, como en una arca santa depositada en tumba inviolable.

Ella, la hermana de la Caridad, empezó á sentir cierto desfallecimiento, efecto de aquella fuerte pasión de ánimo que la ensimismaba, y los médicos le indicaron que tenía necesidad de no afanarse tanto en atender á los enfermos y sobre todo le prescribieron distracciones y que buscara otro método de vida. Todos los que querían bien á Sor Milagros, procuraban proporcionarle entretenimientos y comodidades y sucedió que hasta el mismo señor Obispo de la Habana, tomó interés decidido por ella.

Junto al palacio episcopal se hallaba una casa de regular apariencia habitada por unas señoras de lo más selecto de la

ciudad, muy religiosas, muy caritativas y ya de alguna edad. Su Ilustrísima, amigo de Sor Milagros y de las referidas damas, propuso á estas recibir en su casa á las personas de más confianza tres noches en semana, para proporcionar á la hermana de la Caridad entretenimiento honesto y solaz saludable, siempre que se aviniera á concurrir á tal tertulia. Aquellas buenas señoras, complacientes y atentas y deseosas de corresponder á las indicaciones del señor Obispo, no titubearon en invitar á las personas de más intimidad en la casa para reunirse allí algunas noches á jugar á las damas, al ajedrez ó al tresillo, con objeto de que asistiera Sor Milagros y se distrajera, desterrando así sus tristezas, según prescripción de los facultativos.

Su Ilustrísima, que era entonces el señor Freitz y Solá, sumamente atento y caballeroso y al mismo tiempo de corazón sensible y compasivo, tuvo gran complacencia en ver realizada su idea, y él también de tiempo en tiempo asistía á aquellas reuniones puramente familiares. Pero para que el señor Obispo no se molestara en salir á la calle, ni tomara el relente de la noche, y con objeto de proporcionarle las comodidades posibles, las mismas señoras de la casa indicaron que si su Ilustrísima no tenía inconveniente, ellas harían abrir una puerta de escape por una de las habitaciones á fin de que se comunicaran ambas casas y que pudiera el señor Freitz y Solá salir y entrar por ella cuando lo tuviera por conveniente. En efecto, la cosa se hizo así, y Sor Milagros siempre concurría á la tertulia, como igualmente con bastante frecuencia el señor obispo, su secretario y su médico.



El secretario de su Ilustrísima era don Fabricio Descobello, según ya he dicho. Hombre como de treinta años de edad, era licenciado en derecho civil y canónico, de mucha ilustración y sobre todo sumamente cortesano. Cuando el señor Obispo salía á los campos á administrar el santo Sacramento de la Confirmación, le acompañaba siempre don Fabricio, quien, como tenía un carácter muy jovial y era expansivo y ocurrente, hacía las delicias de las reuniones ó tertulias á que asistía. Era ostentoso en su vestir y sumamente gallardo. En el concepto de las damas—que entienden de esas cosas—su presencia era muy buena. Sus centellantes ojos eran de color del cielo: su tocador se hallaba siempre atestado de ricas pomadas y de perfumes exquisitos. Tenía capricho por peinarse y aderezarse un velloso lunar que, coquetón, aparecía en uno de sus carrillos dando cierta sombra expresiva

á su cara. El casi nunca usaba los hábitos clericales; así es que cualquiera que no le conociera, al verle por primera vez, le creía seglar. Y cuéntase que de no estar él ungido con el óleo santo, no perteneciendo por lo tanto á la casa del Señor, muchos corazones, es decir, muchas hijas de Eva, se habrían seguramente prendado del secretario de su Ilustrísima. En una palabra, don Fabricio era de sangre ligera, guapo, simpático y elegante, aunque demasiado pródigo.

¡Oh! yo le conocí mucho. Sumamente rumboso, dilapidaba á más y mejor; tanto, que á fin de mes, al cobrar su sueldo, ya no le quedaba ni siquiera un *medio* (1) para socorrer á un pobre. Y sin embargo, el importe de las misas rezadas que diariamente celebraba don Fabricio cuando se las encargaban, se lo entregaba siempre al esclavo Gabriel á quien él llamaba *Guzarapo*.

No parecía, á la verdad, sino que el dinero le pesaba á Descobello en el bolsillo, pues siempre estaba discurriendo en que gastarlo. Y luego se afligía, y con razón, cuando llegaba la segunda quincena del mes y se veía precisado á pedir prestado para socorrer á los menesterosos. Y sucedía que cuando estos, que ya le conocían, le acosaban en la calle con lamentos y quejas, don Fabricio llevaba maquinalmente su mano al bolsillo sin acordarse de que estaba exhausto, y entonces corría á la primera tienda de comestibles que encontraba al paso y pedia al crédito lo que se le ocurría para dar de comer al hambriento.

Para don Fabricio, después de su madre y su hermana, era *Guzarapo* el ser preferido entre todos los que vivían sobre la tierra y le atendía y le socorría y hasta le mimaba.

(1) Palabra con que en Cuba se significa al real de vellón.



Gabriel, pues, «negro de nación» (1) natural de la antigua Etiopía, tenía una verdadera mina con su amo y como al esclavo le hacía cuenta que «cayeran» misas, le rezaba siempre de rodillas á la Virgen Santísima para que el cielo se las deparara al secretario. No había duda: Gabriel tenía un pie de altar en la iglesia con las misas que el bueno de don Fabricio celebraba, cuyo dinero lo iba el negro depositando en una alcancía á medida que se lo daba el clérigo para adquirir su libertad.

Los domingos y demás dias festivos los dedicaba el secretario Licenciado en facultades mayores, después de salir del templo de San Juan de Dios, á ponerse en ropas menores para levantar su cama, cepillar la ropa, pegar los botones que faltaban, zurcir las medias y barrer la casa, con su pañuelo á cuadros por la cabeza. Y mientras tanto cantaba seguidillas ó recitaba versos, casi siempre improvisados, que hacían á cualquiera dester-

(1) Se da tal nombre á los negros oriundos de Africa.

nillar de risa. Luego llamaba á Guzarapo para que le sirviera el almuerzo, cuando no iba con alguno de sus amigos, á la fonda del Águila de Oro. Aquel establecimiento, mejor diré, aquel templo consagrado á la gastronomía, si no me es la memoria infiel, pertenecía á un genovés llamado Pepini, á quien siempre don Fabricio al entrar obsequiaba con una graciosa sonrisa sacando al mismo tiempo de su bolsillo una caja de carey repleta de oloroso rapé. Entonces la abría ceremoniosamente para que tomara un polvo el italiano, quien de contínuo permanecía en el vestíbulo frente á la puerta, vigilando..... viendo quien entraba y salía, y además, mirando lo que hacían sus dependientes... por aquello de que el ojo del amo.—*et cœtera...*

Estos insignificantes detalles á que desciendo, sirven para caracterizar con más precisión al personaje que pinto; plácidos recuerdos que tendrán siempre un eco en mi corazón hasta que muera mi memoria. . . . .

Y sigo describiendo, esto es, relatando lo que era el secretario. Don Fabricio, pues, tenía un alma buena, sensible. El no podía nunca presenciar una desgracia ni oir una lástima ni escuchar un lamento. También es verdad que no había nacido para la guerra, ni podía estar en ningún peligro: erizábasele el cabello de ver estrangular una gallina y ni siquiera se determinaba á matar á un mosquito que le molestase. Tal era el horror que tenía á la efusión de sangre aquel buen clérigo.

Cuando en los campos, ó bien sobre la ciudad, se formaban esas turbonadas tan comunes bajo el trópico, y el cielo se encapotaba y se veían brillar los relámpagos al chocar las nubes, retumbando el trueno, don Fabricio se acurrucaba en un rincón

del aposento á puerta cerrada, temblando, forrado hasta la corona con su sotana ó manteo de rica seda y asustado, rezaba... rezaba, encomendándose á Dios y á todos los santos. Y lo hacía así, es decir, se envolvía en la seda, porque según nadie ignora, esta es un preservativo que repele la electricidad y asi no le podía tocar ningún rayo ni centella, que era lo más que temía en el mundo.

Su Ilustrísima se reía mucho de las ocurrencias de don Fabricio y de sus excentricidades: él le apreciaba por sus buenas cualidades y condiciones y á veces hacía que le acompañara á la mesa.

A Descobello no le gustaba gran cosa jugar al tresillo; pero á la verdad, no tenía antipatía á las *damas*, sino al contrario... Lo que es el ajedréz no lo podía ver: como no tenía calma ni paciencia para pensar, no entraba tal juego en el reino de sus cielos. ¡Oh, era muy mal jugador: siempre le estaban dando mate al rey ó á la reina y continuamente estaba el pobre sacerdote recibiendo codillo.

Sor Milagros, como no hacía nada que no fuera encaminado á un fin noble y principalmente caritativo, concertó con el señor Obispo, que todo jugador á quien la suerte favoreciera, tenía la obligación de depositar, en una cajita que en la tertulia había, una cantidad designada al objeto de ir reuniendo fondos suficientes y que se abriría á fin de mes para repartir su contenido entre los pobres más necesitados de cualquier barrio de la ciudad. La idea iniciada por la hermana de la Caridad, tuvo gran aceptación, y está por demás decir que don Fabricio fué quien menos contribuyó directamente al socorro de los pobres, pues era el

que más perdía. El médico del Obispo, señor Urquinosa, hombre pensador, de fortuna y de cálculo, era el gran jugador, el que proporcionaba más contingente para los necesitados, y hacía entrar más pesos fuertes por una rendija que en su tapa tenía la cajita cerrada con pestillera inglesa, y llave de dos vueltas.

Aquellas reuniones nocturnas eran de mucho mérito porque iban encaminadas á dos nobles fines: el uno, que servía de recreo y solaz, particularmente á un alma que necesitaba de tal lenitivo para no sufrir tanto; el otro, que proporcionaba recursos para enjugar lágrimas, para aplacar penas.

Y aquella tertulia donde no se murmuraba de nadie, donde no se ofendía ni á Dios ni á los hombres, sino en que al contrario se practicaba la virtud, no dejó de tener alguna resonancia, no dejó de hacer que cuchichearan muchas beatas ya de edad al salir de los templos, después de haber besado su pavimento, haber tomado agua bendita y haberse dado muchos golpes de pecho.

Se murmuró de unos y otros, del señor obispo, de don Fabricio, de Sor Milagros, del médico y aún de las ancianas señoras, dueñas de la casa. Nadie... nadie absolutamente se escapó de la maledicencia de aquellas santurronas, de aquellas sempiternas beatas que continuamente estaban en la iglesia.

En el edificio cuyo contenido he descrito y que tan mala apariencia tenía en la calzada de San Lázaro, había un salón donde siempre estaban tres ó cuatro pobres de solemnidad recogidos, por insinuación de don Fermín, para hacer más ostensible su buen corazón, su honradez y su amor á la caridad. Allí se les atendían perfectamente y el público hablaba entusiasmado de ello haciendo grandes elogios de la sala de los recogidos en aquella casa piado-

sa. El departamento de los pobres en el feo y antiguo edificio á que me refiero tenía fama. Por eso la primera noche que se abrió la cajita, se dirigieron en dos coches los concurrentes á la tertulia, á la casa del barrio de San Lázaro á llevar á aquellos infelices acogidos, todo lo recaudado durante el mes.

Y esos fueron los dos carruajes que el excelentísimo don Fermín, *Cabeza de Perro* y su hijo oyeron parar á la puerta, la noche que el pirata arrepentido fue á dar parte al jefe de los bandidos, de que se iba á retirar para siempre de la vida que llevaba y de la Sociedad á que pertenecía, noche en que por precaución tuvo que escurrirse por la puerta secreta el esposo de Antonieta temiendo alguna emboscada.

El señor Obispo de la Habana se mostraba muy satisfecho del objeto benéfico de la tertulia á que él asistía y procuraba que, por la rendija de la cajita, se introdujeran muchos pesos fuertes para bien de los pobres. Su Ilustrísima no hay duda que se mostraba siempre sumamente caritativo: era un justo, un santo en opinión de la gente.





XXV

Vida de doña Luz y su familia

El *Rey de los Toldos* llegó á ser muy conocido en la Habana y muchos de sus amigos que verdaderamente le apreciaban por su honradez y por sus valentías, le motejaban por tener relaciones con la hija de doña Luz, señora muy poco querida por cierto, á causa de la vida un tanto divertida y desenvuelta que llevaba, lo mismo que todos los de la casa. Verdad es que nadie podía relatar ningun hecho concreto que no estuviera conforme con la honradez y la moral; pues aquellas niñas no habían dado nunca que decir. Jamás dieron un mal paso. De lo que sí se les podía censurar con razón y justicia, era de que se llenaban de cintas y flores y de anillos de oro de mala ley. En una palabra, eran unas *cursis,* adivinándoseles también ciertas pretensiones por aparecer gente de pró; esto es, verdaderas señoras... señoras de rango.

Algo se susurraba acerca de la mamá. Esta era una *gaceta* con respecto á dar noticias. Tenía conocimiento de todo lo que sucedía en la ciudad y en sus alrededores, y lo más original era, que nadie entraba en la casa, ni de día ni de noche, que pudiera llevarle cuentos ó historietas de lo que en la Habana acontecía. Y sin embargo, como si fueran brujas, ellas de todo estaban enteradas; todo lo sabían. Y era porque doña Luz siempre, un año y otro, al oscurecer todos los días, acostumbraba salir en una volanta de alquiler con dirección á la *plaza del Vapor* y allí, en una casita de muy mezquina apariencia, abría una puerta, entraba sola y después de un gran rato salía una viejecita paso á paso, con su báculo, unos grandes espejuelos verdes y un tupido velo á la cara. Al parecer era una pobre vergonzante que movía á compasión á todo el mundo y que vivía de la caridad cristiana. Aquella infeliz apenas se podía arrastrar: causaba lástima verla con un vestido tan sucio, tan roto, tan lleno de jirones: verdaderos harapos.

La pordiosera tenía destinado, cada semana, un barrio distinto de la ciudad para recorrerlo, pidiendo limosna de puerta en puerta. Ella había adquirido amistades de valía entre las personas más caritativas y todas la querían y la agasajaban. Y no hay duda, la vieja tenía una labia para pintar sus cuitas que cautivaba los corazones y al mismo tiempo daba pena. La mendiga abría dos ó tres veces en la noche la misma puerta, volvía á salir despues de haber guardado en la casa los bultos que llevaba debajo del brazo y allá, tarde de la noche, iba la misma volanta á buscar á doña Luz; pues no era otra que ella la pordiosera, quien llenaba el vehículo de varios objetos y, después el

calesero, una vez de estar dentro la señora, daba un par de latigazos bien fuertes al rocín, y este partía á trote largo hacia la Calzada del Monte. Allí paraba cerca de una botica que había en aquellos tiempos de feliz recordación y así, como quien no quiere la cosa, entraba por la puerta todas las noches la gracia de Dios en casa de doña Luz.

Y entraba... porque las niñas, tan pronto llegaba la mamá, se acercaban á la volanta y estaban gran rato acarreando para dentro víveres y géneros que luego se vendían. También de un portamonedas descomunal y de un bolsito muy lindo, se sacaba dinero que doña Luz guardaba cautelosamente en una alcancía de grandes dimensiones, todo fruto de las limosnas que ella alcanzaba en sus excursiones nocturnas y también de algunos encargos no muy buenos, no muy lícitos, que le hacían en la casa de la Calzada de San Lázaro, quizá para sufrimiento de algun prójimo.

Verdaderamente era una industria como otra cualquiera de mala ley, aquella á que se había dedicado doña Luz hacía ya mucho tiempo, industria por otra parte muy productiva, pues le había proporcionado vivir sin trabajar, sostener su familia con desahogo, tener dado dinero á un rédito bastante crecido y además adquirir amistades y saber noticias y secretos, hasta los más recónditos, secretos que algunas veces la llegaron á valer mucho.



Doña Luz así que regresaba á su casa, tomaba siempre una silla y se sentaba á rezar, sin despojarse absolutamente de nada de su equipo. Pero aunque digo á rezar, no era sino á descansar de la faena del oficio; porque todo... todo cuesta en este pícaro mundo! Con el rosario en la mano, permanecía sin moverse, pero diciendo siempre en voz baja: ¡Señor, que esto no se sepa...! Que esto no se sepa nunca, Señor!—Y así estaba ella largo rato, meneando los labios como si rezara, hasta que sus dos hijas concluían de llevar para adentro todo lo que la *pobrecita* traía y luego se iban á acostar, después de que todos en la casa habían cenado opiparamente.

Doña Luz sabía disfrazarse tan bien, que parecía enteramente otra persona, y como usaba dentadura postiza y se la quitaba para mendigar, aparentaba su rostro ser más delgado y lleno de arrugas. En fin, andaba por esas calles de Dios dando un clavo al más pintado, convertida en una perfecta vieja, con más años que Matuzalen.

La familia de doña Luz estaba ya medio colocada, ó en vías de estarlo. Me explicaré:

Era un hecho ya que Sebastián Noveyra llevaba relaciones

con Altagracia, aunque aún no había pedido su mano: el Ingeniero Bermúdez daba con frecuencia sus vueltas por la Calzada del Monte, acercándose cada día más á las rejas de la ventana de Beatriz donde esta se ponía todas las tardes á esperarle, hasta que al fin llegaba el novio y estaban los dos las horas muertas de palique, y Benigno seguía colocado en el almacén de Barrenechea, aunque sin muchas esperanzas de poder continuar en tal colocación. Estuvo á punto de ser despedido desde luego de la casa, pero escapó á uña de caballo, gracias á que tuvo la gran suerte de dar con un hombre de bien, al ir á indagar en donde había dejado de recoger las veinte onzas de las cuentas aquellas que fué á cobrar el sábado santo.

Porque Benigno, así que las echó de menos, se fué desde luego á la casa de Drake y sin saber de fijo si la equivocación se había padecido allí, le dijo al cajero, señor como de treinta á treinta y cinco años, alto y trigueño:—don Ramon, será aquí donde se ha dejado de dar veinte onzas de oro cuando vine hoy á cobrar la cuenta de mi principal Barrenecha? Por que me falta esa cantidad pura y neta. Veinte onzas justas.

—Ahora veremos—contestó el cajero.—Como sábado que es, he sacado hoy de la caja para hacer los pagos que se ofrecieran, trescientas onzas, que en pilas de á veinte he puesto sobre esta mesa: he dado ya, según recibos que tengo aquí, doscientas sesenta; me deben quedar por lo tanto ciento cuarenta. Voy ahora mismo á contar, y si en vez de ciento cuarenta onzas, hallo ciento sesenta, la equivocación se ha padecido aquí: eso es tan claro como el agua. Ahora lo vamos á ver, ahora mismo, en el acto. Espere usted.. espere...

Y el cajero don Ramón Herrera, contó entonces el dinero que quedaba sobre la mesa y encontró las veinte onzas que se buscaban. Le dió las gracias Benigno, cuyo recuerdo guardó para siempre en su memoria y se ausentó de la casa de Drake, tan contento como unas Páscuas, bendiciendo en medio de su alborozo la moralidad y la honradez.

Pero aquí he de hacer presente que cuando el hijo de doña Luz llegó al lugar donde se hallaba el cajero, éste, aunque de carácter serio, pues se parecía en eso á un verdadero inglés, se reía mucho con una vieja pequeña, fea y flacucha, que le estaba mirando la palma de la mano con gran atención.

Y la viejecita le decía: ¡oh, usted va á subir mucho... mucho.. Se ríe...? Es que no me cree...?

Aquella anciana se buscaba la vida diciendo la buenaventura: era pues una *adivinadora* y todos la llamaban «*la hechicera de Bejucal.*»

No sé si acertó ó dejó de acertar la bruja; pero sí aconteció que andando el tiempo el antiguo cajero de la casa de Drake, pudo ocupar una posición muy envidiable y su nombre llegó á figurar entre los Directores de las empresas de ferrocarriles y buques á vapor; todo debido á la honradez, á la inteligencia y al trabajo, que son los grandes resortes para la riqueza y la felicidad de las familias.

Pero volvamos á mi cuento.

A medida que los días iban pasando, el cariño, el afecto, el entusiasmo del Ingeniero para con Beatriz fué creciendo y al fin dejó el novio de hablar por entre las rejas de la ventana y entró en la casa.

Don Ambrosio Bermúdez, Ingeniero Jefe de Caminos, Canales y Puertos de la isla de Cuba, empezó á dar qué hablar entre las personas de su amistad, en el café, en la plaza, en los principales salones de la Habana, y entonces comenzó á murmurarse de Beatriz y de doña Luz, pues el amante de la joven era persona muy bien relacionada en la ciudad y apreciado de todos. Como la maledicencia es generalmente lo que da alma y vida á las tertulias, el pobre don Ambrosio era pasto de una espantosa crítica y todos á una voz decían que el Ingeniero estaba loco, enteramente *chiflado.*

Muchas damas preguntaban: no es casado él?

Y otras contestaban: sí; pero qué *casta* de niña es esa que lleva relaciones con un caballero casado?

Doña Luz tenía un hermano, pero éste nunca iba á su casa; tal vez para no romper zapatos, pues era mucha su economía. Ella, que era viuda de un oficial de Carabineros, había quedado pobre á la muerte de su marido, que sucumbió de tristeza ó de desesperación al perder las economías que había hecho durante su vida, depositando lo poco ó mucho que tenía, en una caja de ahorros que se declaró en quiebra. Y cuéntase que muchos murmuraban, con verdad ó con mentira, que no procedían precisamente de ahorros las cantidades perdidas, sino del contrabando y de otros negocios inmorales. Más sea lo que fuere, el oficial de Carabineros murió de despecho, después de haber dejado la decantada Caja de Ahorros á que me refiero, por puertas á todos los que en ella tenían impuesto su dinero, ya fuera ganado con el sudor de la frente ó ya por cualquier otro medio innoble que no tuviera por origen el trabajo.

Doña Luz, viéndose desamparada al fallecimiento de su marido, sin recursos para sostener á sus dos hijas y al niño, se puso á mendigar por las noches disfrazada de pobre vergonzante; mas se arraigó tanto en ella el vicio de pedir de puerta en puerta, que aún, después de tener dado á rédito mucho dinero, continuó en el mismo oficio sin... trabajar.

Pasaron años y nadie absolutamente llegó á sospechar nada acerca de la industria de doña Luz. En todo pensaban, menos en que por las noches se convirtiera en pobre vergonzante, en mendiga, la que siempre andaba en los bailes y en las ferias con tantas flores y cintas. Ella, como ya he dicho, sólo tenía un hermano, pero muy avaro, muy miserable, tacaño como nadie, y estaba naturalmente rico.

La viuda del oficial de carabineros tenía ambición de figurar y de relacionarse con gente de la buena sociedad. Como había adquirido ya algun capital y creía que á la sombra de Bermúdez, amante de su hija, le sería facil subir en posición y alternar con gente de alta alcurnia, ideó abonarse al teatro de Tacón, pero procurando conseguir que fuera el palco contiguo al del Intendente de Hacienda, ó aun mejor, al del Capitán general. Porque así, quedando ellas al lado de cualquiera de dichas autoridades, se presentaría quizá motivo de conversación incidental hasta acabar con el tiempo por hacerse con algunas relaciones de valía, máxime, cuando había niñas, como lo eran sus hijas, con un buen palmito.

Doña Luz se abonó, pues, al teatro de Tacón cuando en él iba á dar funciones cierta compañía de declamación compuesta de artistas de mucho mérito, en que figuraban la eminente Ma-

tilde Diez y Manuel Catalina que acababan de llegar de España. El palco que al fin se consiguió, por influencia del ingeniero Bermúdez, fué nada menos que el contiguo al del Capitán General, palco muy solicitado siempre por las familias de la mejor sociedad de la Habana.

La primera noche que Matilde se presentó precedida de una fama europea, el teatro se venía abajo de gente: las localidades se habían vendido á triple precio de lo ordinario: eran muy solicitados los palcos y doña Luz y sus dos hijas hicieron su *debut*, entre el gran mundo, digámoslo así, en una noche solemne. Lo más escogido de la Habana se hallaba allí reunido y todas las miradas se dirigían al palco de doña Luz, por ser *caras nuevas* las que aparecían en aquella localidad, en donde por primera vez se veía relucir aquella profusión de cintas y flores. El palco parecía una verdadera maceta, pero colosal, con los abigarrados colores que ostentaban las dichosas mujeres.

Como la viuda del oficial de carabineros y sus hijas eran muy poco conocidas en la Habana, todos se preguntaban y decían: qué gente tan rara es esa? Porque nadie las había visto nunca: ninguno podía dar noticia de ellas, puesto que habían llevado una vida sumamente oscurecida.

Ciertamente ellas habían concurrido muchas veces á los bailes de Marianao y Sebastopol; pero estos sitios nunca eran frecuentados por la buena sociedad habanera ni mucho menos, y aquella noche cuando Matilde Diez debutó en el Gran Teatro de Tacón, sólo asistieron la aristocracia y las principales familias de la capital de la isla y aún de lo más escogido de fuera de la ciudad.

Todos los gemelos se dirigían con insistencia al palco de doña Luz y muchas personas tenían gran curiosidad por averiguar *de donde había salido* aquella gente.

Al fin se presentó ocasión de que parte del público viniera en conocimiento de quienes podían ser, es decir, que sospecharan que la mamá fuera doña Luz. Y esto sucedió porqué allá á más de la mitad de la función, se presentó en un entreacto el Ingeniero don Ambrosio Bermúdez, (á quien todos conocían) en el palco de la viuda del oficial de carabineros, tomando asiento junto á Beatriz.

Como ya los amores del Ingeniero y de la hija de doña Luz eran conocidos en la buena sociedad de la Habana, pues varias veces le habían dado á Bermúdez mucha broma con ellos, desde aquella noche misma tomó carta de naturaleza entre las personas de la amistad de don Ambrosio, la familia, hasta entonces desconocida, del difunto oficial de carabineros.

El teatro se hallaba completamente lleno y todo, como ya he dicho, de lo más escogido. Allí estaba la encantadora Tula, amiga íntima de Milagros, la familia del Conde de Santovenia, de Cañongo, de la Fernandina, de San Fernando, de Pedroso, de Calvo, de Montalvo, los Marqueses de San Felipe, de Villaclara, de Almendares y todo lo principal del foro y de la banca y del Comercio y de las bellas artes.

Doña Luz no cabía en su pellejo al ver que tenía al Ingeniero en su palco, y que todas las miradas estaban fijas en ella y en sus hijas y en el pretendiente de Beatriz, que se hallaba á su lado. Reflexionar que su palco, contiguo al del Capitán General, estaba llamando la atención de todo el mundo; ver que todos los ante-

ojos se asestaban á cada instante, con suma insistencia, hácia donde ellas estaban, le preocupaba sobre manera, la tenía vuelto el juicio de contento. Ya se creía estar figurando en primera línea entre las familias más aristocráticas de la Habana; ya le parecía estar oyendo el crujido de la seda de su vestido de gran cola al entrar ella en los salones con sus hijas, cubiertas de flores, llamando la atención por sus atractivos y sus galas.

Aquella noche doña Luz de vuelta á su casa y al acostarse, sintió latir su corazón más aprisa que nunca. Le pareció haber traspasado en un momento la raya, el límite que la sociedad le marcara: quiso hacerse el propósito firme de no volver á engañar al mundo vistiéndose de mendiga: imaginó tomar para vivir un hotel de gran apariencia en lo más céntrico de la ciudad y con el tiempo dar bailes y *soirées* y que sus salones fueran centro de las mejeres reuniones de la Habana.

Doña Luz estaba tan emocionada, que no pudo pegar los ojos en toda la noche y casi lo mismo les sucedió á sus hijas.

Pasaron dias y el portugués Sebastián Noveyra se decidió á tomar estado y entonces pidió la mano de Altagracia. Pero doña Luz, como tenía ya otras ínfulas, no consideró al *Rey de los Toldos* partido ventajoso para su hija, pues creía que no «*le igualaba.*» Mas, en fin, los muchachos hacía tiempo que eran novios y Altagracia quería de verdad á Noveyra. Puesto que ningún otro partido mejor se le había presentado, la viuda del oficial de carabineros empezó á habilitar á la chica para casarla, después de la Pascua con aquel á quien todos conocían allí con el nombre de Matías Pérez. Pero su nombre de pila era otro... por cierto muy retumbante, muy pomposo y muy armonioso: él se llama-

ba Sebastián Noveyra Vasconcellos y Camprodón de Algarrabas.

Aconteció casualmente que en ese tiempo llegó á la Habana el aeronauta Mr. Godard, tan conocido en el mundo y anunció varias veces en los periódicos y en los carteles puestos en los sitios más públicos, su ascensión en el globo aerostático titulado el *Rey de los Aires* que había traído de Francia. Entonces el *Rey de los Toldos,* valiente como él solo, se empeñó con Godard para que le llevara en la barquilla á fin de aprender á abrir la válvula y á manejar todo lo necesario, de un aereostato, adquiriendo conocimientos en el arte. En efecto; bien pronto pudo ver el portugués coronados sus ideales, pues no tardó mucho en comprarle al aeronauta el globo para hacer por cuenta propia sus ascensiones, anunciándolo en los periódicos de la ciudad.

Mas dejemos aquí por ahora á Sebastián el portugués y todo lo que con él se relacione. Por de pronto tan sólo debo decir, que los novios no pudieron llegar á efectuar su matrimonio, por un incidente que perfectamente recordarán los que hayan estado en la Habana en la época á que me refiero y de que más tarde habré de ocuparme. Ahora volvamos atrás.





XXVI

Reanúdase la conversación de don Fermín con el Pirata y contrae éste amistad con don Fabricio.

Así que el señor Obispo y las personas que le acompañaban á la casa de la calzada de San Lázaro, entregaron el dinero para socorro de los pobres allí acogidos, cantidad que se anotó con toda formalidad y los requisitos oportunos en el libro de ingresos del establecimiento, volvieron á rodar los dos coches que habían parado á la puerta principal de dicho edificio, la noche aquella en que don Fermín el Santo conversaba con *Cabeza de Perro* y su hijo Luis.

Tan pronto dejó de oirse en lontananza el ruido de los carruajes de su Ilustrísima, salió de su escondite el excelentísimo don Fermín y se sentó de nuevo en un sillón del aposento, en aquel obscuro calabozo, donde se hallaba triste y pensativo el pirata.

El pequeño salón estaba modestamente amueblado, destacán-

dose sobre una mesa de palo negro un crucifijo de marfil y en las paredes se veían algunos cuadros al óleo, representando uno de ellos el Descendimiento, otro la Santísima Virgen y en frente de donde se hallaba este colocado, se veía un magnífico lienzo, quizás obra de Murillo, donde resaltaba por su incuestionable mérito la Magdalena al pié de la Cruz.

Cabeza de Perro, desde que le dejó sólo con su hijo el excelentísimo don Fermín, cuando éste se escabulló y desapareció como un duende por la trampa, no volvió á desplegar sus labios ni se movió de su asiento. El remordimiento de sus pecados le tenía contrito y afligido: no parecía sino petrificado, ó más bien una estátua con expresión de abandono, de tristeza, de desfallecimiento. Con su mano en la mejilla y el codo sobre la mesa, la débil luz de la lámpara le daba de soslayo, proyectándose la sombra de su cuerpo en la pared. Aquella estátua viviente representaba el sufrimiento personificado, la lucha del pensamiento con el crímen, el arrepentimiento, la desesperación en silencio, callada, contenida.

Así que tomó asiento don Fermín á su lado, le dijo:

—Y bien, Angel, has reflexionado acerca del mal paso que vas á dar perjudicando grandemente tus intereses? No conoces que retirarte de esos negocios tan productivos que tenemos, es un solemne disparate, máxime ahora en que precisamente tenemos más completa libertad, más campo libre, pues que ya Tacón no se halla en la Habana?

—No me haga reflexiones Vuecencia: mi determinación es irrevocable: no doy un paso atrás.

—¿Pero cómo vamos á liquidar una sociedad embrollada con

tantos negocios como tenemos, cuyos resultados no están claros todavía?

—No me hable Vuecencia de más negocios. No quiero nada: no deseo sino morirme.

—Estás loco, Angel? No ves que esa resolución tuya nos perjudica á todos, si persistes en ella? Pues qué, así vas á abandonar, á sacrificar hasta tu mismo hijo?

—Mi hijo debe retirarse también y emprender otro camino, el de la religión y el del trabajo honrado.

—Pero quién te ha imbuído esas ideas, tonto?

—Una voz misteriosa que no me deja dormir y de seguir así, quiero cien veces más la muerte.

—Pues bien: cómo quieres que liquidemos? Qué parte te damos?

—Ninguna: no quiero nada.

—Pero tendremos nosotros algún día que lamentar tus indiscreciones? Podremos tener confianza en el arrepentido? Llegará algún momento en que tus labios revelen secretos y...

Angel García no le dejó concluir, pues le dijo con resolución: no prosiga Vuecencia: mis labios nunca revelarán nada.

Por Dios, padre mío:—exclamó entonces el hijo que temblaba de miedo al pensar si su padre podría delatarles.—¡Por Dios, qué nunca esto se sepa...!

Entonces don Fermín, ligero como un ciervo, se abalanzó hacia la mesa de palo negro y cogiendo el crucifijo que estaba sobre ella, sin darle lugar al pirata á reflexionar, se lo presenta delante y le dice:—juras por esta imagen que nunca dirás una palabra que nos perjudique?



—Juras por esta imágen que nunca dirás una palabra que nos perjudique?
—Lo juro...!

—Lo juro!—dijo solemnemente Angel con energía y besó el crucifijo.

Volvió á poner sobre la mesa don Fermín la imagen del Señor crucificado, medio convencido de que el pirata arrepentido cumpliría su juramento; pero como aquel monstruo sólo estaba envanecido con sus títulos y riquezas y no creía en nada, ni en Dios ni en el castigo del cielo, no temía sino el de los hombres, que es el que quería él á todo trance evitar.

Angel García ya no parecía el mismo: era otro. Con frecuencia se le veía en la iglesia de San Juan de Dios; pero no estaba allí como el hipócrita de don Fermín, dándose á cada instante con estudio golpes de pecho, y mirando de soslayo á su alrededor para observar si alguien paraba la atención en él. El pirata que tanta sangre había hecho derramar en los mares; que tanto terror había causado en el mundo, era ahora manso cordero que se postraba ante los altares contrito y arrepentido con la amargura en los labios y la fe en el corazón. El arrodillado pronunciaba á veces maquinalmente aquellas palabras del hijo de Milagros: *Upa mamá!*

¡Ah, siempre en su imaginación veía él aquel niño! Por todas partes le perseguía su imagen!

Don Fabricio Descobello, al ir todos los días á la iglesia de San Juan de Dios, encontraba frecuentemente á Angel García rezando y en muchas ocasiones el pirata arrepentido le encargaba en el mismo templo sus misas, cuyo importe iba á dar siempre á manos de Guzarapo... de Gabriel, que era el criado de confianza que tenía don Fabricio desde hacía muchos años.

Cómo se pasaban las semanas y los meses y Descobello veía

continuamente, en la iglesia á la misma hora, la misma cara y Angel García tenía ocasión de ver también ante el altar al mismo Ministro del Señor, llegó á haber entre ambos una correspondencia secreta, misteriosa, una atracción en el templo de dos almas solitarias. Porque en la iglesia de San Juan de Dios no se veía á la hora en que don Fabricio iba á celebrar la acostumbrada misa sino solo, tan solo á Angel. Y esto acontecía todo el año, á excepción de los domingos y demás días festivos en que se reunía allí bastante gente á cumplir con el precepto religioso.

Cuando por casualidad transcurría la hora en que acostumbraba entrar en el templo don Fabricio y éste no aparecía, se decía para sí Angel: «el clérigo no ha llegado hoy... Qué le habrá sucedido?—Y si acontecía entrar el secretario y no se hallaba allí Angel, buscaba instintivamente con la vista don Fabricio á su compañero de iglesia y se preguntaba: «que le habrá pasado? El feligrés no ha venido hoy: donde estará?»

Descobello, sin darse cuenta él mismo, le fué tomando cierto afecto á aquel religioso, que acostumbraba ver al pie de los altares, y le picó al fin la curiosidad de conocer algo de su vida y saber en qué se ocupaba.

Un día en que se le acercó Angel, como otras veces lo había hecho, para encargarle algunas misas, tuvo ocasión el secretario de decirle:—ayer le eché á usted de menos aquí... La misa no la oyó nadie...

Angel rehuía toda conversación y su vista parecía extraviada: él no miraba las más de las veces sino al suelo y no respondió al secretario nada absolutamente acerca de lo que preguntaba.

—Digo, que no le ví á usted ayer aquí y lo he extrañado. Donde estuvo usted, mi amigo? ¿Donde estuvo?

—No me encontraba... bien... No pude salir á la calle y me... quedé en... casa...—Contestó tartamudeando y siempre con sus ojos al suelo. El arrepentido pirata no se atrevía á mirar cara á cara. El temblaba de miedo como un azogado: el infeliz parecía estar intranquilo... muy intranquilo.

—Es usted de aquí? Tiene usted familia...?

Angel García palideció, se inmutó y su semblante varió. Quiso hablar y tartamudeó más que antes: no sabía qué decir.

—Pero si usted siente algo... si hay alguna dolencia en su cuerpo ó en el interior, allá en su pecho... siempre hay remedios en la vida. Los médicos son para el cuerpo, es decir, para la materia: los Ministros del Señor, para el alma, para el espíritu...

Angel García bajó de nuevo los ojos al suelo sin pronunciar palabra.

—Este hombre tiene algo,—se dijo para sí don Fabricio.—Cómo podré yo penetrar este corazón, que se diría es un arca cerrada? ¿Qué misterios habrá escondidos dentro de ese pecho que se muestra inaccesible á toda investigación? Pues el que se presenta tan rodeado de reserva es por que teme ser descubierto. ¿Qué hombre será este, cuya cara siniestra revela encontrados sentimientos, como si luchara un alma depravada con el pesar y el arrepentimiento ó con un recuerdo triste apoderado de la conciencia sobresaltada?

Angel García hizo ademán de retirarse de la presencia del clérigo; pero éste se lo impidió, diciéndole:—Amigo mío, estoy algo cansado, porque he venido de casa muy á prisa. Sentémo-

nos aquí un rato antes de celebrar, que deseo preguntarle á usted una cosa, y así podré descansar y usted oirme.

El antiguo pirata mudó por completo de color. Empezó á excusarse, lo que de nada le valió, pues don Fabricio con su voz dulce, recurriendo á sus delicados modales, con su insinuante palabra de mansedumbre y ternura, de amor y fraternidad, pudo domeñar el instinto salvaje de aquel extraordinario espíritu, mezcla de brutal arrojo y de pavor infantil.

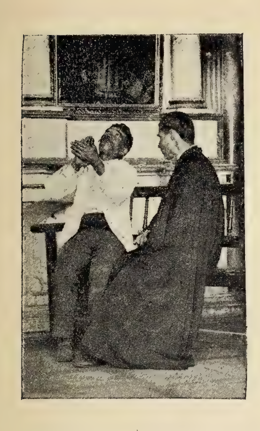
Al fin se sentó por algunos instantes á su lado Angel García; pero como temblando, inclinada su cabeza, con sus brazos cruzados.

Aunque la iglesia se hallaba á media luz, penetraba sin embargo en aquel instante un rayo de sol por una de las vidrieras laterales del templo, viniendo á dar casi á los pies de Angel. Los cristales eran de color y al través del rayo de luz que caía oblícuo formando como un arco iris, miraban fijamente los ojos del pirata las motitas que volaban diminutas, como dorado polvo, agitándose en el aire y tomando colores diversos; átomos que bullían á manera de seres imperceptibles y misteriosos bajados del Cielo.

Esto hizo pensar á Angel García más y más en Dios.

Pasados unos momentos ambos se pusieron á hablar juntos, muy cerca el uno del otro.

Lo que aquellas dos criaturas se dijeron en el solitario templo, ante los altares consagrados, teniendo por mudos testigos la santa imagen del Hombre-Dios que redimió el mundo, y la de la Magdalena arrepentida llorando al pie de la cruz, nadie lo sabe.



Lo que si aconteció, es que surcó por primera vez una lágrima la bronceada mejilla de Angel, á tiempo que exclamó: «*¡Oh, Dios mío...*» y puso sus manos en cruz volviendo sus ojos al cielo, pálido, demudado.

¿Qué habría podido decirle el Ministro del Señor, antes de acercarse al altar, á celebrar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, que de tal suerte conmovió aquel corazón en otro tiempo de acero?

Así la fiera cae vencida bajo la fusta y el hierro candente del domador.

Aquella mañana se oyó suspirar á Angel más que nunca, mientras oía la misa que celebraba el secretario de su Ilustrísima en lo alto del presbiterio. El pirata arrepentido encontraba en aquel día más tristes las naves de la iglesia; pero en esto llegaron dos fieles á bautizar un niño, y Angel oyó los acordes del órgano celebrando gozoso la venida al mundo de una criatura que entraba por la puerta de la casa de Dios, para ser ungida su frente con el óleo santo al afiliarse á la inmensa falange de la comunidad cristiana.

Y esos ecos celestiales, nacidos con el mundo que los recoge vibrantes de la armonía de las esferas para hacer penetrar su ritmo misterioso en los insondables senos del alma, la *música,*

que llega á donde la palabra no alcanza; esos acordes sublimes, que consiguen se entrevean desde la tierra, en un momento las glorias del Empíreo, conmovieron dulcemente el corazón del arrepentido, y Angel lloraba... lloraba en el rincón más apartado del templo y en sus lloros encontró un bálsamo divino de consuelo.

Pero el niño que venía á la vida y que acababa de entrar en la casa santa para recoger las primicias de la gracia de Dios, envuelto en cándidos tules, trajo á la mente de Angel la visión del otro niño que en su imaginación no dejaba de flotar sobre las olas, destacándose su carita entre las gasas, en medio de la noche, alumbrada por la luna y entonces la palabra «perdón» acudió á sus labios.

¡Noche terrible, que siempre se le representaba también á á Sor Milagros para su martirio! Noche memorable para tormento eterno del corsario, que pedía á Dios á cada instante la muerte, á cambio de verse libre del angelical fantasma!

Desde aquel día hubo cierta inteligencia entre don Fabricio y Cabeza de Perro: sí; ya se conocían ambos. Siempre que el secretario salía de la iglesia, después de decir la misa, si estaba por casualidad Angel García sentado en algún banco, al pasar frente á él don Fabricio, le decía:—«*adios, paisano*!».

No había, pues, la menor duda: los dos procedían de remotas tierras, ambos eran de un mismo país, ambos tenían una misma patria.

Cabeza de Perro iba perdiendo poco á poco la robustez de su físico. La pérdida de la salud ya bastante quebrantada en él, iba dejando marcada huella en su rostro, hasta que un día don Fabricio le dijo:—paisano, porqué no se marcha usted á nuestro

país á respirar los aires nativos en aquel clima inmejorable? Váyase usted pronto. Los médicos no le han dicho á usted nada? ¿Quién es su facultativo?

—Es un joven que acaba de concluir su carrera, que me lo han recomendado mucho.

—¿Y cómo se llama?

—Pues mire usted que no recuerdo bien su nombre. Sé que es hijo de un abogado de fama que se llama don Rafael. El joven tiene varios hermanos; todos hombres de carrera. Don Rafael fué muy amigo del gran *estradista* don Anacleto Bermúdez. Es todo lo que puedo decir, porque es lo que sé.

—Pero bien: no le viene á la memoria á usted el apellido de ese médico?

Entonces inclinó él un poco su cabeza mirando al suelo, puso la mano en su frente como reflexionando, y dijo:

—Es cosa así... como... *Er...tini...*

—¡Ah, será Albertini...? Sí; Díaz Albertini... Ya sé... Le conozco: es joven de provecho: conozco también á su hermano Agustín, que es abogado. Es mi amigo. Muchos domingos hemos ido juntos á almorzar con Pablo y con Próspero Manzano al *Águila de Oro.* Todos son buenos muchachos: todos amigos mios. Ya... ya sé...

Don Fabricio se interesaba por la salud de Angel; así es que le recomendó hablar de nuevo al médico Albertini para ver si opinaba que debía ir á respirar los aires natales.

Un día al acabar de celebrar el secretario de su Ilustrísima la misa de costumbre, se le acercó Angel García, y le dijo casi al oido:—«paisano... al fin dejo este país... Me marcho! Me marcho..!»

—Y cuándo...?—le preguntó el clérigo.

—Mañana mismo.

Cabeza de Perro se ausentó pues de la isla de Cuba.

La parte que tenía como socio Angel García en la casa de la Calzada de San Lázaro, la quedó representando su hijo Luis, quien no era muy torpe por cierto para semejante comercio. Tenía indudablemente mucha actividad, y aunque no era muy valiente para afrontar los peligros que á cada instante surgían por la clase de negocios á que se lanzaba, él hacía de tripas corazón, siempre que era necesario, y la casa fué en progreso.

El Excelentísimo señor don Fermín se daba una vida regalada, llena de comodidades; pero no podía vivir tranquilo. A cada instante le parecía ver la vara de la justicia cayendo inexorable sobre su cabeza; sin embargo de que el dinero se vaciaba á manos llenas para ahogar el clamor sempiterno, el grito difamador y continuo de las víctimas de una sociedad desmoralizada y corrompida. A veces soñaba que el verdugo le estaba poniendo la fatal argolla al cuello, ó bien que su cuerpo pendía de una soga atada á un palo y que él se hallaba ante un público, que gritaba alborozado, dando palmadas, por verle retorcerse desesperadamente... y al hacer contorciones y muecas se hallaba pálido su rostro, más feo que la muerte. Otras creía estarse mirando ante un espejo, con los cabellos engrifados, él ya sin vida, ahorcado, con un palmo de lengua fuera, negra como el infierno...

En fin, don Fermín tenía su imaginación enferma y su esposa le decía:—Fermín, tú no estás bueno... Por qué no le hablas al médico?

—Porque nadie conoce mi mal, sino yo solamente—respondía.

Así que *Cabeza de Perro* se marchó á su país, vino un día el *Pobrecito* muy asustado á casa de don Fermín y le dijo al oído:—sabe usted que tengo sospecha de que Angel García ha dicho *algo* al secretario del obispado?

Cuando el *Pobrecito* se hallaba cuchicheando, diciéndole al santurrón lo que antecede, llegó de improviso en tal momento un amigo de la casa de mucha confianza y al entrar le dijo á don Prudencio sonriendo:

—¡Hola, *camaraa*, qué secretitos son esos?

Ya ellos, por de contado, no pudieron hablar más del asunto; pero don Fermín se quedó pálido como la muerte, pensando en la noticia que don Prudencio le había dado, de tanta trascendencia para él y para la compañía.

XXVII

Quien pasa mala noche no puede tener buen día.—Conversación misteriosa.—Escándalos y murmuraciones.

La persona que acababa de entrar y que venía por cierto cojeando, con semblante decaído, con rostro demacrado, era el ingeniero de Obras públicas, pretendiente ó novio de Beatriz. Y digo *novio*, porque su amor era ya correspondido con creces, segun todos afirmaban.

Así que entró en el gabinete de don Fermín, empezó á quejarse mucho del molimiento de su cuerpo; tomó asiento en un sillón de mimbres cerca de la mesa de despacho del opulento hacendado, sacó de una lujosa petaca un buen habano de la fábrica de Cabañas, lo encendió, inclinó un tanto su cabeza sobre el pecho y á los pocos momentos empezó á roncar.

No pasó mucho tiempo sin que se le cayera el cigarro ya apagado; pues se fueron entreabriendo sus labios con el sueño y el Cabañas fue al suelo.

El ingeniero se dejó dormir porque no había podido pegar sus ojos la noche antes. Ya diré el porqué.

Don Prudencio al pasar por su lado vió sobre la alfombra *la gran colilla,* dejó caer como al descuido su pañuelo sobre el medio cigarro y entonces lo cogió y se lo guardó. Era hombre que siempre aprovechaba las circunstancias y nunca desperdiciaba nada. Había nacido así... y qué remedio!

El Santurrón tenía ingenios, cafetales y muchas casas en la Habana y además acciones en el ferrocarril de Villanueva y una parte en la compañía del gas. La familia de don Fermín en los meses de más calor, iba todos los años á una bonita finca que lindaba al naciente con la pequeña playa de ** distante cosa de cuatro leguas de la Habana. Cerca, muy cerca ó más bien al pié de la casa estaba un lago; después la playa y más lejos, al lado opuesto, se hallaba un bosquecillo de árboles frutales, en un barranco ú hondonada, guardado por parleras avecillas que no cesaban de contarles á las brisas, principalmente al amanecer, lo perfumado y seductor de aquel rinconcito del mundo donde ellas tan á gusto se encontraban. Continuamente se estaban quitando la palabra unas á otras; tanto, que formaban sus voces un concierto celestial que cautivaba oirlo.

La esposa de don Fermín era una dama de simpática figura; su rostro alegre quitaba pesares. Era mujer de gusto para arreglar los jardines, combinando perfectamente el color de las flores, las que al nacer y después al abrir sus pétalos, formaban distintos dibujos muy caprichosos, pues representaban estrellas y arco-iris, cadenas griegas y letras y macetones y hasta pilas de agua.

La dama se llamaba María Antonieta, como aquella desgraciada reina de Francia que á fines del siglo pasado dejó una triste memoria en el mundo. La señora, á quien nadie llamaba María, sino solo *Antonieta,* era también expléndida y todo lo que la rodeaba no solo llevaba el sello del orden y del buen gusto, sino de la magnificencia. Ella dirigió la fábrica; es decir, la arquitectura de una casa de pequeñas dimensiones en la que vivía... frente á la playa, á veinte metros de la orilla del mar. A su capricho se construyó aquel nido de amores, donde revoloteaban las avecillas formando concierto con el ruido de las olas, con los suspiros de la brisa, con el rumor de los árboles: todo allí era divino, todo seductor. Y puede decirse con verdad, que en el interior de aquella casita donde Antonieta había derramado la gracia y el encanto, no se vivía en este mundo, viviendo con ella... sino en el mismo paraíso. Para decirlo de una vez: era aquello tan completamente hermoso, que parecía la felicidad realizada en la vida.

El día que el Ingeniero se dejó dormir en el despacho de su íntimo amigo don Fermín, la casa se hallaba desierta, sola. Toda la familia, á excepción del jefe, estaba en el campo. Bermúdez, según hemos dicho antes, se hallaba muerto de sueño y de cansancio y estaba cojo, porque Beatriz y la mamá le habían hecho salir de sus casillas la víspera á la noche pues le animaron y le entusiasmaron para ir á Sebastopol. Allí bailó él de lo lindo con su novia y llevó várias veces á refrescar á toda la familia y más tarde al ambigú, servido en abundancia, pero con poca delicadeza. En fin, aquello había sido un baile de *trueno,* á donde no era lícito que concurriera ninguna persona seria y mucho menos

todo un Ingeniero Jefe de Canales, Caminos y Puertos. Aquellas mujeres habían vuelto el juicio á Bermúdez, ya persona de edad y de ciertas circunstancias.

Don Ambrosio había engordado mucho depués de haberse declarado á Beatriz. Como era algo calvo, llevaba aquella noche peluca y á fin de aparentar tener menos edad, se afeitó enteramente excepto el bigote, que se lo tiñó de negro retinto dándose *brillantina*. Sin embargo de que bailaba con su novia formando figuras con otro caballero, hacía ridículas piruetas muerto de risa, pues estaba algo *alegre* y decía: *Esta es la vida...! Esta es la vida...!*



El baile se fué animando cada vez más, á medida que transcurrían las horas, y al fin llegó el entusiasmo á tanto, que la confianza, tomada por los jóvenes de cabeza más ligera, traspasó los límites y de repente se apagaron como por encanto las luces y al volver á ser encendidas, apareció un hombre robusto en ropas menores, en pié, sobre una mesa, como una estátua, en actitud tan poco decorosa que hizo cerrar los ojos á todas las mujeres como por resorte, á tiempo que decía aquel mancebo:—*El verdadero Sebastopol está aquí... soy yo...*

No sé si los más serios (probablemente los padres de familia) dieron algún garrotazo al nuevo Adán, á aquel hijo del pecado, medio narcotizado ya con los vinos y los licores; pero lo cierto es

que el escándalo fué *mayúsculo* y se apagaron de verdad las luces y todo el mundo se marchó á la calle. El *sarao* á que me refiero, hizo época desde aquella noche en los anales de la historia de los bailes más libres de la Habana.

A la salida del salón empezaba ya á despuntar la aurora y don Ambrosio Bermúdez, aunque se acostó para ver si podía conciliar el sueño, tuvo que dejar el lecho porque no podia dormir nada. Si alguna vez se cerraban sus ojos, se le representaban aquellas parejas de hombres y mujeres, estrechamente unidos, dando vueltas en rápido vals y ellas tan escandalosamente ataviadas, casi descubiertos sus senos, incitantes, sus rostros animados por el fuego de sus ojos, con lúbricas sonrisas, con sus lábios entreabiertos y todas jadeantes de cansancio y amor.

También á Bermudez se le representaba en su imaginación la figura de aquellos hombres tan bruscos, dando al bailar sendos empellones y recordaba con la memoria y con el dolor de los pies los pisotones que había recibido sobre sus callos, haciéndole ver las estrellas; por que en fin, el Ingeniero salió cojo del baile, molido como un acemite su cuerpo, con cara triste y aquella noche, de tanta locura, de tanto escándalo, de verdadera crápula, en que tuvo que intervenir la policía, dejó por mucho tiempo una huella en el rostro de don Ambrosio. Él, por su edad, no estaba á la verdad para mucho movimiento y menos para tales orgías.

Esta fué la causa de que empezase á roncar de buenas á primeras en el despacho de don Fermín. Y mientras el Ingeniero dormía á pierna suelta, el dueño de la casa y don Prudencio se sentaron á conversar en baja voz en un extremo del gabinete...

allá en un rincón, á fin de que nadie absolutamente oyera los secretos de sus crímenes.

—Aquí que nadie nos oye, me va usted á contar cómo se pudo secuestrar la noche aquella á Carlotita,—dijo á su consocio el jefe de la compañía.

—Fué cosa muy sencilla. Mi hermana Luz, que está en connivencia con la partida de *Manita Muerta* y que quiere ser suegra de ese botarate que está ahí roncando, el que por cierto tiene perdida la chabeta, se comprometió conmigo á pedirle el coche al ingeniero y se encargó de robar la niña, auxiliándole yo, mediante la cantidad que reza en los libros de la casa; suma que si mal no recuerdo, es la de cien pesos fuertes. Dicha cantidad se le pagó religiosamente á Luz; porque, eso sí... no me gustan deudas ni trampas: á cada uno lo suyo. Lo que se ajusta, se paga.

—¡Oh, sí... pero yo todo lo ignoraba: no sabía nada. Como hace muchos días que he estado indispuesto con unas malditas pesadillas que no me dejan dormir ni vivir, no sé lo que se ha resuelto acerca de esa niña, porque ni siquiera he podido ir á misa: no he salido un momento de casa. ¿Qué es lo que se hace con ella?

—Se ha resuelto tenerla encerrada en el *salón de la muerte* para que sirva de ayudanta allí, que bien se necesita de alguien que auxilie al negro.

—Apruebo la idea—contestó, moviendo la cabeza, don Fermín. El pensamiento es excelente; así no se mata á nadie y la casa se lucra con ella, pues la chica puede ya trabajar en alguna cosa. No es cierto? No es verdad lo que digo?

En efecto: doña Luz, que había prestado muchas veces servicios á la casa de la Calzada de San Lázaro, por mediación de su hermano Prudencio, secuestró con el auxilio de éste á la niña Carlota, hija de aquella señora del mismo nombre que sorprendió el sueño de su íntima amiga Micaela, delatándolo todo á la primera autoridad de la isla por lo cual se llevó al patíbulo á Narciso López.

Con el robo de la niña se vengó la delación que quitó del medio á un hombre indispensable para el triunfo de la causa de Cuba libre. Como todo al fin y al cabo se sabe en este mundo, se llegó á tener conocimiento á ciencia cierta de la manera que Micaela reveló los secretos de la conspiración. Ella lo hizo inconscientemente, soñando, sin darse cuenta de nada, según ya he dicho, y al fin doña Carlota perdió á su hija; se la robaron para siempre!

Doña Luz al ir mendigando por las noches de puerta en puerta, se hizo con el tiempo con la amistad de muchas personas caritativas y hasta en varias casas llegó á inspirar suma confianza. Una de ellas fué la de doña Carlota, madre de Tula y de la niña robada. Como de la confianza nace el peligro, sucedió que Carlotita al ver venir por la calle á la mendiga, á quien siempre esperaba por la noche á la hora de costumbre, se fué con una muñeca á la puerta del zaguán á encontrarla, según hacía varias veces y doña Luz le dijo entonces—¿porqué no vienes conmigo aquí cerca, que voy á comprar una cosa muy bonita para regalar á una niña como tú?

—Y si mamá lo sabe?

—No; no seas tonta: nosotras volvemos ahora mismo. No

sabrá nada. Ven...! que te daré una muñeca más bonita que la que tienes.

—Voy á decírselo. Ella me dejará ir.

—No, no le digas nada. Si es aquí cerca... Aquí...

La niña entonces salió con doña Luz y su muñeca y á pocos pasos, al pasar junto á un coche que esperaba en la misma acera, se lanza sobre ella don Prudencio, le pone de improviso en la boca para que no gritara una mordaza, la entra al instante en el carruaje y éste parte como un rayo á la casa de los crímenes, llevándola el hermano de doña Luz al salón de la Muerte.

Pero la bribona de la mendiga no se conformó sólo con robar á la niña, sino que le arrancó también del cuello al llegar al coche, un hermoso collar de perlas en cuyo broche de oro se veía grabado *J. de la C.* Dicha prenda había sido regalada por el Capitán General que entonces gobernaba la isla de Cuba, don José de la Concha.

Doña Luz, como de costumbre, fué en seguida á casa de doña Carlota á recibir su limosna y á poco de hallarse allí empiezan á llamar á la niña así que la echaron de menos.

—¡Carlota... Carlotita...! (Gritaba la mamá)—Pero Señor, dónde está esta niña? ¿Qué se ha hecho de ella? ¿Quién la ha visto? ¡Ay, hija de mi alma! Carlotita... Carlotita!—Virgen de los Afligidos, vuélveme á mi hija! (Exclamaba como loca la madre)—Qué corran á casa de los vecinos á ver si dan noticias de la pobrecita. ¡Ah!, me la han robado... No hay duda; me la han robado...!

Y doña Luz tomaba parte en el conflicto de la desolada familia y ayudaba á buscarla. Varias veces se le vió sacar un gran pañuelo roto y sucio para secar las lágrimas que corrían al pare-

cer por sus mejillas y se asociaba en cuerpo y alma, según las apariencias, al dolor que embargaba á la desconsolada madre, que no cesaba de gritar: «Carlota! Carlotita! Ven, alma mía...! pero dónde estará? No responde... A la pobrecita la han robado...!»

No; no parecía la niña, ni nadie daba razón de ella.

Solamente un negrito dijo que le pareció haber visto salir de un coche á un hombre de regular estatura, muy flacucho, que cogió á la niña y la entró en dicho carruaje; pero no pudo distinguir á la luz de los faroles su fisonomía y no vió nada más.

Estaba ya demostrado: era claro como la luz del medio día que á Carlotita no se encontraba porque un hombre se la había llevado á viva fuerza.

Por lo tanto, se dió parte inmediatamente á la policía, se hicieron averiguaciones por todos lados, se practicaron las oportunas diligencias; pero nada, todo en vano. La desesperación de aquella infeliz madre causaba mucha pena: era muy grande!

Ella, por algún tiempo, no comió con formalidad ni durmió, buscando á la hija de sus entrañas, hasta que ya cansada y casi muerta, decidió abandonar la capital de Cuba é ir por los pueblos de campo con la esperanza de hallarla tarde ó temprano. Porque la esperanza es lo último que en la vida pierde el desgraciado!

Doña Carlota, tan conocida en la buena sociedad de la Habana, tenía muchas amistades de gran valer y todos le ayudaban en las averiguaciones. Ella ofreció dar una cantidad muy considerable al que le llevara noticias fidedignas del paradero de su hija; pero nada... el tiempo pasó y en vano fueron los trabajos y las pesquisas de la pobre madre y de todas las personas de su amistad que ayudaban á buscar la niña.

La noticia de semejante acontecimiento corrió como la electricidad por la Habana. Por las noches era la tan misteriosa desaparición la conversación favorita en los cafés, en las tertulias y en el teatro.

La prensa toda se ocupó del hecho y como el desorden y la anarquía eran allí muy grandes por causa del mal gobierno de los que habían estado al frente de la Administración del Estado, todo el mundo ponía el grito en el cielo porque era un mal general el que se sentía. Y esto daba margen á que las personas sensatas y los hombres que tenían que perder y que vivían del trabajo honrado, llevasen su pensamiento á otras regiones y unos hablaran de la anexión de Cuba á los Estados Unidos y otros fueran partidarios de la idea separatista.

La prensa no dejaba un solo dia de dar el grito de alarma. Todos estaban cansados de tal desbarajuste.

Un periódico decía: «frente al poder legal, frente á la Administración pública, se han levantado una administración y un poder ocultos, que parecen más formidables; mejor organizados, más diestros, más felices en sus combinaciones que los primeros.

»Eso es lo escandaloso.

»En Puerto Príncipe, Juan Marrero ha burlado todos los planes del Gobierno. En Matanzas y Santa Clara, el *Curro* tranquilo y dichoso percibe las rentas que ha juzgado suficientes para asegurarse una plácida existencia. Aquí, á las puertas de la Habana, puede decirse, Manuel García primero (1) sólo deja de secuestrar cuando los propietarios que figuran en su

(1) En la isla de Cuba han habido dos bandidos del mismo nombre.

»*índice* le pagan con regularidad los impuestos. Tan pronto co»mo alguno se resiste, tan pronto como encuentra mala voluntad »ó falta de apresuramiento, su potente mano descarga el golpe »formidable y ¡guay! del que no reconozca la majestad del rey »de nuestros campos.

»Esa es la situación. No tiene nada de enaltecedora para los »que nos gobiernan y que son los encargados de asegurar la »tranquilidad de los avecindados en esta tierra.»

Otro diario decía: «Cecilio Guillén ha pedido cinco mil tres»cientos pesos fuertes á la empresa del Ferrocarril, señalando »el término de un mes para la entrega, con amenaza de causar »daño á los trenes, si no se le facilita dicha suma. Hay el pen»samiento entre varios hacendados, de reunir una fuerte canti»dad que no baje de cien mil pesos, la que se depositará en el »banco y será entregada al que presente la cabeza de Manuel »García primero.

»La junta formada de orden superior para apreciar los servi»cios contra el bandolerismo, entregará cuatro mil pesos á la »persona ó personas que de cualquier manera realicen la captu»ra de Antonio Falcón, sin perjuicio de las otras cantidades que »los hacendados están dispuestos á entregar y cuyo importe será »superior á la ofrecida por la Junta».

Todo eso decía la prensa y algo más...

Las ricas y populosas regiones de Bainoa, Jaruco, San Antonio de los Baños y Aguacate, eran presa del más aterrador bandolerismo. Muchos hacendados de la isla estaban en connivencia con los malhechores y sus fincas eran respetadas: ellos eran los amparadores de los bandoleros y la casa de la calzada de San

Lázaro era el centro de donde partían las órdenes; pues en los campos tenía sus ramificaciones aquel antro de la corrupción, del exterminio, de la muerte.

El mismo señor Obispo se hacía cruces y se santiguaba al oir las noticias de los secuestros y de los incendios en los ingenios, en vísperas de la recolección y corte de la caña; así como también de las muertes á mano armada á la luz del día, en las calles más céntricas de la ciudad. Hasta llegó á preocuparle á dicho prelado ir á los campos á administrar el Sacramento de la confirmación. En cuanto á don Fabricio, temblaba de miedo y aconsejaba á Su Ilustrísima que no saliera de la capital y de aventurarse á hacerlo era de opinión que pidiera un piquete al Capitán General para ir con toda seguridad á los campos y pueblos del interior de la isla y así enteramente tranquilos poder practicar la santa visita.

Sor Milagros se reía mucho de la poca valentía del secretario de Su Ilustrísima y en broma le llamaba el Cid Campeador.

En la tertulia del señor Obispo, además de jugarse á las damas, al ajedrez y al tresillo, se hablaba siempre de diferentes asuntos como era muy natural y una noche parece que se trajeron á cuento los amores del ingeniero y se dijo que éste era persona de mucha influencia en la Corte. Don Fabricio no echó en saco roto esta especie y empezó á averiguar quién tendría vara alta; es decir, relaciones estrechas con dicho señor, porque hacía tiempo que estaba solicitando una canongía y deseaba tener persona que recomendara en Madrid este asunto de muchísimo interés para él.

—A mí me parece—dijo el doctor Urquinosa—que no hay mejor cuña para eso que la misma novia ó la misma suegra, que quiere ser...

—Sí; es verdad. No me había ocurrido—replicó don Fabricio.—Precisamente tengo un amigo en Güines que conoce bastante á doña Luz; pues ha sido mucho tiempo su confesor, aquí, en la Habana.

—Pues, nada: manos á la obra—dijo una de las señoras de la casa, animando á Descobello para que hablara pronto acerca de la canongía y moviera todos los resortes posibles, ya que se hallaba vacante una prebenda tan buena.

Don Fabricio, que en todos sus actos procedía con extremada dignidad, contestó á la señora que él solo deseaba ganar por sus propios méritos la prebenda, en rigurosa oposición, como correspondía y no por gracia.

—¡Quien le verá á usted sentado en la catedral tan serio y todo, reza que reza, gastando buenos polvos de rapé—le dijo en voz baja Urquinosa que estaba á su lado.

—¡Oh, y qué todos los canónigos lo gastan muy bueno: el rapé de ellos tiene gran fama—contestó don Fabricio.

—Ya lo sé—replicó el doctor.

—Pero á que no sabe usted quién se lo vende?

—No.

—Pues es don Prudencio, hermano de doña Luz, á quien por apodo llaman el *Pobrecito.* Yo conozco mucho á ese sujeto. Sé su historia; es decir, la de sus primeros tiempos, cuando tenía una bodega en la calle de Jesús María y continuamente estaba ocupado uno de sus esclavos en moler café día y noche, teniendo

una cuerda amarrada al brazo y una campanilla que dejaba de tocar cuando el negro dejaba de moler.

—Y para qué era eso?

—Toma! para recibir latigazos el pobre esclavo cuando no sonaba la campanilla. He ahí cómo adquirió su primer capital ese caballero que hoy por cierto está muy rico, pero muy rico!

También se habló en la tertulia acerca de la enfermedad que me tenía postrado en cama, desde hacía tiempo, en el hospital de San Juan de Dios y también se dijo algo del pueblo donde yo había nacido. Don Fabricio y el doctor Urquinosa me conocían perfectamente y sabían donde se hallaban mis padres. Al hablarse en aquella tertulia de mis dolencias, Sor Milagros palideció y se observó que no tomó parte en la conversación; mas bien se conocía que le molestaba oirla.

—¿Pero qué enfermedad tiene ese chico?—preguntó el secretario al médico.

—Una tristeza que le consume; una verdadera pasión de ánimo.

Su Ilustrísima no se enteraba de nada de lo que se estaba hablando; porque embelezado y abstraído completamente en darle mate al rey en la partida de ajedrez que tenía empeñada, no se ocupaba de la chismografía y de las cosas del mundo: su imaginación estaba en el tablero; sus ojos se hallaban fijos en aquel rey de marfil que tanto le preocupaba.

Y ¡ay! mientras tales cosas pasaban, yo me moría de pena empeorando cada día más y más, solitario en aquellas cuatro paredes, sin tener nadie que consolara mi tristeza, que me diera un rayo de esperanza.

¡Señor, me decía muchas veces, lleno mi corazón de amargura, porque no tronchas de una vez esta vida que es ya para mi una carga insoportable, sumamente pesada?



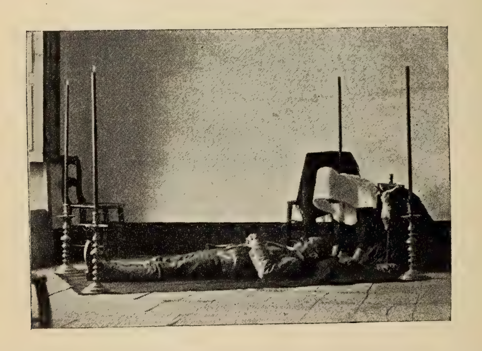
XXVIII

A don Antonio lo llevan á enterrar.—Lo que era Sor Milagros y lo que dijo Su Ilustrísima.—Los resultados de una mala administración.—Una triste sentencia.

Yo había perdido enteramente el color: me hallaba pues extremadamente pálido y siempre acongojado al ver la esquivez, ó más bien la indiferencia de Sor Milagros para conmigo. Mi imaginación exaltada é impresionable, mis tendencias á lo misterioso é inexplicable, á lo absurdo, á lo sobrenatural, formaban mi constitución, mi carácter, mi manera de ser. Un día, efecto de mi estado, tuve un acceso raro y de repente me puse frío, y me quedé sin hablar, sin hacer un gesto, sin movimiento, sin pulsaciones, petrificado; en una palabra, estaba al parecer *muerto*. Llamaron apresuradamente al primer médico que se encontró, vino, examinó mi estado, me tomó el pulso; puso cerca de mi rostro á una pulgada de mis labios un espejo y declaró que ya yo no existía, pues ni el más ligero hálito empañaba la luna. Al instante se corrió en el

hospital la noticia de mi fallecimiento y vinieron algunas hermanas de la caridad á verme por última vez y se arrodillaron á mi lado elevando por mi alma sus preces á Dios. Como me consideraban muerto, se hicieron los debidos preparativos y se dieron las correspondientes órdenes para que me llevaran á la última morada. Todo al parecer había concluído para mí: el mundo, según las apariencias, no lo volverían á ver mis ojos más.

Sor Milagros al saber la noticia, corrió al hospital como una loca y entró en el salón donde á la sazón me hallaba solo, sin que nadie absolutamente me acompañara; pues todos me habían abandonado. Ella desde luego dirigió sus pasos al rededor de donde estaba mi cuerpo en el suelo, tendido sobre el fúnebre



paño de ánimas, con las cuatro velas de cera amarilla encendidas y el crucifijo á la cabecera y derramó en silencio copioso llanto. Luego como se hallaba sola, sin testigo alguno, sin que nadie la mirara, se inclinó, se acercó á mi rostro, estampó precipitada-

mente un beso sobre mi frente fría y dijo: *¡Adios, Cielo de mi alma... Adios!*

Yo todo lo veía, todo lo oía y lo sentía todo; pero no podía moverme, ni hablar siquiera una palabra, ni articular una sílaba: era una estátua!

Verdaderamente, para cualquiera que me contemplara en aquel estado, no existía; estaba muerto.

El crujir de su vestido, las lágrimas que veía yo correr por sus mejillas, sus sollozos reprimidos, sofocados, sus ojos mojados con el llanto, el beso que dió en mi helada frente humedeciéndola sus labios ¿quién puede dar una idea de lo que siempre ha sentido mi corazón á tales recuerdos? Quién puede jamás comprender los efluvios, las emanaciones del más exquisito sentimiento que al recordarlo se escapan siempre de mi alma?

Pero ¡oh, Dios mío; por más que intento reprimirme, á veces se exalta mi imaginación á pesar de mis años y no soy dueño de mí mismo y hablo lo que no debo...—Dijo como arrepentido y avergonzado, inclinando al suelo su cabeza, mi amigo Gonzalga.

Después de algunos momentos continuó:

—Yo, como usted ve, no estaba muerto, puesto que aún vivo,—dijo sonriendo.—Parecía sí que no existía; pero era porque me hallaba bajo el influjo de una catalepsia.

La catalepsia es una enfermedad rara. El enfermo atacado de ella quiere hablar, hacer un gesto, moverse, porque tiene conocimiento claro de los movimientos necesarios para el cumplimiento de sus determinaciones, aunque no puede ejecutarlas. Así es que yo al oir las órdenes que al fin se dieron para llevar-

me al cementerio; al verme entre cuatro velas de cera encendidas con mi crucifijo y todo; al estar contando los instantes que me quedaban para ser enterrado vivo, instantes que me marcaba el tic-tac del reloj que se hallaba enfrente de mí, colgado en la pared; sufrí el mayor de los suplicios. No hay nada comparable á tal tormento.

El ataque de la catalepsia es por lo común repentino. Su duración varía desde algunos minutos á algunas horas y hay accesos que se prolongan muchos días con ligeras interrupciones. Siempre que sucede así, el individuo queda como petrificado en el sitio en que le coge; fijo, en la misma posición en que ha sido atacado. A veces no hay pérdida de conocimiento, como á mí me sucedió; es decir, que no está abolida la noción del yo y del mundo exterior, sintiendo, oyendo, viendo y comprendiendo; pero sin que le sea posible transformarse en actos las determinaciones intencionales que estas percepciones provocan en el cataléptico.

Permanecí como muerto cosa de veinte y cuatro horas, sufriendo mi corazón por encontrados sentimientos lo que no es posible expresar, pues yo de todo me enteraba. Sor Milagros, siempre á mi alrededor, no cesaba de llevar el pañuelo á sus ojos para enjugar las lágrimas; y yo como todo lo veía y todo lo oía, comprendí entonces todo el cariño, todo el amor que me ocultaba aquella mujer extraordinaria.

Transcurridas las veinte y cuatro horas me llevaron al Cementerio y me acompañaron solamente cinco personas: don Fabricio, el doctor Urquinosa, un oficial de la secretaría del Obispado que llamaban *Martinito,* Sor Milagros y una compañera de esta, hermana de la Caridad. Iban ya á ponerme den-

tro de la fosa, cuando observó en mí el médico cierto síntoma que le hizo sospechar mi estado cataléptico y ordenó, después de haber practicado una prueba, que me llevaran al hospital de donde me habían sacado, puesto que yo no estaba muerto.

¡Dios de Misericordia, quién podrá explicar lo que sentí al ver que dejaban de enterrarme, al saber que iba á vivir con el corazón satisfecho, con mi orgullo enaltecido por la correspondencia de un amor que lo creía despreciado, ultrajado?

La sorpresa que causó este acontecimiento á los que me acompañaban fué general; pero en quien se manifestó más viva la impresión fué en Sor Milagros.

Volví pues á mi sala número 5 y me acostaron en distinta cama. Entonces ya no se separó de mi lado en aquel día la hermana de la Caridad.

La vida de Sor Milagros era un contínuo trabajo encaminado al bien. Por sus extraordinarias condiciones la joven se había hecho notable. No había mujer en la ciudad que no la tuviera por santa: no había hombre que al conocerla no inclinara con veneración, con profundo respeto su cabeza al pasar por su lado. Su vida, su alma eran como un fuego purísimo que resplandecía para dar consuelo á los desgraciados, ayuda á los desvalidos, devolviendo la tranquilidad á los corazones atribulados faltos de fe y de esperanza. Hablando siempre de Dios, de su suma bondad; prodigando á manos llenas limosnas á los necesitados; penetrando á cada instante en los inmundos chiribitiles con su actividad infinita; inclinando sobre los enfermos su rostro, su frente, donde se reflejaba la serenidad interior del espíritu, la dulce y

serena paz del corazón, Sor Milagros ejercía así la Caridad, ¡la Santa Caridad cristiana! Cuando sobre el lecho de algun enfermo inclinaba ella su hermosa cabeza como una virgen de Murillo para dar solícita al paciente la medicina que el médico recetara, no parecía sino un ángel enviado por la providencia para curar las enfermedades del cuerpo y fortalecer el espíritu aliviando, con ese heroísmo, con esa constancia propio de su carácter, las dolencias del alma. Milagros se multiplicaba, digámoslo así, se encontraba en todas partes para atender á la desgracia del prójimo, á los sufrimientos del desvalido. Nunca acongojaba, sino al contrario daba ánimo: jamás se angustiaba sino por los que sufrían; pero sin revelarlo, sin darlo á conocer nunca. En ella, sin embargo, se reflejaba siempre en su semblante cierto tinte de tristeza y en su corazón la huella de un profundo pesar, después que perdió á su hijo al ser arrojado á las olas por el pirata.

Desde el día que vistió el hábito de las hijas de la caridad, se propuso no vivir sino para la desgracia, en la íntima persuación de que ya no le brindaría la sociedad sus frivolidades y sus caprichos ni el mundo sus mentidos encantos, sino que disfrutaría de los puros goces del alma, de las dulcísimas sensaciones que produce el bien, hijo de la abnegación y del sacrificio. Sabía que cuando la muerte tiende sus negras alas sobre el campo de batalla; cuando una epidemia invade una población y la diezma; cuando un enfermo huele mal y en sus delirios olvida á veces lo que constituye el pudor y las leyes de la decencia; cuando las llagas y la lepra y las mil asquerosas enfermedades á que la humanidad está sujeta, postran en el lecho del dolor á tantas criaturas, la caridad ha de ser pura, desinteresada, espontánea, hija de la más

inefable abnegación y de los más delicados sentimientos del alma por ser hija del Cielo. La hermana de la Caridad vive pues para dar la vida al enfermo con sus cuidados. Ella, llevando por escudo la santidad, la mortificación, el silicio, penetra por todas partes bendecida y venerada y va solícita donde se siente dolor, donde hay lágrimas, donde hay que aplacar penas.

¡Mártires del Señor, hijas del sufrimiento, consuelo de la humanidad, les dice el Cielo, entrad por las puertas eternales de la gloria! Vosotras no tenéis hogar sino el pobre tugurio del pobre enfermo: no tenéis patria sino la ingrata tierra donde la humanidad sufre, donde el desheredado de la fortuna gime y llora: sois cosmopolitas; vuestra familia la componen todos los que padecen en el lecho del dolor: á ellos estáis obligadas; son vuestros hermanos: para enjugar sus lágrimas respiráis y también para restañar sus heridas olvidando vuestros sacrificios, vuestros desvelos y vuestras angustias.

Ni el clima abrasador de las regiones más áridas del Africa ni los rigores del frío de la Siberia, arredran á las hermanas de la Caridad en su camino de angustias y de dolorosas tristezas. Ellas en los hospitales, como hermosos ángeles del Cielo, acompañan al moribundo en su postrer trance y recogen su último suspiro después de haber recogido sus últimas palabras: ellas en el campo de batalla, donde todo es horror y miseria, alientan con su presencia y su valor á los que mueren por la patria lejos del hogar, de la familia, quizás olvidados ó ignorados del mundo. Como estrellas que guian á la eternidad, ellas van por la tierra con las señales de su martirio en la frente, de sus sacrificios, de sus luchas; pero siempre con la sonrisa en sus labios y la bondad en el cora-

zón. Así son las verdaderas hermanas de la Caridad... esas hijas del Cielo. Y así era *ella*: Milagros!

El traje de Milagros lo componía un sayal negro, una blanca toca que guarnecía sus sienes y un lijero velo negro que caía sobre sus espaldas: ella parecía una vírgen de Rafael creada por la más sublime de las inspiraciones y realzada por el mismo Dios hasta lo infinito. Así Milagros era en la vida un ideal: hubiérase dicho que era un ángel bajado del Cielo para luchar con las miserias y para guardar á los que la muerte quiere llevarse al otro mundo.

Como era sumamente instruída, docta, estuvo dedicada mucho tiempo á la enseñanza de las niñas, de quienes era querida en sumo grado por su buen carácter, por su extrema afabilidad, por su sencillez y pureza.

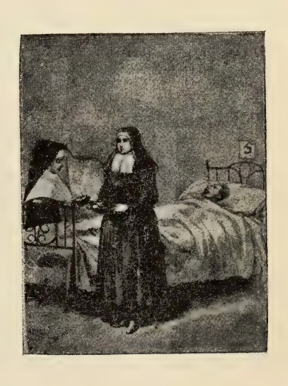
En las vacaciones, después de los exámenes, Sor Milagros, con dos hermanas más, acompañaba á sus discípulas á dar largos paseos por las afueras de la ciudad, á orillas del mar, donde las niñas jugaban y siempre al caer la tarde merendaban en la playa que linda con la carretera que va al pueblo de **. También era la primera que en los jardines de aquellos contornos cogía flores para adornar la capilla del hospital, pues ella cantaba todas las noches con su voz de angel en las novenas del mes de María.

Volví pues á mi sala número 5 y como según las apariencias continuaba yo muerto, Sor Milagros se constituyó en cuidarme con gran esmero para volverme á la vida. Esperando mi *resurrección* se sentó entretenida en hacer labor, al pie de mi lecho, así que me acostaron.

Yo todo lo veía y lo oía. Desde mi cama la contemplaba mi-

rándome con insistencia, ejercitando á la vez los dedos de sus blancas manos en hacer puntilla, moviendo velozmente su aguja, como si estuviera nerviosa. La solícita atención con que me miraba, como deseando vivamente que volviera pronto á mi estado normal, me hacía comprender que yo no le era indiferente, sino al contrario, que deseaba verme completamente bueno, saludable, lleno de vida.

Milagros á cada instante creía que yo había recuperado mi conocimiento, mi razón, el uso de la palabra y hacía que una de las hermanas me trajera caldo para reanimarme y fortalecerme. Pero el deseo la engañaba: yo continuaba siempre en el mismo estado y entonces, la referida hermana, volvía á la cocina con la misma taza, mientras la pobre Milagros siempre á los pies de mi lecho, velándome día y noche, permanecía desesperanzada y triste.



Satisfecho y contento me hallaba ya porque creía ser en mi amor correspondído y tener un corazón en quien depositar mis pensamientos, una mujer á quien comunicar mis impresiones y poder decir: «te quiero, te amo», siendo ella la guardadora de mis secretos, de mis pesares ó de mis dichas.

Pero ¡ay, desgraciado de mí... Nunca, nunca volví á ver en

mi sala á Sor Milagros. Habrá cosa más extraña, más incomprensible, más extraordinaria? Quién podrá descifrarme semejante capricho de mujer? Por qué así que yo recuperaba mi salud ó salía de algún terrible trance, huía ella de mi lado? Por qué...?

De todo esto se enteró el público de la Habana. Por la noche fué don Fabricio á la tertulia que frecuentaba, pues era día de recibo, y cuando él llegó ya se hallaban allí todos los concurrentes, menos la hermana de la Caridad. Al entrar Descobello se arrodilló ante Su Ilustrísima, según tenía por costumbre y le besó el anillo.

—Ya sé que hoy ha recibido usted una gran impresión al ver volver un muerto á la vida—dijo el señor Obispo con aquella sonrisa de bondad que siempre asomaba en sus labios.

—Sí, es verdad: ha resucitado un hombre hoy.

—Y Milagros, dónde está? ¡Qué...? aun no ha venido?—preguntó una de las señoras de la casa.

—Estará impresionada con lo sucedido—dijo el médico.

—Saben ustedes lo que ella va á hacer?—añadió Su Ilustrísima.

—No; contestaron todos.

—Pues se va á marchar de la Habana.

—Cómo? A algún pueblo del interior de la isla?

—No; lejos, muy lejos de aquí. Ha solicitado ir nada menos que á California acompañada de otra hermana.

—Jesús, María y José! Qué barbaridad!—exclamó una de las dos señoras.—Cómo se atreve á marchar á ese punto, donde no existe seguridad personal, donde no hay autoridad constituída, en una palabra, donde no hay ley ni rey....?

—Pues se nos va—dijo su Ilustrísima;—se nos va...!

—Y se marcha pronto?

—No muy pronto. Dentro de algunos meses.

—Qué cosa extraña!—dijo el doctor Urquinosa.—A California, donde no va otra gente en lo general que los trabajadores de azadón á buscar y á explotar las minas!

—Tiene usted razón—añadió don Fabricio.—A cada instante vemos llegar aquí de paso para California hombres fornidos pero pobremente vestidos, de aspecto feroz, de caras patibularias. ¿Pero, como...? ¿Será posible que allá vaya Sor Milagros, tan lejos, con esos *yankees?*

—No parece sino que en los Estados Unidos se quieren descartar de la gente de peor aspecto; de los más desalmados, á juzgar por sus rostros de facinerosos,—añadió otro de los de la tertulia.

—Pero así y todo, tengan ustedes entendido que ese país que empieza á florecer ahora, dentro de muy poco ha de ser uno de los más importantes del nuevo mundo y San Francisco de California va á contarse entre las primeras ciudades más adelantadas.—Añadió su Ilustrísima y luego dijo:—acuérdense!... acuérdense...!

Efectivamente: en la época en que acontecía lo que dejo relatado, pasaban por la Habana, camino de California, los hombres de peor aspecto que se puede imaginar. Por lo común la ropa que llevaban se hallaba completamente rota, hecha girones. Ellos se aparecían con las caras sucias, á veces con una sola bota puesta, algunos sin sombrero sino con un asqueroso pañuelo amarrado á la cabeza y otros en mangas de camisa. Era gente

toda de cuerpo fornido, hombres altos como gigantes que iban á las minas de oro, encaminándose allí á millares para penetrar en las entrañas de la tierra y formar un pueblo industrioso, trabajador, grande.

Entonces empezaba á poblarse de una manera extraordinaria la ciudad de San Francisco: hoy es ella el emporio del comercio y de la riqueza; pueblo de primer orden con todos los adelantos modernos.

La isla de Cuba caminaba también en aquella época á su progreso, á pesar de su mala administración; es decir, del mal gobierno de algunas de las primeras autoridades que mandaban allí los poderes públicos. Rico aquel pedazo incomparable del mundo, por la asombrosa feracidad de su suelo, era y será siempre aquella perla de las Antillas sumamente codiciada y es lástima que no llegue allí algún día un nuevo Tacón que la encauce para que sea más próspera, más grande y más feliz.

Las conspiraciones nacidas en las secretas sesiones que los partidos políticos celebraban en la casa de la Calzada de San Lázaro, á causa del mal general que se sentía en los pueblos, se fueron haciendo cada día más importantes y á cada instante salían en los campos nuevos jefes de bandoleros, gente que se aprovechaba de la triste situación del país por aquello de que *«á río revuelto ganancia de pescadores»*.

Pero llegó á llamar tan extraordinariamente la atención de propios y extraños el desarrollo tan grande del bandolerismo, que éste fué por mucho tiempo el tema obligado en el parlamento español. No había tranquilidad, no había sosiego para vivir en los pueblos ni en los campos: las insurrecciones se imponían: los Ca-

pitanes generales llegaban allí con muy buenas intenciones y cuéntase que algunos llamaban desde luego para darles audiencia á los primeros farautes de la cosa pública, hacendados ricos, dueños de cafetales ó de grandes ingenios, y habían conferencias de largas horas; pero se corría al fin un misterioso velo y nada... todo en secreto, todo en el sigilo más riguroso quedaba envuelto, y el país seguía sufriendo y quejándose y las cosas continuaban siempre lo mismo... lo mismo. Y por qué era ésto, Dios mío? ¿En qué consistía...?

En esa época llegué yo de Cayo-hueso á Cuba con un número considerable de insurrrectos; pero antes de ocuparme de éste incidente de mi vida, debo decir dos palabras (si se me permite esta digresión) acerca de mi permanencia en el hospital de San Juan de Dios.

Así que dejó la catalepsia de influir tan extraordinariamente en mi organismo, siguió mejorando mi estado de debilidad y de postración y al fin, me repuse completamente y era otro, otro hombre! Me dieron de alta por lo tanto en aquel asilo de beneficencia y salí por esas calles de Dios, sin un céntimo siquiera en mi bolsillo, en busca de fortuna. No encontré á nadie en mi camino que me favoreciera y, desesperado de mi suerte, me fuí de marinero á Nueva Orleans, pues no podía hacer otra cosa. Mis manos empezaron á encallecer con los rudos trabajos de abordo y llegué al fin al país de mis ensueños. Allí encontré á algunos hijos de Cuba expatriados y me uní á ellos para seguir su misma política y su misma suerte.

¡Ay, quisiera borrar para siempre de mi memoria las peripecias de aquella época de mi triste vida; pero no puedo...

El partido anexionista, ó bien separatista de Cuba libre, determinó hacer un desembarco de algunos centenares de insurrectos, bien armados, por uno de los puertos de la Isla donde se contaba con más adeptos, ó sea con más conspiradores que auxiliaran nuestra causa y yo, por mi desgracia, fuí de los elegidos para acompañar á la partida más comprometida que debía dar el grito de independencia, al pisar el suelo deseado, la tierra española donde nací, donde vagaban las primeras imágenes de mis sueños.

Nosotros habíamos salido de Cayo-hueso una tardecita, casi de noche, con rumbo á Cuba y desde que me embarqué en una hermosa fragata cuyo nombre no recuerdo, empezó vivamente á latir mi corazón, pues un fatal presentimiento pesaba sobre mí, sin saber porqué, sin sospechar la causa. Joven como era, una esperanza lejana me había hecho salir de mi país en busca de dilatados horizontes donde respirar mas libremente y tener otra vida. Y fuí allí llevado de mis propósitos, tras de triunfos lisonjeros, tras



de laureles y coronas para ponerlo todo á los pies de Milagros, la mujer que más quería en el mundo.

No me habían engañado mis presentimientos, pues desde que pisamos tierra fuimos sorprendidos por tropas españolas. Muchos de mis compañeros pudieron escapar felizmente; pero otros cayeron en poder del gobierno para tener un fin desgraciado, sumamente triste.

Entre los prisioneros se hallaba mi pobre persona. Cincuenta y uno de los insurrectos fueron conducidos inmediatamente á la Habana para ser pasados por las armas y yo entre ellos.

¡Ah, quien podrá formar juicio, tener idea de lo qué sentí, de lo qué sufrí al ser aprisionado con grillos y con esposas y después conducido á un extenso campo, á las faldas del Castillo de Atarés en las afueras de la Habana, con cincuenta compañeros más de infortunio, para ser fusilado delante de un mar de gente, á la hora de salir por última vez para nosotros el refulgente sol de la mañana?

Todos los que maniatados esperábamos por instantes la muerte, éramos jóvenes: ninguno pasaba de veinte y cinco años.

Para el terrible trance que iba á tener lugar ante un público ávido de grandes emociones; para llevar á cabo la fatal sentencia, era necesario formar cuatro grupos de á diez insurrectos y uno de á once que componían el número de cincuenta y uno. A mí me tocó en suerte entrar en el pelotón de los de once.

Nos dieron una hora de término en nuestra vida para encomendarnos á Dios y para confesar. Oramos resignados y nos arrodillamos en el mismo campo ante los Ministros del Señor.

No hay duda que se mostraron con nosotros muy pródigos

en cuanto al tiempo concedido para elevar al cielo nuestras preces y para aliviar el alma confesando nuestras culpas y pecados.

El público estaba ansioso de presenciar el desenlace del cuadro que tenía ante su vista, magnífico, imponente. Centenares de fusiles formando hileras en hombros de los soldados, brillaban como fuego al herirles de soslayo los primeros rayos del sol de la mañana. A mi oído llegaba el susurro aterrador de la muchedumbre llevado por las brisas: á veces parecía como el de las abejas cuando rompen sus diques y se desbordan rabiando y maldiciendo si alguien se les acerca y las inquieta en su morada.

Aquel día, pues, iba á ser el último para nosotros y sin embargo no vestía la naturaleza de luto ni había más llanto, que yo sepa, que el de una sola mujer... La mañana estaba espléndida: recuerdo perfectamente que se oía á lo lejos el alegre canto de los pájaros entre la maleza, elevando á Dios un himno: el mar tranquilo dejaba ver su superficie brillando en partes como un espejo, y las brisas eran como pebeteros cuyos perfumes nos enviaban las flores para saturarnos, al dar nuestro último suspiro, en el momento supremo de caer nuestro cuerpo, enrojecido con nuestra propia sangre...

El día que fueron conducidos á la llanura, donde se levanta el castillo de Atarés, los cincuenta y un insurrectos de que hago mención; la mañana aquella en que fuimos á las faldas de dicha fortaleza fusilados de la manera ya relatada ¿quién no recuerda haber visto por aquellas inmediaciones á dos hermanas de la caridad?

¡Ay, una de ellas era Sor Milagros; mi angel tutelar, mi angel de amor, que lloraba...

¿Habrá alguien que no recuerde este episodio de mi vida, suceso que tuvo lugar en la Habana hace más de cuarenta años?

Nosotros nos hallábamos, cada uno, á los pies del sacerdote yendo por turnos á confesar nuestros pecados, y *ellas*, mientras tanto, elevaban sus preces á Dios por el alma de los que iban á dejar este mundo.

Dejaré que confiesen sus culpas los sentenciados y que recen por ellos aquellas dos hijas de la Caridad, mientras me ocupo de otro particular conveniente al desarrollo de la historia.



XXIX

El destino conduce á cada hombre á su fin.

DESPUÉS de haber permanecido en silencio don Antonio largo rato, apoyada su espalda en el tronco de un árbol del bosque, pasó la mano por su frente como queriendo recordar algo extraño y dijo: voy á remontarme á tierras lejanas... á tierras muy remotas... pero pintorescas. . . . .

. . . .

En uno de esos meses del año en que empiezan á abrir las flores sus cálices y las retamas envían desde los montes, en alas de las brisas, ese exquisito olor que perfuma los valles y los mares; en uno de esos días en que la naturaleza se muestra más placentera, allá, en las regiones del atlántico, en esa templada zona de que hablan con verdadero entusiasmo los *touristas;* un buque, aparejado de bergantín redondo, se dirigía á toda vela hacia un punto que desde muy lejos parecía destacarse entre las

olas, remontándose á las nubes, como queriendo escalar el firmamento, para llegar hasta donde Dios está. El buque á que me refiero llevaba grabado en la popa su nombre. Con letras realzadas, de color de oro, tenía escrito la palabra *Triton.* El punto que se perdía allá, entre los celajes, era esa gran mole, esa maravilla del Atlante que llaman el *Teide;* claro es que la nave hacía su rumbo hacia la isla de Tenerife, una de las Canarias.

El Teide, cubierto aún de nieve, parecía aquel dia una pirá-



mide de plata bruñida sosteniendo en aquella parte del mundo un pedazo de Cielo. Bajo aquella bóveda azul existía una casita, blanca como una paloma, aislada, allá en lo más alto, á cuyo punto, por una de las portas del camarote, dirigía incesantemente su vista un pasajero que iba en dicha nave.

Como Tenerife es en extremo quebrada y se halla en anfiteatro, presenta por algunos puntos un aspecto sumamente agradable vista desde el mar. De lejos las aldeas diseminadas acá y allá por la parte norte de la isla, figuran verdaderos nacimientos y

las casitas de campo allí, cuando el sol les está dando de frente, parecen á veces como blancas palomas en actitud de levantar el vuelo en la verde llanura, surcada por débiles arroyos, cuyas aguas desde grandes alturas se ven caer al mar, deslizándose por entre escarpadas rocas negras como el infierno.

Aquellas aguas caían á las riberas de la Rambla, punto muy conocido en la isla.

El pasajero á que me refiero, que era de cabeza grande y redonda, no salió nunca de su camarote durante los veinte y ocho días que duró el viaje, sino en el momento que un marinero gritó *¡tierra!* Porque *tierra* es la palabra más halagüeña, más dulce, que se oye á bordo de una embarcación, cuando se ha pasado en ella mucho tiempo, viendo las mismas caras, oyendo las mismas voces, mirando siempre mar y cielo. *Tierra,* cuando hace muchos años que no vive uno en la que nació; al ir á ella se siente naturalmente como que quiere salir el corazón de su cárcel para besar los sitios que se pisaron cuando niño; para abrazar á la madre que nos dió la vida, que nos cantó primero, que nos meció en su regazo. Ese grito en fin, es el anuncio de salir pronto el viajero del estrecho encierro en que tanto tiempo ha permanecido ansioso de espacio, de movimiento, de vida, para buscar la tierra donde nació y donde tiene su albergue; así como las aves ansiosas de libertad, al tender sus alas por el aire, busca el arbol donde cantó primero y donde tiene su nido.

El pasajero que en todo el viaje no había salido de su camarote, sino cuando se distinguió la tierra á donde el buque se dirigía, era *Cabeza de Perro* y la casita aislada, blanca como una paloma, era donde él por desgracia había visto la primera luz.

Lo repito, en el mundo existían muchos retratos de su persona y era porque el pirata había sido el azote de los mares; así es que en casi todas las cámaras de los buques que hacían en aquellos tiempos viaje á las Américas, se veía pintada su desagradable figura. Y no hay duda, la faz tan repulsiva de aquel hombre causaba daño á primera vista, conturbaba el corazón.

Desde que el bergantín empezó á navegar por los mares del archipiélago canario, *Cabeza de Perro* comenzó á notar cierta mejoría y le pareció que el médico había acertado en su cura aplicando el saludable remedio, y se acordó entonces de Díaz Albertini y de Descobello, su paisano.

Pero no, el médico no había acertado: su mal no estaba en el cuerpo, sino en el espíritu; en el corazón, en el alma!

El buque recaló por la parte norte de la isla.

Cuando se distinguió la tierra, comenzaba á salir el sol y con sus rayos hería de frente la inmensa mole, blanca como el armiño, que subía á las nubes cual si fuera un fantasma. El panorama que se desarrolló entonces era encantador, sublime. Todo parecía extremarse para recrear los sentidos, para ensanchar el pecho, para extasiar el alma. El aire que se respiraba se *comía*, por decirlo así: venía perfumado con la flor de la retama y del naranjo y nuevos bosques y nuevos paisajes se iban presentando á cada instante á medida que la nave se acercaba á la tierra. Las aguas que caían al mar desde grandes alturas parecían de lejos hilos de plata al herirlas el sol naciente y el firmamento iba poco á poco descubriendo sus gracias al teñirse de arrebol y azul. Pero de pronto las simas más encumbradas de la isla desaparecieron de la vista: ya no pudieron contemplarse, por

que las ocultó una blanca bruma que á intérvalos fué poco después desgarrándose y separándose en grandes girones... pedazos del blanco crespón que envolvía como una mortaja digámoslo así al rey del Occéano. Al fin se deshizo completamente aquella nube y entonces fué cuando el nevado Teide apareció en medio de los mares, bajo un espléndido Cielo, con toda su grandeza y majestad y más tarde la perspectiva que se iba lentamente desarrollando por medio de pintorescas campiñas; esto es, de las blancas casas, de los verdes montes y de las soberbias lejanías, que formaban el fondo del cuadro, como cosa de magia, sobrecogía el alma, espaciando la imaginación y haciendo latir el corazón de gozo con arrobamiento, con verdadero éxtasis.

El pico de Tenerife señala al viajero desde cuarenta leguas de distancia la isla de su nombre.

Se acercó el buque al fin más y más á la tierra y entonces pudo distinguirse hasta los jardines de la pintoresca Orotava. Ah!, todo allí era maravilloso, todo encantador, todo sobrecogía el ánimo.

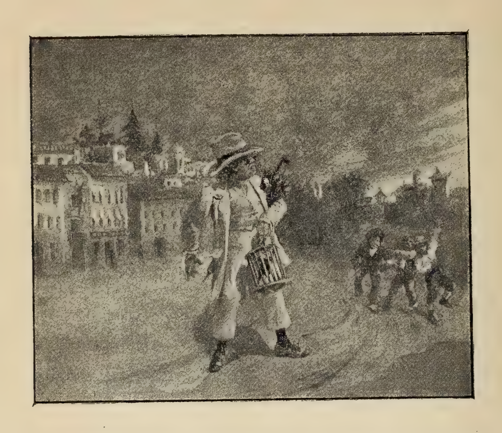
Cabeza de Perro extasiado con tal panorama y mirando de contínuo la casita que se hallaba separada de las demás, allá lejos, en lo más alto; recordando él desde la borda del *Tritón,* lor primeros años de su vida, cuando corría por aquellas llanuras ó subía á las escarpadas rocas ó bajaba á los profundos barrancos para matar, obedeciendo á su instinto, cuantos pajarillos cogía; *Cabeza de Perro* traía á su memoria, con desconsuelo y tristeza, esa edad tan querida y como llevaba siempre un pesar en su corazón, casi quería llorar á tales recuerdos... recuerdos ¡ay! que le despedazaban el alma.

Así que Angel García subió á la cubierta, todas las miradas se dirigieron hacia aquella desagradable figura y alguien quiso reconocerle. El capitán del bergantín fué el primero que dijo: ¡oh, este es *Cabeza de Perro!* Sí; este es. No me queda duda.

El *Tritón* dobló al fin la punta de Anaga y apareció de repente como por encanto la ciudad de Santa Cruz.

Por lo tanto, el buque poco después dió fondo en el puerto de destino y los pasajeros desembarcaron. Como el renombrado pirata había sido el terror de los mares, tan pronto algunos saltaron del bote, se divulgó velozmente en la población la noticia de su llegada y un gentío inmenso fué á esperarle al muelle. Llamaba él más la atención con su presencia allí, que si hubieran ido muchos obispos juntos y varios capitanes generales.

Angel García iba al parecer disfrazado y él llevaba un nombre supuesto. Su figura al desembarcar era muy rara: se había afeitado enteramente; iba todo vestido de blanco; usaba chupa de grandes faldones, pantalones muy anchos que terminaban como una cuarta más arriba del tobillo, enseñando unas medias negras; chaleco corto, corbatín alto como de clérigo, sombrero de guano de ala muy ancha y gran copa, espejuelos verdes que llegaban casi hasta la punta de la nariz, un paraguas de familia de color encarnado bajo el brazo y una jaula con una cotorra, distintivo de *indiano*. Como tenía la cabeza muy grande y redonda, parecida á una calabaza, y su cara era de luna, pero muy oscura; *Cabeza de Perro*, tan rechoncho como Dios le había hecho, era, con tal vestimenta, un portento de fealdad.



Así que saltó á tierra, los chiquillos, esto es, los pilletes de muelle, se lo tomaron por su cuenta y fueron atrás haciéndole cuernos y muecas, bailándole y toreándolo. Y todos á porfía le gritaban: *Cabeza de Perro!! Cabeza de Perro! Cabeza de Perro!*

¡Oh, aquello era una terrible algazara; un infierno con tantos diablillos. El pirata al encararse con ellos era una fiera y apostrofaba á los muchachos y les amenazaba cerrando los puños y crispando los dedos y rillando los dientes, más furioso que un tigre, más rabioso que un perro: era una verdadera pantera. No parecía sino que vivos se los quería tragar.

Tres chiquillos eran los más osados é importunos de la turba magna. Esta al fin se quedó atrás como rezagada, llena de miedo y los tres rapazuelos eran los que impertérritos continuaban siempre toreando al pirata.

Las autoridades tomaron conocimiento de todo lo ocurrido y *Cabeza de Perro* tuvo que ir preso al Castillo de Paso-alto ó de San Cristóbal en la Capital de las Canarias en el mes de abril.

Santa Cruz de Tenerife tenía pues en sus prisiones al que abrió sus ojos al mundo en el pueblo de *** según la crónica cuenta, para después de pasar, como pasó, su primera edad á las faldas del Teide, ser por muchos años el terror del mundo en los mares de las Indias, del Africa y sobre todo de América.

La noticia de que *Cabeza de Perro* estaba en el Castillo de Paso-Alto corrió velozmente por todas partes: era verdaderamente un acontecimiento y por lo tanto el gentío que invadía los alrededores de la prisión ofrecía un gran espectáculo. De diferentes puntos se recibían con frecuencia cartas preguntando si era cierto que ya le habían cogido y si se hallaba en lugar seguro.

Don Fermín al tener conocimiento de semejante suceso, se disgustó mucho por temor de que el pirata cantara de plano; es decir, confesara sus culpas y pecados y denunciara á sus cómplices...

El hijo de Angel García determinó entonces mudar de vida; pero antes quiso vengarse del excelentísimo don Fermín y de su consocio don Prudencio y robarles. A ambos les tenía mala voluntad: al uno por soberbio é hipócrita: al otro por miserable y rastrero.

Y todo ésto acontecía, en los días más ó menos en que me cogieron á mí; allá, cuando en las faldas del Castillo de Atarés en la Habana me hallaba yo confesando arrodillado; pues que iba á ser fusilado en aquel mismo sitio con cincuenta compañe-

ros más de infortunio por insurrecto, por conspirador. Me ocuparé de este incidente por más que su memoria acongoje mi alma.

Siempre lo recuerdo: yo, en tan terrible trance, después de haber recibido la absolución del sacerdote, dí con mi pensamiento un adiós! al mundo que iba á dejar para siempre según creía, y las brisas llevaron un suspiro para la mujer que amaba. Qué otra cosa podía mandarle? Qué más podía hacer?

Después, á todos nos vendaron los ojos y separados, en grupos, nos arrodillamos y empezamos á rezar el credo, dirigidas las bocas de los fusiles á nuestros pechos, temblando nosotros y temblando también los soldados que nos iban á matar contra toda su voluntad, pues no tenían odio ni resentimiento de nosotros, á quienes Dios con su gran omnipotencia se había servido darnos la vida. Al llegar á la mitad de la oración oí dar la voz de fuego y... no supe más, porque caí sin conocimiento, herido, revolviéndome en mi propia sangre y en la de mis compañeros que morían á mi lado. Quedé, pues, tendido sobre la tierra, inerte, como muerto.

Sor Milagros, que siempre fué mi ángel tutelar y que por su buen corazón se hallaba presente en casi todas las ejecuciones que tenían lugar en la Habana, para auxiliar á los reos, fué mi salvación. Ella gozaba de gran prestigio: todo el mundo la quería y la consideraba. Así que supo el duro trance en que me hallaba; pues que iba á morir en aquel día, procuró saber si... Pero en fin... hay secretos que no se pueden revelar: basta saber que no fuí sino herido y que ella pudo rescatarme.....

Todos... todos mis compañeros fueron muertos: sucumbieron. Qué descansen en paz!

Mi vida no parece verdaderamente sino una novela; bien es que una gran parte de lo que relato está en la conciencia pública. Sí; los que vivían en aquella fecha en la Habana recordarán de seguro todos estos hechos. Si en algo discrepo por serme infiel la memoria, será en las épocas; es decir, en la más exacta cronología de los acontecimientos. En la fecha de los sucesos sí es verdad que podré equivocarme.

Me ausenté por algún tiempo de la isla de Cuba llevando siempre en mi pensamiento la imagen de Sor Milagros; de esa mujer extraordinaria que me hacía todo el bien que podía en mis más terribles trances, en mis mayores apuros, pero de quien nunca pude conseguir que correspondiera á mi amor. Luego que ella practicaba alguna acción benéfica para conmigo, desaparecía de mi presencia y no la volvía en mucho tiempo á encontrar, pues huía de mi lado. Según creo temblaba al verme; pero ¿por qué, Dios mío, por qué...?

Entre los sacerdotes que fueron á prestar los últimos auxilios á los reos, se hallaba el secretario de Su Ilustrísima, hecho un mar de lágrimas, sin poder articular palabra, asustado y descolorido. Don Fabricio tenía también mucha vara alta con los que mandaban la fuerza aquel día, así es que le sirvió maravillosamente á Sor Milagros para ésta poder llevar á cabo su empresa. Gracias á ellos dos me salvé.

Sí; me salvé! ¿Pero, para qué, santo Cielo! Cuánto más no he sufrido en este mundo después de los azarosos días, cuya relación dejo hecha!

Como deseo ser exacto, sumamente verídico en todo cuanto relato, debo hacer presente que no todos los desgraciados que

fueron dicho día pasados por las armas á las faldas del castillo de Atarés, eran españoles, no: ellos en su mayor parte pertenecían á los Estados Unidos; jovenes robustos, fornidos, verdaderos atletas y recuerdo que cuando iban ya á morir, dieron muchos de aquellos infelices á los sacerdotes matas de pelo; rubios cabellos que enviaban como último recuerdo de la vida á sus madres, ó á sus prometidas. Era el postrer adiós!

Después de consumado el sacrificio, varios chiquillos pasearon á la carrera, arrastrando por muchas calles de la Habana, algunos despojos de los jóvenes que habían sido fusilados, como por ejemplo sombreros y botas, pañuelos y chaquetas ó gabanes. Me ocupo de este detalle para dar una prueba de que quiero ser exacto en mi historia y que no es una novela, no es invención mía lo que estoy relatando, cosas que muchos recordarán.

La Habana se había despoblado aquel día para presenciar el fúnebre acto.

En las tertulias y en los cafés, la conversación favorita de aquella noche, fué el fusilamiento de los cincuenta y un insurrectos á las faldas del castillo de Atarés.

Quiero relatar todas las peripecias de aquel funesto día trayendo á mi memoria hasta los más insignificantes detalles, los más pequeños incidentes. Recuerdo pues, que cuando me hallaba dentro del cuadro que formaba la tropa, poco antes de arrodillarme para ser fusilado, distinguí á lo lejos al Rey de los Toldos junto á su novia y demás familia, acompañados del ingeniero don Ambrosio. Todos habían ido á presenciar una cosa muy poco agradable á los corazones de buenos sentimientos. Empero no había duda que el pueblo, en su mayor parte, estaba ansioso

de grandes emociones, á juzgar por la muchedumbre que aquel día invadió las faldas del castillo. Nunca en mi vida había visto yo cosa igual: jamás mis ojos habían contemplado aquel mar de gente apiñada, con la vista fija en el cuadro, ansiosa de ver correr nuestra sangre y de contemplar los cadáveres tendidos y mutilados sobre la tierra y todos.... todos los curiosos anhelando que llegara pronto aquel fin.

Hasta me pareció distinguir una sonrisa de satisfacción y bienestar en el Ingeniero y en el Rey de los Toldos y en doña Luz. Vi también que el botarate de Benigno se reía á carcajadas, ebrio, dando tumbos y que al fin un polizonte le cogió y le llevó preso por escandaloso y por el estado indecoroso en que se presentaba ante el público.

Porque Benigno (y permítame usted este paréntesis—dijo don Antonio) salió al fin del almacén de Barrenechea por su mal proceder. El había adquirido los vicios del juego y de la bebida y se había vuelto un perdido, que hacía de la noche día, y que casi siempre entraba en la casa borracho y alborotando ¡Oh, era sumamente escandaloso. La vivienda de doña Luz parecía un infierno con tal tunante: era insoportable. No se le podía resistir.



XXX

Un mal empleado del Estado y otro que no lo era menos.

DOÑA Luz ya no podía sufrir á Benigno y á fin de tenerle ocupado en algo útil, hizo que Bermúdez escribiera á Madrid y le consiguiera al muchacho un empleo.

En aquella época se daban en España los destinos á trochi y moche y á cualquiera saltimbanqui le hacían de buenas á primeras Gobernador en provincias y hasta Intendente de Hacienda en Ultramar. Lo principal entonces era tener una influencia para escalar los primeros puestos del Estado; así la osadía y la desmoralización estaba á la orden del dia, y España con sus posesiones y todo era un presidio suelto, según la frase gráfica que más tarde salió en nuestro parlamento, no sé de qué labios.

A poco tiempo de haber escrito el Ingeniero á la Corte, pidiendo un empleo para Benigno, le remitieron una credencial de treinta mil reales de sueldo ó cosa así; pues le nombraron inves-

tigador de hacienda para escudriñar la riqueza oculta de la isla. El haber anual de tal destino era insignificante comparado con su verdadero producto; esto es, con las «*buscas*».

Y ya que trato en este momento de la alta colocación de Benigno, es bueno hacer constar que el primer *negocio* que se le vino á las manos, le valió nada menos que cinco mil duros. Y diré cómo.

Un dia se fué él al pueblo de ** y se presentó muy encopetado al Capitán de Partido, autoridad de consideración en aquella localidad y le dijo:—vengo á averiguar la riqueza oculta que pueda haber en esta jurisdicción. Deme usted datos que ya ambos nos entenderemos... (y le guiñó el ojo) Soy el Inspector.

(No dijo propiamente *Investigador,* que era su verdadero empleo).

—Muy señor mío: tengo el gusto de ponerme á las órdenes de Usía y aquí, en esta pobre choza, estoy á su disposición para lo que Usía guste mandar. A qué propietario desea Usía que se llame primero? Porque á la verdad, todos por estos contornos pagan muy poca contribución á la Hacienda y si Usía aprieta el tornillo algo se puede obtener.

—¿Como... obtener?

—Digo... he querido decir, recaudar...

—Nada... nada... ya nos entenderemos. Usted como conoce mejor que yo el personal, ya sabrá de quien se puede más fácilmente sacar «*lasca*». Lo dejo pues á su buen criterio, que ya nos pondremos de acuerdo... (Y le guiñó el ojo por segunda vez).

—Pues si usía quiere...

—Nada de usía,—le interrumpió:—aquí todos seremos *igua-*

les. No atendemos sino al negocio: (me comprende usted?) Apeo el tratamiento y... al grano.

—Pues bien: ya veo claramente que no vamos sino al negocio y al *grano*... Así me gusta á mí la gente. Es usted de la misma cuerda mía, amiguito.

Y el Capitán de Partido diciendo esto, le dió una palmadita en el hombro como de inteligencia y á su vez le dirigió también una expresiva mirada.

—¡Oh, veo que nos vamos entendiendo los dos. Pero aquí en confianza... Capitán, es tan corto el sueldo que el Estado le dá á uno, que á la verdad, tenemos que «*buscárnoslas*».

—¡Ah, ya lo creo...! Dígamelo usted á mí, que llegué de Cádiz hace dos años y en todo ese tiempo apenas he reunido unos seis mil duros. Una bicoca! ¿Pues qué, para eso pasa uno la mar? Para ese grano de anis, venir de tan lejos *uno?* ¡Qué disparate!

—Y usted á quien le debe el destino? Quién le dió á usted la credencial?—le preguntó afablemente Benigno.

—La credencial me la consiguió mi padrino don Casto Pasillo, hombre aquí muy considerado, á quien los mismos Capitanes de bandoleros le atienden mucho; porque don Casto es el paño de lágrimas de todos ellos. Es quien los oculta y los defiende cuando es necesario.

—Pero bien: que vara-alta tiene ese señor en Madrid para conseguir empleos?

—Me parece que es González Bravo ó Bravo Murillo. No recuerdo bien, pero cosa de *Bravo* es. Sobre todo, lo que sé de buena tinta es que don Casto Pasillo es un hacendado muy rico, relacionado hasta con los intendentes de Hacienda y Capitanes

Generales, á quien nadie le vuelve la cara. Ninguno es capaz de darle fuego á la caña de sus ingenios ni hacerle el menor daño, pues los mismos bandoleros le guardan su hacienda noche y dia por que él los guarda á *ellos* todo el año.

Diciendo el Capitán de Partido lo que antecede, llama á su mujer y le pregunta: quieres conocer á un guapo mozo?—Pero... en fin, Chucha, por de pronto trae cerveza, vino, ron y curaçao para que éste caballero tome lo que guste que.. ya nos entenderemos. No está bien eso, amiguito?

—Perfectamente—contestó Benigno.

El hijo de doña Luz se encontró con la horma de su zapato. Al Capitán de Partido le gustaba beber *muy de lo fuerte* y no era flojo que digamos.

Pasado un rato vino doña Chucha con una gran bandeja llena de botellas, vasos y unas pequeñas copas. Ella, mujer rechoncha como de cuarenta años, de ojos saltones, de nariz chata, de color muy trigueño y de cabello que no se lo podía peinar nunca, por corto y demasiado rizado, apenas podía con tanta carga; así es que entró resoplando, cansada, jadeante. Tan pronto como llegó donde los dos camaradas estaban, sentados junto á una mesa, el Capitán de Partido dijo á Benigno:

—Le presento á usted á Chucha, mi costilla, amiguito mío, para lo que guste mandarle.....

—Gracias—contestó el jóven muy tieso, á tiempo que vaciaba en un vaso una gran porción de ron de Jamaica y mientras doña Chucha, haciendo una cortesía exagerada, se marchaba precipitadamente dejando la bandeja sobre la mesa.

Mas no bien hubo pasado la señora de la casa el umbral de

la puerta, la llamó de nuevo su esposo y le dijo:—Mira, Chucha, tráeme la vihuela que voy á tocar y á cantar el *punto:* corre, no te detengas, *monona* mía.

El *zapateo* también lo vamos á bailar.

Y llegó la guitarra á los pocos instantes y comenzó el jaleo.

Allí permanecieron bastante tiempo conversando, tocando y bailando, cantando y apurando á porfía sus copitas, hasta que el Capitán de Partido, hombre de recta conciencia y muy considerado para lo que le tenía cuenta, viendo que la cosa ya no marchaba bien por parte de Benigno y que era muy entrada la noche, le ordenó á su mujer que arreglara pronto una cama para el *señor Inspector* que ya no podía tenerse en pié.

Después de varias peripecias, que juzgo conveniente pasar por alto, el Capitán de partido, con el auxilio de su costilla, condujo de brazo á Benigno al mullido lecho donde le desnudó y le acostó, alumbrando su mujer dicha operación muy disgustada porque veía en muy mal estado á su huesped.

El beodo había ido entre los dos consortes dando traspiés y casi sin poder hablar. « *Yo soy...: yo soy el Intendente... el Intendente general*»—decía él balbuciente en los momentos que le acostaban.

Concluída la faena se marcharon los dos esposos al dormitorio, contiguo al del señor Intendente, como Benigno se llamaba, y después de despojarse ambos consortes y meterse en la cama, apagaron la luz y á poco rato empezaron todos á roncar.

Era un concierto delicioso lo que en aquella noche se produjo con los tres roncadores de *primo cartello.*

Ni el diablo los podía aguantar.



El gallo cantó á la madrugada y nadie de los de la casa le oyó, porque todos dormían á pierna tendida. Salió el sol al siguiente día y ya cuando estaba muy alto, despertó doña Chucha desasosegada y entonces echándose apresuradamente fuera del lecho, exclamó santiguándose:—Jesús María y José, que tarde es. Válgame Dios, que casa esta...!

Y hablando así se dirigió á prisa á la cocina aprisionando contra su seno un lechoncito que iba á matar en el acto á fin de obsequiar á su huesped.



Doña Chucha aunque siempre irascible, era hacendosa, pero su esposo pecaba de holgazán. Como él adquiría sin mucho trabajo el dinero, se entregaba con frecuencia á la molicie y no le gustaba mortificar el cuerpo. Por lo tanto así que despertó, lo primero que hizo fué desperezarse y bostezar mucho, abriendo un palmo la boca. Quiso levantarse, hizo un movimiento para ello, se incorporó al fin, pero... *¡Cata-plum!*... se dejó caer de nuevo como un muerto: no tenía ganas todavía de dejar la cama. Entonces llamó á su esposa y le dijo:—tráeme café, *chinita.*

Doña Chucha, á quien le temblablan extraordinariamente las caderas cuando caminaba, por ser muy gordiflona, corrió bamboleándose á la cocina y al poco rato volvió al dormitorio y le

dió á su marido una taza bien grande llena de ese líquido que hace las delicias en la isla de Cuba así del blanco como del negro, así del guajiro como del gran señor. Apuró la taza y se dejó dormir; pero antes de entregarse á Morfeo, fumó un *vueltaabajo* extasiándose, embriagándose con el cigarro, mientras veía subir muy sutilmente los espirales de humo hacia el cielo. Al fin fueron cerrándose poco á poco los párpados de aquel holgazán de tomo y lomo y últimamente se durmió lo mucho y bueno y roncó todo lo que quiso.

En cuanto á Benigno no diré más sino que se despertó aquel día á las mil y quinientas; que cuando abrió los ojos no sabía donde se hallaba; pero que fué recordando como un sueño ligero, medio velado, los sucesos de la víspera. Lo que no podía saber era quién le había llevado á la cama. Fué pensando más y más en todo lo de la noche antes y empezó cómo á avergonzarse de su comportamiento tan indigno de un empleado público; mas luego se dijo: y á mí qué? No hay otros de una vida más disoluta? Este mismo Capitán de Partido, no es más bebedor que yo? «*Lo que sí... es que aguanta más.*»

La señora de la casa, mujer viva y de genio, se la llevaba el mismo demonio con la pachorra de su marido.

—Miren ustedes las horas que son y aun sin levantarse! Cómo puedo «*gobernar*» yo así la casa? Y luego el caballero no dice más sino: «Chucha, el almuerzo.»—Y su boca es medida.

Ella al decir esto movía la cabeza, contoneándose y dando pataditas, con su mano á la cintura, colérica, rabiosa, repitiendo: ¡Y su boca es medida... y su boca es medida...!

De tal manera hablabla consigo misma la esposa del Capitán

de Partido; es decir, de don Modesto Fuenterrubia que de todo tenía él menos de *modesto.* Fuenterrubia era andaluz por los cuatro costados. Gracioso como él solo, se mostraba siempre decidor y exageraba las cosas hasta lo infinito: á veces era mentiroso. Sumamente franco, hablaba lo suyo y lo ajeno y en cuanto á sus andaluzadas no tenían desperdicio.

Benigno así que se levantó, se fué á la sala donde encontró á don Modesto con un puro entre sus labios, leyendo en el *Diario de la Marina* el folletín suscrito por *Felisa;* seudónimo que aparecía todos los domingos al pie de los escritos á que me refiero.

—Qué tal se ha pasado la noche? Se ha dormido *camaráa?* —le preguntó familiarmente el Capitán de Partido á su huésped.

En esto dieron las doce.

—He dormido como un lirón. Las copitas aquellas me hicieron ver el cielo de arrebol y azul—dijo Benigno.

—Ya lo creo! Si el ron de Jamaica que usted bebió es el que usaba Napoleón primero para quitarse el frío en Rusia. Es cosa buena! Y qué diré del vinillo aquel que nos hizo ver los dos mundos...? Es de mis bodegas de Almería: sabe usted los años que tiene? Pues salió de las uvas que se vendimiaron el año uno del siglo pasado.

En esto se presenta doña Chucha y dice: á almorzar. A la mesa!

Santa palabra: á la mesa y al amor!—dijo don Modesto y le tendió muy familiarmente el brazo por encima del hombro á Benigno, y así fueron al comedor como dos antiguos camaradas.

No bien habían acabado de almorzar, cuando se presentó un

hacendado de campo á declarar las *caballerías* de tierra que poseía, á fin de que le impusieran la contribución correspondiente á su riqueza. A dicho propietario se le había mandado á buscar.

Benigno así que le vió, varió de semblante con estudio; se puso más serio de lo que acostumbraba, y de buenas á primeras le dice que le iba á instruir expediente y á entregarle á los tribunales, por haber estado estafando al Estado, al dejar de pagar el impuesto que debía.

Don Modesto le ayudó en la farsa y mi hombre lleno de miedo, se acoquinó tanto, que dijo casi con lágrimas en los ojos y poco menos que poniéndose de rodillas:—Señor, por Dios, tenga compasión de mí, vuecencia. Yo hago lo que vuecencia diga, que mi boca será un candado...

—Pues bien: yo tengo buen corazón y no me gusta arruinar á nadie y menos mandar á presidio á ningún padre de familia.

—¡Ah, á presidio...! Por Dios, señor, todo menos eso. Mande vuecencia lo que quiera, que yo pronto estoy á obedecerle sin replicar: seré una arca para guardar secretos...

—Pues mire usted—dijo don Modesto;—yo voy á sentenciar este pleito; porque... á la verdad estoy interesado en que usted no tenga que sentir. Dele usted al señor por lo que ha dejado de pagar á la Hacienda, trescientas onzas de oro y que siga su curso la procesión; es decir, que continúe todo lo mismo que hasta aquí.

—¡Ah, gracias, señor; no digo yo trescientas onzas, sino aun más si me lo exigieran. Gracias!—Descuide vuecencia que ya las pagaré: voy á traerlas.

El propietario-guajiro se marchó en el acto para poder cumplir su promesa y el Capitán de Partido, tendiendo el brazo por sobre el hombro de Benigno, dijo:—ya *han caído* esas «oncejas» y ahora vamos á celebrar con unas buenas copitas el fallo que he dado; es decir, mi *sentencia.* Chucha mía: tráeme la bandeja con lo mismo de ayer.

Tan pronto salió el propietario, tomó asiento Benigno junto á una mesa echando su pierna izquierda sobre un brazo del sillón



que ocupaba y entonces el Capitán cogiendo un lápiz se puso en su pupitre á ajustar la cuenta de la cantidad que cada uno debía percibir, según lo contratado, cuando llegaran las talegas. Sin embargo, ya Benigno la había ajustado en un papel que tenía en su mano, y esperaba impacientemente su conformidad con los ojos puestos en el bueno de don Modesto.

La bandeja al fin se trajo bien repleta, se puso sobre la mesa y copita á copita con el entusiasmo y la conversación, se fué en-

treteniendo el tiempo hasta que llegó el dinero del *pagano* propietario.

Debo advertir aquí que Benigno siempre que se emborrachaba se ponía insufrible; testarudo, pesado. Era de carácter quisquilloso y voluble y por lo tanto se hacía insoportable en todas ocaciones.

Y respecto á don Modesto, como éste se puso al fin más locuaz de lo que tenía por costumbre, habló hasta de lo que le daban por cada esclavo que desembarcaba de noche por aquellas playas, cuando llegaban los buques negreros. También dijo algo de las onzas que recibía por las armas que dejaba introducir, de vez en cuando, para las insurrecciones. En fin, que mi hombre alegre más de la cuenta con la bebida, entre cuchicheos y risas, cantaba de plano y desembuchaba lo que debía tener oculto hasta después de ir á la tierra.

Don Modesto y Benigno se hicieron grandes amigos y apuraban sendas copas todas las tardecitas, hasta que dando traspiés, se iba á acostar el hijo de doña Luz ya bastante entrada la noche.

Muchos hacendados tuvieron que desprenderse de muy buenas onzas de oro, durante la permanencia del investigador en el pueblo de ** y al fin Benigno regresó á la Habana para dejar las cantidades recibidas en el tapete de la casa de la Calzada de San Lázaro. Todo lo perdió al monte, que era el juego favorito de aquel majadero.





XXXI

Deseos de elevarse y lo que suele suceder por subir mucho.

DOÑA Luz no cesaba de hacer presente á todo el mundo que el novio de su hija Beatriz tenía en la corte gran influencia. Ella procuraba sacar partido del Ingeniero, interesándole para que escribiera á Madrid y consiguiera credenciales. ¡Oh, aquella viuda era una hormiguita: no cesaba de agenciar. Todo lo convertía en dinero y sus deseos por encumbrarse eran grandes... pero muy grandes!

Porque ella siempre quería subir... siempre quería remontarse hasta lo imposible, aunque cayera desde muy alto.

La noticia de que doña Luz era mujer de influjo y de mucho valer, le fué abriendo una que otra puerta de la buena sociedad de la Habana; aunque verdaderamente se reían mucho de las cursilerías de aquella familia tan arrimada á la cola. La Beatriz era de todos los de la casa la más tonta, la más insoportable con

su romanticismo y sus retumbancias; tanto que un día le dijo de buenas á primeras á su madre:

—Mamita Luz, es necesario hacer alguna cosa bien sonada, que llame la atención, para que las familias se fijen en nosotras y nos soliciten. No me gusta vivir tan aisladamente. Ya que estamos abonadas al mejor palco del teatro de Tacón, bueno es hacernos conocer del público habanero por otros motivos. ¿Por qué no subimos algunas de nosotras un día de estos á esas alturas y vagamos bajo la celeste bóveda por entre las nubes en el globo de Sebastián? ¡Ah, que hermoso no sería contemplar el gran panorama que se presentaría á nuestros ojos y todos debajo, mirándonos arriba, junto al cielo! Daríamos así una prueba de valor y de buen gusto. ¡Y qué gran espectáculo...! Todos nos nombrarían: nos haríamos célebres: hablarían de la familia de doña Luz y buscarían nuestra amistad.

—Ay, que gusto... Sí, mamá; vamos á decírselo á Sebastián para subir en su globo, ahora que viene pronto el día de la Ascensión—dijo Altagracia, que era también ligera de cabeza como su hermana.

Doña Luz empleaba siempre en sus conversaciones una palabra favorita, viniera ó no á cuento. Ella por estribillo decía en sus charlas *casualmente*. El adverbio casualmente era la muletilla con que abrumaba aquella señora á todo el mundo; así es que le contestó á las muchachas:

—Pero hijas, *casualmente* están ustedes locas? Cómo vamos nosotras á lanzarnos por esos aires, solas, á que nos suceda algún percance?

—No, mamita; no iremos solas, porque se lo diremos también á Bermúdez y él, que es tan *divertido,* estoy segura de que nos acompañará—añadió Beatriz.

—¡Pero señor, *casualmente* estas muchachas han perdido el juicio! Cómo es posible que la barquilla pueda tener espacio para ir tanta gente dentro de ella? Porque eso sí, lo que soy yo no me quedo atrás. Cómo he de dejarlas ir solas? Nada, á donde quiera que ustedes vayan les acompañará siempre su mamita. Buena está *casualmente* la sociedad, con tantos hombres pervertidos como hay hoy...! Bonita... bonita... está!

—Pues bien: iremos todos. El globo es inmenso como el mundo y la barquilla como el Leviatan...—dijo Altagracia saltando alegre, riendo y dando palmaditas y repitiendo la exclamación de «¡Ay, que gusto! ¡ay, que gusto!»

En esto entra como de costumbre Sebastián y su novia corre á encontrarle á la puerta tan contenta, tan locuaz, tan saltona y poniéndole el brazo por el hombro, aunque empinándose un poco, le dice con zalamería mirando con dulzura á sus ojos:—amor mío, vas á hacerme el gusto en una cosa: queremos todas subir en tu globo el día de la Ascensión y para ello es necesario que lo anuncies al público. Qué te parece? Porque eso va á ser en la Habana «muy sonado...» un gran acontecimiento de que se ocuparán los periódicos y todo el mundo va á concurrir para vernos. Sí, amor mío; anímate: vamos á subir... ¡Ay, qué gusto! Qué me dices...? Vamos...?

—Y no se asustarán ustedes...?

—No... no... Queremos ir contigo! Por Dios, no nos pongas inconvenientes ni dificultades.

—Bien, mujer, subiremos; pero no nos acompañará Bermúdez? Sería bueno para completar la fiesta: me gustaría mucho que el Ingeniero hiciera su *debut* por esos aires. No se animaría también Beatriz?

—¡Toma! Si ella es la inventora de la excursión aérea. Sí... sí... hemos de subir. ¡Ay, que gusto...! ¡Ay, que gusto...!

Y siempre como una loca riendo y saltando daba palmadas.

—Pues nada: manos á la obra y decírselo pronto á Bermúdez. Yo anunciaré la ascensión para dicho día por la tarde.

Por insinuación pues de Matias Pérez le hablaron inmediatamente al Ingeniero acerca del proyecto, y entre todas le animaron para subir juntos el dia de la Ascensión en el globo llamado el «Rey de los Aires».

No fué necesario trabajar mucho para decidir á don Ambrosio á hacer tal calaverada. El ingeniero era un buen hombre, pero no tenía carácter; sumamente complaciente, cualquiera le llevaba y le traía. Doña Luz y sus hijas hacían de él lo que querían y siempre tan risueño y tan campante. Señor ya algo entrado en años, era muy dado á las excursiones y á las ferias y cuando le proponían alguna gira de campo, se frotaba las manos de contento y respondía:—«pues sí... y con mucho gusto vamos á echar una cana al aire.»—Pero sucedió que tanto se repetían los paseos y las giras, que el bueno de mi hombre estaba ya casi calvo por lo gastado de su naturaleza, por la vida desarreglada que llevaba.

Empero extrememos su retrato; fotografiémosle mejor.

Don Ambrosio Bermúdez era de regular estatura, de cabeza redonda á guisa de calabaza, de ojos verdosos sin expresión al-

guna, *ojos parados.* El siempre tenía la sonrisa en la boca: su semblante carecía de animación: era crédulo; cualquiera le engañaba: no tenía energía; en fin, era lo que se llama un *papanatas.*

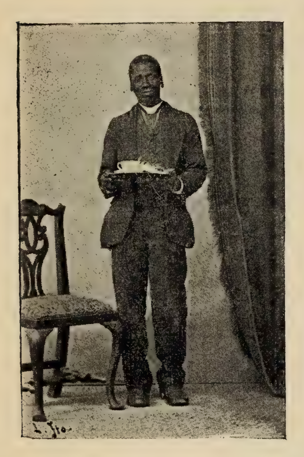
Doña Luz se había apoderado de este buen señor y le explotaba á su antojo. Don Ambrosio hacía pues lo que la madre de su novia le decía, y siempre como un hijo sumiso, obediente, impecable.

El Secretario de su Ilustrísima que hacía tiempo se hallaba penando por la canongía aquella de que ya he hablado, al saber que doña Luz hacía negocios por medio de Bermúdez, se empeñó con el confesor de aquella señora para que le consiguiera lo que constituía sus sueños dorados, su ideal.

Por lo tanto, hizo un viaje para eso solo desde Güines á la capital el íntimo amigo de D. Fabricio (que se llamaba don Tomás) cura muy apreciado entre sus feligreses, y se logró al fin que saliera pronto á concurso la prebenda y entonces aquel fué por rigurosa oposición Canónigo de la Santa iglesia catedral de la Habana. Nadie más merecedor de aquella alta dignidad que Descobello, el secretario de Su Ilustrísima. Por eso todos sus amigos le felicitaron; por eso se alegraron mucho de verle sentado en el presbiterio rezando en unión de sus demás compañeros; allí, donde se cantaban vísperas todos los días en apacible soñolencia hácia las tres de la tarde. ¡Oh, don Fabricio lo merecía: era inteligente, hombre ilustrado y además caritativo como pocos. Era un gran eclesiástico.

Empero don Fabricio, lejos de ser fanático ó hipócrita, mas bien tenía en ciertas cosas la «manga ancha», como se suele decir. También tenía sus debilidades como cualquier mortal y algu-

nas veces no se paraba «en menudencias» aquel buen clérigo. A él le gustaba mucho el café de caracolillo y en ocasiones le decía quedito, con cierto misterio, al negro Gabriel al levantarse por la mañana temprano:—Guzarapo, tráeme *aquello* que tú sabes que hoy *no* celebro..... hoy *no* digo misa... no puedo! Mas esto de no decir misa de ninguna manera podía gustarle á Gabriel, y había entre ellos sus más y sus menos; pero al fin y al cabo triunfaba en sus observaciones el de Etiopía y entonces sonriendo y guiñando el ojo salía el negro de la cocina con su bandeja y su taza y dentro de esta el riquísimo café.....



Por lo demás Descobello era una perla: se desvivía por servir á todo el mundo y si algún vicio tenía, era el de gastar mucho rapé del que fabricaba don Prudencio y sobre todo lo que más le dominaba era el juego de la lotería nacional que el gobierno tiene establecido en la isla de Cuba desde hace tiempo. No dejaba también de agradarle algún tanto jugar al dominó ó bien á las damas; pero... con las damas siempre.

Doña Luz se alegró muchísimo de conseguir por medio de Bermúdez el que saliera pronto á concurso la prebenda, por dos

razones: la primera, porque siendo don Fabricio sumamente rumboso, como todo el mundo sabía, esperaba de él un gran regalo; la segunda, porque el secretario de Su Ilustrísima era persona de alta categoría en la ciudad por sus relaciones, por el puesto que ocupaba y por sus conocimientos literarios, agradándole á doña Luz por lo tanto conquistar su amistad. Y la viuda del oficial de Carabineros no se engañó con respecto á rumbos y dádivas, pues cuenta la crónica que Descobello se mostró generoso como nunca y que en aquellos días se le vió á ella mucho más alegre que de costumbre y parece que algo se trató en familia acerca de la compra de una volanta que vendía á la sazón una persona muy conocida en la buena sociedad de la Habana y que había venido á menos á causa de la política.

Porque en aquel tiempo se perseguía despiadadamente lo que llaman el *filibusterismo* y se secuestraban ó se decomisaban muchos bienes, y de la noche á la mañana se quedaban pobres, ó poco menos, familias que siempre habían sido ricas.

Pero no nos alejemos del asunto principal que tratábamos: volvamos, pues, á él.

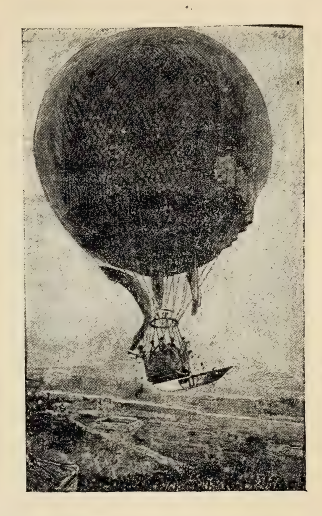
Llegó al fin el día de la Ascensión y como Sebastián el portugués había anunciado pomposamente, por medio de los periódicos y de los carteles, que una distinguida familia de la Habana iba en aquel solemne día, á cosa de las cuatro de la tarde, á remontarse á las nubes saliendo el globo «Rey de los Aires» del Campo de Marte, donde el público habría de asistir para presenciar tan agradable espectáculo, la concurrencia fué espantosa y verdaderamente daba miedo tender la vista por aquella extensa llanura, en que no se veía sino cabezas apiñadas y rostros de blancos

y de negros. Eran tantas las miles de almas allí reunidas, formando una masa compacta por decirlo así; que no caería al suelo un alfiler si se hubiera tirado desde el aire.

Y no había duda: la ascensión prometía ser magnífica, si se atendía á la concurrencia y á tan hermosa tarde. El día convidaba á contemplar desde las alturas, el encantador panorama que había seguramente de presentar la ciudad de la Habana mirada á vista de pájaros. Muchos de los espectadores, y sobre todo las niñas románticas, deseaban vivamente ir en la barquilla; pero ¡ay! los designios de Dios quién los conoce? El porvenir quién lo sabe...?

Llega al fin el deseado momento y se trae el globo con mucho cuidado, se preparan las cuerdas que habían de sujetarle, se suspende al «Rey de los Aires» con los mismos cordeles pendientes de un alto palo, se empieza aquel á inflar, viene la gran barquilla y esta se sujeta fuertemente de la parte inferior de aquella flexible mole que ya empieza gallardamente á moverse y á quererse escapar.

El público ansioso de conocer la familia distinguida á que hacía referencia en los anuncios Matías Pérez ó sea Sebastián el Portugués, estaba impaciente por ver subir el globo y saber quiénes eran los viajeros que tan valientemente se habían decidido á remontarse á las alturas. Los más curiosos erguían la cabeza y se empinaban todo lo que podían entre la muchedumbre que invadía el extenso Campo de Marte hasta que al fin pudieron distinguir la barquilla que el «Rey de los Aires» conducía pausadamente elevándose al cielo con gran majestad.



La ascensión resultaba desde luego magnífica, extraordinaria, sorprendente. Ni el más pequeño movimiento de los árboles, ni el más leve suspiro de la brisa entre sus hojas, alteraba la tranquilidad de la tarde. La barquilla, que en forma de saeta aparecía pendiente del globo, llevaba encima un gran cesto como un macetón de gayadas flores en el que doña Luz iba vestida de amarillo, Altagracia de encarnado, Beatriz de azul pálido con cintas verdes, don Ambrosio de frac y corbata blanca y Sebastián de todos colores. Cada una, por supuesto, llevaba flores y vaporosos tules y á medida que iba poco á poco subiendo el globo, ellas arrojaban rosas y clavellinas y daban el *adiós* á la gente, agitando sus pañuelos desde las alturas al ver que las victoreaban. El Ingeniero entusiasmado no cesaba también de saludar al público con su sombrero de copa alta y Sebastián lo hacía igualmente con su modesta gorra.

Nada tan magnífico como el panorama que se presentaba á la vista de los aeronautas, en la capital de la perla de las Antillas, en tan solemne día. Las azoteas atestadas de gente; las pla-

zas y los paseos con sus copudos árboles; el muelle en toda su extensión lleno de banderolas; la bahía igualmente empavesada, luciendo como un pinar los mástiles de las embarcaciones y en las puntas de ellos sus gallardetes; muchas de las casas de la ciudad blancas como el alba, otras de color de rosa ó de amarillo; los edificios del Gobierno y de los consulados ostentando sus pabellones por la solemnidad del día; todo.... todo cautivaba, todo alegraba, todo recreaba el alma. Hasta las murallas, que entonces dividían á la Habana, daban al conjunto cierta gracia caprichosa, *sui géneris*, que realzaba y embellecía.

Desde que empezó el globo á subir pausada y majestuosamente, el Ingeniero comenzó á distinguir caras conocidas en aquella muchedumbre apiñada; sobre todo en las azoteas. Vió desde luego al músico Claudio Brindis destacándose entre los blancos tan acicalado, siempre tan pulcro, tan petrimetre, tan presumido; conoció también paseándose en una plaza al director de la Gaceta de la Habana, el señor Arazola; al del Diario de la Marina, el guapo Lira; á Auber y á la escritora Felisa, su hermana; á Saco, á don José de la Luz y Caballero, al médico Caro, á Gordillo, al abogado Cintra, al director de la casa de seguros marítimos y al de la empresa del gas Urzainqui y Feser; al de la compañía del ferrocarril de Villanueva, el señor Echavarría; al principal de la casa de Drake don José María Morales y á don Ramón Herrera, su cajero... Dichas personas le conocían y don Ambrosio, como caballero muy atento y fino á todos saludaba afablemente al hender los aires el terrible globo.

Pero sucede que, como todo no es dicha en este mundo, el cielo se empieza á obscurecer y recala la brisa y esta á los pocos

instantes se va haciendo más fuerte, más impetuosa, más insoportable, y al fin aconteció lo que á veces se ve en la isla de Cuba, que es cambiar de repente el tiempo y sobrevenir una *turbonada;* pero de órdago... de órdago!

¡Ah, aquí fueron los apuros: el Ingeniero pálido como la muerte daba en el espacio grandes alaridos; no sé si alguna de las niñas se accidentó; doña Luz le gritaba á Matías que quería bajar pronto y pisar tierra... y Matías demudado y atorrollado, sin saber que hacer, se empeñaba en abrir á toda prisa la válbula, pues todos corrían eminente peligro. Se declaró al instante una tempestad y entonces el portugués, para descender más á prisa, temiendo que el globo se dirigiera al mar, sacó un cuchillo de su cinto y lo hendió cuan grande era en el cuerpo del «Rey de los Aires». Entonces éste bajó con suma precipitación y el monstruo cayó exánime en el punto denominado la *Chorrera,* no muy lejos de la ciudad; habiéndose roto el ingeniero una pierna al caer sobre unos matorrales y un brazo doña Luz y habiendo recibido, tanto las niñas como Matías, varias contusiones, quedando todos desparramados sobre la tierra. Esto sucedió á dos millas de la Habana.

Todo el mundo se ocupó en la capital de la Gran Antilla de la calaverada del Ingeniero y comparsa y causó risa y á la vez lástima el descalabro de que fueron víctimas aquellas criaturas.

La gente en su mayor parte opinaba que la fractura de la pierna de don Ambrosio era de mucha más consideración que la del brazo de doña Luz y verdaderamente tenían razón los que opinaban así, pues aquel infeliz no cesaba de lanzar desga-

rradores *ayes,* lamentos que partían el corazón. Bien es verdad que cualquiera al mirar aquel rostro sin expresión, sucio, lleno de tierra; cualquiera al ver «*abollado*» su sombrero (que era hecho de una especie de azofar) los guantes rotos, el frac con un solo faldón, no podría menos de romper en risa; pero al mismo tiempo exclamar: «¡Señor... Señor... para qué le has dado vida á este babieca...?»

Aquella criatura tan limitada de entendimiento como era, había venido al mundo para la burla y para la mofa y no para utilidad alguna de la sociedad... para bien del hombre. Y sin embargo, él aparecía como hombre de ciencias!

Porque á don Ambrosio se le expidió el título de ingeniero por puras consideraciones é influencias de familia; pues en España, aunque es triste confesarlo, era lo más natural del mundo en aquel tiempo, dar un título profesional ó académico al que contara con valiosas recomendaciones; sobre todo, si entraba en el empeño ó en la petición del favor, el enamorado corazón de alguna dama. Y cuenta la crónica que en la época en que Bermúdez seguía carrera, tenía él una hermana en la Corte que era el encanto de un personaje de muy alta jerarquía; pero no: don Ambrosio no necesitaba de las recomendaciones de ella para obtener la más señalada gracia en cualquiera cosa que se le ofreciera. ¡Oh, eso es tan claro como la luz del día: es necesario hacer justicia y confesarlo.

Dejo sentado pues que el amante de Beatriz fué ingeniero de obras públicas porque Dios ó el diablo lo quiso.

Cuando doña Luz le vió tan roto y tan sucio, no pudo menos, á pesar del gran dolor de su brazo, que echarse á reir y decirle:

¡pero hombre, que demonio de facha es esa? Qué *desguazado,* santos Cielos! ¡Qué *desguazado!*

Beatriz la novia, sin embargo de la contusión que había recibido en un cuadril, haciéndola cojear grandemente, fué á donde estaba Bermúdez tendido en el suelo y al verle no pudo tampoco contener la risa y exclamó: pero qué sucio está, Dios mío...! Este es don Ambrosio? Es éste...? Pobrecillo! Como ha quedado...! ¡Si parece un mico!

En fin, todos los de la familia, después de compadecerle, le rodearon haciendo pucheritos con la boca, para no exasperar con desenfrenadas risas á aquel desdichado, que yacía en el suelo tan feo como Bertoldino.

El estado del Ingeniero era bastante lamentable y sin embargo, provocaba semejante facha á risa; tanto que al fin y á la postre le echaba todo el mundo la carcajada en sus propias barbas. Ultimamente hubo que mandar á traer á toda prisa una camilla para conducirle á la Habana y además dos volantas para ir doña Luz, sus dos hijas y el novio de Altagracia; es decir, *Matías Pérez.*

Como no era bien visto dejar solo en el coche al joven portugués con ninguna de las niñas, se determinó que el *Rey de los Toldos* acompañara á doña Luz y que las muchachas fueran solas; pues don Ambrosio tenía necesariamente que ser conducido de la manera indicada.

Mientras llegaban las volantas y la camilla, Matías, como Dios le dió á entender, buscó ocho robustos negros para conducir á una casa de la Chorrera el globo; pues éste había caído en una llanura sobre unos matorrales en las cercanías de aquella

población. Guardaron al «Rey de los Aires» en el indicado edificio y así que llegaron los carruajes, se le pidió prestado á un vecino del pueblo un catre de tijera y se colocó en él, con mucho cuidado, al ingeniero que no cesaba de dar gritos por los dolores que la pierna le causaba. Él fué así llevado en hombros de cuatro negros; pues en la Habana no hubo ocasión de conseguir, con la premura que se deseaba, ninguna camilla para el novio de Beatriz.

El catre con su contenido iba delante de las dos volantas. Durante el viaje hubo varias peripecias que pasaré por alto, siendo la más importante el gran chaparrón que vino de repente, á la mitad del camino, poniendo como una sopa al Ingeniero. Con el frío que tomó su pierna mojada, ésta se hinchó terriblemente, lo mismo que parte de su cuerpo, y Bermúdez llegó á su casa en muy mal estado. El infeliz aquella noche no hizo más que delirar y en sus devaneos llamaba á cada instante por *María.*

María era el nombre de una señora que él habia dejado en Madrid; una santa mujer con quien el sagrado vínculo del matrimonio le tenía para siempre unido en este mundo, mientras los dos vivieran. María era una mártir y lo había sido contínuamente desde que se casó con el bobalicón del Ingeniero. Este, echándola de *cadete,* era y había sido toda su vida un pisaverde; pero de encargo y un lechuguino de tomo y lomo.

La ascensión de Bermúdez, en el globo de Sebastián, acompañado de doña Luz y comparsa, tuvo gran resonancia no sólo en la Habana, sino en los campos y aun traspasó la línea equinoccial. María pues, tuvo noticia de los devaneos de su esposo

y fué tan grande su disgusto y su vergüenza, que la infeliz murió al poco tiempo como una bruja... esto es, con la cara vuelta á la pared.

Cuando doña Luz y su hija Beatriz supieron el fallecimiento de dicha señora, y que por consiguiente Bermúdez se hallaba ya viudo y en aptitud de poder casarse, las dos se alegraron extraordinariamente. Un día que el Ingienero fué á ver á su novia, después de haber permanecido postrado en cama unos tres meses, á consecuencia de su aérea excursión, le dijo doña Luz:

—Mi amigo, esto no puede por más tiempo continuar así; pues mi hija *casualmente* es una niña muy formal y no tiene necesidad de que la critiquen con usted ni con nadie. Ya que el día después de la Purísima Concepción, que va á ser el domingo, tienen que casarse *casualmente* Altagracia y Sebastián, pues se ha anticipado un poco el matrimonio ¿por qué ese mismo día no lo hacen ustedes también y se casan juntos? Anímense, anímense, y así *casualmente* todo de una vez quedará en casa.

Don Ambrosio al principio puso algunos reparos por la muerte tan reciente de su mujer; mas como doña Luz tenía ascendiente sobre Bermúdez, todo se preparó para efectuarse las dos bodas al día siguiente del de la Purísima Virgen; esto es, el nueve de Diciembre.

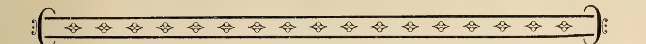
La viuda del oficial de carabineros no cabía en su pellejo de finchada, á causa del partido tan bueno que se le había presentado á cada una de sus hijas, sobre todo por el gran matrimonio que iba á hacer Beatriz, nada menos que con un Ingeniero de obras públicas; tal vez hermano ó sobrino ó tío de un presunto

Consejero de Estado ó quizás Ministro de la Corona que había sido alguna vez.

La vanidad, que es vicio casi innato en la naturaleza de los mortales, principalmente en la mujer, tenía insoportable en aquellos días á doña Luz, quien se consideraba ya entrando de brazo, en los aristocráticos salones, con su hijo político el Excelentísimo don Ambrosio Bermúdez, Caballero Gran Cruz de Carlos III; condecoración que su esposa le consiguió poco antes de que aquella pobre mártir dejara para siempre la tierra ingrata, este pobre mundo engañador.

Pero dejemos por un instante al ingeniero y ocupémonos algo más de doña Luz.



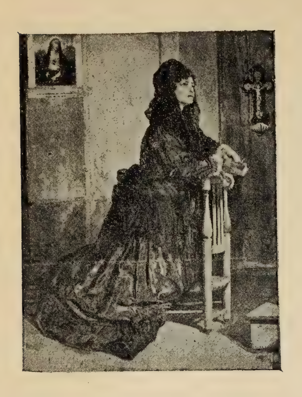


XXXII

Entre ama y criada y gritos de la conciencia

Antonieta, la esposa de don Fermín, conocía mucho á doña Luz porque ésta, antes de casarse con el oficial de carabineros era criada de su casa; tanto que la misma Antonieta contribuyó no poco á que se llevara á feliz término el casorio de su doncella. Un día que doña Luz salía de la Catedral, entraba precisamente en los mismos instantes Antonieta y observó ésta que su antigua sirvienta, con su cabeza erguida, porque iba á emparentar con gente de pro, no la saludó y la miró por sobre el hombro como haciendo menos de ella. Entonces la esposa de don Fermín, que no tenía pelillos en la lengua, se acerca á la que fué su doncella y le dice en voz baja:

—Luz, ya no me conoces? ¡Qué cosa rara! Mira, ve por casa que algo bueno tengo que decirte. No te olvides, mujer, no te olvides que ya hablaremos...



Y la señora algo colérica, sin esperar respuesta se encaminó hacia el altar mayor arrodillándose en su reclinatorio ante el Crucificado y murmurando: «*Señor, perdóname si vengo inmutada!*» *Perdóname, Señor...!*

Después procurando olvidarse de la ofensa de doña Luz, para no pecar en el alcázar santo, rezaba... rezaba... mientras la bribona de su antigua criada caminaba con su cabeza erguida, maquinando en la manera de proporcionarse objetos para su casa, sin sacar de su bolsillo ningún dinero.

Y sucedió que la mamá casamentera de las dos niñas, así que entraba todos los dias don Ambrosio á ver á su novia, traía á colación en sus conversaciones los preparativos de la boda y al fin y al cabo salían todas ellas en volanta con el novio á comprar por las tiendas de la Habana, lo que á doña Luz se le ocurría. Por supuesto, que nada dejaba de pagar Bermúdez porque ¿cómo era posible que él en presencia de la novia fuera á permitir que abriera el bolso doña Luz... que iba á ser su suegra?

Pero doña Luz se había ya tomado tanta confianza con el Ingeniero, que le tuteaba y á veces hasta le reñía cuando se mostraba algo remiso en cualquiera cosa que ella pretendiera.

¡Ah, la viuda se perdía de vista. En ocasiones, cuando en-

traba en los establecimientos de comercio con su futuro yerno, le decía:—mira, hombre, qué «cuco» abanico! Qué bien *casualmente* le sentaría á Beatríz! ¡Oh, y aquella bufanda, donde me la dejas, Ambrosio? Y no digo nada de aquella cafetera...! ¡Ah, qué de cosas tan bonitas! Quién las tuviera! A veces no quiero ir á tiendas porque todo me enamora. ¡Ya... cómo que me gusta ver mi casa tan bien puesta! Acostumbradas *casualmente* como estamos á los buenos arreglos, á todo se me van los ojos... á todo!

Y ella al hablar así siempre sacaba partido de su futuro yerno.

Las amigas de doña Luz la felicitaban porque iba á colocar tan bien á sus hijas; pero doña Luz, pareciéndole que ya ocupaba mejor posición en la Habana, hacía menosprecio de las amistades de toda la vida; de aquellas personas que siempre habían estado con ellas en los bailes de Marianao y de Sebastopol y aun en la plaza de Armas, á donde las habían acompañado muchas noches, á oir la *retreta.*

En cuanto á Sebastián Noveyra Vasconcellos y Camprodón de Algarrabas, debo decir que su vanidad había también aumentado extraordinariamente, no pudiéndose resistir ya su presunción, su fantasía. Verdaderamente, daba de cara tanta petulancia. Aunque se le llamaba el *Rey de los Toldos,* él se figuraba ser el Rey de la tierra y á veces se creía un semidios.

Lo que es el pobre don Ambrosio, cada día estaba más supeditado por la madre de su novia. El no tenía voluntad propia y todo lo que se proponía hacer lo consultaba con doña Luz para que después no le riñera; pues aquella maldita mujer

tan malcriada le hacía poner en ridículo muchas veces y hasta le mortificaba en su amor propio delante de la gente extraña, siempre que se le ocurría.

¡Ah, doña Luz llegó á ser para todo el mundo insoportable por orgullosa y por necia.

Antonieta le había ido tomando mala voluntad ó sea antipatía á la viuda del oficial de carabineros, por dos razones: la primera, por el tono tan exagerado que se daba, menospreciando á quien debía mirar con suma consideración y respeto y la segunda, porque en las pesadillas que agobiaban á su esposo don Fermín, éste nombraba muchas veces á Luz y creía Antonieta que era efecto de una infidelidad de su marido; de una amorosa correspondencia entre ambos, desde que aquella estuvo en su casa de sirvienta. Pero él soñaba con ella por otras cosas que no podía imaginar su mujer.

Luz fué al fin un día á visitar á su antigua señora con la esperanza de que le había de decir algo bueno que la satisficiera, según en la iglesia le había prometido. Llegó á la casa y llamó.

Eran las siete de la noche.

Cuando Luz entró, se hallaba con visita en la sala la esposa de don Fermín y aquella, siempre impertérrita, se dirige á Antonieta que ocupaba el sofá y de improviso, sin poderlo evitar la dueña de la casa, se acerca á su rostro y la besa en sus mismos labios, colocándose después á su lado en el centro del canapé.

Antonieta se inmutó sin poderlo remediar; la visita lo conoció desde luego y entonces se despidió en el acto marchándose y murmurando para sí acerca de la avilantez de semejante mujer.

Cuando se quedaron las dos solas, Antonieta se levantó y le dijo de mala manera á la que había sido allá, en otro tiempo, criada suya:—«vámonos de aquí, que á tí no te corresponde esta sala y menos este sofá. Entiendes?»

Entonces la llevó á un pequeño cuarto cerca de la escalera y la hizo sentar. Luego le dijo:—que ínfulas son esas que se han despertado en tí, que ni conoces siquiera la superioridad de aquellas personas á quienes debes considerar y hasta reverenciar? Porqué te conduces así, mujer?

—¿Y porqué me dice usted eso?

—Por qué...? No lo sabes, Luz? Tan frágil de memoria eres?

—Señora, no me acusa *casualmente* la conciencia de haberle faltado á usted en nada.

—Y cuando salías el otro día de la iglesia, á tiempo que yo entraba ¿porqué excusastes de saludarme y me miraste con aquella altanería, con aquella actitud de desprecio como si fueras una reina y yo una esclava? Pues qué, no te acuerdas cuando estuviste de criada en mi casa? ¿Crees tú *que yo no sé lo que has hecho...?*

—Señora... por Dios...! no entiendo... No sé *casualmente* qué quiere usted decir con esas palabras...

Y ella demudada, temblando, involuntariamente llevó sus ojos al suelo. Este trastorno de Luz la comprometía; hizo sospechar más á Antonieta de que no se había equivocado; que su esposo don Fermín, apesar de sus años, llevaba aún relaciones con la que allá, en otro tiempo, estuvo de doncella en su casa.

Pero doña Luz en lo menos que pensaba era en los celos inmotivados de Antonieta. Su imaginación se preocupaba con co-

sas más serias, de más trascendencia; así es que balbuceando algunas palabras, se acercó á la señora y temblando le cogió la mano, como si le pidiera perdón, misericordia; es decir, se confesara tácitamente convicta en aquella nueva actitud que tomaba.

—Y luego (continuó la señora diciendo) eres atrevida; no conoces el lugar que ocupas y cometes indiscreciones á cada paso. Qué te has creído tú? Te parece á tí *que nadie sabe tu vida y milagros?*

Estas palabras de la señora acabaron de trastornar á Luz; figurándose que se habían descubierto todos sus malos pasos. En aquel instante juró, allá, en el fondo de su corazón, que se apartaría de la vida tan misteriosa que llevaba, y que ya no saldría á pedir limosna por las noches, ni tendría más contratos criminales con su hermano Prudencio.

Y mientras esto acontecía en la Habana, en la casa de don Fermín, éste se hallaba en el campo en su bonita finca, ensimismado, siempre pensando en que *Cabeza de Perro* podría el día menos pensado comprometerle, al estar ya en prisiones. Allí, sólo, donde no oía sino el canto de los pájaros, cuyos ecos se confundían á veces con el ruido de las olas que lamían las arenas de la playa de **; allí, acompañado solamente de sus criminales recuerdos, el miedo era la nota mas saliente que vibraba en su angustiado pecho y á veces le venía á su pensamiento la idea de retirarse, como Angel García, de los negocios y marcharse á vivir á los Estados Unidos, lejos, muy lejos de la Habana.

Pero estaba decretado que el fin de su vida había de ser otro.—(Al decir esto nos retiramos del bosque).

XXXIII

Ocupaciones del pirata y de la niña robada.—Las malas voluntades de Luis y sus proyectos.—Recuerdos y flores.

LLEGADA la hora convenida para dirigirnos de nuevo al Bosque de Boulogne, nos encaminamos allí y nos sentamos en el mismo sitio que las tardes anteriores. Entonces Gonzalga dijo:

—*Cabeza de Perro* seguía en su prisión triste y pensativo sin hablar con nadie. Cuando alguien le dirigía la palabra para sonsacarle algo de su misteriosa vida, contestaba él con evasivas y sólo en ocasiones se le oía maquinalmente decir: *Upa mamá... Upa mamá.*—De noche despertaba varias veces dando desaforados gritos y siempre hablaba consigo mismo, aterrorizado.

Angel García era muy hábil y un día le pidió permiso al Gobernador del Castillo para construír en su prisión un pequeño bergantín, perfectamente aparejado, por ser una reciente promesa que en medio de un temporal en el mar había hecho, in-

vocando el nombre de la Virgen del Carmen. El jefe del Castillo le concedió lo que solicitaba, y *Cabeza de Perro* se entretuvo por mucho tiempo en la indicada construcción naval, fabricando el pequeño barco sobre una silla, sentado él en un taburete y casi siempre fumando.



Las horas muertas se las pasaba Angel contemplando desde su prisión el mar y el cielo. Unas veces miraba las tranquilas olas oyendo extasiado su murmullo como una plegaria: otras, en el invierno, aunque muy pocas, el rugido imponente de las olas embravecidas le hacían estremecer y pensar en el Creador, en el que todo lo premia y castiga, en Dios omnipotente, en Dios Grande.

El mar, imágen de la vida, le hacía también en ocasiones poner su rodilla en tierra é inclinar tristemente su cabeza. Qué de desgarradores recuerdos no cruzaban por su mente en tales instantes! Qué de suspiros ahogados, por el llanto de un verdadero arrepentimiento, no lanzó él en aquellos calabozos donde pasó muriendo los últimos años de su vida! Y digo muriendo, porque la existencia es una eterna muerte cuando el remordimiento, nacido del crimen, desgarra el corazón y atormenta el alma!

El bergantín construído por *Cabeza de Perro* en su misma

prisión, fué á engrosar el número de objetos dados como ofrenda... fué á adornar uno de los templos de la isla de Tenerife donde se venera la imagen santísima de la Virgen del Carmen. Allí pues existe un recuerdo del primer pirata del mundo en los modernos tiempos: allí está el testimonio de la fe religiosa de un criminal arrepentido: allí se ve colgado, de un tirante en el techo, el bergantín construído por las mismas manos de Angel.

Y mientras *Cabeza de Perro* permanecía prisionero, esperando la sentencia como castigo á sus culpas, Carlotita seguía en el salón de la muerte, en secreta reclusión, auxiliando al negro en la matanza para la confección de los pasteles en la casa de la Calzada de San Lázaro.

La niña al principio enflaqueció extraordinariamente, echando mucho de menos los cuidados de la mamá, las sanas costumbres de la casa, los vestidos, el agua, la comida, hasta el aire. Los primeros días lloraba la pobrecita sin consuelo; pero el negro que era de excelente corazón, á pesar del oficio á que le tenían dedicado, le hablaba con cariño y en todo lo que podía la favorecía y siempre la mimaba. Ella nunca veía allí otras caras que la del negro Pablo, que así se llamaba su compañero de infortunio, y la del hijo de *Cabeza de Perro,* Luis García, quien á veces entraba en aquel salón algunos instantes á vigilar, puesto que *el ojo del amo engorda al caballo.*

Luis no desmentía que era hijo de su padre. Feo como Angel, de corazón perverso, de instinto sanguinario, se alegraba mucho cuando desde la trampa caía alguna pobre criatura sobre la mesa... Si él se hallaba casualmente allí, al instante se ponía en faena, se remangaba los brazos y ayudaba por gusto á descuar-

tizar las víctimas, cantándoles el *De profundis*, burlándose de la religión cristiana y blasfemando. El no creía en el cielo, ni en el infierno, ni en Dios: tenía un corazón empedernido, atrozmente inhumano. En una palabra, era un incrédulo, un ateo, un demonio.

Luis García era de unas fuerzas hercúleas. Con sólo un machetazo separaba de los cuerpos las cabezas, y en un momento dividía los miembros y hacía en pedazos las carnes.

La pobre niña se moría de miedo cuando por una puerta secreta, que allí había, entraba aquel hombre tan atroz. Empero á medida que pasaba el tiempo, se iba Carlotita connaturalizando con aquella vida singular y poniéndole cariño al negro Pablo; pero odiando cada vez más á Luis. Luis era de cara sumamente antipática, de presencia insoportable. ¡Oh, ella no le podía ver ni en pinta.

Pablo se desvivía por la pobre Carlota y aquella vida que el negro llevaba, era sumamente contraria á su modo de ser, á su naturaleza, á su buen corazón. Esclavo como era, encerrado en aquellas cuatro paredes, no tenía más remedio que hacer lo que su amo le mandara, por más que lloraba noche y día su triste suerte. El no existía para el mundo: estaba enterrado vivo, y cuando le pusieron á su lado á la ayudanta, para que le auxiliara en las criminales faenas, sintió en su pecho satisfacción y pena al mismo tiempo: satisfacción, porque dejaba ya de estar en la aterradora soledad en que vivía, pues ya tenía por lo menos un ser viviente á quien dirigirle la palabra bajo la tierra, en aquel subterráneo inmundo, en aquel oculto cementerio: sentía pena, porque harto le desgarraba el corazón ver á la pobre niña

en aquel lugar de la muerte, deshecha en lágrimas, cuando apenas empezaba á pisar los umbrales de la vida.

Pablo, el esclavo empleado en el sótano del martirio, tenía muy buena razón y su sano criterio le hacía comprender todo lo que debía estar sufriendo aquella pobre criatura. Verse cerca de él; verse junto á un negro africano... en aquel lugar asqueroso, sin más luz día y noche que la de una triste lámpara, respirando siempre un ambiente fétido y viendo continuamente hachas y cuchillos, carne humana y sangre... ¡ah, aquello era muy terrible y no había nada igual, nada comparable sobre la tierra! La niña, sin embargo, se resignó con su suerte y como en aquella soledad le faltaba el cariño de su familia, sobre todo el de su madre, y encontró en Pablo bondad, dulzura, amor, el negro era su paño de lágrimas y á él le consultaba todo y le comunicaba sus más íntimos pensamientos.

—Estos son unos bribones, niña. Es imposible que Dios no los castigue en este mundo, le dijo un día el esclavo.

—¡Ay, Pablo, muchas veces he soñado... Después que estoy aquí, he visto en mis pesadillas á mamá siempre llorando... llorando! Yo estoy muy triste, porque no le hallo ni realmente la veo desde que aquella pícara vieja, á quien tantas veces he dado limosnas, me robó y me trajeron aquí.

—¿Y quien fué esa bribona, niña?

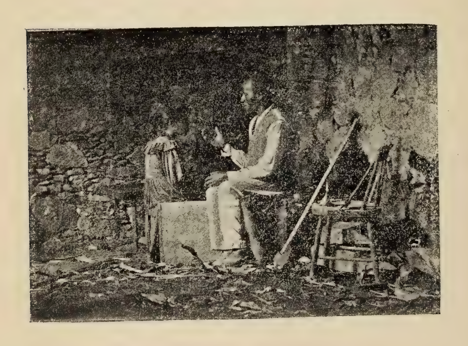
Una mendiga que casi siempre venía á casa para que la socorrieran. Mira, Pablo, yo creo que sucumbiré de pena porque no veo á mamá. Echo de menos sus besos al acostarme y al levantarme. Mi pobre madre me decía un día:—«Carlotita, si tú me «faltaras no habría nunca consuelo para mí y moriría de dolor;

«tú, angel mío, pedazo de mis entrañas, si algún día cierro para «siempre mis ojos, no te olvides de la que tanto te quiere, que «soy tu madre» Ella no ha muerto, que yo sepa; pero yo sí para ella. No, no la volveré á ver más!

Y esto lo dijo Carlota con tanto sentimiento, tenía su voz y su mirada tanta tristeza, que Pablo se conmovió y enjugó una lágrima.

En esto se sienta el negro sobre un cajón frente por frente de Carlotita y le dice:

—Yo, niña, hace ya diez años que tengo este oficio de carni-



cero ó de verdugo, y varias veces he estado para quitarme la vida; pero lo confieso, no lo he hecho ya, porque no he tenido valor para matarme. Cuando vi entrar aquí á la niña en este obscuro calabozo, para ayudarme en tan vil oficio, me alegré porque ya no estaría sólo entre estas cuatro paredes; pero también lo

sentí mucho... créame la niña... porque este pecho mío es así: yo no puedo ver lástimas ni conocer que van á martirizar, que van á hacer sufrir á otros. En este punto siempre he sido lo mismo, y esto consiste en que he mamado leche de una santa mujer... la que me llevó en sus entrañas.

—Pero tú, Pablo, has conocido á la que te dió la vida? Te besaba ella cuando te tenía entre sus brazos? Te quería ella mucho?

—¡Vaya que sí... ¡Ay, el amor de madre, niña, todas las madres lo tienen; es igual, es el mismo. ¡Siempre recuerdo el dia que me arrancaron de su lado para venderme; fué la última vez que la ví y á pesar del tiempo que ha transcurrido, me parece que la estoy aún mirando llorar sin consuelo junto á la puerta, por donde salía yo para nunca más volverla á ver...

Y al negro se le saltaron las lágrimas.

Luego continuó:—yo tenía entonces diez años: ella tendría veinte y cinco ó veinte y seis. No porque fuera mi madre lo digo; pero es lo cierto que era hermosa. Su cara tenía gracia, era de color de ébano, su boca chica, sus dientes blancos como el azahar, su cuerpo era garboso como una palmera. Cuando pequeño, me dormía ella entre sus brazos y me acurrucaba con amor y me comía á besos y me decía palabras de cariño, que salían de dentro de su pecho, que siempre las recuerdo y las recordaré. Yo creo que nací con lágrimas en los ojos que no se han secado nunca y por eso bajan por mis mejillas á cada instante. Heredé la tristeza y la ternura de mi madre. Ella era tan buena,... tan buena! No se parecía á las demás mujeres; siempre la pobre se mostraba mucho más apacible y cariñosa. ¡Ay, nadie.... nadie quiere como una madre... Nadie me ha querido como ella!

—Y porque son ustedes esclavos, Pablo, y los blancos no?

—Somos esclavos, niña, porque no hay justicia en la tierra; pero algun dia la habrá para nosotros. Yo no llegaré á disfrutar tal vez de sus beneficios, porque soy viejo; más si es cierto que hay Dios en el Cielo, ha de llegar al fin y al cabo un dia en que desaparezca la esclavitud para siempre. Qué derecho hay para que un hombre sea esclavo de otro hombre?

—¿Y porque son ustedes negros? Toda la gente de color es esclava?

—Somos negros porque hemos nacido ó han nacido nuestros padres bajo un sol sumamente abrasador y los han traído esclavos, arrancándolos del suelo donde nacieron, para venderlos como mercancía en este país. Los que por fortuna han podido dar cierta cantidad para recobrar la libertad, no son ya esclavos, son libres. Yo no he podido hacerlo y por eso contra mi voluntad estoy en este oficio por mandato de mi amo, que es un gran bri...

Y el negro no concluyó de pronunciar la palabra, por miedo de que las paredes le oyeran, y además porque le pareció haber sentido como ruido de pasos hácia la puerta secreta; sin embargo de ser muy temprano, casi al amanecer.

En efecto, no se engañó. El hijo de *Cabeza de Perro* se apareció como un duende, y la niña tembló... se estremeció involuntariamente, al presentarse allí á tal hora aquel hombre tan antipático, tan sumamente repulsivo.

Ella se acababa de levantar y estaba sin pañuelo por delante, pues no había aún concluído de abrocharse el vestido. Ya sus mórbidas y redondas formas se marcaban... digámoslo así, se

dibujaban algún tanto bajo su justillo de percal aprisionado con cintas rojas. Sus cabellos estaban en desorden y sus pies descalzos, pero blancos como la nieve y descubierta su garganta.

Cuando entró él y se encaró con Carlota, la miró con insistencia y la niña bajó sus ojos, más bien llena de vergüenza que de miedo.

—Sabes que te estás poniendo guapa?—le dijo.

La niña no contestó.

—Es necesario que la cuides mucho, Pablo: ésta va á ser una flor de mérito. Sí, es necesario que me la cuides...

Carlota hacía ya seis años que estaba allí. Había crecido, se había desarrollado bastante, empezaban las gracias de la pubertad á querer romper los diques que aprisionan el candor y la inocencia de la primera edad, de la edad infantil. Sus rasgados ojos daban indicios de que había en aquella criatura un alma varonil, un corazón resuelto, un pecho valiente. Se había acostumbrado á la sangre y á los cadáveres: ya nada le daba miedo sino Luis. Ni aún los clamores de las víctimas tenían para Carlota, dentro de aquellas cuatro paredes, el eco que al principio. La chica había adquirido en su rostro, con el encierro perpetuo que tenía, cierta palidez que la hacía interesante: ella iba ya á dejar de ser niña para conquistar todos los atractivos y los encantos de la mujer.

Así como Luis para Carlota era antipático, insoportable y no entraba en el reino de sus cielos, así el excelentísimo don Fermín era para Luis un ente extremadamente insufrible. Le tenía una gran ojeriza por su altivez, por la soberbia con que mandaba ejecutar sus órdenes; pues no parecia sino un rey. Varias veces

le había pasado por mientes deshacerse de semejante bribón; tanto que una noche según ya dije, se lo propuso á su padre.

También le había él echado el ojo á don Prudencio, segundo socio de la casa. A cada uno le iba á dar el merecido castigo, para satisfacer sus deseos de venganza, y para aprovecharse de las riquezas que pudiera y que estuvieran en sus manos.

Las arcas del cuarto obscuro tenían cada una dos llaves que se hallaban en poder de don Fermín y de Luis; siendo necesario la presencia de ambos individuos para poder abrir y cerrar dichas cajas. Por lo tanto don Fermín, el santo don Fermín, según todos le llamaban, iba siempre por las noches á una hora fija á guardar lo recaudado durante el día y para ello llevaba sus llaves.

Don Prudencio sólo entraba en la casa de los crímenes las noches de sesión y acostumbraba siempre permanecer allí el tiempo necesario, para buscar y recoger las colillas de los cigarros, después que los concurrentes se iban. Tal industria se había hecho en él un verdadero vicio, que no podía dejar.

Luis era sumamente ambicioso, y después que su padre se separó de la sociedad, tomando él más á su cargo la dirección de los negocios, éstos alcanzaban un desarrollo grande, pues á cada instante hacían innovaciones que daban un feliz resultado.

Un día llegó al salón de la Muerte y estuvo examinando minuciosamente las paredes sin hablar palabra. Después de este examen, salió, se sentó en un sillón de su despacho, y, con la vista fija en el suelo, permaneció un gran rato embebido seguramente en pensamientos *financieros* ó bien en asuntos de comercio ó tal vez en diabluras.....

Yo no sé; lo cierto es que volvió al mismo sitio después de dos horas de estar meditando, y le dijo al negro:

—Pablo, tú has sido alguna vez mampostero?

—En un tiempo, mi amo, manejé la cuchara y el martillo y todavía si se ofrece, á pesar de mis años, mucho puedo ejecutar, algunas fábricas puedo hacer.

—Pues mira: vas á hacerme un *trabajito.*

—Cuando mi amo lo mande. Aquí estoy para servir.

—Pues el domingo mismo lo harás,—le dijo Luis.

Aquella noche la pasó el hijo del pirata reflexionando, meditando en la empresa á que se iba á lanzar y al fin dijo:—nada; he madurado bien el proyecto y pecho al agua, que de cobardes nada se ha escrito.

Y al siguiente día le decía el negro á Carlotita, meneando la cabeza:—qué fábrica irá á hacer aquí el niño Luis? Qué... que será lo que intenta ahora? ¡Qué estará él tramando!

Era un martes el día que Luis le indicó á Pablo que iba á ejecutar en el sótano un pequeño trabajo de mampostería. A la siguiente noche llegó á la hora de costumbre don Fermín y llamó á su despacho con gran imperio al hijo de *Cabeza de Perro;* pues venía de mal humor, á juzgar por los gritos tan desaforados que le daba.

Luis, después que tenía más á su cargo la dirección de los negocios, se consideraba ya otro hombre y no se humillaba tanto en presencia del santurrón don Fermín. Ya delante de éste levantaba más su cabeza, mostrándose más erguido, mas independiente, más dueño de sí.

Luis no le contestó y contra su costumbre le miró de hito en

hito con su frente levantada, altiva, como mira el soberano al esclavo...

—No me respondes? Habla... contesta... Y dime, ¿qué actitud es esa que guardas esta noche conmigo?

—La que he debido guardar siempre—respondió Luis con soberbia, y hablando así, quiso retirarse. Pero don Fermín le gritó entonces con más altanería y le dijo:—qué modo de contestarme es ese? No soy yo aquí el principal de la casa? ¿A quién debes tú y debe tu padre hasta el aire que respiráis, bribones...!

—Hemos concluido. No quiero oir más—contestó Luis marchándose.

Pero después de un rato volvió con un saco de onzas, unas llaves y una cartera donde hacía sus apuntaciones y dijo secamente, dirigiéndose á don Fermín:—«aquí están los apuntes para pasarlos al libro mayor y traigo también lo recaudado en este día. Vamos pues á guardar este dinero en la caja.»

Y ambos salieron.

Ocupareme ahora del otro socio; de aquel á quien llamaban el *Pobrecito.*

Don Prudencio, aunque no era altanero ni mucho menos, había sido siempre un chismoso y embrollador, pues de continuo iba con cuentos y mentiras, indisponiendo á Luis con don Fermín en materia de negocios. Cuanto más entrado en años, más miserable era y sólo por economía no se habia casado, prefiriendo la soledad y el desamparo á los goces de la familia. Vivía en una mala casa y casi todo el dinero que no había podido colocar á interés crecido, lo tenía en el banco de seguros marítimos de la

Habana en calidad de depósito. Y debo hacer presente, que aunque don Prudencio era consocio del marido de Antonieta, de quien su hermana Luz había sido criada, el que titulaban el *Pobrecito* no tenía ningunas relaciones con aquella señora. Ahora conviene decir algo acerca de la esposa de don Fermín.

En el tiempo á que me refiero, Antonieta, que era sumamente religiosa, deseaba dotar al pueblo en donde radicaba su finca, de una iglesia para ir ella á misa todos los días festivos, en la época del verano, cuando se hallaba allí de estación. Era tanto el anhelo de llevar á cabo su pensamiento, que no sólo ideó suscriciones y rifas, sino que se valió de otros medios á fin de reunir dinero para la fábrica. Ella continuamente pensaba en la torre, en el coro, en el órgano, en el altar mayor, en el sitio donde se iba á colocar la pila bautismal y hasta en el monaguillo que había de repicar las sonoras campanas de la iglesia. Era una idea fija que le perseguía y que la atormentó dia y noche mientras no pudo llevar á cabo su pensamiento. Empero corrió el tiempo y al fin, según la crónica cuenta, se consiguió la suficiente cantidad y se empezó la indicada obra. Como tenía intimidad con Sor Milagros, pues eran muy amigas, y como conocía también mucho á don Fabricio, se empeñó con ellos para que por su mediación fuera el señor obispo al pueblo de ** á bendecir la iglesia cuando ésta se hallara ya levantada y completamente terminada, cantándose en dicho templo solemne misa para su inauguración. La iglesia con su torre y todo fué construída al fin y al cabo en una llanura amena en medio de



corpulentos árboles muy cerca del cafetal y desde entonces acá se venera en aquel pueblo, por ser su patrona, á nuestra Señora de ** (no se puede decir el nombre de la imagen).

Antonieta, que tenía sumo gusto para arreglar perfectamente las cosas, el día que se designó para inaugurar la casa santa adonde fueran todos los domingos los fieles de aquella comarca á orar, presentó ella la nueva iglesia maravillosamente engalanada, de una manera sencilla pero caprichosa. Sor Milagros asistió también á la misa, pues había sido invitada, junto con la Superiora y dos hijas de un brigadier retirado que residía en la Habana en aquella época.

La casita de Antonieta estaba construída frente á la playa de que ya se ha hecho mención. Centenares de avecillas la rodeaban y á la verdad el día á que me refiero, aquello parecía más bien una mansión de hadas, un Edén encantado, un jardín de

amores. Allí pasé yo también muchas semanas que las recordaré con efusión, con sumo regocijo, mientras viva... Como los médicos le habían recetado á Milagros tranquilidad, reposo, y sobre todo distracciones, Antonieta se empeñó con la hermana de la Caridad para que pasara allí una temporada, aunque fuera corta, para bien de su salud. Ella al fin accedió por mandato del médico y por súplicas también del Obispo y de la Superiora.

La misa que se cantó en la nueva iglesia, el dia á que me refiero, resultó altamente solemne. El órgano fué tocado con suma habilidad, acompañado de violín por el músico Brindis, y su Ilustrísima suplicó bondadosamente á Sor Milagros que subiera al coro y cantara con su voz de ángel, en unión de la otra hermana de la Caridad y de Mercedes, una de las hijas del brigadier, que tenía muy buena voz de soprano.

Nunca en mi vida había oído yo bajo las bóvedas de ningún templo armonía tan agradable, sonidos tan dulces, música tan celestial. La iglesia, como por encanto, se llenó de gente al escuchar los vecinos aquella sublime inspiración de Sor Milagros; pues sucedió que esta gran artista no se ceñía en los *solos* á la música escrita, sino que cantaba al capricho, con arrobadora unción, que cautivaba, que embriagaba el alma y nos transportaba á otro mundo.

Su Ilustrísima quedó muy complacido del éxito de la función, como también del delicado recibimiento de la dueña de la casa, y se marchó para la Habana al siguiente día acompañándole su secretario.

Quedámonos pues en la finca Antonieta, Sor Milagros, la Superiora, Mercedes, su hermana y yo.

Esto acontecía precisamente un año después del fusilamiento de los cincuenta y un insurrectos á las faldas del Castillo de Atarés.

Desde aquella fecha tan memorable para mí, yo no había vuelto á encontrarme con la mujer de mis pensamientos, sino en aquel cafetal.

Ella se había quedado á pasar con nosotros unos días de campo por solo complacer á su Ilustrísima y á Antonieta; pero contra toda su voluntad, disgustada, mohina. Y era porque no quería estar donde yo estuviera; huía de mí como del fuego. A lo menos yo así me lo presumía.

Desde luego Antonieta y Mercedes proyectaron toda clase de pasatiempos y había giras de campo y paseos por el mar y por la playa. Unos días nos sentábamos á la sombra de los mameyes ó de los cocoteros; yo á leer en alta voz y ellas á entretenerse en sus labores de mano, escuchándome: otras nos íbamos á los bohíos ó chozas á conversar con las guajiras, y varias tardes nos las pasábamos por el río, en una pintoresca barquilla á manera de góndola. Pero en muchas ocasiones me quedaba solo en la playa por no contrariar á Milagros que casi siempre quería, según creía yo, estar lejos de mí.

Recuerdo que con frecuencia me sentaba sobre una peña embebido en profundas reflexiones y místicas ideas que me apartaban de este mundo, mientras maquinalmente trazaba con la punta de mi bastón en la arena que lamía las olas, las letras de que se compone el nombre de aquella extraordinaria mujer. Regresaba después la barquilla con la «preciosa carga» y mis ojos querían penetrar, al volver á ver á Sor Milagros, su corazón y leer en su pensamiento.

Pero era lo más particular; era lo más gracioso, que las damas que la acompañaban notaban en ella, al alejarse la góndola de la playa, cierta intranquilidad, cierto desasogiego, y advertían igualmente que sus miradas se dirigían con disimulo hacia donde había quedado yo solitario. Y observaban también que ella era la primera en opinar que el bote debía volver á tierra, cuando ya no se distinguía la peña donde me hallaba sentado. Antonieta y Mercedes callaban; pero veían y oían y se hacían lenguas entre sí, pues advertían un *no sé qué* en ella que la delataba, que la vendía...

Muchas mañanas, cuando nos hallábamos en los corredores que daban frente al bosquecillo ó bien en el terrado junto á la playa, escuchando en silencio el canto de los pájaros ó el murmullo de las olas, ó bien por la noche oyendo esos misteriosos rumores que como suspiros llegan al alma, yo procuraba sentarme lejos, al extremo opuesto de Milagros, y entonces Antonieta con la sonrisa en sus labios me decía en baja voz:—pero que antipatía es esa que existe entre usted y cierta persona que no quiero nombrar y que desde aquí están mirando mis ojos? Qué hay entre ustedes? Porqué se odian tanto?

Y efectivamente: no parecía sino que algún motivo de agravio existía en nosotros. Milagros no me dirigía la palabra sino en casos muy precisos y lo confieso, su mismo desvío me hacía encaprichar más y más: el amor propio ofendido me incitaba á pensar en ella noche y día y yo por eso mismo, por su indiferencia ó por su esquivez, llevaba hasta la exageración en mi pensamiento su imagen.

Un día que íbamos por uno de los paseos del Cafetal, no sé

por qué motivo, me acerqué á ella y entonces se le cayó el abanico de palma que llevaba y apresuradamente lo recogí y se lo puse en sus manos. Me dió las gracias; pero me pareció trémula su voz y advertí que su mano temblaba. Entonces, como nos hallábamos casi solos y nadie nos oía, me atreví á decirle:

—Milagros, cuanto siento ser la causa de su disgusto ó de su molestia, en este hermoso campo donde de seguro disfrutaría usted de más placer y de más tranquilidad, si yo no estuviera aquí...

—De más placer... quizás no... De más tranquilidad... es seguro que sí,—me respondió.

—Pero qué antipatía es esa que he despertado en usted...? Porqué ese aborrecimiento tan firme, tan constante hácia quien tan bien la quiere? Porque...

—No prosiga usted! Por Dios, Gonzalga,—me dijo—¿porqué ese empeño en acibarar la existencia de esta pobre mujer que tiene una misión muy alta sobre la tierra...? Porqué insiste usted en querer levantar la punta de un misterioso velo que... Pero debo callar, Gonzalga; si usted me quiere bien, como me ha dicho, no me mire como me mira, ni me hable como me habla: huya de mí...!

—¡Huir, y por...

No pude concluir.

Y fué por que en esto se presentó Mercedes y se puso á mi lado. Callé, pues, y seguimos caminando, bajo los arbustos de café, cuyas flores rojizas tocaban en ocasiones nuestras cabezas, halagando otras nuestra frente al pasar.

Largo tiempo estuvimos así, ensimismados, embebidos en nuestros propios pensamientos, llevando á compás nuestros pasos; pero pausadamente, con la mirada al suelo siempre fija.

Recuerdo que el día estaba magnífico. El perfume de las flores que nos traía la brisa, la soledad de aquellos campos, el silencio augusto de aquellos bosques, el murmullo de las aguas de riego que corrían casi á nuestros pies y sobre todo la edad que teníamos, contribuían en conjunto á hacer para nosotros divina aquella mansión, pues nos parecía un paraíso sobre la tierra. ¡Ah, todo... todo eso es un grato recuerdo para mí que me transporta y embriaga á pesar de mis años.





XXXIV

Un nuevo amor.—Un nicho para un santo.—Delirios.

No me había yo fijado bien hasta entonces en Mercedes que caminaba á mi lado. Cuando levanté mi vista, fué cuando por primera vez observé que sus ojos eran negros como el azabache y que era su tez pálida y su nariz aguileña y que no dejaba de tener su boca y toda su persona bastante gracia. Tampoco pasó por mí inadvertido que ella me miraba con alguna insistencia y que yo no le desagradaba. Su voz era dulce y cuando hablaba descubrían sus encarnados y delgados labios unos dientes tan blancos y diminutos que parecían dos sartas de perlas y advertí que sus manos, pequeñas y bien formadas, eran como alabastro y que sus cabellos formando caprichosas ondas, eran finos como la seda.

Las mujeres de Cuba son en lo general impetuosas, pero no aparentan el fuego que arde vivo en el corazón como arde á

veces bajo la ceniza brillante ascua. Aman como las tórtolas y cantan como ellas sus soledades y sus tristezas. Pero... son también como el sol abrasador que fecunda el campo de los trópicos, engalanando la tierra y embelleciendo la vida.

—¡Qué hermoso día!—exclamó Mercedes y luego añadió:—cuánto no daría yo porque se prolongaran estos momentos y que no se acabaran nunca! Me hallo tan bien así...! ¡Camino tan á mi gusto...

Pero esto lo dijo casi sin ser oída por Milagros.

Yo comprendí todo el significado de sus palabras y sólo me limité á decir:—pero no estaremos ya demasiado distante de la casa? Yo voy también disfrutando con tan hermoso día; más... (lo digo... no por mí, sino por ustedes) ¿no estaremos ya muy lejos?

—No;—me contestó con resolución:—sigamos... que así iría yo hasta el fin del mundo. ¡Sigamos...!

—Milagros no podía enterarse de nuestra conversación, aunque inocente; pues ella iba como á unos diez pasos separada de nosotros y mi compañera me hablaba quedito...

Desde luego conocí que Mercedes tenía su pensamiento en mí y que le gustaba mirarme siempre, oir mi voz, escuchar mis palabras; pero al parecer era egoista, pues observé varias veces que no quería sino que le hablara á ella sola y se inmutaba cuando mis ojos se dirigían maquinalmente á Milagros que era mi cielo, mi todo en la vida.

La hermana de la Caridad seguía delante de nosotros caminando en silencio y yo contemplando aquella figura esbelta, aquella magestad de reina; recreando mi imaginación en aquél

rostro de angel ó de diosa. Mis ojos se iban á ella instintivamente y veían cada vez mucho más marcado el enojo de Mercedes por no ser correspondida con el mismo afecto, con la misma solicitud, que hacia mi persona revelaba ella á cada paso.

Sor Milagros miró una vez para atrás y nos vió platicando á media voz y, no sé porqué, conocí que no le gustó que nosotros habláramos... Mercedes al observar aquella especie de curiosidad de la hermana de la Caridad, hizo un movimiento de cabeza y puso un ceño como diciendo:—*¿Y tú qué miras...? A tí qué te importa...?*

Todos, unos y otros nos hablamos de nuestros pensamientos, de nuestros ideales, de lo que conmovía más tiernamente nuestro corazón; pero casi en silencio, sólo con el gesto, con la mirada, con la respiración, con la modulación de la voz.

Al poco rato Milagros caminó más pausadamente como para esperarnos, para incorporarse y marchar juntos en hilera; pero entonces, Mercedes hizo lo mismo para que no fuera con nosotros y dejarla burlada; es decir, chasqueada.

Mis pasos instintivamente querían acercarse á los de Milagros más que á los de Mercedes y en esta lucha tácita, venció el número y la hija del brigadier retirado se quedó en minoría. Fuimos pues los tres en hilera, quedando yo por mi suerte en el centro, al incorporarse á nosotros la hermana de la Caridad.

Milagros me miraba de reojo, según pude observar; pero en silencio. Sus labios no se desplegaban para nada. La decidora, la que se despachaba á su gusto, era Mercedes. Esta hacía por separarse; es decir, por desviarse conmigo de la que era mi encanto, para ir como antes platicando los dos juntos: más no pudo con-

seguir tal cosa, porque Sor Milagros no lo consintió. Ella no volvió á dejarnos solos; fué siempre á nuestro lado; pero silenciosa, triste, ensimismada.

Era la tardecita, y los primeros resplandores de la luna empezaron fantásticamente á querer dibujarse, allá á lo lejos. La puesta del sol formaba también en el cielo y en el horizonte las figuras más caprichosas que hasta entonces habían mis ojos visto, según mis recuerdos. Aparecía en el firmamento un cortinaje de gualda y azul, con chispas de color rojo, y luego flotantes tules y encajes blancos como el alba. Más lejos caballos encabritados y fieros leones, con sus garras sobre redondos mundos; después ángeles y más allá diablos con lenguas de fuego. Así, á lo menos, me lo figuraba mi imaginación, al querer descifrar lo que representaban los celajes y las nubes.

Nosotros íbamos por una *guardarraya* de vuelta á casa y no pudimos menos de pararnos algunos instantes á contemplar aquel crepúsculo de la tarde, en que la naturaleza ya dormida, desplegando nuevas gracias, nuevos atractivos al morir el dia, hacía nacer la noche con su silencio y con sus misterios. Aquellos momentos fueron de solemne recogimiento y no pronunciamos ninguna palabra: no osábamos desplegar nuestros labios. Ni la más pequeña nubecilla empañaba la plateada faz de la luna: ni el más ligero soplo de la brisa movía una hoja de los árboles: verdaderamente, el cuadro era interesante: no podía ser más seductor.

—¡Qué hermoso es el mundo!—dijo al fin Mercedes.

Y Milagros exclamó entonces señalando á la luna:—«qué sublime es el cielo... allí, donde está el Señor de lo creado!»

—Pues siendo el mundo tan hermoso, por qué hemos de dejarle?—dije yo sonriendo.

—A veces este mundo tan bello para nosotros, que nos parece la gloria, es para otros el infierno sin poder muchos soportar la vida,—añadió Mercedes.—Porque desengañémonos; cada uno lo ve según el cristal con que sus ojos lo miran...

—Tomémosle como lo presenta Dios, inclinemos nuestra frente y no nos revelemos contra aquel á quien estamos obligados—dijo Milagros.

En esto llegamos al «batey» y nos salió al encuentro Antonieta sonriendo y á la vez regañando por que nos habíamos demorado en la excursión.

No se por qué... pero es lo cierto que nuestra ausencia le había parecido á ella un siglo aquella tarde...

Todos nos hallábamos en pié y á la claridad de la luna pude ver los ojos de Mercedes clavados en mis ojos y los de Milagros queriendo penetrar lo que decía la mirada de aquella... Tal vez de su rival.

A la tarde siguiente, Mercedes y Antonieta proyectaron un paseo por el río y se encapricharon en que yo les acompañara. Me comprometí á ello siempre que me aceptaran como gondolero, pues yo necesitaba ejercitar mis fuerzas y distraer mi ánimo. Contemplando las aguas que agitaría mi remo, dejaría de llevar mi vista á otros objetos que no me eran dado mirar: así podría descansar Milagros de mi constante importunidad en alzar contra su voluntad mis ojos hacia ella; así Mercedes no pasaría por el disgusto de ver mi indiferencia á su persona, al observar que yo sólo miraba á la hermana de la Caridad. A mí

me parecía un crimen hacer otra cosa; así es que pensando yo en Milagros, á quien en mi corazón le había levantado un templo, me dije con resolución pero con el pecho angustiado:

—¡Oh, no, yo no quiero aquí, donde se halla el bien de mi vida, dar pábulo á una nueva pasión, perturbando con el amor á ningun alma, que harto perturbada por cierto se halla la mía. No, no quiero...!



El gondolero que hasta entonces tenían ellas para sus paseos

por el río, era un muchacho como de quince años, de ojos vivos como centellas y de rostro agraciado. Cuando comprometí á las viajeras á que me aceptaran por su remero, contemplábamos desde lejos al chico de pantalón corto rayado, que, en pie junto á una roca, esperaba las órdenes de sus señoras, apoyado su brazo en una toza de caoba, de forma redonda, fija en la tierra, con una argolla, donde amarraban los marineros sus embarcaciones á orillas de la playa. Aquella figura era verdaderamente simpática: su mirada quería abarcar el mundo: su continente revelaba algo extraño. El parecía decir: *aquí estoy yo...!*

Nos acercamos al muchacho, le pregunté su nombre, donde había nacido, donde vivía y me contestó con resolución.

Hago aquí mención de tal incidente, porque aquel niño iba á ser hombre; pero un hombre que andando el tiempo llenaría de consternación los campos de Cuba. ¡Ah, cuán insondables é incomprensibles son los designios del cielo! Quién sabe nada del porvenir? Quién conoce los misterios que guarda el tiempo en su carrera? Quién puede penetrar sus arcanos...?

Yo no me cansaba de mirar aquella figura. El siempre erguido no esperaba sino nuestras órdenes para lanzarse dentro de la barquilla y coger su remo.

Iba aquel mozalbete á ser pues mi compañero de fatigas y necesitaba, por lo tanto, comunicarme con él y á menudo hacerle preguntas y él en fin oir de mi misma boca la orden para coger su remo y poder ambos empezar á bogar.

—Cómo había olvidado su nombre, le dije:—chico, ¿cómo dices que te llamas?

—Soy *Manuel García*—me respondió.

—Y dónde has nacido?

—En Quivicán.

—Y dónde vives?

—Aquí... en esta playa. *Manita muerta* es mi vecino más cercano.

—¿Y tienes ambición...? ¿No deseas salir de estos lugares tan pobres? Porque el hombre debe tener siempre aspiraciones, que muy grande es el mundo...

—Señor, no sé lo que quiere decir usted, pero si es lo que me figuro, mi ambición es grande como esta noche y mañana...

Por demás está decir que Manuel García, mi compañero aquel día para conducir por el río la góndola, es el mismo que ha sido y tal vez será por mucho tiempo más el terror de Cuba. Su figura era entonces tan interesante que la he visto después fotografiada en muchas partes. Siendo él muy niño le vi un día en cierto establecimiento llamado *de los Pérez* en la plaza de Quivicán, donde le hablé por primera vez. Hoy se titula *Manuel García, Rey de los Campos* y tiene gran resonancia; pues es uno de los bandidos más tristemente célebres que se han conocido en Cuba. Cuál será su fin?

Esperemos que el tiempo, que es gran maestro, lo dirá. (1)

Mientras Antonieta se entretenía en su cafetal en discurrir algo para dotar al pueblo de *** de una bonita iglesia, segun al fin lo consiguió, y en hacer todo lo posible por distraer á sus

(1) Después de escrito lo que antecede, se ha dicho que Manuel García ha sido muerto cerca de Matanzas por tropas del Gobierno en la naciente insurrección cubana.—(N. del A.)

huéspedes, procurándoles giras en los campos inmediatos y paseos por la playa, por el río y por el mar, su esposo don Fermín no podía salir de la Habana donde los secretos negocios á que siempre se había dedicado, le tenían aferrado como la yedra adherida á la dura roca ó bien al tronco del árbol.

—Pero... espera...! Se me había olvidado—me dijo don Antonio, poniendo su dedo índice sobre sus labios:—volvamos atrás y dejemos esto por ahora.

He dicho, si mal no recuerdo, que Luis García le indicó al negro Pablo que era necesario hacer un trabajito de mampostería en el salón de la muerte; y en efecto, el domingo señalado para ello entró allí el hijo de *Cabeza de Perro* y llamó al esclavo.

—Tienes ya preparada la barra, el martillo, la cal, la cuchara; en fin, todo lo necesario?—le preguntó.

—Todo está listo, mi amo—contestó Pablo.

—Pues mira: haz aquí un nicho, en esta pared, para un santo de toda mi devoción que voy á colocar.

—Y es muy grande la imágen, mi amo?

—Hazlo grandecito, como del alto mío ó un poco más. Pero bien hecho; bien arreglado. Ya sabes que es para un santo.—Y se sonrió.

Pablo se puso á trabajar lo mejor que pudo con sus cinco sentidos, á fin de dejar contento á Luis.

Cuando estuvo el nicho completamente terminado, el hijo de *Cabeza de Perro* trajo un lienzo, del mismo color de la pared y cubrió con él el hueco, clavándolo. Nadie sospechaba pues á primera vista que allí había tal nicho. Lo hizo así porque al santo lo iba á colocar más tarde.

Pocos días después de esto, recibió Antonieta una carta de su marido en que laconicamente le decía que se ausentaba para Lima, en aquellos instantes en que le escribía, porque negocios urgentes le llamaban allí, sin poderle señalar el tiempo que tardaría en regresar.

Este viaje tan repentino no dejó de alarmar á Antonieta; pero como su marido siempre se hallaba metido en negocios que ella ignoraba, se serenó y al fin no dió mucha importancia á lo ocurrido. Lo que sí le llamó la atención fué lo garabateado de la letra; tanto, que la señora dijo:—«qué nervioso..! ¡Jesús, como tenía el pobre el pulso al escribir ésta carta!»

Yo me hallaba precisamente con ella, hablando de la construcción tan caprichosa de la casita que lindaba con la playa, cuando recibió la esquela. Seguimos todos, sin embargo de la ausencia del marido de Antonieta, disfrutando de los aires de aquel campo; pasando los días como minutos, embebidos en agradables pensamientos, encantados con tan variadas distracciones, sumamente amenas, llenas de goces indescriptibles.

Así que pasaron algunas semanas, advertí que Mercedes se hallaba muy impresionada. Ella no había tenido novio nunca y quería á todo trance que yo correspondiera á su ardiente pasión.

Una noche, que estábamos sentados frente á la playa, viendo rielar la luna sobre las olas y escuchando como una plegaria el murmullo del mar y de los árboles que se hallaban á muy poca distancia de nosotros, me dijo sin rodeos la hija del brigadier:—«aquí, en el corazón siento una cosa inexplicable: quisiera tener á quien comunicar mis más íntimos pensamientos; deseo encon-

trar quien sepa comprender lo que mi pecho siente... el fuego que aquí arde!»

Este desahogo de una mujer enamorada, ciega por una pasión oculta, me impresionó y le dije:—ya sé por experiencia propia lo que se sufre en tales casos: yo también deseo encontrar quien comprenda este martirio que me atormenta día y noche.

—Pues unamos nuestras desgracias,—me contestó.—Comprendámonos...!—Y ví relucir á la luz de la luna sus ojos chispeantes al hablarme así, como queriendo penetrar mi corazón con su mirada de fuego.

Aquella noche dí una palabra impensadamente á Mercedes y al siguiente día no me pesó, porque me pareció la chica más agraciada, más hermosa: descubrí en ella nuevos atractivos; conocí en fin todo el poder de una mujer verdaderamente enamorada y lo confieso, momentáneamente me subyugo; sí, lo confieso...!

Sor Milagros y la Superiora se marcharon en esto del cafetal. Entonces las hijas del brigadier y Antonieta formaban después conmigo la tertulia y todos hacíamos nuestras excursiones en familia: íbamos todas las tardes por el mar ó por el río con Manuel García el gondolero á quien yo por capricho ayudaba á remar muchos ratos.

¡Ah, pasé una temporada en aquel campo que siempre la recordaré mientras viva. Sin saber cómo, despertó Mercedes en mí un vivo interés y... porqué no decirlo? Ella correspondía con creces al dulce sentimiento que en mi pecho hacía experimentar el eco de su voz, el fuego de sus ojos, luz que siempre se

pone de manifiesto; es decir, revela claramente lo que siente el alma enamorada.

Pasamos muchos días embriagados uno y otro con los inocentes placeres propios de la edad. Propicio el corazón á recoger ternuras, en todo encontrábamos, tanto ella como yo siempre que estábamos juntos, bellezas, delicias, encantos; principalmente cuando recostados bajo los árboles del bosquecillo que lindaba con la playa, contemplábamos en silencio la naturaleza. El murmullo de las hojas, el canto de los pájaros, el ruido del mar, los suspiros de la brisa cerca de un lago que brillaba á veces como un espejo con los rayos de la luna, todo venía á nosotros como música misteriosa; como ecos de arpas celestiales.

Así como el niño desea siempre en el colegio que llegue pronto la hora del juego para lanzarse á sus pueriles entretenimientos, corriendo, saltando, alborotando, sin parar la atención en nada, sin cuidarse de las cosas del mundo, así yo veia correr las horas del día con gusto, ansioso de que llegara pronto la tarde para salir á paseo con mi novia conversando misteriosamente, á nuestro albedrío.

El cafetal de Antonieta era un encanto. La casa tan caprichosa que ella misma había dirigido, se hallaba rodeada de árboles y de flores. De trecho en trecho se veían pequeños estanques con peces, bancos de madera y redondas mesitas de piedra bajo las esbeltas palmeras, que parecían desafiar á las tempestades y á los siglos, ostentando arrogantes sus copas como reinas de la Creación. Allí formaban calles los mirtos cortados artísticamente y allí trepaban las enredaderas las paredes cubriéndolas de flores.



Mercedes comunmente se sentaba, al peso del día ó bien en las noches claras y apacibles, al pié de una seiba y yo me recostaba entonces á sus plantas ó me situaba muy cerca de ella, porque así me lo exigía la enamorada niña con entusiasmo, con ardor.

Y Antonieta se sonreía siempre al vernos juntos, cuando paseábamos por la playa al caer la tarde, cuando sentados á la sombra de los árboles leíamos ó cuchicheábamos en amoroso coloquio ó bien cuando hacíamos que viniera á cantarnos, á la luz de la luna por el rio, acompañado de su guitarra, un muchacho de aquellos contornos que llamaban *el ruiseñor;* pero su nombre era Martín.

Mucho... mucho se había interiormente alegrado Mercedes, aunque aparentaba tener disgusto, al ver salir para la Habana á las otras dos huéspedas, Sor Milagros y la Superiora. Ella á la verdad, no quería sino estar sola y eso era seguramente por temor de que le robaran lo que más quería en el mundo: su amor! Como tenía ya bastante confianza conmigo, me confesaba sin rodeos sus caprichos de niña, sus pecadillos de enamorada y aquella franqueza espontánea me seducía, me agradaba sobre-

manera, la miraba como un mérito. Ella verdaderamente ganaba así á mis ojos.

Antonieta al vernos siempre juntos, después de la partida de Milagros, nos llamaba Abelardo y Eloisa y nos decía que no nos parecíamos sino á ellos y no á Pablo y Virginia, porque consideraba en nuestro amor mucha más vehemencia que la que Saint-Pierre había dado á los personajes de su creación.

También Antonieta me reprendía á solas, pues creía firmemente que yo había de hacer desgraciada á Mercedes.

—¡Desgraciada... y por qué?—le pregunté un día.

—Por que esa muchacha es romántica, está terriblemente excitada y si usted llegara á olvidarla, como sospecho que así sucederá, no sé lo que ella haría. ¡Oh, la conozco bien: sería capaz de cualquier desatino, de hacer un disparate de gran trascendencia, de suicidarse ó cosa así... Porque la pobre está loca!

Y efectivamente, no eran descabelladas sus advertencias. Con mis propios ojos vi lo que me decía y pude apreciar su buena razón, su sano criterio.

Yo con frecuencia me levantaba muy temprano para ver salir el sol y para respirar el aire fresco de la mañana. Casi siempre me encaminaba á los bosquecillos mas espesos del cafetal y permanecía allí las horas muertas, aletargado, revoloteando en mi mente dulces imágenes; pero lo confieso, la que más venía á mi imaginación turbulenta, la que más se me representaba, era la de Milagros. El lugar que ocupaba en mi pecho la hermana de la Caridad era el preferente; ninguna... ninguna otra mujer podía desalojarla de su nicho en mi corazón. Ella reinaba siempre como soberana de mi pensamiento y aunque amara á otras, no se-

ría sino á medias, por entretenerme; esto es, para pasar el tiempo; porque ¿cómo podía yo olvidarla?—Verdaderamente no se ama en la vida más que una sola vez.

Mercedes había nacido poetisa. Ella no componía odas, no hacía versos; pero había recibido del Cielo la imaginación y el sentimiento para crear y sentir: crear allá, en sus ensueños, imágenes divinas: sentir allá, en la soledad, en esos momentos inapreciables en que el arrobamiento nos convida al amor y nos hace vivir en otros mundos.

Un día que regresé á la casa más temprano de lo acostumbrado, al ir á mi gabinete, que tenía ventanas que daban á un jardín, pasé necesariamente por delante del cuarto donde Mercedes estaba aun acostada. La puerta por casualidad se hallaba abierta y la curiosidad me hizo contemplar el cuadro más divino que hasta entonces habían visto mis ojos. Ella estaba en su lecho, el cual—según recuerdo—se hallaba junto á una lujosa cortina medio recogida, sujeta por cordones de seda, de donde pendía una preciosa borla de color de oro. Todo era allí dicha, gozo, todo causaba embeleso. La joven tenía la mitad de su cuerpo envuelto en la blanca ropa de su cama y descubierto el seno, aunque algo velado con su hermosa cabellera negra que caía al capricho sobre sus carnes. *Soñaba despierta* y yo sin decidirme á marcharme, permanecí allí largo rato contemplándola, pero sobresaltado al mismo tiempo como el ladrón que teme le cojan en fragrante. Desde la puerta pues de su aposento la estuve mirando á mi gusto, estasiándome en la morvidez de sus divinas formas, en sus velados hechizos, en sus lúbricos encantos y Mercedes siempre seguía medio dormida en su lecho en cuya cabecera se veía una pequeña cruz negra,

muy negra, creo que de ébano. Recreándome en medio de tanta dulzura, de tanto embeleso, de tanta voluptuosidad, se fijaron en ella con más insistencia mis ojos y llegué á figurarme estar contemplando la Gloria, la felicidad en brazos del amor, las dulzuras del Paraíso, la primera dicha del hombre antes del primer pecado.



Mercedes me confesó después en secreto, valida de nuestra intimidad sus plácidos delirios, cuando entre despierta y dormida con sus ojos medio cerrados, vagaba por otros mundos saliendo de lo ordinario de la vida.—¡Mira—me dijo—qué sueño más feliz!—Soñé que un niño alado bajando del cielo en flotantes tules me estaba halagando posado sobre mí. Yo sentía un éxtasis sumamente embriagador, cuando pasaba su manecita por mi rostro y ponía sus labios en mi boca enardecida. ¡Ah, creía morirme besándole, pues era tan espléndida la ilusión que turbaba mi mente, que me parecía estar en la gloria y en mis delirios le besuqueaba y le estrechaba contra mi seno y le rendía hasta

dormirle. Luego despertaba y volvía candorosamente á besarme, mientras una nube de color celestial flotaba en las alturas y nos transportaba á otros mundos. En el camino le cuchicheaba y le decía: pero quién eres? ¿A dónde me llevas? Y entonces posando sus labios sobre mis labios:—Soy el Amor—me respondía:—yo voy siempre á batir mis alas sobre la frente donde se anidan las ilusiones, sobre los pechos enardecidos donde hay corazón, donde hay fuego;.. en fin, donde se sueña conmigo y me llaman con mi propio nombre y me acarician... Yo soy así!

Cuando Mercedes me hablaba con el lenguaje del amor, se transformaba y parecía otra. Sus ojos chispeantes, su boca contraída, su color más pálido que de costumbre, la hacían más varonil y brotaban de sus labios palabras de fuego, nacidas de lo íntimo del corazón, que me entusiasmaban. Pero á la verdad, á veces me daba miedo y me decía: no se equivoca, no, Antonieta, al creer que es capaz esta mujer de cometer cualquier disparate, si se viera alguna vez contrariada; como por ejemplo, si no fuera en su ardiente pasión correspondida por mí.

Mas pasaré á otra cosa: dejemos esto por un instante...

. . . .

En todas las peripecias de mi borrascosa vida, al caminar como náufrago por el mundo, apenas me acordaba de mis padres. El lugar donde había nacido tampoco me cautivaba; no, no me llamaba, no me atraía y como siempre observara cierto despego en los que me habían dado el ser cuando pasé con ellos mis primeros años, la noticia de la muerte de mi madre, que tuvo lugar precisamente en los días de mi fusilamiento, no me causó mucha pena; casi nada me impresionó. Quizás sería porque me

tenían sumamente preocupado los asuntos de la política; tal vez por el presentimiento de que iba á salir mal parado en mi desembarco con mis compañeros. No lo sé; pero lo cierto es que mis padres murieron y no se vistió mi pecho de luto ni corrió por mis mejillas ninguna lágrima. Yo... yo los trataba como á personas extrañas... sin saber porqué.

Cuando mi madre falleció, se hallaba don Fabricio en el pueblo donde nací, en la santa visita con el señor Obispo y se le llamó á casa una tarde para confesar á la moribunda; pues el cura del lugar se hallaba enfermo. Supe después que el confesor permaneció largo rato con mi madre y que la pobre murió al fin más consolada así que recibió la absolución del sacerdote. No parecía sino que había en ella una gran culpa.

Sé también que la moribunda dijo:—padre, autorizo á usted para que revele á los interesados el secreto... pero, por Dios... no lo revele mientras viva mi marido... por Dios...! hágalo por Dios!» Dígame que no lo hará... prométamelo así.

—¿Y porqué no lo he de decir desde luego?—preguntó el clérigo.

—Por temor al castigo; pues él ha tenido principalmente la culpa...»

—Culpa de pecadores...! Secretos de la existencia...! dijo para sí el confesor filosofando, abstraído.

Este incidente, aunque misterioso, tan natural en la vida, no dejé de recordarlo varias veces en mis paseos por las mañanas, cuando iba á sentarme solo con mis pensamientos en los bosques del cafetal de Antonieta. Allí traía yo á mi memoria todos los acontecimientos de mi borrascosa existencia y no dejaba mi con-

ciencia de acusarme de ingrato para con mis padres, pues nunca les dirigí en mi ausencia una carta, ni jamás les dí muestras de cariño. Es verdad que ellos también me pagaban con la misma moneda.

No hay duda: eran muy grandes mis remordimientos por el poco afecto que siempre les había demostrado.

Pero volvamos al cafetal de Antonieta para ocuparme un instante de mis devaneos.

Para mí no había nada sobre la tierra como Milagros. Bien es que Mercedes en aquel tiempo llamó algún tanto mi atención, pues en ocasiones la ardiente pasión que descubría en ella, despertaba en mí cierto entusiasmo: otras veces hacía yo un esfuerzo para corresponderle más bien por compasión que por cariño; así, á pasos agigantados, se fué minorando mi amor para con ella. En fin, que no había para mí en el mundo sino una sola mujer á quien amar, que era la misteriosa Milagros; la hermana de la Caridad, la que siempre huía de mí.

Según se ve, yo desde los primeros días que llegué al cafetal, le inspiré á Mercedes sin saber cómo una pasión frenética, devoradora. Después, cuando empecé á demostrarle mi frialdad; cuando notó en mí cierta esquivez, pues quise irme alejando de su lado, se mostraba conmigo más cariñosa y por lo tanto me hallaba yo para con ella más obligado. Antonieta como mujer de mundo presagiaba un desenlace funesto y me aconsejó seriamente que no diera pábulo á unas relaciones que no podrían tener buen fin.

En la tertulia del señor Obispo hablaba mucho Descobello de Mercedes, pero sobre todo se ocupaba de mi pobre persona y de

Milagros más que de nadie.—«¡Oh, los confesores (decía don Fa»bricio aludiéndonos) los confesores saben grandes secretos.... »secretos muchas veces perdidos para siempre, pues que al fin »no existen, desaparecen por completo... son en fin llevados á la »tumba para siempre jamás...»

Mas, por qué hablaba don Fabricio así? Por qué se expresaba tan misteriosamente? A qué se refería? Qué quería decir con tales palabras?

Y después don Antonio, como hablando consigo mismo, exclamaba:—«pero qué buena... qué hermosa, qué encantadora es la primera edad!»—Luego sumamente entusiasmado, como fuera de sí al traer á la memoria sus más felices tiempos, sus primeros años, decía delirante:

—«Aquellos dulces devaneos de nuestra juventud en el cafetal de Antonieta; aquellas horas tan placenteras, tan seductoras, cuyos recuerdos conservo con gusto para amenizar mis soledades, qué son sino puras glorias pasadas? Qué son sino gratas memorias de un tiempo que ya no vuelve, recuerdos ¡ay! que si bien me electrizan y me recrean, acongojan alguna vez mi alma ya sin ilusiones, sin aspiraciones, sin ningun atractivo!

Y luego continuaba:

Mercedes era como el ardiente sol de Cuba que hace abrir de improviso los cálices de las flores para alegrarlas el rocío de la mañana. Sí; su pasión era impetuosa, avasalladora: su sensible, su enamorado corazón avanzaba más en un día que otros en un año: ella recorría en un momento la escala del amor haciéndose de él como por encanto dueña y señora, mandando á su albedrío.

—¿Porqué no me quieres más, con más vigor, con más frenesí? (Me decía ella un día—) Por qué no estás más tiempo á mi lado? Por qué esperas á subir á esa cumbre que vemos allá lejos, que es la *Gloria*, á que yo te lo proponga, á que primero te lo diga...?

La cumbre llamaba ella á un alto monte, desde donde se veía una gran extensión de mar y tierra, que cautivaba con sus encantos la vista, que era como el paraíso y que al llegar uno allí parecía transportarse á otro mundo, vivir en otro cielo... llegar verdaderamente á la Gloria... Y ella alterada, demudada, me decía:

—«No querrías ir conmigo? ¡Oh, no parece sino que me tienes miedo! Cuando te hablo desvías tus ojos de mis ojos, como si ellos te hicieran daño. Cuando te animo para alguna excursión no me respondes y solo te sonríes. Porqué lo haces? Es que no me quieres, que no te inspiro amor? ¡Ah, tal vez estarás cansado ya de mí!

Y hablando así inclinaba al fin su cabeza y se ponía triste. A veces me parecía ver húmedos sus ojos como de haber llorado: otras se mostraba conmigo resentida, porque desde luego no accedía á sus pretensiones, y siempre quería ser reina de mi corazón y mandar con soberana altanería y se desesperaba porque no podía subyugarme y rendirme hasta postrarme á sus plantas.

XXXV

Un ardid y sus consecuencias.

DIRÉ algo ahora de lo que acontecía en el salón de la muerte, durante la temporada de campo que pasé en la finca de Antonieta.

Después de haber hecho Pablo el nicho en la pared, todos los días se acercaba él al lienzo que cubría dicho hueco, lo tocaba con la punta de sus dedos y decía:—¿para qué habrá mandado abrir el niño Luis éste *agujero?* Que irá él á guardar aquí?

No poca curiosidad se había también despertado en Carlotita, quien siempre que veía entrar á Luis en el salón, quería penetrar con su mirada los pensamientos que bullían en el cerebro del hijo de *Cabeza de Perro,* de aquel hombre tan feo, tan antipático, tan inhumano como en un tiempo lo había sido su padre.

Los días pasaban y el nicho seguía siempre oculto esperando por el *santo*, segun Luis decía.

Pasaron los días y las semanas y los meses y Antonieta no volvió á recibir cartas de su esposo ni tuvo más noticias de él, después de la epístola aquella que recibió en el cafetal al estar hablando conmigo.

No; á manos de Antonieta ya no podía llegar ninguna otra carta de su marido, porque al fin el hijo de *Cabeza de Perro* se vengó de los agravios recibidos de don Fermín.

Voy á decir como llevó á efecto la venganza.

Luis hacía tiempo que le estaba *acechando;* es decir, buscando el momento propicio para darle el golpe; pero á su manera, con todos los atributos de la más refinada inhumanidad. El había determinado quitarle del medio con objeto también de apropiarse los caudales guardados en las arcas de la cueva, y tenía trazada la línea de conducta que, para llevar á cabo con éxito su pensamiento, debía observar. Era constante en sus propósitos y no sesgaba un ápice por nadie ni por nada.

Don Fermín se hallaba malquisto con todos los que existían en la casa de la Calzada de San Lázaro. Como era tan malo, tan hipócrita en las iglesias y tan soberbio, desde que entraba en aquel antro de la corrupción y del crímen, todo el mundo le deseaba la muerte. El mismo Pablo que era de corazón tan excelente, no le podía ver ni pintado. Carlota temblaba de ira cada vez que semejante bribón se presentaba en el subterráneo.

Un día llevó él al salón de la muerte una pequeña mesa, una silla, tinta, papel, pluma y dos candeleros con dos velas y puso todo cerca del nicho.

—Ustedes van hoy á ayudarme á un trabajito que tengo entre manos, les dijo á Pablo y á Carlota así que hubo concluído de colocar allí dichos enseres.

Aquel era día solemne; día de *Corpus;* dia grande... Don Fermín fué muy temprano á darse golpes de pecho á la catedral y á cosa de las dos de la tarde, por un estrecho ventanillo que tenía la casa, le vió venir Luis á hacer algunas apuntaciones en el libro mayor, según tenía por costumbre. Era día que repicaban recio en las iglesias y que todo el mundo se vestía de gala, y como también *había norte franco;* es decir, el tiempo estaba demasiado fresco, el excelentísimo llevaba un lujoso sobreropa, y vestía elegantemente con sus mejores trajes. El, con la cabeza levantada, estrenando su sombrero de copa y bastón de marfil con puño de oro, iba contoneándose hácia la guarida de los crímenes y diciendo para sí:—*aquí voy yo. Soy el dueño de la casa...*»



Luis le esperaba con ansia, murmurando palabras terribles, sin que nadie le oyera, con una sonrisita en sus gruesos labios, algo diabólica y misteriosa.

Así que entró don Fermín con toda la majestad de un rey, el hijo de *Cabeza de Perro* se acercó á él muy humildemente y le dijo:—se ofrece algo, excelentísimo señor? Aquí estoy para lo que vuecencia guste mandar.

—No, no se me ofrece nada; vete!

—Debo hacer presente á vuecencia que sería bueno traer esta noche las llaves de las arcas para poner en ellas el dinero que se ha ingresado, que es mucho, y no quisiera tenerlo fuera sin guardar.

—Sí; haces bien en decirlo: yo vendré con las llaves, sin falta, á las ocho.

—Pues hasta la noche: estoy á las órdenes de vuecencia—dijo Luis y dió media vuelta cambando hácia un lado los labios; esto es; haciendo una mueca como diciendo: *yo te cogeré!*

La noche se presentó oscura como boca de lobo, y don Fermín tuvo que ir en volanta de alquiler á la calzada de San Lázaro, pues sus coches los tenía Antonieta en el cafetal. Eran precisamente las ocho cuando el excelentísimo entró en la casa de los crímenes. En aquellos momentos las iglesias de la Habana daban ánimas, así es que las campanas con sus dobles tocaban como á muerto. Un viento frío azotaba con insistencia las copas de los árboles: ni una estrella siquiera brillaba en la inmensidad de los cielos: el aullido de los mastines que guardaban las maderas aserradas en la máquina de aquellas cercanías, se oía triste, desgarrador, llenando de miedo al hombre de espíritu más fuerte.

Al llamar don Fermín á la puerta, vino Luis á abrir.

—Vamos á guardar el dinero de que me has hablado—dijo el excelentísimo con tono de autoridad.

—Mis llaves están ya aquí prontas.—replicó Luis.

—Pues á ello, que el tiempo es dinero y tengo otras cosas que hacer esta noche—contestó el Santo.

Ambos bandidos bajaron á la cueva, y así que depositó allí el

hijo de *Cabeza de Perro* el dinero que llevaba, cada uno guardó en la faldriquera sus llaves, á tiempo que Luis decía al excelentísimo, que las metía en el bolsillo izquierdo del pantalón:

—Señor, ya que estamos aquí, tan cerca del salón donde se hallan Pablo y Carlotita, porqué no entramos un momento para que vuecencia vea por sus propios ojos el trabajo tan beneficioso para la sociedad que le he hecho ejecutar á Pablo?

—Sí, hombre, vamos á ver eso. Me gustan innovaciones: deseo que se haga siempre algo en bien de la sociedad...

Y esto lo decía don Fermín entrando en el salón de la muerte, cuando, dándole un fuerte empellón el hijo de *Cabeza de Perro,* le hizo caer en tierra cuan largo era. Echósele luego encima, amarróle, con ayuda de Pablo, el brazo izquierdo al cuerpo con una cuerda que llevaba oculta al bajar al sótano y poniéndole luego un puñal al pecho le dijo: *ya te cogí!*

El Santo cerró sus ojos ante golpe tan inesperado.

Y Luis continuó diciéndole mientras le amarraba las dos piernas para que no se moviera:—«Sí; para beneficio de la sociedad te voy á quitar del mundo, pícaro. Esta noche las vas á pagar todas juntas... todas... gran bribón!

Luis tenía las fuerzas de un Hércules, y de rabia arrojaba bílis por su fea boca. Se hallaba fiero, imponente, aterrador. Parecía un condenado salido del infierno para exterminio del mundo.

Con aquella actitud terrible, don Fermín se quedó tan sobrecogido con incidente tan imprevisto, que no tuvo valor para articular una sílaba siquiera y perdió el conocimiento.

Mientras tanto Carlotita se hallaba en pie llena de miedo. No se movía: parecía una estatua.

—Aquí vamos los dos á ajustar cuentas, hipócrita, pillo. Yo te diré cuantas son cinco.

Don Fermín permanecía siempre en el suelo como un muerto. Después de un gran rato volvió en sí.

Pasados algunos instantes de haber abierto los ojos, dijo temblando de terror:—por Dios, Luis, no me mates... que yo te doy todo lo que tengo: déjame vivir!

—Si; vivir para desgracia de la sociedad, para martirio de los hombres, para desdicha de Cuba! Al ser tu verdugo me convierto en vengador de la humanidad; yo he sido malo; pero tú has sido mil veces peor. Nada es comparable con lo que tú has hecho, en cuanto á crímenes en este mundo.

Cuando Luis le hablaba así en actitud de atravesarle con el puñal el pecho, sujetándole el brazo que le había dejado libre, don Fermín no cesaba de repetir con voz desfallecida:—«*por Dios, Luis, no me mates: te doy todo lo que tengo...*»

Y mientras suplicaba así temblando, sin fuerzas, exánime, el negro Pablo le hacía reflexiones diciéndole colérico y apretando con vigor los puños:—«*pero señó pa que su mesé ha sido tan malo... tan malo...! Qué necesidá tenía su mesé de estas cosas...?*

—Por Dios, Luis; no me mates!—repetía siempre.

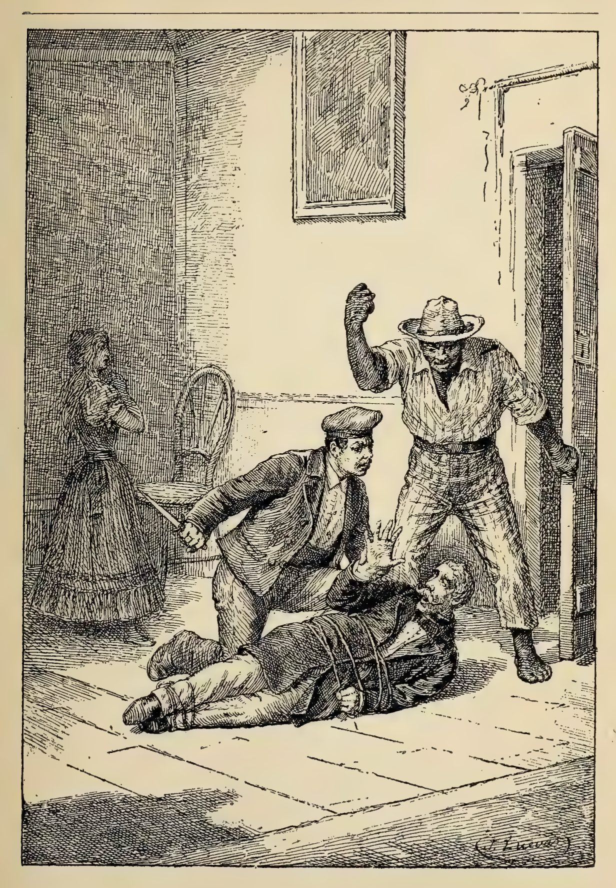
—Pues mira: vas á escribir una carta... Quieres?

—Todo cuanto me mandes—contestó don Fermín en el colmo de la aflicción, con extrema humildad.

—Pues levántate—le dijo entonces con imperio.

Y Luis le ayudó á ponerse en pie.

La niña Carlota mientras esto pasaba estaba con sus manos



—¡Por Dios, Luis, no me mates: te doy todo lo que tengo...

cruzadas en un extremo del subterráneo temblando, muerta de miedo.

Te he dejado ese brazo libre para que puedas escribir á tu mujer—le dijo el hijo del pirata á don Fermín.—No quiero que seas con ella tan seco, tan despegado como has sido conmigo. Conmigo siempre te has mostrado soberbio.—Ven acá y siéntate aquí para que escribas lo que voy á dictarte. ¡Animo... valor, para que tengas firme el pulso y que no salga la letra contrahecha y puedan sospechar *algo*...

Mientras Luis decía esto, encendió las dos bujías y le puso la pluma en la mano.

—¡Escribe!—le dijo con rabia y le dictó lo siguiente:

«Querida Antonieta: asuntos urgentísimos me hacen salir en estos momentos para Lima, de donde no sé cuándo regresará éste tu afectísimo esposo,

Fermín.»

Cuando el cautivo concluyó de trazar con mano temblorosa las palabras que anteceden, le dijo Luis á Pablo:—venga usted ahora acá, señor maestro; traiga los ladrillos, la cuchara y la cal que en estos momentos mismos va usted á concluir la obra empezada. Señor Pablo, no decía yo que iba á colocar un santo en el nicho? Este es el santo—dijo dando una palmadita en el hombro de don Fermín. Este es el nicho—continuó diciendo, á tiempo que desgarraba el lienzo que cubría el hueco hecho por Pablo en aquella pared maestra.

Don Fermín, al reflexionar sobre el terrible castigo que se le esperaba; al imaginar lo que iba á sufrir encerrado hasta que muriera en aquel nicho, se accidentó de nuevo, y mientras tanto

se preparaba Pablo para terminar la obra. Después de volver en sí el esposo de Antonieta, dijo Luis:

—No hay tiempo que perder, que el tiempo es dinero. ¡Bandido, asesino, azote de la humanidad: despídete del mundo; dale el último *adiós* que vivo y todo te voy á encerrar ya en el nicho. Y el hijo de *Cabeza de Perro*, con resolución extrema, le hizo poner en pie.

Don Fermín se arrojó entonces al suelo llorando, y se quiso arrodillar; pero no pudo. Luis, inexorable, grave, erguido como la imagen de la justicia, le impuso silencio y le dijo:—sella tus labios, canalla; ponte en bien con Dios; pero antes dame las llaves que tienes en el bolsillo y que se me había olvidado pedirte.

El esposo de Antonieta no podía cumplir lo que se le ordenaba porque tenía atado el brazo izquierdo: entonces Luis entró su mano en la faldriquera, y le sacó las llaves que cerraban las arcas donde se guardaban los tesoros de la compañía.

Don Fermín seguía gritando, pidiendo perdón y Luis dijo entonces: concluyamos de una vez con este pillo. Yo podría dejarle, de un golpe bien dado, muerto al instante en este sitio; pero no quiero: tengo capricho en llevar á cabo mi primera idea. Sí; que muera emparedado, aquí, donde tantos delitos ha cometido.

—¡Por Dios, Luis... Por los clavos de Cristo...

—¡Calla, farsante: no son malos los puntiagudos clavos que has hecho poner en esa mesa para acribillar y matar á tantas inocentes criaturas como han caído... Tú que no crees ni has creído nunca en la justicia divina, tienes que creer ahora en la

justicia de los hombres. Dáte golpes de pecho; mira de reojo para ver si engañas al mundo. Te tengo bajo mis plantas como un inmundo reptil. Vas á morir... Despídete... despídete, que pocos momentos te quedan.

—¡Ay, Dios mío, cuanta crueldad!

—Vamos á concluir. Ven, Pablo; ayúdame á amarrarle el otro brazo, y á ligarle mucho más las piernas para ponerle en pié dentro del nicho. Como que es un santo!—añadió entre irónico y colérico.

El negro cumplió la orden de Luis. Don Fermín quedó en pié con sus manos en cruz como una imagen y Pablo fué, poco á poco, tapando el hueco con cal y canto, mientras Luis se reía y decía: *Ora pro nobis... Ora pro nobis... Dominus vobiscum.*

Luego entonó el *De profundis...*

Y mientras Luis cantaba, el negro seguía trabajando y la niña Carlota alumbrando con el candelero aquella obra maestra.

Poco tiempo después los gritos que lanzaba el emparedado se fueron ahogando... ahogando... hasta que al fin quedó completamente tapado el nicho y cesó la voz.

Entonces Luis en vez de entonar el *Ora pro nobis...* cantó *Consummatum est!*

Había muerto...

Así terminó hace cuarenta años la vida del excelentísimo don Fermín de las Cañadas, primer bandido de la isla de Cuba, cuya secreta muerte no la supo nadie en aquel tiempo sino Luis, Pablo y Carlota.

Don Fermín, pues, fué emparedado con el mismo atavío que estrenaba aquel día grande, solemne; esto es, con sobreropa, bastón y sombrero de copa alta, según él había entrado en la casa de los crímenes.

Ya Luis era el dueño solo de aquella gran fortuna; ó mejor dicho, iba á ser el único poseedor de aquellos inmensos tesoros; pues ya tenía en mientes la manera de concluir con el otro socio que formaba la compañía. No había duda: don Prudencio tenía sus días contados: él iba á ser también víctima de la ambición del hijo de *Cabeza de Perro,* y como éste creía que sus muertes secretas no habrían de saberse nunca; que los clamores de sus víctimas no habrían de traspasar los muros de aquella casa maldita, ya le parecía tener en sus manos tan fabulosas riquezas, sin que nadie más que él tuviera en ellas participación.

Además, Luis no consideraba á Pablo y á la niña Carlota como testigos oculares de sus crímenes: ellos estaban enterrados vivos en aquel obscuro subterráneo, sin saber nada del mundo ni el mundo saber de ellos. Allí permanecerían hasta que algun día les diera pasaporte para la Eternidad, á fin de quitar por completo el temor de las denuncias, puesto que siempre hablan los vivos y nunca se ha dado el caso de que lo hagan los muertos.

Luis no era casado, y como al morir don Prudencio él se consideraba con una inmensa fortuna, se hacía la ilusión de poder obtener la mano de cualquiera señorita de la aristocracia de Cuba, que hallándose pobre por los reveses de la fortuna, se dejase alucinar con el brillo del oro, de las riquezas que él pródigamente podría derramar á manos llenas si se le antojaba.

El tiempo pasó y no se supo nada de la muerte singular que

tuvo don Fermín; pues hasta su misma esposa lo creía, allá lejos, en Lima.

Luis García era muy avaro: prueba de ello es que muchas veces cuando ya se vió dueño absoluto de tanta fortuna, se iba á las cajas donde estaban guardados los caudales con doble cerradura y pasaba las horas muertas entretenido en contar las onzas de oro, palpándolas, gozando, recreando la vista en semejante riqueza. Después se encaminaba á las cuevas donde se hacinaban las alhajas y el polvo de oro de California y le sucedía lo mismo. Por la noche era cuando le sobrevenían algunas pesadillas; pero no siempre, sino de cuando en cuando.

De todos los que vivían en aquella casa, nadie soñaba atormentado por los remordimientos sino Luis. En cuanto á Pablo tan bueno de corazón como era, todos los días al levantarse por



las mañanitas, rezaba en pie junto á la niña que dormía sobre unas pajas, la que parecía un angel, digna de morar en la Gloria.



XXXVI

La nueva vida de doña Luz y el faldón de una casaca.

Ya doña Luz había variado enteramente de vida. Ya no se le veía salir al obscurecer de su casa de la Calzada del Monte é ir á la Habana, en volanta, hasta la plaza del Vapor y entrar en la misteriosa casita. Desde el día en que fué á visitar á Antonieta y ésta le cantó aquellas verdades tan amargas; verdades que ella tomó equivocadamente en otro sentido, dejó aquella vida secreta que hacía mucho tiempo llevaba y sólo continuó negociando con usura sus onzas á premio; pues siempre las daba con un rédito muy crecido. También empleaba el tiempo en agenciar novios para las amigas de la casa, de quienes recibía regalos, y en procurarse amistades de valer debidas al enganche de Bermúdez. El pobre Ingeniero venía á ser una especie de anzuelo en muchos de los negocios de doña Luz.

Lo que no había podido ella dejar enteramente, era la costumbre de concurrir á los bailes de Sebastopol. Así que se acercaba la época de más animación en la Habana, doña Luz y sus hijas eran las primeras que entraban por las puertas de Terpsícore. Pero no iban solas nunca á semejante bailoteo; no: ellas se habían rodeado de nuevas amistades, y á la sombra de que Bermúdez era hombre de pró, las madres dejaban ir á sus hijas con doña Luz, porque lo tenían á mucha honra. Así es que doña Luz llegó á tener tal fama de conductora de muchachas á los bailes de que me ocupo, que á veces entraba en Sebastopol con veinte ó treinta niñas *bailables*, todas muy abultadas con el malakoff; todas ellas perfumadas, todas muy compuestas, engalanadas con cintas y flores y lleno el rostro de cascarilla. Como también en aquel tiempo se usaba mucho carmín entre las *cursis*, éstas resultaban abigarradas y sucedía síempre que después de la media noche no se les podía mirar á la cara, pues verdaderamente daba hasta asco el verlas: no parecía sino que estaban sucias. Y era porque con el clima tan cálido del país, con la agitación del baile, con el incitante zarandeo de la danza Cubana, se enardecía la sangre de tal manera, que se traspiraba más de la cuenta y las gotas de sudor corrían por la cara abajo, dejando surcos parduzcos en el rostro de aquellas emperifolladas mujeres.

Todo el mundo felicitaba á doña Luz por el magnífico casamiento, que iban á realizar sus hijas, y como el Ingeniero era de tan buena familia y estaba muy bien relacionado en la Habana, muchas de las que en otro tiempo hacían menosprecio de ellas y huían de su amistad, poniéndoles mala cara, se les acercaban

ahora altamente complacidas, sumamente risueñas, placenteras. Muchas al verlas junto al palco del Capitán General, las saludaban con una graciosa inclinación de cabeza: algunas familias distinguidas, que por veleidades de la fortuna habían venido á menos, buscaban ya su amistad: aquellas que aún se hallaban en posición desahogada, si no se acercaban á doña Luz y sus hijas, por lo menos no las rehuían.

Bien es verdad que aquella calaverada, de remontarse en el globo por esas alturas con Sebastián y Bermúdez, las hizo desmerecer para con las personas de buen juicio, y fueron bastante criticadas. Pero sea como fuere, se hicieron notables y entonces todo el mundo supo quienes eran ellas y quien aquel caballero de tanta etiqueta que el día de la Ascensión las acompañaba por los aires, saludando con tanta finura al público.

Don Ambrosio era buen sujeto, incapaz de ofender á nadie; pero un babieca, sumamente abandonado y distraído, hasta el punto de caer en ridículo muchas veces. Doña Luz le dominaba completamente y le reñía á cada paso por sus simplezas.

Un día tuvo él que concurrir de gran etiqueta al campo de Marte, para presenciar un ensayo ó prueba de cierto descubrimiento ó invención, y al volver á la casa no le faltó á doña Luz sino pegarle. Y á la verdad, aunque no había razón para que aquella mujer se le encimara tanto y tratara á Bermúdez poco más ó menos que como á un criado, no dejaba de atacar los nervios la pachorra tan grande del ingeniero. Me explicaré:

En una ocasión llegó á la Habana un indivíduo que había

descubierto, segun él decía, cierta pintura de mucho mérito para preservar de incendio los edificios y cualquier objeto inflamable. Se hizo allí con tal motivo gran propaganda: los periódicos de la ciudad se ocuparon del particular; se fijaron carteles en los puntos más céntricos; las autoridades tomaron cartas en el asunto y al fin se señaló día para practicar una prueba en el campo de Marte, si mal no recuerdo, y conocer si verdaderamente era incombustible la pintura de que tanto se hablaba. Para ello se nombró por la oficina de Fomento una comisión que inspeccionara y diera su dictamen, y don Ambrosio, como ingeniero que era, fué uno de los designados para dicho reconocimiento. ¡Oh, aún me parece que estoy viendo el inmenso gentío que acudió al sitio donde se iba á prender fuego por los cuatro costados á una caseta de madera embetunada con la referida pintura y además bañada con petróleo: allí, la comisión en masa asistió al acto sin que ninguno de los más curiosos faltara al campo de Marte en aquel día.

De seguro que hoy recordarán en la ciudad de la Habana lo mismo que yo, el particular de que me ocupo; pero bien, eso no importa al caso. Sucedió, pues, que el panarra del Ingeniero, á quien se le paseaba el alma por el cuerpo, se arrimó tanto al fuego de la caseta y tanto se distrajo con el bullicio del gentío, que de repente, como por encanto, empezó á arder uno de los faldones de su frac. Este era de finísimo algodón imitando perfectamente un rico paño; pues don Ambrosio usaba siempre dicha tela á causa del insoportable calor que hace constantemente en la Habana. El fuego en el algodón tomó de pronto un incremento tan alarmante, que Bermúdez corrió peligro; pero afortunada-

mente le salvó un hombre de puños que se hallaba á su lado. Y digo que le salvó, porque de improviso le echó al suelo dándole un fuerte empellón y luego le revolcó y le arrojó tierra hasta que ahogó un poco la llama. Pero como todo esto no fué suficiente para apagar el fuego, le tiró después agua encima y el Ingeniero quedó hecho un *Ecce-Homo*.

Cuando doña Luz, que no se hallaba muy lejos de allí con sus hijas, vió arder al novio de Beatriz, no se pudo contener, pues era muy viva de genio y sumamente resuelta; así es que abriéndose paso por entre la apiñada muchedumbre, llegó como un brazo de mar al sitio donde el ingeniero estaba y le dice ayudándole á levantar:

—Pero, hombre, eres tan bobalicón que hasta te has dejado *casualmente* quemar un faldón de la casaca? ¡Será posible?

Todos los que se hallaban por aquellos alrededores que la oyeron, no pudieron menos que prorrumpir en risa; sobre todo cuando vieron al Ingeniero cubierto de tierra y con su frac medio quemado y él por añadidura como una sopa. Doña Luz se hallaba vestida también de un modo sumamente raro y ella con tal vestimenta llamaba la atención de todo el mundo.

—No te lo dije yo? No me has oído decir *casualmente* cien veces que eres un papanatas? ¡Ay, Dios mío, que tormento se me espera con este hombre! Ven: deja esa comisión.... Que se la lleve el diablo....! Siempre *casualmente* te ha de suceder algo en los faldones de esa maldita casaca!

Y hablando así muy colérica, le agarró del brazo y estuvo bregando con todas sus fuerzas para atraerle. Pero el Ingeniero

se resistía y doña Luz mucho más enfadada entonces por que no la obedecía, le llenó de improperios y le dijo, marchándose:



—Pues nada: quédate, que estás *casualmente* así muy bonito. Vaya un tipo! Dios mío, que estampa de macaco! Y *casualmente* es todo un Ingeniero, já... já... já... ¡Desdichado! já... já... já...

Y se le echó á reir en sus mismas barbas, mirándole todos y riéndose todos los que se hallaban por aquellos contornos al ver tal figura, al contemplar cuadro tan grotesco.

Al volver ella donde había dejado á sus hijas, la emprende —colérica como estaba—con Beatriz y le dice:—¡Vaya una suerte que vas á hacer con ese babieca, hija mía. Mírale allí como Bertoldino. ¡Bonita mula! Jesús, que feo está!

—Pero señora, á cualquiera le puede suceder una desgracia— le contestó su hija.

—Sí; no es mala la desgracia que á tí te espera. Ya lo verás! Buena diferencia *casualmente* de Matías Pérez, tan advertido, tan listo siempre... ¡Contémplale: ahí viene que parece un monarca! Contémplale... para que veas...!

Y en efecto, el *Rey de los Toldos* se presentaba á la sazón con aquella petulancia tan natural en él, que no parecía sino un soberano. Se acercó á su novia y le dijo:

—¿Sabes lo que me está ocurriendo, *monona?*

—¿Qué es lo que estás pensando, amor mío?

—Pues es lo siguiente. Acaba de llegar de los Estados Unidos un aeronauta y va el próximo domingo á hacer su *debut.* Pero no es ese mequetrefe quien ha de remontarse más que yo... quien ha de llegar más cerca del cielo... Si él anunciare su primera ascensión para el día tres, yo voy á subir en mi globo el domingo siguiente. ¡Ya nos veremos las caras: ya sabremos quien tiene más valor, si un *yankee* ó un portugués!

—Pero hombre, no vayas á exponerte. Ya sabes lo que te sucedió cuando fuimos á parar nada menos que á la Chorrera. Mira que no es juguete remontarse uno por esos aires á merced de los vientos: por desgracia lo sé bien. Ten mucho cuidado, Matías; ten mucho cuidado!

—No seas tonta: porque un día suceda una desgracia ¿va á acontecer siempre lo mismo? Y además, que de cobardes nada se ha escrito. A mí me gusta que me nombren, tener fama y que hablen todos de mi persona. El *Rey de los Toldos* no es cualquier cosa: yo tengo también mi partido. Ya me verás por esas nubes volando y la gente dándome *¡vivas!...* Y nombrándome toda la Habana... toda... toda!

Doña Luz que estaba oyendo á Matías, no pudo con su genio de mamá casamentera y exclamó:—todo eso que dices está muy bien y á mí me gusta mucho; pero bueno es también no dejar de la mano el proyecto *aquel* que tenemos. Es tan hermoso!

—Cuál, señora?

—Los casamientos para el día después de la Purísima.

—Sí; ya lo sé: una cosa no quita la otra. De aquí allá mucha gente muere...

—Es necesario antes de todo preparar bien á las muchachas, arreglarlas completamente, no dejar nada para el último día. Porque tú no ignoras que los dos casamientos se efectuarán á la misma hora. ¿Sabes...—A las dos de la tarde.

—Perfectamente, señora: ya lo sé. No he dado ya mi palabra de que me caso? Pues no hay más que hablar: antes caerá una estrella del cielo que dejarlo de cumplir.

—No lo afirmes tan así; no seas tan absoluto, que algunos se han ahogado ya en la boca del puerto--dijo tristemente Altagracia.

—¡Vamos... ya empiezas con tus desconfianzas: con tus majaderías... Cuando te digo que me caso! ¿Pues qué... no te he dado ya la palabra? ¿No soy portugués?

Doña Luz puso piés en pared y no dejó de la mano el asunto de los matrimonios, hasta que estuvo todo perfectamente arreglado para efectuar los dos casorios el dia nueve de diciembre. Ella dió parte á las personas de su amistad y aunque los objetos regalados á las novias no eran de gran valor, satisfacían bastante á doña Luz y á sus hijas, quienes se hallaban muy contentas con solo la idea de que se aproximaba dia tan deseado.., el de las dos bodas, tan feliz para ellas.

El ocho de diciembre de aquel año iba á ser tan solemne, que dejaría memoria en los fastos de la historia de la santa Madre iglesia por todo el orbe cristiano: se declararía como dogma la Inmaculada Concepción de la Virgen.

Mr. Wilson era el aeronauta que iba á hacer su ascensión el dia tres de aquel mismo mes y Matías el portugués el domingo siguiente, en el globo *Rey de los aires.* En esa época se formaron dos partidos en la Habana: unos abogaban por el hijo del Norte América y le ensalzaban y le vitoreaban en su ascensión cuando *salía:* otros por el *Rey de los Toldos,* Matías Pérez, ó sea Sebastián Noveyra, novio de Altagracia. Dichos dos partidos llegaron á encarnizarse extremadamente y los aeronautas eran rivales que hacían prodigios de valor, llegando hasta la temeridad. Un domingo subía uno hasta las nubes y triunfaba; otro día festivo llegaba el vencido hasta desaparecer en la inmensidad de los cielos, elevándose más que su contrario, y había apuestas de consideración: vamos; que aquello no era sino una locura, ó más bien, una tenacidad. Cada vez se enardecían más los partidos, vitoreando con fuerza y con vigor el público, á medida que los aeronautas se entusiasmaban y extremaban el loco arrojo en su vanidad temeraria.

El tiempo iba corriendo y aproximándose naturalmente el suspirado día. Las hijas de doña Luz, y aun la misma mamá, no descansaban en arreglar y preparar todo lo necesario para las dos bodas. Se habló al cura, se *habilitaron los papeles;* esto es, se practicaron las diligencias preliminares y se señaló definitivamente el día después de la Purísima Concepción para ir todos los convidados á la iglesia de Jesús del Monte, donde iban á recibir los cuatro novios la bendición nupcial.

A fin de celebrar con más ostentación las dos bodas, se procuraron dos músicos italianos ambulantes, para que uno fuera á tocar su organillo en el ambigú y el otro su arpa: se compraron

en la casa de la calzada de San Lázaro pasteles de los más finos; jamones, embutidos y lenguados en los almacenes de don Salvador Samá y de Mazorra: el vino, los licores, los dulces y los sorbetes se encargaron en el café «La Dominíca,» y las flores naturales (bien lo recuerdo) á unas muchachas muy guapas llamadas «de Pedregal», que vivían en la calle del Obispo, cerca de la de Compostela, donde atravesaba de una casa á otra un parral de pequeñas rosas en forma de enredadera que perfumaba los aires. En la calzada del Monte, la referida boda era una novedad y entre los vecinos más cercanos no se hablaba en aquellos dias sino de la suerte de doña Luz.

Esta señora y sus hijas concurrieron á la solemne función de la Catedral el ocho de diciembre y los cuatro *prometidos* se situaron juntos en hilera frente al altar mayor. Allí se celebraba, como dejo dicho, la promulgación de la inmaculada Virgen y la función resultó soberbia y todos se reían al ver á los cuatro novios sentados en un banco, muy uniditos y con cara de pascuas y á doña Luz á la cabeza de aquella feliz comunidad.

Debo advertir que no se señaló para efectuar las dos bodas dia tan solemne, porque por la tarde iba á hacer Matías Pérez su ascensión en el globo Rey de los Aires, según ya se había anunciado por medio de los carteles y de los periódicos. Llegó pues la tarde y ésta se presentó magnífica. Como los partidos se habían ido ensañando y las apuestas eran cada vez más importantes, un gentío inmenso había concurrido á presenciar la subida hasta las nubes del Rey de los Toldos y así que éste se presentó en el Campo de Marte, los aplausos y los vítores de sus partidarios atronaban los aires. Los chiquillos gritaban: ahí está ya don

Sebastián... ahí está don Sebastián!... y otros aclamaban por el *Rey de los Toldos*. En fin, todo se convertía en una batahola, en una completa algazara.

Doña Luz, que, como he dicho, era de carácter vanidoso, no cabía en sí de satisfecha; estaba orgullosa y tan altanera como si fuera una reina en cuyas sienes se ostentara una corona. Aquellas aclamaciones á Sebastián la entusiasmaban, y ella misma, fuera de sí, palmoteaba también y no sé si llegó á dar algún *¡viva!*

Sus hijas, Beatriz y Altagracia, al contemplar aquel entusiasmo furibundo, estaban avergonzadas de ver que todos ponían sus ojos en doña Luz y que se reían á carcajadas y entonces una de ellas no pudo menos de decirle:—pero estás tú loca, mamá? Qué es lo qué te pasa? No ves que todo el mundo te está observando?

—Y riéndose, que es lo peor—añadió la otra hermana.

—Y eso qué importa, bobonas? No; estaré como Bermúdez, que no aplaude ni hace nada y *que parece un guanajo*.

Y luego, volviéndose ella viva—como una centella—hacia el ingeniero, le dice: «pero hombre de Dios, qué hace usted *casualmente* que no aplaude? No es usted del partido...?»

El portugués Sebastián, con la ovación tan grande que le hacían, estaba sumamente finchado y no parecía sino un soberano. Inflaron el globo y los chiquillos, volvieron á prorrumpir en aclamaciones dando *vivas* al *Rey de los Toldos*, y alguno gritó: «*¡Viva el rey don Sebastián...!*»

Noveyra alcanzó á ver á don Ambrosio que se hallaba entre la multitud junto á su novia, al lado de doña Luz, y le hizo señas para que entrara en la barquilla y le acompañara; pero el inge-

niero había prometido á su cuerpo que nunca en la vida volvería á subir á las nubes, aunque éstas fueran de diamantes y de zafir bordadas de plata y oro.

—Vete, hombre, vete con Matías. No seas cobarde! La tarde está muy buena: no creas *casualmente* que te sucederá lo de marras—le decía doña Luz tratando de convencerle y animándole.

—Pero qué tecla es esa que le has tomado á Bermúdez, mamá? El es ya mayor de edad y sabe lo que se hace—dijo Beatriz.

—Sí; demasiado mayor de edad que es—contestó refunfuñando doña Luz.

En esto, después de girar un rato sobre sí mismo, sube el globo veloz como el viento.

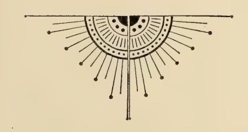
Los partidarios de Noveyra no cesan entonces durante mucho tiempo en sus aclamaciones, mientras el portugués, ebrio de entusiasmo, saludaba desde arriba con su jipijapa al público y cómo un loco hacía lleno de orgullo grandes extremos para llegar á mayor altura que su contrario. Al fin Matías tiró todo el lastre que llevaba en la barquilla; se quitó el gaban y lo arrojó y el chaleco y el sombrero y hasta los pantalones y los zapatos; todo, para aligerar y que se remontara el *Rey de los Aires* allá lejos... muy lejos, hasta perderse entre las nubes.

Y en en efecto: se perdió...

La mesa tan arregladita para celebrar la boda, quedó puesta por muchos días en la misma forma en que estaba el de la Concepción; con la diferencia de que las flores se marchitaron, pues el *Rey de los Toldos* desapareció para siempre: no se le volvió á ver jamás.

Por lo tanto, no se pudo efectuar aquella boda y doña Luz, sus hijas y don Ambrosio estuvieron esperando largo tiempo por el rey don Sebastián... que ahora sí le cuadraba bien el apodo.

Podrán recordar este incidente los que hayan vivido en dicha época en la Habana y lean la presente historia; si es que algún día llegare á publicarse esto que relato, (dijo Gonzalga).



XXXVII

Goces y martirio.

DESPUÉS de haber don Antonio guardado silencio por un rato, dijo así:—Ahora voy á ocuparme de nuevo de la vida que yo llevaba en el campo.

El campo en aquella época era para mí una delicia. Yo continué, pues, con gran gusto en el Cafetal de Antonieta paseando, tomando baños de mar y haciendo disfrutar á veces á la enamorada Mercedes, que me perseguía, sin dejarme á sol ni á sombra. Todos los días navegábamos por el rio (que no venía á ser sino un pequeño riachuelo) y siempre nos acompañaba la señora, dueña de la casa, y la hermana de mi novia. Cuando era noche de luna, nos internábamos bastante para disfrutar más largo tiempo en santa calma de la dicha de estar sentados juntos en la barquilla. Entonces, al ligero roce de nuestros cuerpos..., al tibio contacto de nuestras carnes, gozábamos en cuerpo y

alma del más puro y desinteresado amor en estrecho consorcio, allí, en el silencio de aquella soledad augusta, sin escuchar nuestros oídos otro rumor que el acompasado ruido de los remos al agitar estos las tranquilas aguas del rio que no parecía sino un lago.

Los remeros eran á veces dos: el jovencillo Manuel García y yo. Cuando el chico no podía acompañarnos, llamábamos á Martín el Ruiseñor para que lo reemplazara.

Martín era un joven de diez y ocho años que tocaba maravillosamente el bandolín y que tenía una voz de tenor tan dulce para el canto, que daba envidia oirle. Muchas veces, aun yendo con nosotros el batelero Manuel García, nos acompañaba el Ruiseñor para amenizar más el paseo, aumentando él nuestras delicias en medio del río, al oir los arpegios de su instrumento y la melodía de su maravillosa voz. Su canto como su semblante tenía una expresión melancólica; pero tan triste era su voz, que daba ganas de llorar muchas veces cuando cantaba aires del país, ó bien *Corina,* canción antiquísima, ó bien la romántica *Atala.*

Martín era de fisonomía agradable; uno de esos tipos cubanos que revelan en su semblante cierta dulce melancolía, recogida á la sombra de las seibas en la soledad de los campos, donde los suspiros de las brisas saturan el alma de sus tristezas. Había nacido para la música y en nada encontraba él goces, sino en tocar al capricho y cantar lo que sentía en su interior: notas, sacadas de lo íntimo de su pecho, que iban á embriagar los sentidos del que las escuchaba.



—Mira: cuando nos acompaña ese chico y me veo, en medio del río á tu lado, escuchando con santo recogimiento esas notas tan tristes, no puedo explicar lo que siento aquí...—me decía Mercedes una de esas noches de luna, llevándose al pecho su blanca mano.

Antonieta también gozaba en aquellos paseos nocturnos. Ella nada decía; pero me bastaba mirarla, para conocer todo lo que aquel corazón de mujer debía disfrutar en tales excursiones, llenas de encanto y poesía. Joven como ella era, tenía yo la seguri-

dad de que su pecho respondía á las notas tan delicadas de las cuerdas vibradas por Martín: sí; ella debía experimentar en silencio el mismo sentimiento que tanto Mercedes como yo experimentábamos á solas, callados, en esas plácidas noches que nunca olvidaré en mi vida.

Así pasamos mucho tiempo, apurando los goces de una existencia que nos convidaba á cada instante al placer y al amor.

Al fin determiné dejar aquella mansión llena de encantos y volver á la Habana. Cuando le hice presente á Antonieta mi resolución, se opuso tenazmente y me dijo que ella de ninguna manera le daba ese disgusto á Mercedes; que era imposible participárselo; que no podía decirle que yo iba á retirarme, á dejarlas sólas, á no estar más allí.

—¿Pero cómo—exclamé—ha pensado usted alguna vez que yo he renunciado á vivir en la Habana? ¿Ha creído usted que yo puedo pasar mi vida así, sin hacer nada de provecho, sino paseando por el río y por la playa y recostado bajo los árboles y embriagándome... soñando despierto como Mercedes, en medio de las flores?

—Yo no sé—me contestó;—yo no sé como voy á decirle á Mercedes que usted se marcha.

—Me marcho—le repliqué—porque todo en este mundo tiene su término. Yo tampoco debo abusar de tanta hospitalidad como usted me ha dispensado.

—De eso no hablemos—me respondió.—Qué es esta vida? Un valle de lágrimas; pues bien, cuando hay en los sufrimientos un paréntesis, bueno es hacer lo posible para que ese *oasis* de la existencia no se cierre tan pronto, á fin de disfrutar de la felici-

dad todo lo más que se pueda. ¿Cree usted que en esos paseos nocturnos por el río, que en nuestras excursiones por los campos y por la playa, no he gozado yo? Pues qué, no tengo ojos para ver, oídos para oír, alma sensible para sentir? No soy mujer?....

—Sí—le contesté—pero es usted casada.

—Antonieta se echó á reir y ambos por un momento guardamos silencio, mirándonos... hablando con los ojos dulcemente, digámoslo así, con ternura, con amor...

—Como no me replicó á la reflexión que le hacía, le dije al fin:—no quisiera ser indiscreto y menos importuno, Antonieta; pero ya que ha llegado el caso, respóndame usted: cuándo don Fermín, que es su esposo, ha ido paseando por la playa y por los campos y por el río (si ha sucedido así alguna vez) con la señora doña Antonieta, ha sentido *ella* en su corazón, allá, en el interior de su pecho, esos plácidos encantos de que me acaba de hablar?

—Estamos profundizando demasiado la materia—me contestó—y usted debe comprender que le está vedado hablar en cierto sentido á una mujer casada que no tiene más que treinta años y su marido *sesenta*...

Al decir esto se presentó Mercedes y no continuamos. No era posible seguir ya nuestra conversación en el mismo sentido.

—Qué se dice de nuevo?—preguntó mi novia.—Qué están ustedes hablando?

—Acerca de una cosa triste—contestó Antonieta, caminando siempre á orillas de la playa.

—¡Cómo?

—Nada: que tenemos que resignarnos con la voluntad de Dios. Para eso somos buenas cristianas.

—No comprendo—dijo Mercedes anhelosa de saber á qué se refería la esposa de don Fermín.

—Quiere usted que le diga á esta chica la resolución de que hemos hablado?—me preguntó la señora.

—Si... sí, dígame usted lo que ocurra, Antonieta. Qué... qué pasa?—Interrogó con vivacidad la muchacha.

—Nada de particular—repliqué yo.—Que me marcho para la Habana.

Mercedes conmovida y sumamente demudada al oir tal noticia casi quería llorar.

—Pero es eso cierto?—dijo al fin.

—No: es broma: contesté sonriendo. Aquí nos vamos á quedar todo el año.

—Y por qué no?—exclamó Antonieta.—Mientras mi marido no regrese de Lima, por qué no hemos de permanecer todos en este cafetal?

—Señora, por Dios; estamos locos? Qué diría la gente? Y su mismo esposo de usted al venir, ¿cómo tomaría la pesadez de mi hospedaje?

—En eso no hay que poner reparos: lo que diga mi marido no es obstáculo alguno. Lo que haga yo en ese sentido, está bien siempre; pues él no se atrevería á contrariar mis disposiciones y menos á censurarlas.

Mercedes no desplegaba sus labios. Su tristeza por la noticia de mi partida, se reveló subitamente en su semblante. Así que transcurrían los minutos, veía naturalmente más próxima nues-

tra separación y la atormentaba cada vez más semejante idea. Ella se sentó entonces muy acongojada sobre una roca y permaneció largo rato con sus ojos fijos en el mar. Nosotros continuamos en pie á su lado; silencioso yo y Antonieta consolándola con dulces palabras.

—Por Dios, Gonzalga,—exclamó la joven al fin con sus ojos llenos de lágrimas—si Antonieta se empeña en que no nos abandones tan pronto; si ésta señora te declara, con la franqueza que le es natural, que tiene mucho gusto en que permanezcas todavía más tiempo aquí... por qué no accedes? Por qué no la complaces? ¡Ah, es que te llama otra cosa en la Habana! Sí; eso es tan claro como la luz que nos alumbra; como el movimiento contínuo de esas olas que estamos mirando!

Yo accedí al fin á los ruegos de aquellas dos mujeres y seguí en el Cafetal. Pero Mercedes había perdido por completo su



natural alegría y tan pronto se le veía pensativa, caminando á solas por la playa, como se le encontraba sentada en algun banco

de la finca, con sus párpados inclinados hacia la tierra, distraída, como meditando.

Ella vestía siempre de blanco y usaba comunmente un lindo sombrero de paja de ala ancha para preservar su rostro de los rayos del sol. Cuando la encontraba junto á la casa, en los jardincillos sentada sola con un galguito á sus pies que siempre la acompañaba, me hacía señas para que me acercara... Allí me decía entonces que no me marchara á la Habana; que dejara correr el tiempo para disfrutar de las delicias del campo, donde se deslizaba la vida tan agradablemente; que ella sin mí ya no podía vivir.

Como mi amor era Milagros, sólo me causaba compasión Mercedes. Esta no pensaba sino en el dia de mi partida y siempre sus ojos revelaban la tristeza que la consumía, que la mataba. Sus párpados á veces se hallaban enrojecidos por sus lágrimas. Por lo tanto, yo veía claramente que la pasión de que estaba la muchacha poseída, habría al fin y al cabo de ser funesta. Por eso había intentado varias veces romper unas relaciones que era imposible sostener más tiempo; por eso en muchas ocasiones procuré no encontrarla en mi camino. ¡Oh, yo la temía; yo huía de ella. Así es que tomaba por las «guardarrayas» más extraviadas ó más ocultas, cuando por las mañanas salía á paseo por el cafetal para después internarme en los bosques más espesos y sombríos. Pero vanas eran mis precauciones: no parecía sino que Mercedes iba siguiendo las huellas de mis pasos, pues casi siempre me hallaba; es decir, salía á mi encuentro y entonces veníamos juntos á la casa con su hermana ó bien con Antonieta. Y sucedía con frecuencia que la infeliz procuraba el medio

de hacer más largo el camino á fin de estar más tiempo á mi lado cuchicheando... hablándome en secreto.

—Mira Gonzalga; escúchame:—me dijo solemnemente un dia:—si yo supiera de un modo claro, que no dejara duda, que quieres con todo tu corazón á otra y no á mí...

Ella no prosiguió y entonces le dije:—y bien, qué sucedería?

—El *martirio...!*—me contestó.

—Pues no comprendo... no sé qué quieres decirme con esa palabra.

—Ya lo sabrás, si tal cosa llega á acontecer—respondió con aire melancólico y se quedó pensativa. Entonces ví correr una lágrima por su mejilla; lágrima que verdaderamente me conmovió al desprenderse de sus enrojecidos párpados.

Antonieta era sumamente formal, pero tenía treinta años y su marido sesenta, según me había dicho. Ella nunca podría dar un mal paso que empañara en lo más mínimo su honor y que la comprometiera. Pero Antonieta era joven y sentía un no *sé qué* en su pecho; es decir, experimentaba su corazón todo lo que es propio de la edad en que aún revolotean en la mente los delirios, las ilusiones, esas ardorosas quimeras, siempre en las jóvenes ocultas, secretas... guardadas como en una arca santa. Hé ahí explicado ya el por qué no quería quedar en el cafetal sola y que yo me marchara... Como estábamos, se hallaba bien así.

Pero como nada es eterno en este mundo, sucedió lo que tenía que suceder: marcharme yo y dejar para siempre aquellos campos tan memorables para mí, de tan gratos recuerdos para el corazón.

Cuando me despedí de ellas tocaba la barquilla en el límite

del cafetal, pues fuimos por el rio. Las dejé solas, llorando Mercedes y sonriendo Antonieta al decirme: adios, Gonzalga: «*sabe usted que deja un corazón aquí...*»—Pero á qué se refería ella? A qué...? Qué quería decirme con tales palabras...?

Llegué á la Habana y fuí aquella misma noche á la *misa del gallo.* No elegí ninguna iglesia que tuviera muchas naves para asistir al nacimiento del niño Jesús, sino un pequeño templo donde se hallaban las hermanas de la Caridad. Allí estaban las primeras autoridades, es decir, el Capitán General y el Intendente y además muchas personas de alta alcurnia; gente toda conocida de la buena sociedad de la Habana. Al entrar y sentarme, después de haber puesto mi rodilla en tierra y persignarme haciendo reverentemente la señal de la cruz, empezó el órgano á elevar al Dios de las alturas sus dulces acordes, acompañados del canto de una voz de angel. Era Sor Milagros que se destacaba, que resplandecía como un Sol entre todas las mujeres. Oí después un acento desconocido pero dulce, sumamente arrobador: era una extranjera que acababa de llegar á la Habana precedida de una fama universal: la Jenny Lind, conocida en el mundo filarmónico por el *Ruiseñor Sueco.* Esta gran artista pasó en aquel tiempo como un relámpago por la capital de la gran Antilla y antes de marcharse á los Estados Unidos tuve pues el gusto de oirla por única vez en aquel templo, á cuya función de iglesia había sido invitada para cantar.

La voz del «Ruiseñor Sueco» era sumamente armoniosa, pero ya en decadencia y Milagros cantando, no parecía sino un querubín pidiendo al Señor de lo creado amor y misericordia para los hombres.

Mis ojos en la noche á que me refiero no se apartaban de aquella singular figura que por si sola llenaba la iglesia. Era como una imagen que atraía á sí la mirada de todo el mundo y que todos se inclinaban á su presencia para reverenciarla, para adorarla y postrarse á sus plantas. Tal era el sentimiento que generalmente inspiraba aquella mujer.

Las hermanas de la Caridad fueron á recibir la comunión mientras el órgano dejaba oir una música sublime bajo aquellas bóvedas sagradas, resplandecientes de luz y de unción evangélica; música ejecutada por una mano maestra, por un gran artista, cuyo nombre no recuerdo.

La misa por todos respectos fué solemne y mientras se cantó una plegaria á la Vírgen, me pareció que Milagros lloraba y que me miró varias veces. Pero no... no podía ser así; tal vez sería una ilusión mía: ¿Cómo podía ella mirarme cuando nunca me quería ver?

Al salir de la iglesia alumbraban nuestros pasos luces de bengala de color azul, amarillo, verde y rojo, formando una combinación tan extraña y agradable, que parecía la gloria........ aquí en la tierra, trasunto de la del cielo.

En la tertulia á que concurría el Sr. Obispo, se habló á la siguiente noche acerca de la misa tan solemne que se había celebrado en el hospital, y con tal motivo se trajo á colación la virtud y las singulares dotes de Sor Milagros, de la amiga de los pobres. Su Ilustrísima, siempre tan bondadoso y justiciero para con las personas de verdadero mérito, elogió mucho á la hermana de la Caridad y le dijo á Descobello:

—Esa joven, como ya indiqué aquí una noche, se marchará

á California dentro de algunos meses y tenga usted entendido que allí ha de hacer grandes proezas y no dudo que ha de levantar algún edificio consagrado á la Caridad. Es mujer de iniciativa y de grandes recursos: es un genio!

—Tengo la misma idea que Su Ilustrísima—respondió don Fabricio;—pero temo mucho por su salud: lleva siempre consigo una pasión de ánimo que no la deja levantar cabeza. Se halla la pobre tan pálida! tan triste siempre!...

—No sé que capricho tenía Gonzalga por esa joven hace algún tiempo, pues ella se hallaba contrariada al ser perseguida y le huía—añadió el doctor Urquinosa.

Yo supe inmediatamente todo lo que aquella noche se habló de mí y no ha dejado de hacerme cavilar mucho lo que don Fabricio le contestó, que fué lo siguiente:—esos son caprichos locos, porque aunque Milagros abandonara para siempre el hábito que viste, ella sabe lo que existe, ó mejor dicho, lo sospecha...

—¿Y qué es lo que existe?—preguntó Urquinosa.

—Nada: volvamos la hoja, amigo doctor, y hablemos de otra cosa. Ha oído usted decir qué don Fermín, el esposo de Antonieta, se ha marchado repentinamente para Lima?

—No, no sabía nada.

—Pues yo lo sé; pero lo más particular es que no se le encuentra allí: no se sabe por donde anda, donde para...—Qué habrá sido de él?

—Ese se habrá internado demasiado, pues los negocios le llevan siempre al fin del mundo. ¡Oh, le conozco bien—dijo Urquinosa.

—Pero lo más singular es que de algunos años á ésta parte

suceden cosas muy raras en ésta Habana: aparecen y desaparecen de repente personas sin saberse cómo ni cuando. Mire usted lo que aconteció con la niña Carlotita... y lo que está sucediendo á cada instante con otras muchas criaturas.

—Y con personas mayores también...—replicó el doctor.

—Ciertamente; después que se marchó Tacón, las cosas andan como el diablo quiere: Cuba está muy mal...! muy mal, Urquinosa. Así todo se lo llevará patillas. España va de mal en peor: cuando cae un gobierno, nos visita una plaga de empleados y quedan cesantes otros tantos como los que vienen. El nuevo Ministro de Ultramar deshace siempre las innovaciones de su antecesor, yéste tejer y destejer causa una perturbación grande en la administración del Estado; así, no hay duda; el Erario se empobrece y todo se lo lleva la trampa: se lo lleva...

—¡Vaya si se lo lleva...!

—¿Sabe usted lo qué, por motivo de economías le costó á España el presupuesto de Ultramar en Cuba cierto año por causa de las reformas planteadas por un nuevo Ministro de la Corona? Pues nada menos que un millón setecientos mil duros—dijo Urquinosa.

—Y me parece poco.

—Cómo poco, hombre? Usted no ha entendido bien ó yo me he explicado mal. He querido decir y digo qué, el Ministro que acababa de entrar en el tiempo á que me refiero, causó con sus reformas á la nación, según los Presupuestos de Cuba que regían en dicho año económico, un exceso de gastos comparados con los del año anterior, de *un millón setecientos mil duros.* Creo que lo he dicho bien claro.

—¡Jesús, que atrocidad! ¿Cómo esta gente puede estar contenta así?

—Pues ni más ni menos: eso pasa, amigo; eso pasa.... Y vamos viviendo...!

Mientras Descobello y Urquinosa hablaban de tal manera, un poco retirados de los demás de la tertulia, cerca de la puerta del gabinete que daba á la sala, Su Ilustrísima se entretenía con una de las señoras de la casa en jugar á las damas.

Y no había duda: la isla de Cuba se hallaba mal entonces, porque el bandolerismo sacaba de quicios á los hombres honrados, trabajadores de todas jerarquías que veían peligrar su fortuna ganada con el sudor de su frente, y así es que muchas familias emigraban á tierras extrañas ó volvían al seno de la patria de donde habían salido en otro tiempo para América á buscarse la vida. Luego vinieron las insurrecciones que costaron á España muchos millones y no poca sangre, y á su sombra se improvisaron grandes riquezas y se adquirieron títulos nobiliarios, y hombres que conocí humildes ganando honradamente el pan de cada día, llegaron á ser Excelentísimos; por supuesto, por sus pasos contados.

Y que diré de la plaga de Sociedades anónimas que se constituían todos los días, en que los más listos ganaban en poco tiempo mucho á costa de los que algo lerdos perdían toda su fortuna? ¡Ah, que de capitales de consideración se improvisaron! ¡Pero cuantas desgracias hubo! Cuantas lágrimas se derramaron con tantas quiebras, con tanta ruina, con tanto escándalo!

El mismo don Fermín duplicó su capital en un abrir y cerrar de ojos: su consocio don Prudencio hizo muy buenas ganancias;

pero siempre continuó con el mismo sombrero viejo y el mismo traje, aparentando ser un pobrecito. El nunca dejó el vicio de recoger colillas para su fábrica de rapé; artículo que llegó á adquirir gran fama entre los frailes, los canónigos y las viejas de Iglesias.

Por supuesto, que entonces no era ya Luz criada de Antonieta; pues fué allá, en otro tiempo cuando se enamoró el oficial de carabineros de la muchacha con tanta entrada y salida en la casa para hablar con don Fermín sobre negocios de contrabando, según decían malas lenguas. Y fué cuando se casó la doncella.

Al llegar á esta parte de la historia, guardó Gonzalga silencio por hallarse algo cansado y yo con alguna impaciencia esperé á que reanudara su relato tan interesante para mí.



XXXVIII

Confidencias.—Un nuevo trabajo de mampostería.— Un paseo en un dia de luna de miel.

El pobrecito tenía sus días contados—dijo al fin don Antonio—Luis García había echado ya sus cuentas y tenía trazado el camino que le había de conducir al más feliz éxito. Para llegar á la meta de sus aspiraciones, tuvo que revestirse de una paciencia y una conformidad grandes, y ayudar á don Prudencio á buscar colillas, accediendo á todos los caprichos del viejo avaro. Pasándole la mano, como se suele decir, podía él ganar su confianza y traerle á su redil para darle el golpe. Ya no pensaba noche y día sino en hacerse con el usurero para quitarle del medio y poder ser dueño absoluto de todas las riquezas de la casa de la Calzada de San Lázaro. Pero en lo que más maquinaba su imaginación, era en la manera de poder sacar los caudales que don Prudencio tenía en el banco en calidad de depósito.

Y para efectuarlo, qué hacer? De qué medios se valdría, para arrancar aquellos miles de pesos fuertes, que poco á poco había ido depositando allí el *pobrecito* don Prudencio, á costa de tantas privaciones? No sabía como; pero un dia hallándose sentado en su despacho reflexionando, se da de repente una palmada en la frente y se sonríe de un modo extraño. Era que había dado en el *quid*, había encontrado la *x*.

Inmediatamente baja al salón de la muerte y ve al negro sentado junto á Carlotita contándole de cabo á rabo la historia de su vida. Al entrar Luis, le estaba él diciendo: «Nos llevó el capitán negrero...»—El hijo de *Cabeza de Perro* le interrumpió entonces y le dijo:

—Pablo, saca la herramienta y tenla lista que hay necesidad de hacer otro trabajo.

—Donde, mi amo?

—Ya te diré; por ahora sigue con tus cuentos entreteniendo á Carlota. Mira que me la cuidas; pues se está poniendo muy linda. ¡Caramba con la chica... Como adelanta!

Y se marchó; pero Pablo no pudo menos de decirle á la niña en baja voz: ha observado Carlotita la expresión singular de la cara de ese bribón cuando miró á la niña y dijo *¡Caramba con la chica... Como adelanta?*

—Sí, Pablo; yo lo observé. Ese hombre me da miedo: no puedo resistir su mirada: me. es antipático en extremo. ¡Ay, Dios mío, qué martirio éste; más quiero morirme! Madre mía...!

Y Carlotita se quedó con sus ojos fijos en el suelo, inmóvil, abstraída, pensando cosas terribles y sin poderlo remediar, corrieron por sus mejillas dos lágrimas como dos perlas y sus la-

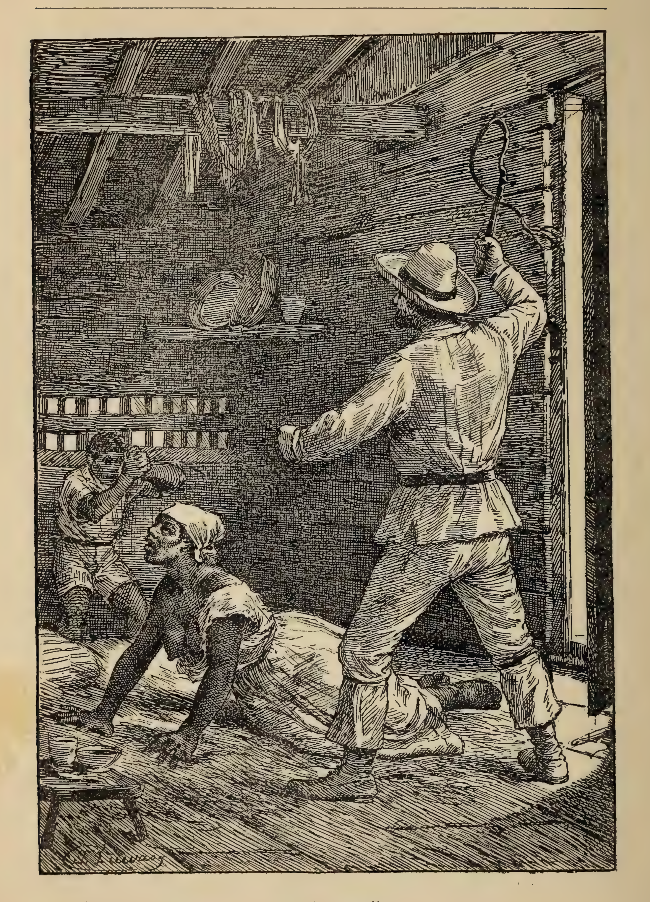
bios se secaron y su boca parecía tener acibar. Se hallaba tan amarga!

Pasó esto. Después de un pequeño rato, volvió Pablo á tomar la palabra, contándole á Carlota la historia de sus primeros años y prosiguió así:

—Pues como iba diciendo: nos llevó el capitán negrero á la que me había dado el ser y á mí, con muchos compañeros más, á bordo del barco y nos metieron como animales en la bodega, donde nos tiraban la comida desde la cubierta. Los primeros días no cesaban de llorar los infelices allí encerrados, sin ver el sol, respirándose un olor insoportable y al fin se declaró una epidemia de la que murieron muchos. Llegamos á la Habana y nos llevaron á un ingenio á trabajar. Como yo era chiquito, me dejaban en el *batey* y á mi madre la hacían ir al campo con otras negras, martirizándolas á todas el capataz con fuertes latigazos, cuando no caminaban apresuradamente.

Recuerdo que un dia le dieron á la pobre un *boca-abajo* porque no quería salir del bohío á causa de hallarse enferma. El «mayoral» no creía lo que mi madre decía y él mismo delante de mí la azotó con un látigo que llevaba siempre á la cintura y á cada golpe que le daba con suma rabia, decía: *toma... perra negra... toma cuero!! toma...*»

Nunca olvidaré tanta inhumanidad!—Cuando la estaba azotando, derramaban un mar de lágrimas mis ojos y de miedo no podía tenerme en pie. Al siguiente dia todos se convencieron de que mi madre no había dicho mentira, pues al ir la infeliz á levantarse de sobre las pajas donde dormía, vieron que estaba hinchada y llamaron entonces al médico del ingenio, quien declaró



—¡Toma, perra negra... toma cuero! toma...!!

que se hallaba enferma desde muchos días antes de haberla martirizado aquel hombre tan cruel.

En cuanto á mí, sólo puedo decir que me vendieron á un francés á los diez años. Yo he tenido varios amos y he conocido grandes bribones entre ellos. El último ha sido ese «sinvergüenza» de don Prudencio que me tenía todo el día y parte de la noche en el patio de una tienda de víveres moliendo café, amarrado al molino, con una campanilla en el brazo para martirizar mis carnes, cuando aquella no sonaba por hallarme cansado y no poder continuar trabajo tan recio. Como no quería que me parara ni siquiera un momento, hacía con frecuencia caer el látigo sobre mi cuerpo y no me daba para poder vivir sino un poco de tasajo y agua. El mismo don Prudencio me ha traído á este cementerio, donde vivo muriendo hace ya muchos años. ¡Señor de lo creado... gran Dios, hasta cuándo me tendrás aquí?

—Pero qué malo es ese don Prudencio!—dijo la niña.—Ese bribón fué quien me robó en compañía de la vieja que me arrancó el collar. ¿Será posible que no tendrá algún día su castigo!

—Todos en este mundo tarde ó temprano la pagamos. El que es malo tiene un fin triste y si no ahí dentro de esa pared hay un ejemplo de lo que digo. Si don Fermín pudiera hablar, mucho contaría. El bribón ya la pagó. Lo mismo le sucederá el día menos pensado á don Prudencio, y si no acuérdese la niña de esto... No se olvide de lo que digo.

—Mira, Pablo, no me gusta que martiricen á nadie; pero á ese pillo...

—Sí, Carlotita, tiene razón la niña. Sería bueno que recibiera

en este mundo su castigo y si no sucediera así, sería yo capaz de negar que hay Dios en el cielo.

—¡Ay, Pablo, qué de miedos he pasado aquí. Y eso que ya me he ido acostumbrando á esta vida de muertes y de martirios. Mira, tú no puedes tener una idea de las veces que despertaba de noche luego que se emparedó á don Fermín. A cada instante venía á mi oído aquel lamento tan triste que lanzaba él á medida que ibas tú tapándole... tapándole... Y cuando ya todo estaba hecho; cuando el nicho había dejado de ser nicho y todo era una pared y salía de dentro del muro, como una voz apagada, desfallecida, de dentro de un sepulcro, las últimas lamentaciones del que moría... lamentaciones que se iban poco á poco extinguiendo ¡ay, santos cielos, mis cabellos se erizaban y era tanto el miedo, Pablo, que yo temblaba como si tuviera un gran frío y daba diente con diente. A cada instante en mis sueños se me estuvo él representando después por muchos días y siempre por todas partes, á donde volvía mis ojos, no veía sino á don Fermín ¡siempre á don Fermín...! Qué cosa tan triste, Dios mío!

—Pues nada: valor niña. Es necesario resignarnos con nuestra suerte: siempre no hemos de vivir así, de esta manera. Un día ha de llegar en que brille para nosotros la justicia. La esperanza es lo último que pierde el desgraciado, y mi conciencia no me remuerde de nada: si mato y descuartizo en este salón de la muerte, es porque á ello me obligan. Yo espero que el cielo se ha de condoler de mí.

—Y de mí, Pablo, será posible que no se ha de condoler también?

—Yo en todos los años que tengo he observado que hay una

cosa misteriosa, inexplicable, que sin saber cómo arregla y ordena el mundo, castigando y premiando sin nadie darse cuenta. Y todo viene de *arriba*, Carlotita: arriba está el que todo lo sabe y lo ve... Tengamos confianza: esperemos...!

No bien había terminado el negro su última palabra, se presenta de nuevo allí el hijo de *Cabeza de Perro* y dice:

—Pablo, tráeme aquí esa lámpara que esto está muy obscuro. Voy á decirte donde quiero que abras un ventanillo. Mira... Ven acá... aquí mismo haces un hueco, en este muro, como de una vara en cuadro, para colocar unos barrotes. Tú sabes que detrás de esta pared hay un cuarto: en ese aposento voy á poner una cosa. Ya la verás. Mañana mismo tienes que emprender la obra. Quiero que haya comunicación entre las dos piezas por medio de esa especie de tragaluz, ó sea la ventana de rejas que te he dicho.

—Está bien, mi amo.

Después de haberle Luis marcado perfectamente á Pablo el sitio donde quería que le abriera el hueco, se marchó, y Carlota y el negro quedaron pensando para qué necesitaba aquel bribón el ventanillo de rejas de hierro que deseaba tener. Por más que meditaban, no podían satisfacer su curiosidad; pues ni remotamente sabían el objeto de aquel marco de luz, puesto que no había luz que entrara por él en aquel salón de la muerte, en aquel obscuro antro.

Al día siguiente empezó á trabajar el negro desde muy temprano alumbrándole Carlota, pues en aquella parte del salón reinaba siempre mucha obscuridad.

Se abrió al fin el referido hueco, se le pusieron los barrotes

y quedó la obra completamente terminada á gusto y satisfacción de Luis.

Pasó mucho tiempo de esto y un día le dice el hijo de *Cabeza de Perro* al *pobrecito:* sabe usted, don Prudencio, que deseo colocar un poco de dinero en el Banco y necesito que alguien me ilumine para saber qué pasos tengo qué dar... qué es lo que debo hacer?

—Pero dime, Luis, tú quieres colocar ese dinero... pero cómo? ¿Es en clase de depósito ó...

—Yo no sé de eso nada. Yo quiero hacer lo mismo que usted hace con el suyo—le dijo interrumpiéndole.

—¡Toma! Yo no hago más sino depositar en dicho establecimiento todo lo que voy adquiriendo, Luis.

—Sí; pero cuando usted necesita sacar de él alguna cantidad ¿qué hace? ¿De qué medios se vale?

—Mira tonto; eso es muy fácil. El Banco da una libreta ó libro talonario y se van arrancando hojas á medida que se necesita extraer dinero, pues se va escribiendo en cada una la suma que se desea sacar y firma luego el imponente en aquel *papel* que se llama *cheque* y á cualquiera que presente en el Banco esa especie de vale, le entregan la cantidad que está escrita. Ni más ni menos.

—Don Prudencio: será muy fácil hacer lo que usted dice; pero francamente, no lo comprendo bien. Yo no he visto nunca esas libretas, ni sé una palabra de nada. Para eso sería necesario verlas.

—Nada, Luis, yo te traeré la mía para que veas como son los *cheques*.

Esta tarde mismo vendré con ella. Adiós, hasta después—dijo y se marchó.

Y Luis así que le vió salir, hizo una mueca como acostumbraba y dijo para sí: ya te cogí, viejo avaro... ya te cogí!

Es necesario ocuparme ahora de doña Luz y de su familia.

La mesa, pues, para el refresco ó ambigú que se iba á dar en celebración de los dos casorios, permaneció puesta segun ya he dicho, hasta que viendo transcurrir los dias y las semanas doña Luz, sin aparecer Matías Pérez ni saberse nada de él, se determinó guardar los dulces y confites que ya no estaban muy frescos y que volvieran las cosas á su lugar: en fin, se resolvió desalojar el comedor y recoger la mesa.

La pobre Altagracia se quedó como se suele decir, con el gozo en el pozo. No había duda: era una contrariedad muy grande lo acaecido. Toda la Habana se ocupaba de la desaparición del *Rey de los Toldos,* víctima de su presunción y de su osadía, y las mismas amigas de las niñas de doña Luz, si bien no se alegraban de la desgracia del pobre Matías, sentían allá, en el interior de su corazón, cierta complacencia por el chasco que se había llevado la novia, la víspera precisamente de irse á efectuar las nupcias. Como la envidia es mala consejera, aquellas de las amigas que parecían más cariñosas para con Altagracia, tenían ganas de mortificar á la chasqueada; así es que le dirigieron varios anónimos por el correo en los que entre otras cosas le decían que iba á quedarse para vestir santos, pues ya nunca en la vida se casaría.

Doña Luz se hallaba contínuamente nerviosa, alterada, colérica y todo le molestaba hasta tal punto, que por un quítame

allá esas pajas le echaba los tiempos á Bermúdez. Este desventurado tenía miedo hasta de desplegar sus labios delante de la que iba á ser su suegra. A él le venían á veces las ganas de casarse: pero no se atrevía á decir nada en vista de la reciente desgracia; pues verdaderamente era un gran contratiempo la desaparición de Sebastián el día de la purísima Vírgen, cuando ya todo estaba preparado y hasta puesta la mesa.

Contrariada por la suerte doña Luz, se resignó hasta cierto punto y sólo trató de buscarle otro novio á la niña, toda vez que ya no se podía contar con Sebastián Noveyra. Beatriz y don Ambrosio se casaron al fin después de pascuas y el matrimonio se quedó á vivir en la casa, durmiendo todos bajo un mismo techo y se hizo así porque doña Luz lo ordenó, pues sus mandatos eran sentencias.

El ingeniero estaba enteramente supeditado á su suegra y tanto era así, que hasta para salir de paseo por las tardes con Beatriz, tenía el infeliz que pedirle licencia. Don Ambrosio sentía á veces muchas ganas de verse á solas con su mujer, al aire libre, paseando sin ningún testigo de vista para hacer todo lo que se le antojara; en fin, para satisfacer todos sus caprichos, sus más inocentes deseos; como por ejemplo, correr en el campo como un chiquillo trás de una mariposa ó bien coger una flor cualquiera, una amapola, un tomillo, una margarita.

Pidiéronle permiso á doña Luz el primero de enero, para salir los dos por la tarde, y se encaminaron al paseo de Belascoin ó de la Reina ó de Tacón, pues no recuerdo bien á cual de los tres fueron. La tarde estaba hermosa; todo convidaba á salir de la casa para tomar el fresco. Bermúdez salió y llevaba de

brazo á su mujer contoneándose, por los paseos, cuando de pronto la suelta, se echa á correr por la calle de árboles, que formaba bóveda con su copudo follaje, y le grita: sígueme, á qué no me coges?

Beatriz, al ver que Bermúdez había emprendido carrera, no quiso quedar por menos y recogiéndose los pliegues de su vestido todo lo más que pudo, fué corriendo trás él hasta que le alcanzó y para que no volviera á ser presuntuoso, le levantó los faldones del levita y le dió tan fuerte palmada, que ésta retumbó en aquella soledad bajo los bosques de laureles. Él, instintivamente, se llevó la mano al sitio donde recibió el golpe, cerró los ojos y se mordió el labio inferior; pues el infeliz vió las estrellas á semejante caricia de su mujer.

Beatriz entonces, sin poder hablar de la risa, se sentó en un banco de piedra, detrás de una puerta rústica que había, y le hizo señas para que fuera á su lado. Allí descansaron los dos esposos un gran rato, en medio del silencio y de la soledad del campo en el primer cuarto de la luna de miel.

Más de repente se levanta la joven, se echa de nuevo á correr y á su vez le dice: á que no me coges?—Y desapareció como una visión escondiéndose entre el arbolado. Por lo tanto, él quedó solo; pero contrariado por la desaparición de Beatriz, la que no dejaba alborozada de reirse.

Don Ambrosio, que después de la fractura de la pierna y de su bendito casorio, se hallaba sumamente estropeado y había envejecido mucho, parecía otro hombre y él ya sin fuerzas, solo por



vanidad ó por amor propio, intentó ir hacia su mujer, que no estaba ya allí, y dió una carrerita. Pero no pudo continuarla y entonces cansado y con ganas de sentarse sobre el cesped, dijo:—por Dios, Beatriz, no me hagas correr más: me doy por vencido, mis piernas tambalean; no puedo...!

—Pues vaya un marido que Dios me ha dado!—decía entre gerigonzas y carcajadas, la diabólica muchacha (saliendo de su escondite) sin tener lástima de aquel señor ya de edad, que de tan cansado no daba por su vida un cuarto y que se había echado al suelo, jadeante, sin poder respirar siquiera.

Pero la Beatriz más compadecida que al principio del pobre Bermúdez, se acercó al fin á donde éste estaba y tomándole las dos manos para ayudarle á levantar, no pudo moverle, por más esfuerzos que hizo, y entonces «muerta de risa» se cayó sobre él.

En esto la noche tendió su negro manto, ocultando con su crespón las glorias de la vida, y los esposos... al fin se levantaron y caminaron á la luz de los faroles y pudieron ya bien tarde, llamar á la puerta de la mamá casamentera.

Esta señora que estaba casi siempre nerviosa, recibió á Bermúdez y á Beatriz con desaforadas voces, diciéndoles:—que horas son estas de venir *casualmente* á la casa? Que locuras están

ustedes haciendo? Esos paseos son demasiado largos para tí, Bermúdez. Pero que... te estás dejando *casualmente* llevar por esa chicuela? ¡Cuidadito!... Que no vuelva á suceder venir aquí tan á deshoras. Veo que eres peor que Beatriz. ¿Como... á tu edad te has vuelto *casualmente* calavera, Ambrosio?

Al fin cesó la reprimenda, pues se marchó refunfuñando doña Luz á su cuarto y quedó todo en silencio.

Se fueron los dos esposos á cenar más tarde de lo acostumbrado, se acostaron después y al siguiente día despertaron cansados del paseo de la víspera; esto es, de aquellas dichosas correrías bajo los frondosos laureles.



XXXIX

Proyectos para mejorar de posición y encumbrarse.

El Ingeniero salió allá, á las altas horas de la mañana, para su oficina y bien poco hizo en ella; pues molido como estaba, no tenía ganas de trabajar. Los demás empleados le imitaron completamente porque todos... absolutamente todos, *la habían corrido* el dia de año nuevo y nadie estaba con humor de ocuparse de nada en aquella oficina del Estado. Ninguno, pues, de tantos como allí había, hizo nada en todo el dia, según la crónica cuenta.

¡Ya... y como no? El jefe había dado el ejemplo.

Por la noche fueron doña Luz, Bermúdez y las niñas al café «la Dominica» situado cerca de la plaza de Armas y después se encaminaron á gozar de las delicias de la música á dos pasos de allí; es decir, fueron á la «retreta». Todos los que conocían á don Ambrosio le saludaban con una sonrisita picaresca al verle

de brazo con Beatriz y con doña Luz, la que verdaderamente se pavoneaba é iba muy oronda porque llevaba á su lado al Ingeniero. Así que entraron en el café y después en la plaza, empezó la gente á cuchichear y unos decían: esos son los que el día de la Ascensión subieron en el globo con el *Rey de los Toldos* y otros exclamaban: ¡Jesús, María y José...! esa es la que iba á casar á su hija con el portugués Matías Pérez, que se remontó á los aires en la tarde de la promulgación de la Inmaculada Concepción y aún no ha aparecido, ni ya aparecerá, sino el día del juicio final... si Dios quiere!

Al rededor de la plaza de Armas, cerca del palacio de la Capitanía General, acostumbraban en aquel tiempo colocarse en hilera muchas volantas, pertenecientes á lo más escogido de la sociedad habanera, para las damas oir la música de la retreta desde sus mismos carruajes. Cuando don Ambrosio pasó aquella noche junto á las señoras que eran sus amigas, éstas se sonrieron y le saludaron con un gracioso movimiento de cabeza, como diciéndole: ¡«Ah, picarón... que calladito lo tenías: al fin te casaste!»

Doña Luz, lo que más quería en este mundo era alternar con gente de pró y cada vez que las damas aristocráticas saludaban bondadosamente á su yerno, la viuda del oficial de carabineros parecía crecer un palmo y su cara se animaba y doña Luz sonreía también al ver sonreir á las señoras de alto copete. Ella conocía á muchas de las principales damas de la Habana; esto es, sabía quienes eran, porque varias veces había recibido limosna de ellas, cuando de noche andaba disfrazada de pordiosera por las calles haciendo de viejecita.

Con motivo del casamiento de su hija, doña Luz quiso que Bermúdez diese parte del enlace á todas las personas de su amistad. Ella contaba ya que tanto la familia del Intendente como la de los demás jefes de Hacienda y de la Armada y de otras oficinas del Estado, habrían de visitar á los recien casados, pudiendo así con el tiempo cultivar sus relaciones é ir poco á poco introduciéndose en la buena sociedad, que era sus sueños dorados. Por lo tanto, doña Luz le dijo á su yerno al llegar aquella noche á la casa:

—Es necesario pasar tarjeta, sabes...? Dar parte de matrimonio á nuestras relaciones, Bermúdez. Que no vayamos *casualmente* á parecer *incíviles*... Y mira... mejor será darlo igualmente á las que no tratamos, con tal que sean familias de posición y nos den con su amistad posición también á nosotras mismas, que bien lo necesitamos. Qué me dices..? Qué te parece..?

—Señora,—replicó Bermúdez—me parece que eso en buen castellano llaman entremetimiento y es comprometer á quien no nos querrá visitar...

—¡Oh, siempre *casualmente* has de estar con escrúpulos tontos: el que no se expone ni gana ni pierde... Pero bien: demos á lo menos parte de la boda á todas nuestras amistades. Ya sabes que no me gusta desairar á nadie; hacer ningún feo... que no me tengo ni me he tenido nunca por mejor que otras.

—Yo digo lo mismo, mamá. Vamos á hacer una lista para saber á quienes hemos de mandar tarjeta. Empezaremos por esta familia que vive aquí al lado—dijo Beatriz.

—Qué dices muchacha? Que empezaremos por *doña Quilla* la del bodeguero? ¿Estás loca?

—Pero mamá, no es visita nuestra? Y sobre todo, que vivimos pared por medio.

—Por nada de este mundo le daré parte á *esa*. Bonitas relaciones iríamos *casualmente* á tener. Qué disparate!

—Y á doña *Chucha* y su familia que viven ahí enfrente, con quienes hemos ido varias veces á los bailes de Sebastopol, tampoco les damos?

—Tampoco. Pues no faltaba más. Nosotras estamos *casualmente* ya en otra posición, hijitas: picamos más alto. Que me mate Dios entre gente!

—Pues se nos van á enfadar todas ellas y nos pondrán como sacadas de la pieza. Y no digo nada de las lenguarazas de esas gatas... Ya me parece que las estoy oyendo...!

—Pues chica, ahora es necesario cortar por lo sano y no dar *casualmente* parte sino á las familias de algún «viso»... enfádese quien se enfade. Ya te digo que quiero que me mate Dios entre gente.

—Yo tengo esas mismas ideas, mamá: no me gusta descender sino subir—dijo Altagracia que se hallaba acurrucada y aburrida en un rincón del aposento.

—Sí, hija mía: haces bien; pero ¡ay! por demasiado subir el que iba á ser tu marido, te has quedado *casualmente* tú en tierra—dijo la señora con aire triste:—él desapareció para nunca jamás volver!

—Yo haré lo que ustedes quieran—dijo don Ambrosio que se hallaba como alelado, con la boca entreabierta, oyendo la charla sempiterna de semejantes *cursis*.

—Ya lo sé—replicó doña Luz—pero mira que te voy á en-

cargar una cosa: cuidadito si las tarjetas te las van á hacer sencillas: á mí me gustaría que le grabaran una corona encima del Excelentísimo. No las quiero *ordinarias*.

—Eso no puede ser, señora. A mí no me corresponden coronas porque no soy duque, ni conde, ni marqués.

—Bien; pero un garabatillo cualquiera que no diga nada pero *que casualmente imite*... no se puede?

—No, mamá—replicó Altagracia—esas son ridiculeces.

—Aquí estoy pensando yo como haríamos para no dar parte á *esa gente* «de medio pelo» y poder nosotras de todas maneras salir bien del paso con alguna disculpa; cosa que ellas pudieran creer—dijo Beatriz.

—Eso es muy sencillo—añadió Bermúdez;—hacer lo que yo hago muchas veces y lo que en casos apurados pone en práctica todo el mundo.

—Qué... qué es eso? ¡Oh, si pudiéramos conseguirlo!

—Se consigue muy facilmente. Y saben ustedes cómo? Mandando las tarjetas al correo con su correspondiente dirección y aquellas que no enviamos, naturalmente no llegan á ninguna parte; pero se dice que en las estafetas se han extraviado y esto afirmarlo siempre á pies juntillas.

—¡Ah, es verdad... es verdad! Perfectamente; vamos á hacer eso? Cuantas veces *casualmente* con cartas que he debido escribir, y no las he escrito, he hecho lo mismo y he salido bien. Nada: que la pague el correo... que la pague, que *casualmente* tan bien no anda...—dijo doña Luz frotándose las manos de contenta con la feliz ocurrencia de su yerno.

Y luego añadió:

—Gracias á Dios, Bermúdez, que *casualmente* has dado en el clavo una vez. Esa es muy buena ocurrencia... muy buena!

—Pero ahora que nos hallamos aquí reunidos vamos á hablar de todo un poquito—dijo Beatriz.

—Sí, hija mía que quieres decirnos? Empieza.

—Pues es lo siguiente: ya saben ustedes que estamos obscurecidas, medio arrinconadas y que es necesario hacernos con amistades que nos favorezcan, que nos realcen y nos den brillo; ¿por qué no trabajamos para adquirir las relaciones de esa señora que acaba de llegar de Sevilla, que vive aquí cerca y que es nada menos que la esposa de un brigadier? Lo mejor para relacionarnos es acudir á los peninsulares recién llegados, que no conocen aquí á nadie y no saben nada dèl país y desde luego visitarles. Así... así es como nos introduciremos; así es como nos iremos «colando» en la buena sociedad.

—También es una feliz ocurrencia esa, Beatriz—dijo doña Luz.

—Pero señoras, están ustedes hablando tonterías? Qué necesidad tenemos de esas amistades? Las que no vienen por sus pasos contados, dejarlas. No es bueno forzar los lazos sociales porque se rompen cuando uno menos piensa y caemos en el ridículo, viniendo á servir ante el público de mofa y de escarnio,—replicó Bermúdez, que á la verdad no era siempre tonto... tonto de capirote. Algunas veces tenía lucidez.

—Y por qué nosotras hemos de ser menos que otras?—decía ella.—Don Dionisio el pañero, no se abonó *casualmente* al palco inmediato al del Gobernador del castillo y no se hablaban de no-

che las familias en los entreactos? Y qué resultó de esa amistad de teatro?

—Que no pudo avanzar, que no pudo medrar, que no pudo progresar y no hizo más don Dionisio que exhibirse, que darse á conocer y que le hicieran á su familia feos de que no tenía ninguna necesidad. Eso es lo que ha sucedido: lo entiende usted bien ahora? Eso es lo que siempre pasa.

—Sí; es verdad, este hombre es un sabio—exclamó doña Luz.—Pero sea como fuere, Bermúdez; yo quiero *casualmente* relacionarme: quiero estar «entre gente;» pues qué, el pañero *casualmente* ha de ser mejor que yo?

—No es que sea mejor ó peor, como usted dice. Todo el que cumple con la misión á que ha venido al mundo, que es la de ganar honradamente el sustento de la vida con el sudor de su frente, está por sí mismo dignificado y no tiene para que mendigar amistades de nadie haciendo papeles ridículos. Para mí es tan digno el conde como el pañero, siempre que ambos cumplan en sus respectivas categorías los preceptos de Dios. Lo que censuro, es ese afán en traspasar los límites que la sociedad tiene marcado á cada uno ó á cada familia, límite que no podrá menos en todas ocasiones de existir, mientras el mundo sea mundo.

—No hijito, yo no estoy por eso. El que puede que suba.

—Sí, señora, que suba y subirá todo el que ha nacido para encumbrarse por sus propios méritos. Esos seres privilegiados, se abren camino por sí mismo, sin necesidad de acudir á ridículas pretensiones, pues la sociedad les abre espontáneamente sus puertas de par en par, quiera ó no quiera. Porque, desengañémo-

nos: los entremetimientos son muy feos, señora, son muy feos....

—Pues yo... qué quieres que te diga, estoy siempre en lo mismo: si puedo, me «cuelo»...

—Pues yo digo lo que el proverbio aconseja.

—Y que aconseja ese proverbio, hombre? Qué... que aconseja?

—«*Cada oveja con su pareja.*»

Al decir esto don Ambrosio, todas aquellas mujeres inclinaron la cabeza sin chistar; sólo doña Luz dijo con desconsuelo á Altagracia:—apaga hija mía, y vámonos...

Y todos se fueron á acostar después de apagadas las luces del aposento en que se hallaban.

Se acostaron, pero algunas no pudieron pegar sus ojos. Altagracia pensaba tristemente en la desaparición de Matías Pérez y en que tal vez no se le presentaría otro partido para casarse. Doña Luz, maquinando siempre en su idea fija, no cesaba de buscar medios para subir en posición y ver cómo podía colocar á su hija. Y tanto estuvo trabajando aquella noche su imaginación en tal particular, que al fin discurrió hacer un viaje á Matanzas con Altagracia, Beatriz y Bermúdez, para permanecer allí dos meses, pidiendo el ingeniero una licencia al Gobierno para poderlo efectuar. Está por demás advertir que su principal idea era buscar un novio para su hija. Pero ella desde luego hizo la intención de decir á todo el mundo que iba á Matanzas con sólo el propósito de tomar baños de mar.

A la siguiente mañana participó doña Luz á su familia el proyecto que tenía, el cual á la verdad fué bien acogido, y al poco tiempo se hallaban ya todos en la ciudad del Yumurí pa-

seando á las márgenes del río y haciendo sus excursiones por los campos y por los pueblos inmediatos. También la mamá casamentera solía ir montada en un burro, á las playas más de moda, á bañarse al peso del día, cuando el sol con sus intensos rayos parecía querer derretir los metales y deshacer las piedras.

Condición y figura hasta la sepultura...—dice el proverbio; así es que doña Luz se hizo bien pronto notar en Matanzas por sus ridículas pretensiones y sandeces. Ella desde luego se daba á conocer á donde quiera que iba: entregaba la carta. Por eso al poco tiempo de haber llegado allí, ya el público se ocupaba de la viuda del oficial de Carabineros, de sus hijas y de su yerno. Como no tenía tacto para tratar en sociedad y también como era ignorante y atrevida, cometía á cada paso indiscreciones que ponían en peligro la reputación de las niñas, principalmente la de Altagracia; así es que todos con tal motivo se hacían lenguas en la ciudad.

Sucedió que en aquella época llegó allí un buque de guerra de instrucción de guardias marinas ruso ó italiano, pues no lo recuerdo bien, y doña Luz ansiosa de colocar á su hija, procuró las amistades de dichos extranjeros y de sopetón les propone giras de campo y paseos por el río y bailes á bordo y en tierra y muchas otras diversiones. Los marinos naturalmente se dejaron ir por la corriente y estaban con doña Luz *santito donde te pondré,* porque se hallaban muy á gusto. Ellos tan pronto montaban todos á caballo en estrecha amistad con la familia de doña Luz y otras amigas, como iban á bordo á comer y á beber y á bailar y siempre en puro jaleo, subiendo y bajando cerros y montañas, corriendo por las llanuras é internándose en los

bosques. Pero llegó á tanto la familiaridad de los extranjeros, que, en la espesura del arbolado, jugaban con ellas al escondite y en algunas ocasiones se perdían las niñas, en aquel laberinto de encrucijadas, y, según cuenta la crónica, costaba mucho á veces el poderlas encontrar.

El público no cesaba de murmurar de semejante familia; pero sobre todo del alto empleado que las seguía á todas partes en tales excursiones; pues era nada menos que un gobernador.

—Eso es un escándalo. (Decían muchas señoras).—Qué idea se formará de las matanceras esa escuela de guardias marinas? Van á creer *que todas somos una,* que aquí todas son iguales.

—Y á mí qué?—exclamaba doña Luz:—case yo *casualmente* á mi hija y *salga el sol por Antequera...* y que todo se lo lleve la trampa. Además, todas esas habladurías y esos chismes son por pura envidia: como *casualmente* no pueden alternar con las personas *principales* según lo hacemos nosotras, á esas señoras se las lleva el diablo.

Recuerdo que un día proyectaron subir á una altura ó montecillo, donde mucho tiempo después levantó un templo la colonia catalana que residía entonces en Matanzas, de cuyo particular me ocuparé.

Los rusos al fin subieron con doña Luz y comparsa á donde deseaban. Ellos se deshacían en atenciones y regalaban mucho á las niñas; así es que á cada instante encargaban á las guajiras costosos ramilletes y á las confiterías ricos pasteles para obsequiarlas.

Don Ambrosio miraba con malos ojos tales locuras; pero

por no llevarle la contraria á su suegra, que en cuanto á malas condiciones y refunfuños era una arpía, no tenía más remedio que montar él también á caballo é ir en comparsa.

A las referidas excursiones solía acompañar un joven catalán; pero en honor de la verdad sea dicho; él nunca asistía á tales cabalgatas sino los domingos y días que repicaban recio porque por educación, por costumbre y hasta por naturaleza, los catalanes hacen del trabajo una religión, y del taller un santuario digámoslo así, y no se atreven á malgastar el tiempo... que el tiempo es dinero, como dice el inglés. ¡Ojalá tuviera nuestra nación muchas provincias como Cataluña, con sus mismas costumbres, con su mismo genio, con su misma laboriosidad!

Un domingo, pues, subieron todos á la altura que ya he indicado y que domina la ciudad de Matanzas. Al llegar los extranjeros allí, y entre ellos el catalán á que me refiero, no pudieron menos los más artistas que doblar la rodilla en tierra é inclinar la frente ante la majestad de tanta grandeza; ante el espectáculo divino que se presentaba á sus ojos. Aquella altura tenía una planicie y de allí se veía serpentear graciosamente el Yumurí al despuntar la aurora, rielando en él los rayos del sol naciente de una manera tan maravillosa que sobrecogía el ánimo. El sol en el agua dibujaba allá, lejos, un arco-iris sobre un espejo de plata que figuraba la superficie interrumpida de trecho en trecho por maniguas y arbustos que marcaban perfectamente pequeños islotes. Sobre las ramas cantaban los pájaros celebrando el despuntar del día, y, acá y allá, se destacaban algunos bohíos á cuyas puertas salían graciosas guajiras á contemplar la magnificencia del cielo y la tierra y á alabar á Dios. ¡Ah, la perspectiva

no podía ser más interesante, más poética, más sublime. Matanzas debe estar orgullosa con paisage tan encantador.

El joven Catalán, que era hombre entusiasta y de corazón improvisó en aquel momento, en un arranque de inspiración, una octava que poco más ó menos venía á decir así:

«Yo te saludo ¡Oh, campo del Yumurí y te prometo que en este suelo que por primera vez piso, se ha de levantar un templo que ha de llevar por nombre, recordando á mi patria, *Iglesia de Monserrat* para que los fieles desde esta altura te contemplen y te bendigan.

Y en efecto, hoy se levanta sobre aquella planicie dicho templo, según he oido referir y el pensamiento de construirlo nació de la manera indicada.



Ahora, respecto á doña Luz diré que todos se reían de ella cuando iba al baño en un burrillo de mala muerte, de fea estampa, principalmente cuando salía en comparsa por los campos con los rusos y con las niñas. En aquellas extrañas cabalgatas iba siempre montada doña Luz en un pollino que con frecuencia respingaba y entonces, cuando el asno hacía piruetas ó bien rebuznaba, en lo que por cierto no era muy parco

era cuando más se destacaba en aquel cuadro tan rara figura. Siempre se aparecía ella montada con un traje corto y un corpiño con faldones muy anchos, de color pardusco, sombrero blanco de paja en forma de palangana con un corte por detrás, para darle salida al moño y por delante lucía un gran lazo, color de remolacha, que daba desde lejos el *quien vive.* Doña Luz se había vuelto muy rechoncha por la obesidad adquirida con los años y aquella mujer encaramada así en su burro, no parecía criatura humana, sino una mole, un turbion, una tempestad ó un demonio.

Ella en Matanzas no había hecho más que proporcionar á los rusos ocasión para que se divirtieran á costa de la reputación de sus hijas y dar margen en las tertulias á que todo el mundo se riera de sus sandeces, y sobre todo, de sus «humos», por querer subir á donde nunca podía llegar.





XL

Don Antonio continúa la historia de sus nuevos amores y habla de un suceso muy triste y de las inconveniencias de una suegra.

DIRÉ ahora algo de la pobre Mercedes, que tan disgustada quedó en el cafetal de Antonieta, á causa de mi ausencia, según supe más tarde.

Después que dejé aquella mansión del amor, donde apuré los goces que me ofrecían los tan risueños campos que nunca olvidaré, parece que un manto de tristeza se tendió sobre aquella casa antes alegre, tan llena de animación y vida; cesaron completamente las excursiones por mar y por el río y los paseos por la playa. Hasta el mismo Manuel García abandonó aquellos lugares y ya ni una copla siquiera se le oía cantar á *Martín el Ruiseñor*. Todo estaba allí triste...

—Yo no puedo estar más tiempo aquí—le dijo Mercedes un dia á Antonieta, que se hallaba sola en su cuarto.

—Y por qué es eso? Qué te falta?—le contestó la señora.

—Si he de ser franca, debo decir que ignoro lo que tengo: pero si ésta melancolía me sigue, no sé qué haré.

—No seas tonta; procura no pensar en Gonzalga y hazte cargo de que semejante hombre no existe. Estoy segura que él no se acuerda de tí, y debes pagarle con la misma moneda. Hazlo así; no seas tonta y créeme.

—¡Si no puedo, señora; si es una idea fija que tengo desde que por primera vez le ví.



Y diciendo ésto prorrumpió en llanto y se arrodilló apoyando su cabeza en el regazo de Antonieta que estaba sentada en su butaca medio oculta tras una lujosa cortina.

—Esas son niñadas; cosas propias de la edad. Como eres tan joven, no tienes mundo. ¡Animarse... animarse. Desechar penas para poder vivir.

—Vivir así no puedo, Antonieta. Deseo morirme.

—Pero niña, como te ha venido ese amor tan fuerte? Eso se deja para las que han llevado relaciones de muchos años: pero tú, que apenas le conoces desde hace tres meses?

—Sea como fuere, Antonieta; yo le quiero más que á mi vida, y ésto no lo puedo remediar. Yo hasta una promesa he hecho á la Virgen santísima con tal que le olvide.

—Pero dime, Mercedes, estás tú conforme con que él no se acuerde de tí? Qué te olvide también?

En ésto levantó repentinamente su cabeza y dijo:—qué he de estarlo? Pues no faltaba más! No, no estoy conforme.

—Niña, es necesario irse acostumbrando á los desengaños. Los hombres si conocen que nos morimos por ellos, se hacen más remisos y no corresponden á nuestros desvelos y á nuestro cariño. Al contrario, si ven en nosotras indiferencia y desvío, entences se afanan por ganar nuestro corazón y triunfar en la lucha. Es bueno saber tratarlos...

—¡Ay, y qué ingrato...! Yo que daría mi propia vida por él, ni me ha escrito. Por más que le encargué no se olvidara... no me ha puesto dos letras.

—-Pero si él tiene otro capricho, hija mía; si otra es la dueña de su pensamiento, por qué te afanas en querer poner un dique al corazón que se desborda de amor por otra mujer? ¡Mercedes... para qué es la razón, Mercedes!

—Pues no quiero que ame á otra: no quiero...

Y así exclamó ella con una gran fuerza de voluntad, con un infantil empeño, trastornada, demudada y casi rompiendo de nuevo á llorar.

La familia del Brigadier supo en la Habana la violenta pasión que se había apoderado de Mercedes, y entonces mandaron á buscar á las dos hermanas.

—Antonieta quedó, pues, sola en el cafetal y allá, en las horas silenciosas de la noche, cuando reposa sobre la almohada la creadora frente y vagan por ella incesantemente los pensamientos más raros, los recuerdos, las ilusiones queridas, sin poder el

sueño cerrar nuestros párpados ¿quién puede saber todo lo que venía á la mente de aquella mujer, que tanto gozara en nuestra compañía, cuando á la luz de la luna íbamos por el río ó por la mar sin oir ella otro ruido que el de los remos, ni otros ecos que los de la poesía, en que se hallaba sumergida su alma?

Mas dejemos esos misterios del corazón, que verdaderamente existen, pero que nunca son conocidos de nadie, sino de uno mismo: de aquel que sabe sentir! Esos misterios son sagrados é inviolables: son secretos que no tienen resonancia en la tierra: pertenecen al mundo del alma. Revelarlos, es cometer una profanación inaudita.

Pasaban los días, las semanas, los meses y Antonieta no sabía nada de su marido y como éste había dejado cerrado su despacho, fué necesario llamar un carpintero á la casa para poder abrir la puerta y buscar la llave de la caja de hierro donde él guardaba algunas cantidades.

Al fin se encontró todo lo que se buscaba; pero no aparecía don Fermín y trascurrido mucho tiempo, llegó á sospechar la señora que á su esposo lo habían asesinado.

Antonieta, luego que llegó del cafetal, fué á visitar á Mercedes y le dió mucha lástima al verla. El trastorno que en tan poco tiempo había sufrido la joven, á causa de los amores no correspondidos, era muy grande. Apenas hablaba: siempre ensimismada y distraída, revelaba desde luego que en su interior luchaba una fuerte pasión de ánimo con una idea fija. Ella indicaba en ocasiones á sus más íntimas amigas que así no podía vivir y que iba á tomar una resolución... extraña.

Cuando el corazón de la mujer, terriblemente enamorado no

se halla correspondido; cuando su amor propio se ve herido por un fatal desengaño; como en ella hay generalmente gran entusiasmo y en el amor es extremada, por que la mujer tiene más fuego, se exalta más, es más vehemente que el hombre, resulta que corre siempre su existencia un gran peligro.

¡Ah, cuantas jóvenes no sucumben al mal de la tísis, cuyo origen ha sido el amor! Cuantas también no atentan contra su propia vida por la misma causa!

En la casa del Brigadier todos estaban preocupados con el estado de la niña, pues ésta cada dia empeoraba y exigía más cuidados su mal.

Una noche tuvo una crísis espantosa: mandaron precipitadamente por el médico; pero... quien lo pensara? ¡Cuando aquel llegó, se hallaba Mercedes tendida en el suelo, al pié de su cama, vestida de blanca gasa: *muerta!* La infeliz se había envenenado.

—¡Yo tenía la culpa; yo era la causa de tal desgracia: por mí se había cometido semejante atentado—exclamó con tristeza Gonzalga.—Sí...; por mí!

Y se quedó meditando...

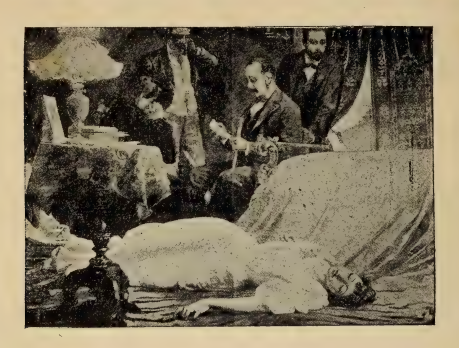
Luego, pasado un gran rato, dijo:

Ella había escrito una carta declarando la causa que la determinó al suicidio; así pues, se dió parte al juzgado y fué inmediatamente la justicia á instruir las correspondientes diligencias, empezando el juez por leer la referida epístola.

Aquello fué un acontecimiento tan terrible é imprevisto para el Brigadier, que éste al poco tiempo murió de pena.

Allí, en el aposento, se hallaba la suicida, luego á un extre-

mo la hermana de Mercedes cruzadas las manos, llorando sin consuelo junto á un velador. Al lado de ella su padre; después



sentado el juez leyendo, y por detrás de éste en pié, un individuo de la Curia.

El cadáver estaba allí: una pena profunda se hallaba retratada en el rostro de la muerta.

Ese fué uno de tantos dramas que se desarrollan en la vida.

El amor que traidoramente se insinúa bajo agradable aspecto, es de las pasiones que más estragos hace.

Y la verdad es que, mientras el mundo sea mundo, pasará lo mismo: los hombres, y sus congéneres las hijas de Eva, ni se corrigen ni se enmiendan en este Valle de lágrimas.

Aquella misma noche se corrió en la Habana con la rapidez de la electricidad, la noticia de tal suceso y todas las familias amigas de la casa fueron á acompañar el cadáver.

Llevaron á la última morada á la infeliz suicida, con gran

pompa y con un escogido acompañamiento, y cada vez que sonaban las campanas, venían á mis oidos aquellos dobles á destrozar mi corazón afligido con tristes recuerdos.

Mientras acontecía lo que acabo de relatar, doña Luz no cesaba de perseguir á su yerno para que me presentara como amigo en la casa, con el fin de ver si me enamoraba de Altagracia y me atrapaban algún día. Conseguir un novio y casar pronto á su hija era su eterna pesadilla, su más ardiente deseo.

También Beatriz tenía una idea fija, constante: ella siempre pensaba en tener un niño; y su mamá la secundaba en tal pensamiento, pero no el ingeniero. Por eso doña Luz decía á cada paso:

—Yo no sé *casualmente* qué casta de hombre es este que tanto se le pasea el alma por el cuerpo; que no tiene iniciativa, ni viveza, ni nada hace por la familia y que no parece sino un *guanajo.*

—Pero qué quiere usted que yo haga, señora? le dijo su yerno un día.

—Cómo, qué es lo que quiero? Para qué te casaste? Trabajar por la familia y colocar á tu cuñada. ¿Crees tú *casualmente* que va ella á quedarse para vestir santos? Pues no lo pienses. ¿No es muchacha de mérito... y si me apuras de más mérito que tú?

—No digo que deje de valer mucho; pero yo ¿qué puedo hacer ni qué pito puedo tocar en eso de matrimonios? Si no se presenta novio que tenga paciencia; mía no es la culpa; algún día se presentará. No habrá sido por falta de usted buscarlos.

—¡Hola, con que también *casualmente* me echas en cara

que estoy buscando novios? Pues es lo que faltaba! Si yo no lo hiciera, bonitos estaríamos. Si esperara por tí, de seguro que habría de llevar *casualmente* la muchacha á la tierra su coronita... y mira que te digo que yo no estoy para esos tafetanes. Es necesario, pues, hacer fuerza de vela. Entiendes? Estamos...? Es preciso trabajarlo.

—Yo no entiendo de esos belenes, señora. Yo no he nacido para esas cosas.

—Ciertamente: ya sé que tú no has nacido para nada. En todo eres un papanatas. ¡Ay, Dios mío... por qué me habré hecho *casualmente* con este hombre?

—Pero señora ¿qué cantinela es esa que tiene usted conmigo todos los días? Por qué ese *dimes y diretes* que no viene á cuento? Me opongo yo á qué usted busque novio para Altagracia?

—Y cómo te habías de oponer? Pues no faltaba otra cosa... Yo lo que veo es que *casualmente* vas levantando el pescuezo más de la cuenta en esta casa. Y aquí mando yo: cuidadito con eso...!

La disputa iba tomando incremento, y hubiera tenido un fatal desenlace, si no se presenta Beatriz y pone término á aquel alboroto con muy buenas palabras.

La suegra y el yerno se aplacaron al fin, pero como doña Luz no podía permanecer tranquila mucho tiempo sin armar jarana, á los tres días volvió á emprenderla con el bueno de don Ambrosio.

Se hallaban almorzando y sucede que se le ocurrió á Bermúdez decir que, la vecina de enfrente, en cuya casa había un jar-

dín tenía en venta todos sus muebles porque se marchaba pronto para Francia.

—Y qué es lo qué vende?—preguntó la señora.

—Dicen que un sofá muy bueno, todas las sillas de la sala, una mesa de comedor y una cuna.

—¡Ah, la cuna, la cuna... Comprar la cuna!

—¡Quien, yo?—dijo don Ambrosio.

—Por supuesto, tú. Quien ha de comprarla?

—Y yo para que la quiero, señora?

—Como para qué la quiéres? Este hombre es un bobalicón. Vaya una pregunta que hace! No me has oído decir varias veces que soy amiga de niños?

—Pues téngalos usted: lo que es á mí ninguna falta me hacen. Téngalos usted.

—¿Yo, hijo... ¿estás loco? Lo que es la cuna no te escapas sin comprarla. Mira qué te lo digo! Mira que es preciso...

—¡Ay, lo que Dios quiera, mamá...—exclamó Beatriz volviendo sus ojos al cielo y suspirando—lo que Dios quiera!

—No lo que quiera Dios... Vaya con lo que esta moza se sale!... ¿No sueñas tú á menudo con tener un niño? Pues la cuna?...

—Pero, señora, para que tanta precipitación? Para qué tratar de tener cuna sin haber niño antes?—dijo don Ambrosio.

—Siempre has de ser pánfilo. De tí *casualmente* nada bueno hay que esperar—replicó colérica doña Luz—y se marchó murmurando entre dientes: este hombre no sirve... No sirve para nada...!!

Era una guerra civil lo que había en la casa con Bermúdez

y su suegra: si él decia *blanco,* aseguraba doña Luz lo contrario, afirmaba que era *negro,* y se encolerizaba y salían por aquella boca sapos y culebras. En fin, que el *cachifollado* venía á ser siempre el pobre don Ambrosio.

La viuda del oficial de carabineros era muy mal criada, provocativa y testaruda y cuando se le ponía en mientes hacer una cosa, no descansaba hasta no lograrlo. Como se había empeñado en tener una cuna para los niños que nacieran en la casa, se fué sin decir nada á nadie á comprarla, á la vecina de enfrente, para arrullar al primer nietecito que viniera al mundo y le encargó á la señora que le pasara la cuenta á su yerno. Por lo tanto, llamó á un mulato que vió por aquellos alrededores y car-



gó con dicho mueble para la casa, caminando muy determinada delante del moreno.

Cuando el Ingeniero llegó de la oficina, se encuentra en su alcoba la cuna: se sonrió de la ocurrencia de la suegra, y pagó la cuenta. Pero pasó tiempo... mucho tiempo y todos los días contemplába doña Luz aquel mueble decorativo, siempre vacío en un rincón del aposento; mueble comprado para tormento eterno de don Ambrosio, que no cesaba de estar oyendo indirectas é inconveniencias á cada paso, acerca de la cuna y del niño, y concluía aquella mujer por decirle que era un bobalicón. y que no servía para nada, pues nada hacía por la familia y ni aun le había conseguido un novio á Altagracia.

Como doña Luz le tenía tan atormentado con tantas exigencias y caprichos ridículos, determinó separarse y vivir lejos de ella; pero Beatriz se opuso enérgicamente y siguió siendo don Ambrosio en la casa el blanco de las impertinencias de su suegra.



XLI

Don Prudencio cumple su palabra, pero cae en el garlito

Era don Prudencio un portento de avaricia y de miseria: vivía solo y él mismo cocinaba para no tener criados en la casa.

El día que se comprometió con Luis García á llevarle la libreta, que tenía para expedir los *cheques* al banco, á fin de que la viera y tomara idea para el dinero que aquel quería depositar, efectuó lo prometido, cumplió al pie de la letra su palabra. Pero el hijo de *Cabeza de Perro* le tenía muchas ganas; así es que le esperaba en su despacho con impaciencia: él no veía la hora de ver asomar por la puerta la descomunal nariz de don Prudencio.

Llegó al fin el «Pobrecito» y Luis le recibió con mucha amabilidad. Lo primero que hizo fué entregarle como regalo un papelón lleno de colillas que tenía sobre una silla en su despacho. Don Prudencio se lo agradeció extraordinariamente y le dijo:—

no sabes tú bien el trabajo que me da esta industria, Luis. No, no lo sabes.

—¡Ya, pero también le saca usted un lucro muy crecido.

—¡Ca! los negocios hoy están muy mal, hijo. Ya no es como en otro tiempo, cuando había muchas monjas y muchos frailes y estaba más arraigado el vicio. Hoy, quien es el que gasta un polvo? Muchos dan por disculpa que han dejado la costumbre de gastar, porque se les ensucian los dedos, como si al fumar cigarrillos no les resultara otro tanto ó peor. Pero en fin, así vamos viviendo: los canónigos son los que dejan algún cuarto.

—Pero hablando de todo un poquito, don Prudencio, dígame ¿qué banco cree usted más seguro, menos expuesto á quiebra?

—Todos son buenos, Luis; pero yo tengo mi dinero, es decir, la mayor parte de mi caudal en éste establecimiento,—dijo dando una palmadita sobre la libreta que había prometido traer para que Luis la viera y que tenía su rótulo con el nombre del banco.

—¡Ah, esto es lo que usted dice?

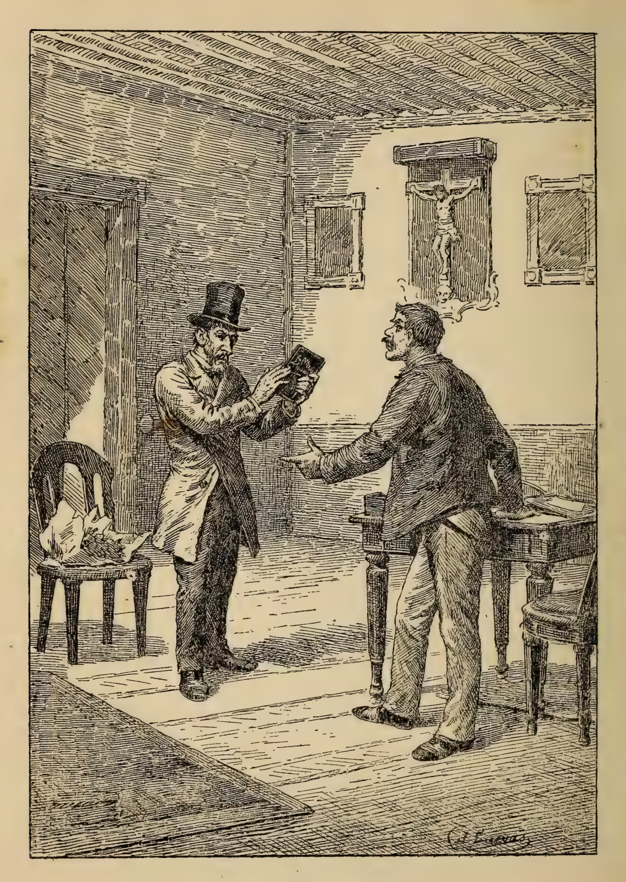
—¡Sí; esta es la libreta para expedir los *cheques* de que te he hablado: así son ellas—y la volvió á guardar, después de haberle estado explicando minuciosamente las operaciones necesarias que se debían practicar para sacar el dinero.

Cuando Luis por sus propios ojos vió y se convenció de que don Prudencio tenía en su bolsillo la llave, digámoslo así, para extraer del banco sus caudales, le dijo:

—Don Prudencio, vuelva usted á enseñarme esa cartera.

—Mírala bien, Luis, replicó el viejo sacándola.

—¡Ah, esto es lo que usted dice—exclamó de nuevo.



—¡Ah, esto es lo que usted dice?

—Don Prudencio: hoy va usted á ver un trabajo, que se ha hecho en el salón de la Muerte, dispuesto por don Fermín antes de marcharse á Lima: es de un mérito grande: ya usted lo verá...

—Bueno; lo veremos, Luis; pero á propósito, sabes tú que me está llamando mucho la atención esa tardanza tan grande de don Fermín? Qué demonio de viaje es el que ese hombre ha hecho, que á nadie ha escrito? Y cuidado que hace falta para nuestros mismos negocios; porque dejémonos de broma; la cosa no marcha como antes, cuando se hallaba él aquí. Tu sabes que don Fermín ha nacido para lo que está ó para lo que estaba..... pues no sabemos si es muerto ó vivo.

—Debe ser vivo, don Prudencio, porque los santos son como Dios; ellos nunca mueren—dijo sonriendo.

—Sí; ya sé que es un santo: bastantes golpes de pecho le he visto darse ante el Señor Crucificado.

—*Y ante la Magdalena arrepentida...*—añadió riendo el hijo de *Cabeza de Perro.* Y lo dijo con cierto *retintín.*

—¡Oh, valgan verdades: nunca le ví postrado ante ninguna Magdalena. El será ó habrá sido lo que se quiera; pero en materia de enaguas...

—¿Qué, no le habrá sido nunca infiel á su mujer?—le interrumpió Luis.

—Yo creo que doña Antonieta en ese particular no ha tenido jamás motivos de queja de su marido.

—Pues como todo se sabe en esta vida, yo he oído susurrar que la señora tuvo en un tiempo celos de una criada de su misma casa... Pero sea como fuere, amigo don Prudencio, allá que se las haya. Vamos nosotros á ver nuestra obra para que

usted comprenda el talento de este *caletre*, las ideas que germinan en este magín—dijo Luis dándose una palmadita en la frente y sonriendo de un modo extraño.

—Sí; vamos... vamos allá. Vamos á ver eso.

—He dicho de este caletre, porque todo no se le debe á don Fermín: yo también he puesto algo de mi parte.

Bajaron al salón de la muerte ambos criminales, y al entrar don Prudencio en el sótano, no pudo menos la niña Carlota al verle, que lanzar involuntariamente un profundo suspiro. Al reconocer ella en aquel hombre al que le había privado para siempre de su querida mamá, á quien tan presente tenía noche y día, desde que se hallaba allí, se puso pálido y como fuera de sí y quiso gritar; pero se contuvo.

Don Prudencio luego que entró, no pudo distinguir á Carlotita ni á Pablo, porque sus ojos acostumbrados á la claridad del día, veían allí todo como si fuera de noche; los objetos aparecían como bultos en aquel salón tan oscuro, alumbrado por una débil lámpara. Así que la vista se fué acostumbrando poco á poco y distinguiendo lo que había en el sótano, se acercó don Prudencio á Carlotita y le dijo:

—¡Hola, como ha crecido esta guapa...! Aquí tienes para entretener tus ocios con el tiempo, Luis—Por qué no te casas con ella? Es linda!

—Y sí que me casaré; ya veremos! Lo que yo positivamente sé ahora, es que vamos á cazarte á tí, viejo avaro.

Y dándole al mismo tiempo un fuerte empellón, contra una puerta medio entornada que comunicaba con el cuarto, donde habían abierto el ventanillo con rejas de hierro, cayó dentro de

aquel calabozo destinado á que purgara allí sus culpas. Luis cerró inmediatamente la puerta con una gran llave y quedó prisionero el «Pobrecito», que no cesaba de gritar para que le abrieran.

—Sí; grita, viejo inmundo; grita, que te van á oir los demonios del mismo infierno; grita, que allá te esperan. Ya verás lo que es bueno... Ya verás!

Y Luis hablándole así, se reía á carcajadas y le hacía muecas.

Debo hacer presente aquí que en sus ratos de ocio se había entretenido siempre el hijo de *Cabeza de Perro* en leer las novelas, entonces muy en boga, de Eugenio Sue y de Alejandro Dumas y precisamente en aquellos días, había llegado á sus manos la titulada *Monte Cristo*, recientemente publicada en París. Desde que la leyó, le vino á las mientes hacer con don Prudencio todo lo que con Danglars había hecho el bandido Luis Vampa; así es que puso en práctica esa original concepción del inmortal Dumas. Lo efectuó casi al pie de la letra, haciendo que al fin muriera de hambre tan inmundo avaro. Este, luego que fué encerrado, dió desesperadamente fuertes alaridos y agarró furioso las rejas para arrancarlas; pero en vano. Era lo mismo que si intentara escalar el cielo. Todo estaba de antemano perfectamente combinado para que muriera allí semejante bribón olvidado del mundo.

El negro Pablo y Carlota, que deseaban vivamente saber el objeto á que iban á destinar aquel cuarto obscuro, con el marco de luz recientemente hecho, vieron satisfecha su curiosidad, y como ambos eran de corazón sumamente compasivo, de pronto se conmovieron al ver á don Prudencio encerrado allí, purgando sus innumerables delitos.

Don Prudencio pasó el día y la noche en un puro grito hasta que enronqueció. Pero todo en vano, porque nadie absolutamente podía oirle sino el negro Pablo y Carlota y también Luis, cuando bajaba alguna vez al sótano. El preso no tenía que comer ni que beber y muerto de hambre y de sed pedía desesperadamente agua y comida; pero ocioso era su ruego. Luis García había dado orden terminante de que no se le suministrara nada, sin su consentimiento. Don Prudencio estaba, pues, sentenciado á muerte y nadie osaba faltar á tal mandato.

Al siguiente dia por la tarde, empezó de nuevo el preso á pedir de comer y como había gritado mucho, tenía la boca muy seca y quería água de un cántaro que estaba viendo desde las rejas de su prisión. El depósito, que era de madera, se hallaba en mal estado y el agua se salía. Sus ojos miraban con sumo desconsuelo aquellas gotas que le parecían perlas cayendo á la tierra, y cuanto más las miraba, más ansia tenía de beber; pero su empeño era inútil; no había alma alguna que le diera una gota siquiera para humedecer sus ardientes labios y mitigar la sed que le devoraba, que le consumía de modo tan cruel.

Al oscurecer bajó el hijo de *Cabeza de Perro* al sótano y desde que don Prudencio le vió, le dijo:

—Por Dios, Luis; por lo que más quieres en este mundo; por la memoria de tu madre, dame algo que comer, dame que beber: pues me muero de sed y de hambre; tengo la boca como un esparto y no puedo vivir así.

Luis no le hacía caso; no le respondía ni le miraba siquiera.

En esto el negro, que había aprendido á cocinar perfectamente, empezó á preparar un compuesto de pollos que de inten-

to le ordenó Luis y el olor verdaderamente convidaba, incitaba á comer, esparciéndose por aquellos salones y entrándose tan agradablemente por las narices de don Prudencio, que le hacía abrir la boca un palmo.

Pablo se había extremado aquella vez como cocinero y los muertos animalitos parecía que gritaban, desde la cacerola, diciendo: *comedme... comedme...!*

El olorcillo aquel trascendía y venía de un modo inusitado á despertarle el apetito al más desganado. Don Prudencio no podía resistir el hambre y exclamaba á cada instante muy afligido:

—Luis, compadécete de mi, Luis. Dame por Dios, aunque sea un trocito, cualquier cosa, de esa ave, que Pablo está cocinando. Dame Luis... dame!

El hijo de *Cabeza de Perro* seguía en la misma actitud; no le hacía caso.

—¡Pero que hambre tengo, santo cielo... la sed me mata. ¡Ay, Dios mío!... Dios mío!... este es un suplicio bárbaro.

Se calló por algunos instantes y luego volvió á decir:

—Luis ¿por qué eres tan inhumano?—Yo te pago lo que quieras... aunque no me des más que un bocado y un poco de agua. ¿No hablas, Luis? Qué me dices?

Entonces el hijo de *Cabeza de Perro* se acercó á la reja y le dijo:—Mira, un muslo de pollos vale aquí cuarenta onzas de oro; dos te las doy en sesenta; pero junto con la rabadilla te las puedes comer por setenta y por un pollo entero con una libra de pan, tienes que pagar cien onzas. Ahora tu escogerás. Ahí hay *cheques* en tu bolsillo; aquí tinta y pluma y tu no tienes que ha-

cer más sino escribir y firmar; es decir, extender el cheque para el banco.

—¿Pero qué inquisición es esta, Dios mío! Esas cuarenta onzas que me pides es una barbaridad. Eso es exhorbitante: no puede ser!

—Pues deja; no las pagues: quédate así y no comas.

—¿Por qué no me das el pollo entero por las cuarenta?

—Es precio fijo: no regatees, avaro!

—Pues bien; pero me das también agua, toda la que yo quiera beber?

—Cada vaso de agua te cuesta veinte y cinco onzas. Ahí en el bolsillo tienes cheques; si quieres puedes escribir y así comerás y beberás.

—¡Ay madre mia! Cuánta crueldad! Pero... yo me muero, agua... agua!

—Escribe... escribe... si quieres beber...

—¿Pero cuánto dices que vale ese vaso de agua, por Dios...!

—Veinte y cinco onzas. Ya te lo he dicho.

—Dámelo... dámelo...!

—Pues escribe... escribe...

—Mira, Luis, dame el pollo y el agua y el pan y todo...

—Pues dame un cheque de ciento veinte y cinco onzas, y todo es tuyo.

Don Prudencio lanzó un hondo suspiro, firmó el cheque por la indicada cantidad, se vió correr una lágrima por su amarillenta mejilla y cenó aquella noche con la boca más amarga que la hiel.

—Ya sabes el precio de la comida que se da aquí, viejo ava-

ro. Es precio fijo: no vuelvas á regatear porque entonces será doble.

—¡Bien... bien... Comeré dinero.

—O come demonios.





XLII

Viaje de Sor Milagros y de don Antonio

Sor Milagros al fin se fué á California acompañada de otra hermana de la Caridad. El señor Obispo no estaba, pues, equivocado cuando aseguraba en la tertulia á que asistía, que aquella joven iba á dejar por algun tiempo la isla de Cuba para encaminarse á remotas tierras.

El pensamiento que la llevaba era practicar la caridad cristiana en aquella sociedad naciente, en la ciudad de San Francisco, en donde apenas, en la época á que me refiero, empezaban á dibujarse los primeros resplandores de la civilización. También tenía parte en su atrevido designio, que atrevido era por cierto, el firme propósito de ausentarse á tan lejanas tierras, la idea de que así no se vería perseguida constantemente por mí. Porque verdaderamente, yo era víctima de una pasión devoradora que podría ser para ambos de incalculables consecuencias;

por que según á veces creía yo, Milagros, si bien me rechazaba y no quería nunca verme á su lado, sentía sin embargo, afecto á mi persona y me tenía en su memoria y en su corazón.

Así que ella llegó á San Francisco, trabajó con maña y con constancia para que se establecieran varias imprentas, á fin de difundir en aquel país casi vírgen, la savia de la civilización y poder alcanzar por tal camino el triunfo de sus ideas benéficas y regeneradoras. Como poseía con perfección la lengua de Byron, ella misma escribía ingeniosos artículos bajo pseudónimos y al mismo tiempo iniciaba suscriciones importantes para crear asilos de beneficencia, donde tuvieran acogida los niños expósitos y los pobres de solemnidad.

Todos sus pensamientos eran grandes, sublimes, y los llevaba á la práctica por muy difíciles que á primera vista parecieran: todas sus resoluciones llevaban el sello del bien á la humanidad: ella no vivía sino para sus semejantes. Su vida la tenía consagrada á la caridad y al sacrificio.

Pero no sólo consiguió establecer imprentas y hospitales, sino que vió coronados sus esfuerzos en otro sentido; y tanto, que hasta su retrato figuró en algunas de las escuelas de primeras letras de las muchas que se crearon por su iniciativa.

Como Santa Teresa de Jesús, Milagros era docta, cristiana y resplandecía en sus escritos el amor, la poesía, la unción evangélica. Enjugar lágrimas, aliviar penas era su misión: hacer por que la humanidad llegara á su mayor perfectibilidad, era su idea fija: por ella trabajaba, por ella se sacrificaba y vencía siempre con su abnegación á toda prueba. Ella en fin luchaba por la civilización á brazo partido.

Un día, en que vi muchos *yankees* por las calles de la Habana, de paso para California, para ir á trabajar en las minas de oro, me entraron súbitos deseos de ir yo también á ejercitar mis fuerzas y poner callosas mis manos empuñando el azadón pues supe que Milagros estaba allí. Cuando yo en mi juventud, pensaba un poco una cosa y me venía el mismo pensamiento á la mente una vez más, lo que es á la tercera era siempre irrevocable mi designio y no había para mí quien se opusiera á mi resolución. Fuíme pues, á hablar á Mr. Ting, que tenía entonces su escritorio en una casa que hacía esquina frente á la plaza de Armas, comerciante oriundo del Norte-América y consignatario de los buques que hacían viaje á California y me dijo don Carlos que no había hueco para mí y que no podía ir de pasaje en aquella expedición.

—¿Y de marinero tampoco?—le pregunté.

—¡Oh, de paje de cámara sí—me contestó en inglés.



—Pues bien, cuente usted conmigo, que hoy mismo me embarcaré —le dije en el mismo idioma.

Escribió entonces don *Carlos Ting* mi nombre en un gran libro y cerré mis ojos para no ver más que el camino que me conducía á mi idea fija.

Me embarqué al fin en un buque, cuyo nombre no recuerdo, lleno hasta los topes de hombres de caras patibularias, y me resigné á seguir la suerte que en mi camino de aventuras me deparara Dios. El olor pestífero de la brea y del alquitrán, el ambiente mal sano que se respiraba en aquellas cámaras con tanta gente de «hilo gordo», no me dejaba vivir y yo las más de las noches tuve á bien irme á dormir á las cofas para respirar el aire libre del mar.

Allí, en aquella altura, oyendo el ruido de las olas, mecido por ellas mismas, mirando solitario allá, en el ocaso, los últimos resplandores de la luna ó bien en el oriente los albores de la mañana, yo pensaba involuntariamente en Dios, en la magnificencia de su poder, en su grandeza infinita y oraba en mi interior, en mi corazón, reverenciando el cuadro que se presentaba ante mis ojos tan misterioso como sublime.

Nada... nada tan hermoso é imponente como la inmensidad de los mares para contemplar las maravillas del cielo salpicado de estrellas, en el silencio de la noche. La noche cubierta con su negro manto ó alumbrada por los astros, que son los faros que señalan el camino de la Eternidad, predispone á la contemplación y al recogimiento y yo, desde la cofa del buque, no hacía en mis horas de vigilia sino pensar en lo que puede haber más allá de las nubes, donde no penetra la mirada ni alcanza jamás el pensamiento. ¡Qué pequeño es el hombre, me decía: él es débil gusano en la tierra para poder apreciar, para poder adivinar lo que hay de cierto en ese *más allá...!*

Que existe un Dios grande, eterno, sublime, no tiene duda... y ¿después...?

Pero calle mi labio—me decía luego,—calle... que soy mucho menos que un microbio en la tierra para abordar tantos arcanos y llegar á tamaña altura, á tanta majestad, á tanta grandeza. Así es que no proseguía, pero me quedaba repitiendo: y después...?

Yo dudaba...!

Entré en San Francisco de California y lo primero que hice fué dedicarme á buscar á Sor Milagros. Entonces aquella población era muy corta y no me fué difícil tener conocimiento de la vida de semejante mujer. Hoy se ha hecho aquella ciudad diez veces mayor y es el emporio del comercio y de la riqueza del nuevo mundo.

Cruzado aquel gran territorio de ferrocarriles con todos los adelantos de la época, con un tejido de alambres telegráficos, con el teléfono, con la luz eléctrica; San Francisco de California es hoy una ciudad modelo. Magníficos teatros y cafés, paseos de primer orden con gran alumbrado, edificios suntuosos, soberbios hospitales, casas riquísimas de comercio, almacenes perfectamente surtidos, el gusto más refinado por todas partes, hacen hoy de dicha ciudad la población más hermosa de América. Y no hay duda que Sor Milagros contribuyó mucho con su constancia, con su ilustración y con su iniciativa, al desarrollo de su prosperidad.

Al fin entré en una sociedad minera para buscar oro. Los primeros días; ó mejor dicho, las primeras semanas sufrí extraordinariamente con las faenas ó tareas tan rudas que yo mismo me imponía, en las que el sol curtió mi cutiz y se llenaron de callos mis manos. He ahí el motivo de mi aparente rusticidad. Cualquiera que estreche por primera vez mi diestra, ha de extrañar

mucho en un hombre de mis circunstancias, estos callos que tanto revelan el haber empuñado el azadón muchas veces para el trabajo material y rudo; es decir, para remover la tierra y los escombros; en una palabra, para *cavar*.

Aunque muchas veces corrió en abundancia el sudor por mi frente, la fortuna no me fué propicia y no conseguí en California sino gastar el tiempo que dejó una huella indeleble en mi rostro y en mis manos. Que diferencia en mi físico, Dios mio! Cuanto varió allí en tan pocos años mi cuerpo, aunque no mi alma!

Un domingo, después de haber estado muchos días buscando á Sor Milagros por todas partes, me la encuentro en una iglesia católica sentada en un banco rezando. Al entrar yo en el templo no la conocí, á consecuencia de la oscuridad que allí reinaba; más luego mi vista se fué acostumbrando á la poca luz de aquellas naves y me acerqué á ella. Al levantar Milagros sus grandes y rasgados ojos hácia mí, vi que se me quedó mirando indecisa, como queriendo reconocerme y al mismo tiempo dudando. ¡Oh, yo estaba muy desfigurado, completamente trastornado con los rayos del sol, con el trabajo tan rudo y con las nuevas costumbres adquiridas: hasta el vestido que llevaba me daba un aire muy poco agradable. Yo estaba hecho un campesino, casi un peón de azada. Por lo tanto, pasó mucho rato para ella conocerme, para saber que yo era Gonzalga, su constante perseguidor, la sombra de toda su vida.

Me senté á su lado y ella entonces no hizo más que levantar sus ojos al cielo, como si le pidiera resignación á Dios.

—Milagros!—le dije—aqui estoy yo...

Nada me contestó. Recuerdo que en aquel momento no mira-

ba sino al suelo y que su mano empuñó sobre su pecho el mismo objeto que apretó maquinalmente entre sus dedos un día ¿Sería la medalla que junto al lecho le dió su misma madre al morir?

—Milagros!—le volvi á decir;—este viaje mío desde tan lejos ¿por quien ha sido? Quien lo ha motivado? Qué he hecho yo para que no se tenga en cuenta mis sacrificios?

—¡Dios mio: habla de sacrificios!—-murmuró.

—Pero bien, este delirio constante, ésta locura...

—Gonzalga—me replicó interrumpiéndome,—si yo soy la causa de esa locura y de esos delirios, ¿no conoce usted que esa persecución tan constante es también para mi un sacrificio? No sabe usted que entre ambos... Iba á hablar... pero retuvo la palabra.

Y Milagros se levantó de repente y se marchó ligera como la garza sin esperar á nada y al fin desapareció, sin volver yo á encontrarla nunca en la ciudad de San Francisco.

Seguí trabajando mucho tiempo más en las minas; pero siempre la fortuna me fué adversa. Ya cansado de la vida, sin saber que hacer y sin dinero para retornar á la Habana, determiné hacerme maestro de escuela y dar también clase de español á las personas que deseaban tener profesor de dicho idioma en la casa. En esta nueva ocupación no me fué muy mal, pues ganaba lo suficiente para vivir con la decencia que me correspondía. ¡Oh, era mucho mejor que estar trabajando en las minas, que no daban lo que yo buscaba.

Pasé así dos años viendo aumentarse prodigiosamente la ciudad y viendo también progresar á muchos de mis compañeros; pero ¡ay, la suerte no estaba para mi. Mientras otros, al poco

tiempo de estar cavando en las minas, se habían enriquecido, yo no conseguí sino embastecerme y encallecer para siempre mis manos. Tocadlas... aquí están, tocadlas...!

Y Gonzalga después de enseñarme sus callosas manos, cuya huella del trabajo material y rudo, había llamado mi atención la primera vez que le vi allí en París, despertando en mí una gran curiosidad, guardó silencio por un rato, como queriendo recordar los más minuciosos particulares de un hecho importantísimo de su borrascosa vida.

Después continuando su relación, dijo:—pude al fin conseguir marcharme á la Habana en clase de marinero. Cuando mis antiguos amigos me vieron, no me conocieron, pues había variado enteramente en mi físico, aunque no en mi carácter. Yo, más bien para mejorar de suerte que por amor á la libertad, me lancé de nuevo á la política y entré en varias conspiraciones que tuvieron muy malos resultados.

Entonces conocí y traté mucho á Juan Clemente Zenea, quien mas tarde murió fusilado, quizás inocente de lo que se le atribuía pues la opinión pública le favorece y le ensalza. Inspirado poeta, era de fogosa imaginación y dulce en sus cantos. De carácter bondadoso y corazón sensible, era consecuente en la amistad, y recuerdo que verdaderamente me entusiasmaba cuando oía de sus labios improvisadas estrofas á la libertad ó ensalzaba á las hijas de Cuba en sus elejías ó se despedía, en la prisión, de su familia rebozando sus trovas sentimiento, ternura, inspiración, ¡Oh, era el poeta que más me hablaba al alma.

Me mezclé, pues, en furibundas conspiraciones, y al fin me cogieron *in fraganti* y me pusieron en capilla.

Cuando esto aconteció, hacía más de dos años que me hallaba en la Habana, después de haber dejado á California.

Pero señor ¿cómo se ha ido el tiempo!—exclamó al fin don Antonio Gonzalga al mirar la hora y entonces nos marchamos al hotel de doña Carlota. Recuerdo que entrando en mi gabinete dió la una en el reloj que se hallaba colgado junto á la sala.





XLIII

Los últimos días de un criminal

Al siguiente dia nos dirigimos al mismo sitio del bosque de Boulogne y don Antonio continuando su relato, dijo así:

Ya he manifestado que don Prudencio había sido encerrado por Luis en un obscuro calabozo, cuyo ventanillo ó marco de luz daba al salón de la Muerte. Pues bien: allí iba á morir el criminal de una manera horrible, torturado su metalizado corazón por su mismo vicio, la *avaricia*. Por lo tanto, poco á poco le fué sacando el hijo de *Cabeza de Perro* al *Pobrecito*, el dinero que tenía en el banco en clase de depósito; pues cuando el hambre acosaba mucho al prisionero, éste pedía con gran humildad algo que comer y cuando tenía sed, hasta se ponía de rodillas y rogaba por Dios y los santos que le dieran aunque fuera una gota de agua para humedecer

sus labios. Pero nunca... nunca se accedía á ninguna de sus pretensiones, sino después de haber extendido el preso en el *cheque* el importe exagerado de lo que se le suministraba.

El se resistía siempre á arrancar hojas de su libreta porque no quería mermar las cantidades que tenía en depósito en el banco.

—¡Pues bien—le decía Luis—si no quieres gastar mucho es necesario que comas y que bebas menos. Tú harás lo que quieras.

Y él no tenía más remedio que callar y conformarse con su suerte.

Carlotita le dijo un dia, al estar durmiendo el negro Pablo, hallándose por consiguiente los dos solos:

—¿Por qué mé trajo usted aquí, don Prudencio? Por qué me arrancó de los brazos de mi madre, para venir á tener esta vida, que no es sino la misma muerte? ¿Porqué...? Qué daño había hecho yo? Qué fué lo que le impulsó á usted á cometer semejante crímen?

—Hijita,—le contestó el viejo por entre las rejas de su prisión,—mira; yo no te tenía mala voluntad, pues ni te conocía; pero me veía obligado á obedecer órdenes superiores. Yo era un instrumento de que don Fermín se valía para sus criminales intentos.

—¡Ah, don Fermín... don Fermín—dijo la joven—ese hombre ya no existe. ¿Quiére usted saber donde está, pero sin decírselo á nadie?

—El, según he oído, se fué para Lima,—contestó don Prudencio.

—Sí; no está mala la lima.

—Pues donda está, Carlotita?

—Aquí, en un nicho... dentro de esta pared.

—¡Jesús, María y José—exclamó don Prudencio santiguándose y luego aterrorizado dijo: ¿es eso verdad? ¿A mí me irán á hacer lo mismo? Me emparedarán también? Moriré dentro de un nicho?...

—No—le contestó la joven—usted no va á morir sino de hambre.

—¡Ay, de hambre, Dios mío... de hambre! Como lo sabes, hija?

—Porque Luis lo ha dicho aquí varias veces.

Don Prudencio al oir hablar así á Carlota, empezó á temblar y la niña le dijo:—de hambre morirá usted sin remedio; pero todavía le queda mucho tiempo de vida, porque mientras haya dinero en el Banco para comprar comida y poder beber agua, ya usted ve...

—Que sacrificio, Dios santo! Tener que dar tanto dinero para alimentarme tan mezquinamente y luego quedarme sin un cuarto para después... morir!—Así decía don Prudencio, con sus manos cruzadas, levantados sus ojos al cielo, con semblante sumamente triste.

—¡Y qué sacrificio—exclamó la joven á su vez,—tener que permanecer tanto tiempo aquí viendo semejantes iniquidades y todo por causa de usted, don Prudencio; por haberme arrebatado al cariño de mi madre, á los cuidados de mi familia! Hoy hace precisamente ocho años que usted me robó; ó mejor dicho, que me engañó aquella maldita vieja. Quién era aquella mujer á quien tantas limosnas le habíamos hecho en casa?

—¿Cómo limosnas, hija! A mi hermana limosnas? Pues qué, era ella acaso pordiosera?

—¿Pero era hermana de usted la que me robó; la que todas las semanas iba una ó dos noches á casa á que la socorrieran? Esa bribona es hermana de usted, don Prudencio?

—Mi hermana se llama Luz: la que te trajo al coche era ella; pero yo no sabía, sino ahora que tú me lo dices, que pidiera limosna disfrazada de pordiosera. A mí si me chocaba que viviera tan holgadamente, sin tener bienes de fortuna; pero en fin, me decía yo, «son secretos de la vida. Cada hombre, lo mismo que cada mujer, es un mundo y un misterio.»

—Secretos de la vida!... En efecto, secreto es el permanecer yo aquí encerrada sin haber hecho nunca mal á nadie ni tener culpa de lo que haya podido hacer mi madre ó cualquiera persona de mi familia... Secreto de la vida, es estar usted aquí encerrado para morir de hambre, y secreto de la vida es haber sido emparedado don Fermín sin nadie, fuera de este local, saber su paradero.

—Aquí, que ninguno nos está oyendo—dijo entonces don Prudencio en voz muy baja,—te voy á confiar un secreto, Carlota.—Cuando Narciso López fué ajusticiado...

—Quién es ese Narciso López?—le interrumpió la joven.

—Tú no entiendes nada de lo que te podría decir; porque ¡qué entiendes tú de política? Pero en fin, te diré que Narciso López fué un militar muy valiente que se afilió al partido que llaman aquí «Cuba libre» y ese General fué cogido en fragrante delito y se dice que la conspiración fué descubierta por causa de tu madre.

—¡De mi madre, don Prudencio ¿será posible?

—Sí; no te quede duda. Tu madre le dijo al Capitán General todo lo que iba á suceder. Por causa de eso estás tu aquí.

—¡Ay, Dios mio, y yo qué culpa tengo...?

—Pues esas son las cosas del mundo, Carlota. Son misterios incomprensibles que sólo Dios los sabe.

—Yo lo que sabía es que el cielo castiga siempre las malas acciones con más ó menos rigor, según el grado de ellas; pero la inocencia...

—No me hables de inocencia, Carlota, que bien inocente estoy yo y ya ves que me hallo aquí.

—¡Oh, qué diferencia!—Una niña que no hacía más que jugar con las muñecas y halagar y besar á su mamá; una niña que apenas había venido á la vida; que no tenía tiempo aun de haber sido mala... de cometer ni siquiera la más pequeña falta... ¡Por Dios, don Prudencio, no compare usted una cosa con la otra. Usted verdaderamente ha sido criminal.

—Sí; tienes razón; pero ¿qué quieres? El destino que lo determina así, por algo será. El que ha venido al mundo bajo cierta influencia, no tiene más remedio que obrar según los impulsos de su corazón... según ha nacido... según es...

—Pues eso es lo que yo deseo saber. Que el delincuente sea castigado, perfectamente; pero el inocente, el que nada malo ha hecho...

En esto se presenta el negro Pablo restregándose los ojos, harto de haber dormido; pues aquel día era domingo, no había caído nada por la trampa y por lo tanto no había ninguna ocupación. El no tenía nada que hacer.

—¿De qué se trata?—dijo el negro al ver junto á las rejas á Carlota hablando con don Prudencio.

—Del poco tiempo que me queda de vida, Pablo; de las injusticias que se cometen en este mundo, robándole á uno su dinero; porque lo que se está haciendo con el depósito que tengo en el banco, es un verdadero robo. Y yo que siempre he vivido lleno de privaciones por no gastar! Yo que tanto cuidado he tenido para conservar lo que tanto me ha costado!—Y el negro le decía:

«Pero *pa* que piensa *su mesé má* en dinero, mi amo? Si tan *poco día* le queda de mundo, no *jabre* su *mesé* de eso ni piense en otra cosa que en ponerse en bien con el que está arriba.»

—Con Dios, Pablo; si, con Dios!—exclamó don Prudencio—y rodó una lágrima por su mejilla al pensar en el castigo que le esperaba.

Luis á fin de conquistarse el afecto de Carlota, había dicho delante de Pablo que todas las cantidades que se extrajeran del Banco por cuenta de Don Prudencio, serían para ella, como recompensa de su trabajo; y el preso, que ya había perdido hasta la última esperanza de poder salir de aquella cárcel y que veía cerca la muerte, decía también que su deseo era el que su riqueza pasara á manos de Carlota.

Cuando se cobraba el importe de las raciones suministradas al «Pobrecito», Luis ponía siempre las cantidades recibidas en el cajón del velador. «Esto es para tí»—le decia él á la niña, cuando guardaba el dinero.

La joven Carlota, á medida que había ido creciendo, sentía

en su pecho un odio, una aversión terrible, una antipatía muy grande hacia el hijo de *Cabeza de Perro*. Este lo conocía; así es que trataba de dominar por medio de dádivas aquella furia, aquella leona, cuando se trataba de amores repugnantes que ella no podía admitir, por que los rechazaba su misma naturaleza.

Mientras esto acontecía, se iba poco á poco aniquilando don Prudencio con las raciones tan cortas que se le suministraban; pues como el avaro no quería gastar mucho, cada día comía y bebía menos. Al fin se quedó sin un cuarto y empezó á sufrir las consecuencias de la falta de dinero. Entonces los horrores del hambre le hacían exclamar á cada instante:—por los santos del cielo, denme de una vez la muerte. Quiero morir!...

Un día que estaba don Prudencio en la reja pidiendo agua porque se moría de sed, era su voz tan desfallecida, tan triste, tan falta de aliento, que conmovió verdaderamente á Carlota y, como en aquel momento no había allí nadie que la viera, corrió al ventanillo y le dijo al preso dándole un vaso de agua para que se lo bebiera:—«por Dios, don Prudencio, que nadie sepa esto!

Era una acción verdaderamente meritoria la que acababa de efectuar Carlota contrariando los deseos de Luis. ¡Oh, si el hijo de *Cabeza de Perro* hubiera llegado á saber que Carlota le dió al preso un vaso de agua, que sería de ella?

Tal favor lo agradeció mucho don Prudencio; así es que le dijo una vez á la joven: Carlota, todo lo que tú puedas coger que haya sido mío es tuyo. Yo pocos días más tengo de vida; perdóname, hija, el mal tan grande que te he hecho. ¡Ay, cuanto daría yo hoy por poder recompensarte para resarcir semejante da-

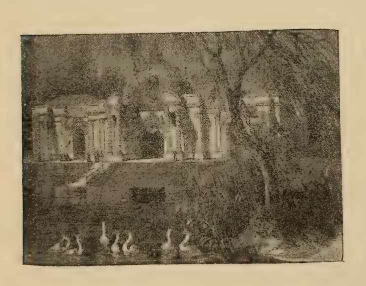
ño! Quien pudiera volver á la vida..., porque yo estoy casi muerto.

Y sacando de su bolsillo dos llaves, se las dió á Carlota y le dijo:—una es de la puerta de mi casa y la otra de un baul viejo que se halla debajo de mi cama donde en un saco existen en onzas de oro seis mil pesos fuertes. Guárdalas para que nadie aquí las vea y si algún día pudieres salir de este subterráneo, ya sabes que todo es tuyo: yo te lo doy de muy buena voluntad. Disfruta de ese dinero y haz de él lo que quieras.

Haz bien y no mires á quien, dice el proverbio. Aquella buena acción le valió á Carlota una riqueza que disfrutó, andando el tiempo por muchos años.

Dos días después de tener la joven en su poder las llaves que le dió don Prudencio, éste entregó su alma á Dios y fué enterrado en el sótano, precisamente el mismo día de Reyes.

El *Pobrecito* murió de hambre en medio de las risas del hijo de *Cabeza de Perro.*



El día de Reyes era en aquel tiempo un día infernal en la Habana. La clase de color se lo tomaba por su cuenta y se armaba tal ruido y alboroto en la ciudad con tantos pitos gritos y tambores, que muchas familias emigraban al campo para no oir semejante

algazara. Antonieta, siempre que llegaba tal dia, se marchaba desde muy temprano á la pintoresca casa de su cafetal, que era un capricho, y allí se pasaba las horas en ver zambullirse, en las tranquilas aguas del lago, á los patos y á los cisnes junto á un corpulento arbol que prestaba su sombra bienhechora á aquel Eden.



XLIV

La ausencia y el cadalso.—Promesa de nueva vida y esperanza en un billete.

SOR Milagros abandonó al fin la ciudad de San Francisco de California y llegó á la Habana algunas semanas antes de habérseme puesto á mí en capilla con argollas en mis pies. No fuí yo solo tampoco aquella vez sentenciado á muerte, sino también un joven de arrogante figura, alto, de pelo negro y rizado, de ojos grandes y expresivos, llamado Crispi. A los dos nos iban á dar garrote como conspiradores. Bien lo traerán á la memoria en la Habana los que aun existan y hayan sido testigos de este episodio de mi vida. Porqué ¿quién no lo recuerda? ¿Quién.. ?

No había duda alguna: íbamos á morir!

¿Quién, que haya pasado como yo veinte y cuatro horas en capilla, esperando por momentos en plena vida el instante de la muerte, no recordará con negros colores, con verdadero horror, el cuadro tan terrible que le ha rodeado? ¡Cuántos latidos preci-

pitados no dió mi corazón! ¡En qué tortura no estuvo mi pensamiento! Y todo naturalmente nacido de la angustia que causa el convencimiento de que ya pronto los ojos no volverán á ver ni los oídos á oir, ni el corazón á palpitar. Las postreras horas del reo á muerte, no tienen semejanza con nada en el mundo: ellas sobrecogen y anonadan y son tan desgarradoras como indescriptibles, aun para los de ánimo más esforzado. El suicida deja de vivir atentando contra su propia existencia; pero es acaso en momentos de arrebato, en que no hay sano juicio, en que la razón está perturbada. Empero, el condenado á la última pena, el que con entendimiento claro, sin nubes que obscurezcan su razón y trastornen sus sentidos, tiene conciencia del trance terrible porque va á pasar, ante el público que corre á verle morir en garrote vil; el que paso á paso, á medida que van transcurriendo aquellos contados instantes de su existencia, mira acercarse la muerte, ve en fin al verdugo que va á tronchar la vida en plena salud, ¿qué cosa hay más desgarradora ni más triste, ni más terrible?

Yo, en aquellas veinte y cuatro horas de capilla, me tendía á veces sobre la cama; pero luego me levantaba inmediatamente, como movido por un resorte, al hacerme cargo de que pronto mi cuerpo iría á permanecer para siempre horizontal en el ataud, mientras mis huesos no se hicieran polvo y mi todo no se convirtiera en *nada*. Harto tiempo forzosamente iba á estar tendido bajo la tierra, acompañado de los gusanos, para dejar de ponerme en pie ansioso de luz, de aire, de vida, aprovechándome de los momentos tan cortos que me quedaban. Tiempo tenía de estar acostado... tendido bajo el polvo! convirtiéndome en *polvo!*

Y yo con mi pensamiento le daba un *adiós* al sol, que aún me enviaba un rayo de su luz al través de las rejas de mi cárcel, y á las estrellas que veía allá, en el cielo por la noche, en mis horas de amargura y en efluvios de amor mi corazón se despedía de las brisas que habían halagado mi frente y hasta del silencio de los campos que tanto me había acompañado en mis soledades. En fin, mi cabeza se desvanecía y mi espíritu se exaltaba: el mundo me era cada vez más querido y sentía dejarle y me aferraba más y más á la vida á medida que se iba acercando el instante de la muerte. Procuraba por todos los medios posibles permanecer sereno, para no aparecer cobarde; luchaba por llevar mi mente á cosas menos tristes de las que me rodeaban; pero ¡ay! si alguna vez estaba distraído, pensando tal vez en Milagros y mis pies por casualidad se movían, ya el sonido de los grillos venía á recordarle al prisionero el momento fatal, el instante terrible en que cae el cuerpo y vuela el alma...

Yo todo lo recuerdo, porque todo ha quedado indeleble en mi memoria, momentos que nunca se borrarán!

Empezó á amanecer y me dije entonces con desconsuelo:—«esta es la última vez que mis ojos verán los primeros resplandores de la mañana.»—La hora de mi muerte iba á ser las siete; el reloj acababa de dar las seis y media y los pasos de los esbirros y de los sayones, que ya se acercaban, retumbaban en los corredores de la cárcel, repercutiendo su eco en mi corazón afligido.

Vino el sacerdote á auxiliarme en los últimos momentos, y cuál fué mi sorpresa al ver á mi lado al que muchas veces me había hablado con entusiasmo de Milagros? Era don Fabricio

que iba á acompañarme al patíbulo: era él que en tantas ocasiones me había dado saludables consejos. Descobello abrió la puerta del calabozo y acercándose me dijo: ánimo, Gonzalga, ánimo!

Y me abrazó al entrar; pero sumamente afligido, en extremo afectado.

Luego oí á lo lejos el retumbar de los tambores; después la música de la banda militar que traía la tropa que iba á formar el cuadro. ¡Ah, cada vez latía con más fuerza mi corazón, pues se iban acercando poco á poco los sonidos, que venían á desgarrar sin compasión mi alma... mi alma que bien pronto, según creía, la iba á entregar á Dios!

Sonaron en el reloj de la cárcel los tres cuartos y era necesario ponerme la hopa del ajusticiado para dejar el calabozo y después... el mundo!

Vinieron los sayones y me vistieron con la ropa talar.

—Ha llegado el momento: salgamos!—dijo una voz.

—Que Dios tenga compasión de mí y me acoja en su seno!—murmuré temblando, con mis ojos medio cerrados.

Salimos fuera y se incorporó entonces á nosotros el otro reo, mi compañero de infortunio, preso en distinto calabozo, pues habíamos estado incomunicados. Crispi y yo nos miramos y ambos palidecimos. Él alzó sus ojos al cielo, como diciendo: «arriba está quien nos puede salvar!»

Entonces tendí mi vista por el campo, en cuyo centro se hallaba levantado el patíbulo, y ví un inmenso gentío que estaba esperando ansioso el instante de la ejecución. Marchamos paso á paso hacia la escalerilla por donde habíamos de subir y en tal momento, ya cerca del tabladillo, se adelantó el verdugo que

nos acompañaba, para preparar la fatal máquina. Èl subió y en seguida llegamos nosotros allí... mientras el murmullo de la multitud venía á mis oídos como un mar rugiente en un día de tempestad.

—*Ya suben!*—decían veinte mil voces.—*Ya suben!...*

¿Quién podrá pintar la desgarradora verdad de tales momentos? Quién podrá describir semejante trance?

Al poner mi pie en el primer peldaño, tembló mi cuerpo; pero en esto sentí la voz imperiosa del orgullo aguijoneado por el amor propio de mi corazón que me decía: *Valor...! Valor!*

Entonces erguí forzadamente mi cabeza y llegué al fatal tabladillo. El sol hería mi rostro de frente y quise darle el último adios al astro del día; pero, ¡ay! el verdugo con un movimiento imperioso; el verdugo, revestido de la autoridad que le daba su triste ministerio, me hizo bruscamente sentar en el banquillo de los ajusticiados... ¡Ah, el postrer momento llegaba. Puso la argolla en mi cuello la mano que iba ya á apretar el tornillo y....

¡Oh, Providencia divina, el Ayudante del Capitán General á caballo corriendo como una exhalación se presenta en el acto agitando en el aire el blanco papel, que era el indulto, y nos salva...

No parece sino una pura novela todo lo que relato; pero el público de la Habana ha sido testigo.

Me salvé, pues. Quien podrá tener una idea exacta de lo que sintió entonces mi corazón? Antes no había llorado yo; pero al bajar la escalerilla mis ojos derramaron lágrimas de gratitud. Tendí mi vista por el campo y entonces ví dos hermanas de la Caridad allá, lejos. Una de ellas era Sor Milagros que había conseguido el indulto de los reos á la muerte.

A ella pues le debemos nuestra salvación.

Como todo lo que se promete debe cumplirse, la hermana de la Caridad trajo á la memoria, al saber mi desgracia, que el Capitán General le había dicho una vez:—«¿que me pediría usted á mí, Milagros, que yo no le concediera?»—Ella corrió, pues, desolada á solicitar el indulto, recordándole dichas palabras al General, quien cumplió lo ofrecido como digno caballero.

El general era don José de la Concha.

El, puesto que aún vive (1) podrá testificar esto que relato. El público de la Habana también lo recuerda y es irrecusable testigo. A él apelo.

Habiendo visto yo por segunda vez tan cerca el fin de mi vida á causa de la política, juré apartarme para siempre de los que me imbuían á entrar en las conspiraciones que á menudo se fraguaban en aquella época en Cuba y determiné irme á Madrid; pues al fin fuí completamente indultado. Allí pasé la pena negra; allí fueron muy grandes mis desdichas; sufrí privaciones como en ninguna parte. Recuerdo que un dia muerto de hambre, después de haber permanecido mucho tiempo en la Corte, ya con mi barba blanca, me fuí al Retiro, lugar que acostumbraba frecuentar, y me senté en un banco de piedra después de haber pasado por mi mente una idea terrible; el pensamiento del suicidio. Hacía dos días que no comía, y quise arrojarme al gran estanque. Iba ya flechado á realizar mi criminal intento, cuando oigo á lo lejos el graznido de varios cisnes y patos que sobrenadaban en aquellas aguas, zambulléndose. Entonces no se porqué

(1) Téngase presente que esto fué escrito en los primeros meses del año de 1895.—(N. del A.)

retrocedo repentinamente y me digo: pero Gonzalga ¿que vas á hacer? Has dado tú alguna vez pruebas de falta de valor? Eres acaso cobarde? No te has visto muchas veces en trances más terribles?

Me senté pues en el banco de piedra que ya he indicado, pasé la mano por mi calenturienta frente y me serené. Desterré para siempre de mi mente la idea de matarme.

Allí se arraigó más en mi corazón el deseo de mudar de costumbres y de vida.

Al poco tiempo de esto volví á Cuba ya con mi cabeza blanca y mi barba enteramente cana; pues había estado ausente de allí muchos años.

Así como la fortuna es veleidosa, pues no es siempre constante en la vida, así la desgracia es la misma muerte cuando persigue de continuo al mortal: sin embargo, hay sus treguas.

Yo siempre había sido desgraciado; así es que ya no tenía esperanza de mejorar de suerte; pero al fin mi estado varió.

Un dia que fuí á ver al canónigo Descobello me dijo éste: mira, Gonzalga, siempre he tenido un presentimiento de sacarme un gran premio en la lotería; por ejemplo, el «premio gordo»; por qué no jugamos en compañía este mes? Yo le tengo ofrecido á Santa Isabel de Hungría una gran función de iglesia el dia que por tal medio me sea la fortuna propicia; pero antes de tal celebración he de ir á Italia á encargarle al mejor artista de Nápoles una imagen al óleo que después consagraré en la Catedral un dia solemne. ¿Porqué no formamos éste mes una compañía? No seas tonto, juega... Y mira que si se llegan á realizar mis esperanzas, lo que es Guzarapo tendrá su libertad, pues le daré en-

tonces dinero para que deje de ser esclavo. ¡Oh, el pobre Gabriel lo merece bien. Deseo que lo más pronto posible sea libre... Aunque bastante gana el infeliz con las misas que yo celebro... y bastante reza él á la Virgen de los Afligidos para que me las encarguen... Pero en fin, por qué no entras conmigo á jugar en compañía este mes? Entra...!

—Pero don Fabricio, con que compro yo billetes si no tengo un cuarto?

—¡Calla, tonto; tendrás un décimo. Yo te lo regalo y otro es para una persona que, aunque, ya no es niña, ni mucho menos, ha estado siempre en tu pensamiento y yo la aprecio bastante, porque es muy digna: no hay otra igual.

—Sí; ya sé... Sor Milagros?

—Ella misma es. ¿Cómo acertaste...?

Al decir esto entra precipitadamente su mano en el bolsillo, saca de dentro de un pequeño breviario que llevaba siempre consigo, varios billetes de lotería y de uno de ellos corta velozmente como un rayo una parte y me dice:—*toma!* Ya estamos en compañía.

Recibí *el décimo* que tan bondadosamente me regalaba y lo guardé como oro en paño; pues yo me decía: «¿quién sabe? El diablo no ha de estar siempre detrás de la puerta. Puede ser que salga premiado. Veremos! Puede ser...»

Pero dejemos esto y ahora pasemos á otra cosa aunque divague en mi relato.

XLV

Una heroina.—Prisión de doña Luz.

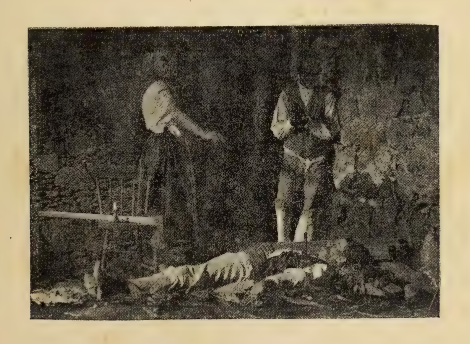
DURANTE mi larga residencia en Madrid hubo grandes acontecimientos en la Habana; pues sucedió que Luis García, poco después de haber hecho morir de hambre á don Prudencio, trató de apoderarse de los encantos de Carlota, queriendo abusar de la pobre niña, quien se defendió valientemente como una verdadera heroina, como una cumplida amazona.

El hecho fué así. Un dia que el negro Pablo se hallaba durmiendo, estaba Carlota en pié junto á la mesa (no donde se descuartizaban los que caían por la trampa, sino cerca de una especie de consola donde comían) y se le presenta de repente Luis, quien hacía tiempo que la perseguía tratándole de insanos amores. Al acercarse quiso de pronto arrastrarla fuera del salón con furia, descompuesto el semblante; pero ella colérica, ciega de enfado, coge volozmente un puntiagudo cuchillo que tenía á su la-

do y se lo clava con fuerza en el corazón dejándole en el acto muerto, pues él solo pudo decir: *me ha matado!*

La joven contaba entonces diez y seis años y era varonil y fuerte. El desarrollo de su inteligencia había sido muy precoz y para su edad era sumamente resuelta y activa.

Tan pronto le vió tendido, sin vida, en el suelo, corrió á donde estaba durmiendo Pablo; le despierta, le llama y guiándole al sitio donde se hallaba Luis, le dice: ahí tienes muerto al bandido que quedaba.



—¡Niña... niña, qué es eso? Qué ha sucedido? Como ha sido...? Qué es lo que ha pasado...?—decía el negro con sus manos en cruz y temblando.

—Nada: he querido conservar mi honor y he matado á ese reptil inmundo.

—Y ahora qué vamos á hacer?

—Qué?—Salir de aquí, que abiertas tenemos las puertas, y

dar parte de todo á la justicia—dijo Carlota con resolución.—Ya tenemos nuestra libertad!

—Y ese dinero de don Prudencio que el niño Luis fué sacando del banco y que está ahí dentro de la gabeta, debe la niña cogerlo, que de ella es, puesto que ambos se lo han dado.

—Y tuyo también, pobre Pablo, que bastante has sufrido en esta vida. La mitad es tuyo.

—Lo primero que debemos hacer, Carlotita, es encaminarnos á la casa de don Prudencio, tomar la niña los seis mil duros que hay en el baul debajo de la cama y luego dar parte á la justicia de todo lo acontecido.

—Lo primero de todo, al salir de aquí, es ir á adquirir noticias de mi madre. Como ninguno de los dependientes de esta casa nos conoce, pues nadie nos ha visto nunca; nuestra salida es muy fácil.

—Y después no sería bueno averiguar donde vive doña Luz, la que robó á la niña y le arrancó del cuello el collar de perlas?

—¡Ah, eso déjalo tú á mi cuidado, Pablo. Ya arreglaremos cuentas con todo el mundo. Ya verás lo que con el tiempo, voy á hacer: ya lo sabrás...

—Pues coja sin escrúpulo la niña esos caudales que le pertenecen, que son suyos.

—La mitad de esa cantidad—repito—es tuya: ya te lo he dicho. Con eso comprarás tu libertad y podrás así vivir sin afanarte, que bastantes malos ratos has pasado en este mundo.

—Gracias, niña. Que buena... que buena es!—Y al negro se le saltaron las lágrimas.

Salieron inmediatamente de allí y ante todo Carlota fué á sa-

ber donde se hallaba su madre. Las noticias que adquirió fueron muy tristes; pues supo que ya nadie de su familia quedaba en el mundo: todos habían muerto. Este aislamiento en la vida lo sintió mucho Carlota: pero se conformó con su suerte, se resignó como buena cristiana.

Después entró con Pablo en la casa de don Prudencio y recogió los seis mil duros que había en el baul debajo de la cama, tomando el negro la mitad de dicha suma, con la cual se libertó y compró en San Juan y Martín una pequeña finca para cultivar tabaco.



Mientras ella abría el baul junto á la cama de don Prudencio y sacaba un saco lleno de onzas de oro, bailaba muy contento el negro Pablo en medio del cuarto dando palmadas y diciendo á grandes voces: ya somos felices! Ya somos felices!

Carlota era mujer de buena razón y aún lo es, pues vive...,

—¿ Y dónde está (pregunté á mi amigo Gonzalga con mucho interés) Dónde se halla...?

—Todos los días la vemos—me contestó.

—¿Cómo?—¿Es doña Carlota, la dueña del hotel donde nos hospedamos?

—Ella misma. Recuerda usted cuando una noche le dije: *ya sabrá usted más adelante quien es esta Carlota de cuerpo entero... una mujer de armas tomar...?* Pues bien: (continuó diciendo don Antonio) esa niña al poco tiempo de haber salido del salón de la Muerte, no era ya conocida de nadie por lo guapa que se puso y lo simpática y esbelta que llegó á ser. Aquí todos la conocen hoy por *Carlota la Cubana.*

Desde luego se dedicó ella á averiguar donde vivía doña Luz y á adquirir noticias de semejante bribona. Entonces supo que estaba abonada á uno de los mejores palcos del teatro de Tacón, nada menos que el contiguo al del Capitán General. Como la joven tenía muchas ganas de verla, fue una noche á la ópera donde trabajaba á la sazón una gran compañía italiana, en la que figuraba el bajo Marini y el tenor Salvi. Ella pudo contemplar entonces á su gusto aquella tunanta que tanto se abanicaba con aire aristocrático y que lucía aquella noche el hermoso collar de perlas quo le había arrancado del cuello, cuando la llevó con engaño hasta el coche para secuestrarla. Doña Luz había estado muchos años sin usar aquella alhaja, de verdadero valor, por temor de que se descubriera su crimen; pero al fin, como el tiempo había borrado ya la memoria de la desaparición de la niña Carlota, se decidió á llevarlo la indicada noche al teatro, puesto que ya lo había usado otras veces.

La joven al ver á doña Luz, apenas pudo contener su ira y al fin dejó el teatro y se fué á acostar.

Pero Carlota no durmió, no pegó sus ojos un momento siquiera, ansiosa de que llegara pronto el día. A la mañana siguiente, se presentó al Capitán General y le hizo una relación minuciosa de todo lo ocurrido en su vida. Entonces la primera Autoridad de la isla, manda inmediatamente á buscar al Jefe de policía y le dice: esta noche irá usted al teatro de Tacón y si alguien de la familia que está abonada al palco contiguo al mío, llevare al cuello un hermoso collar de perlas, llamará usted aparte á la señora que lo tuviere y hará que se lo deje examinar mediante esta orden.

Y el General le dió un papel timbrado y firmado de su puño y letra que le leyó, el cual decía:

«En nombre de la Justicia y por orden de la primera Autori-
«dad de la isla de Cuba, entregará usted al portador de la pre-
«sente, que es el señor Jefe de policía, el collar de perlas que
«lleva usted al cuello, para que dicho señor vea si la indicada
«prenda tiene en su broche grabado «J. de la C.»

«En caso de tener dicha inscripción vendrá usted en el
«acto acompañada del Jefe de policía á esta Capitanía General.»

Luego que le entregó su Excelencia el referido documento, le dijo:—procure usted cumplimentar este servicio con toda la reserva posible, sin escándalo alguno, sin que nadie se entere del particular, en fin, sin llamar la atención del público. Si existieren tales letras en el broche, guardará usted en el bolsillo dicho collar para entregármelo, puesto que es, digámoslo así, el

cuerpo del delito, y entonces conducirá usted en el acto á mi presencia á doña Luz, que es la autora del robo.

El Jefe de policía se despidió de su excelencia después de haber recibido otras órdenes muy importantes, referentes á la casa de la Calzada de San Lázaro. La idea principal del general, era hacer desaparecer aquella guarida del crímen, sin llamar la atencion pública, á fin de que nadie se enterara de tanto escándalo, de tanta corrupción, de tanto bandolerismo como había existido y existía en la ciudad. El, que era bastante recto, quería extirpar el mal de raiz; pero sin hacer ruido, sin aparato.

El general tenía casi la seguridad de que el robo del collar se iba aquella misma noche á descubrir, y deseaba tener perfectamente combinado todo, para que el golpe fuera certero. Por lo tanto, hizo que se hallaran en su mismo despacho á la hora conveniente el Juez, el Escribano, dos testigos, Carlota y el negro Pablo.

En el último acto de la ópera, que era el Hernani, se presentó el Jefe de policía en la puerta del palco de doña Luz y le hizo una seña á don Ambrosio Bermúdez para que saliera. Así que éste se le acercó, le dijo el de policía: señor Ingeniero, traigo una orden de la primera Autoridad de la isla, para hacer aquí mismo un reconocimiento en el collar de perlas que tiene en su cuello su suegra de usted, y como me ha encargado mucho el señor Capitán General que este acto se practique con la reserva posible, para que no se entere el público, es necesario que usted me ayude á fin de que no se produzca ningun escándalo; tanto más cuanto que, como usted comprende, la publicidad de este acto no les favorece en nada á ustedes.

—Que caso tan raro este! Pero... está usted seguro de que semejante orden la ha dado el General?

—Aquí está escrita. Puede usted leerla.

—¡Nada... pues llamaré aquí fuera á doña Luz.

—Perfectamente; pero hágalo usted con mucho sigilo, sin que nadie se entere de esto...

Don Ambrosio le hizo entonces, desde la misma puerta, asustado, temblándole la mano, una seña á su suegra para que saliera á donde ellos estaban, y así que doña Luz llegó, dijo el Jefe de policía:

—Señora; no hay más remedio que cumplir las órdenes superiores. Usted va á tener la bondad de dejarme ver ese collar de perlas que lleva al cuello. Es un mandato del señor Capitán General.

—Seguramente—dijo el Ingeniero;—es necesario hacerlo así, no hay duda. Es necesario: no hay más remedio.

Doña Luz, al oir tal orden, conoció que estaba perdida, que su crímen se había descubierto y se accidentó. Como una muerta cayó al suelo y mientras sus hijas, que habían salido del palco al ruido del golpe, trataban de auxiliar á su madre, el mismo Jefe de policía quitaba el collar del cuello de doña Luz, ayudado de dos polizontes que le acompañaban.

La inscripción *J. de la C.* se hallaba en el broche y el delito estaba ya descubierto: todo estaba claro.

—Tenga usted ahora la bondad de acompañarnos á la Capitanía General—le dijo el Jefe de policía á la señora, cuando ésta volvió en sí de su desmayo.—Aquí tengo yo el collar para presentarlo cuando lleguemos á palacio. Venga... Venga usted...

Entonces las hijas de doña Luz exclamaron alteradas: «pero qué es esto, señor? ¿Qué arbitrariedades estamos viendo? Quién es usted para llevar á mamá á ninguna parte?»

—Yo soy el Jefe de policía y tengo orden de ello.

—Pues tenga orden ó no, mamá no irá sino á casa. Lo entiende usted? Pues no faltaba más...!

—Niñas: serenarse... serenarse...; es necesario cumplir esa orden—dijo don Ambrosio en voz baja.

Doña Luz, con su cabeza inclinada y sus ojos al suelo, no hacía más que suspirar y llorar al presentir el castigo que le esperaba, pues estaba convencida de que sus crímenes se habían descubierto y que iba á ser encarcelada, quizás para siempre... hasta la muerte...

Tanto habían hablado con voz alterada las hijas de doña Luz que al fin se supo en todo el teatro la visita de aquella señora á la Capitanía General, para aclarar el asunto del collar de perlas, prenda que con tanta arrogancia había estado ella luciendo al cuello aquella noche y otras anteriores.

Con tal motivo lenguas viperinas, que nunca faltan, se cebaron en la honra de doña Luz y su familia, y se descubrió la historia del collar y se supo entonces que la viejecita, que salía en un tiempo de la casa de la Plaza del Vapor pidiendo limosna por los barrios de la Habana y por el centro de la misma ciudad, era doña Luz disfrazada de mendiga.

En las inmediaciones del teatro, se hallaban aquella noche las volantas preparadas ya para conducir á doña Luz y á la policía á la Capitania General donde todo estaba dispuesto.

Entraron en el salón de recibo en que les esperaba el General y el juez con los demás que les acompañaban.

Eran aproximadamente las doce de la noche.

El General á que me refiero había estado ya por dos veces en la isla de Cuba. Esto acontecía en la segunda época de su mando.

Así que doña Luz se vió delante de aquel tribunal y reconoció en la joven á la niña que en un tiempo fué sacada de la casa de su madre con engaño, por más que trató de aparentar serenidad, no pudo y se volvió á accidentar.

El Jefe de policía sacó de su bolsillo el collar de perlas y desde luego se lo dió al General. Este vió en el broche la marca *J. de la C.* que le era bastante conocida.

Cuando doña Luz se hubo serenado algun tanto, le preguntó el Juez:—¿Cómo ha llegado á poder de usted esta prenda? Quién se la ha dado?

—*Casualmente* la compré,—contestó ella asustada, reconociéndose bien en su cara que no era verdad lo que decía.

—Y á esta jóven la conoce usted?

Al poner sus ojos en Carlota tembló y dijo:—nunca la he visto.

Carlota llamaba siempre la atención en todas partes donde se hallaba y ella se presentó allí aquella noche arrogante, digna.

—¿Será posible (le dijo) que ya se ha olvidado usted de mi, doña Luz? Bien es verdad que algo habré variado; pero no recuerda la mendiga, que tantas limosnas recibió en mi casa, la noche aquella en que con engaño me llevó hasta donde se hallaba un coche esperándome, para que su hermano de usted don Prudencio me metiera dentro y llevarme robada?

Doña Luz temblando, bajó entonces los ojos al suelo y no se atrevió á mirar á Carlota ni á decir nada absolutamente. Estaba anonadada, se veía ya perdida.

—Levante usted esa mirada que está confesando el delito. Aquí está Pablo para decir si no es verdad, que su mismo hermano don Prudencio, declaró haberme usted sacado con engaño de mi casa, para él llevarme á los sótanos de la Calzada de San Lázaro. Y usted misma, doña Luz, me arrancó del cuello aquella noche ese collar de perlas que el general regaló á mi madre y que tiene en este instante en sus manos.

Esto, que Carlota decía con suma entereza y valentía, dejó absorta á doña Luz quien casi quería romper á llorar.

El juez dijo entonces: «la verdad al fin y al cabo triunfa y resplandece, doña Luz: ella siempre se abre paso en la vida. Todo lo que usted ha declarado aquí es mentira: lo estoy conociendo en su cara.»

Ella oyó esto sin rechazarlo: ne se atrevió á desplegar sus labios: con su silencio convino tácitamente en que era una farsa todo lo que había dicho. Los ojos clavados en el suelo estaban confesando el delito de una manera palpable.

—Pero por qué no dice usted de una vez la verdad, doña Luz? Tal vez declarando con sinceridad lo que haya pasado, tenga la delincuente menos castigo. Que este collar pertenecía á la madre de esta joven, bien lo sé yo: no hay necesidad de que me lo diga nadie. ¡Oh, conozco esta alhaja perfectamente, añadió el general.

—Mientras usted no pruebe de quien obtuvo esta prenda, estará presa;—dijo el juez con gravedad y luego, de un modo algo brusco, gritó:—*á la cárcel... á la cárcel!*

Doña Luz al oir tal sentencia prorrumpió en llanto y exclamó: por piedad, señor juez; *casualmente* yo diré la verdad; pero tengan compasión de mi: *yo fuí...!*

—Entonces todo lo que ha dicho Carlota es ver...

—Si señor; todo... todo *casualmente* es verdad,—dijo doña Luz á su Excelencia, sin dejarle terminar la palabra.

—Pues *casualmente* irá usted ahora mismo á la cárcel, doña Luz,—repuso el juez.

Don Ambrosio y las dos muchachas se habían ido desde el mismo teatro á casa, y allí se hallaban aguardando el resultado de aquel drama misterioso.

Después de saberse positivamente por la declaración espontánea de la delincuente, que Carlota fué secuestrada y robado su collar, doña Luz fué de allí á la cárcel sin conmiseración ninguna y su familia estuvo en vano esperándole toda la noche.

El juez y las demás personas reunidas en palacio, se fueron á una hora muy avanzada á acostar y al día siguiente se activaron las diligencias en el Juzgado á fin de enviar pronto á los Lavaderos de Sevilla á doña Luz á cumplir su condena.

La prisión de la suegra de Bermúdez fué naturalmente como una bomba que cayó en la Habana. Ella, doña Luz, la antigua criada de Antonieta, la que tanto bailoteo había tenido siempre en Sebastopol y en la Glorieta de Marianao, se hallaba entonces lo mismo que su familia, en boca de todo el mundo, criticándola el público terriblemente y ajándola y haciéndole el daño mayor posible, por aquello de que *«del árbol caído todos hacen leña.»*

Como el palco junto al del General estuvo desierto durante

el abono; pues doña Luz no había podido ocuparlo á causa de su prisión, llamaba la atención que tan buena localidad se hallara vacía, y naturalmente le entraba la curiosidad al público de saber porque estaba aquel palco cerrado, mientras todos los restantes estaban con espectadores.

—¿Porque está siempre vacía esa localidad?—preguntaban muchos.

—Pues por que la abonada robó una niña y un collar de perlas y pedía limosna de noche por todos los barrios de la Habana, disfrazada de vieja mendiga: ha sido una buena trucha, y está en «cachola».

Esto decía á todo el mundo doña Quilla, la vecina de doña Luz, á quien por no desdorarse, esta no quiso dar parte de matrimonio, cuando casó á su hija Beatriz con Bermúdez el ingeniero.

Y doña Chucha la vecina de enfrente, añadía:—y sin embargo de ser una bribona, se afanaba por alternar con las personas «principales» y hacía últimamente menos de sus antiguas amistades, creyéndose gran señora.

En los teatros, en el café y en el paseo era la conversación del día. Toda la ciudad se ocupaba de doña Luz y su familia, por lo cual don Ambrosio sumamente avergonzado, pidió que le trasladaran á cualquier punto de España, pues ya él no podía vivir en Cuba.

¡Y rara coincidencia, el dia que Bermúdez recibió la orden de pasar con el mismo empleo y sueldo á prestar servicio á la provincia de **, salió su suegra para los lavaderos de Sevilla donde murió al poco tiempo pronunciando en el extertor de la muerte el nombre de Carlota.

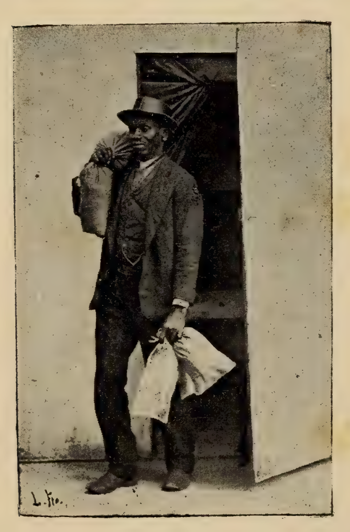
LXXXV

Se hace ver que la fortuna se cansa de ser adversa y se habla de un pais que visitó Sor Milagros cantado por muchos poetas.

COMO el diablo no está siempre detrás de la puerta, según ya dije, resulta que de la noche á la mañana varió mi suerte; pues se jugó la lotería, cuyo décimo de billete tenía en mi poder, y gané diez mil duros. Para un hombre solo, sin familia, diez mil pesos fuertes era en mi concepto un «fortunon», y lo primero que hice al ver tal felicidad fue ir á casa del canónigo don Fabricio á darle por segunda vez las gracias, felicitándole igualmente por haber él sacado, con los ocho décimos restantes (pues uno había regalado á Sor Milagros) nada menos, que ochenta mil duros. El billete entero, que Descobello había comprado, salió premiado en quinientas mil pesetas.

Don Fabricio, que siempre había estado pensando en el premio *gordo,* según él decía, se salió al fin con la suya y se prepa-

ró para embarcarse á cumplir su promesa. Tan pronto como me vió, me dió un apretado abrazo, correspondiendo al parabién que le daba, y me rogó que fuera con él y con el doctor Urquinosa á cobrar los ochenta mil duros á la Administración de loterías, para luego depositarlos en la casa de Seguros Marítimos, situada en la calle de los Oficios, si mal no recuerdo. El director de dicho establecimiento era entonces el señor Urzainqui, persona muy conocida en la Habana é íntimo amigo de don Fabricio.



—Lo que soy yo, no he de contar un céntimo siquiera,—me decía Descobello;—por que yo no sé y sobre todo, porque me aturdiría el pasar por mis manos cantidad tan grande. No, no sirvo para eso.

Salimos Urquinosa y yo con don Fabricio y sus ocho décimos del billete agraciado y nos dirigimos á la oficina donde se pagaban los premios de la lotería. Allí contó el doctor cuarenta mil duros en onzas de oro y en billetes de banco y yo otra tanta cantidad y fuimos á depositar los ochenta mil *dollars* en la casa del director

Urzainqui, cuyas talegas las cargó muy contento y alborozado el negro Gabriel.

Don Fabricio siempre tan rumboso, tan expléndido, tan despilfarrador y tan bueno, se empeñó conmigo para que le acompañara en el viaje que iba á dar al extranjero, á fin de encargar al mejor artista de Nápoles la imagen de Santa Isabel de Hungría; pero no accedí por que él me decía que de acompañarle, sería con la precisa condición de no gastar de mi peculio ni siquiera un céntimo. No quería yo aprovecharme del derroche á que estaba habituado tan buen amigo y tan cumplido caballero y se fué á Italia solo. De allí trajo varios objetos de gran valor y además el cuadro al óleo que había prometido á la virgen.

Tenía don Fabricio en aquella época una confianza ilimitada en uno de sus amigos más íntimos, hombre calculista y entendido en los negocios, y le entregó los ochenta mil duros para que se los empleara, no sólo en acciones de la empresa del gas; especulación que entonces daba muy buenos rendimientos, sino en todo lo que le pareciera más beneficioso y conviniera á sus intereses.

—¡Oh, Descobello—me decía don Antonio Gonzalga—Descobello tiene mucha confianza en la probidad de su íntimo amigo á quien ha entregado su dinero. Hasta ahora todo lo que ha necesitado para sufragar sus gastos se lo ha pedido á su Administrador, sin llevar él cuenta de las cantidades recibidas; porque don Fabricio es así: es una especialidad: quiera Dios que con tal sistema le vaya siempre bien y no tenga en algún tiempo de qué arrepentirse!

Por supuesto, que tan pronto se sacó el premio *gordo,* le

dió á Guzarapo cierta cantidad, que no recuerdo, para que se libertara y al hospital de San Juan de Dios entregó dos mil duros para los pobres y á una vieja que gastaba rapé, llamada por mal nombre la *Cajera*, á quien solía comprarle billetes, le regaló una caja de carey, con brillantes, para el tabaco, y le dió también unos espejuelos con armazón de oro y un paquete de agujas y un dedal de plata.

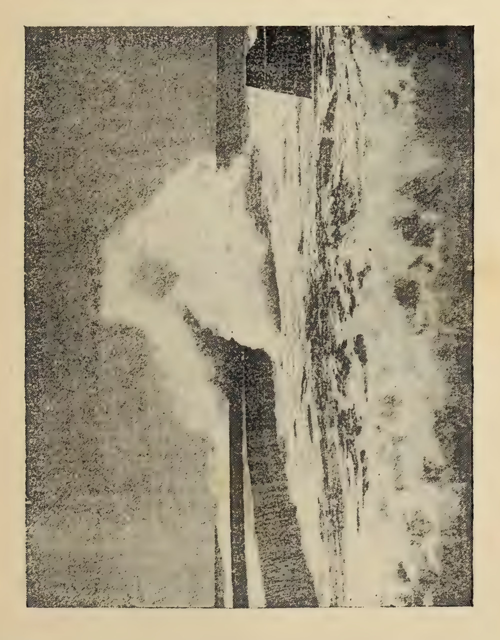
Ya digo que don Fabricio hace mucho tiempo que está viajando y quizás el dia menos pensado se nos presente aquí. ¡Oh, no dudo que venga á Paris: yo lo espero.

Así que la fortuna me favoreció, quise atender á mi quebrantada salud; pues con tantos disgustos como había tenido, necesitaba reposo, y los médicos me mandaron que variara de clima. También Sor Milagros tuvo necesidad de buscar alivio á sus dolencias y verdaderamente no dejaba de ser coincidencia rara el que los dos padeciéramos del mismo mal y que los facultativos nos recetaran á ambos el mismo remedio y nos designaran para vivir un mismo lugar.

Sor Milagros, tuvo pues, que dejar á Cuba para residir algún tiempo en un clima templado y fué á las islas Canarias por prescripción facultativa.

Sabido es que la temperatura de ese archipiélago, que se halla inmediato al continente africano, es inmejorable, y por eso acontece que todos los años acuden allí á invernar muchos enfermos, principalmente los que padecen del pecho; pues para curar este mal aquel clima es mucho mejor que el de la Madera, Málaga, La Riviere, Monte-Carló y Niza. Allí fuí yo también y ví corroboradas por mis propios ojos las alabanzas que de las islas

Canarias había leído en las obras escritas por los extranjeros Humboldt, Webb y Berthelot, Leopoldo de Buch, Mc. Gregor, Hartung, Schacht, Reiss, Fritsch, Bolle, Christ, Loeher, Nichols, Murray, Ledru, Belcastél, Glas, Moreau de Tormes, Minutoli, Dumont d'Urville, Bailly, Roisel, Piazzi-Smith, Albertis Mantegazza, Bory de St. Vincent y Julio Leclercq.



Los médicos, me mandaron á mí también á las Canarias y me

encaminé al Puerto de la Orotava, patria de los Iriartes, lugar muy frecuentado por los extranjeros, donde muchas veces me sentaba en las riberas, sobre las altas rocas, para dar vida á mis pulmones al respirar aquellos aires tan puros y saludables. Recuerdo que en los días de mar de leva me dirigía con frecuencia á un punto denominado *El Infierno* ó me iba á *Martianes* ó bien á las murallas de *San Telmo*, lugares todos situados muy cerca de la playa, ó me encaminaba á las inmediaciones del muelle, en cuyos sitios me pasaba embelesado las horas muertas, mirando el caprichoso movimiento de las olas que parecían querer escalar el cielo soberbias, espumosas, al chocar contra los peñascos. Allí oía retumbar en las cavernas los ecos del mar embravecido con sonido extraño, estrepitoso, como si fuera el estruendo de cien cañones ó el rugido de una legión de seres invisibles, que furiosos quisiesen dominar el mundo con su potente voz. Otras veces iba á pernoctar á los Realejos, pintorescos lugares que yacen á las faldas del Teide, donde de noche en el silencio de la soledad, venían á mis oídos lejanos rumores que eran, digámoslo así, puros sollozos, quejidos que el mar lanzaba, figurando á veces el estertor de la agonía, al batir las olas contra las rocas del *Guindaste ó del Burgado* (1) como si el mar quisiera despedazar con sus lamentos las entrañas de la tierra. Y todas las tardes me situaba en punto aparente para recrear mi vista mirando con los ojos del alma las magníficas puestas de sol. Otras veces dirigía mis pasos hacia Icod para contemplar en toda su magnitud la sublime grandeza del gigante del Atlántico, del antiguo *Echeide*... ó bien para visitar las cuevas de los in-

(1) Localidades junto al mar muy conocidas en la isla.

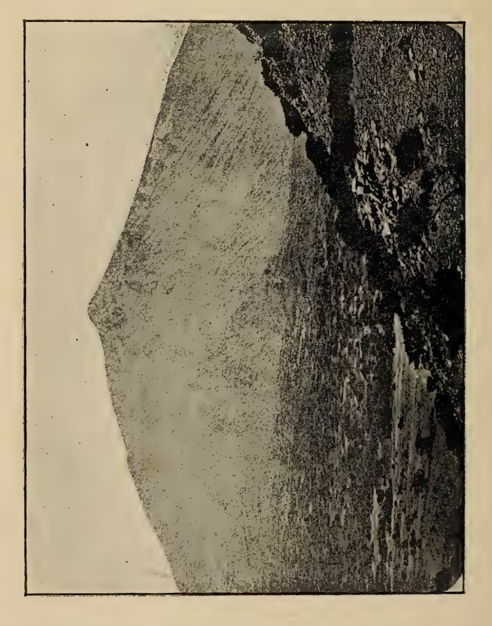
dígenas, donde mi imaginación visionaria creía ver vagar hacia la caída de la tarde los espíritus... sus manes, sus sombras...!

Yo llegué allí mucho después de haber salido Milagros para Cuba ya completamente restablecida. Con diez meses que pasó en el valle de la Orotava recuperó la salud. Ella abandonó al fin esa hermosa tierra... jardín de las Hespérides, donde moraba el Dragón, guardián de las manzanas de oro... dejó esa mansión bendita en uno de esos días de otoño en que la naturaleza parece triste; cuando ya no hay flores; cuando el Teide se halla sin nieves, cuando los árboles no tienen hojas, ni pámpano la vid, ni exhala olor la retama en los montes, ni el sol alumbra con todo el fulgor de sus rayos las costas y las cumbres. Se marchó, pues, Milagros de allí, en la estación más triste, casi á la entrada de invierno.

Era precisamente un dia de finados cuando el buque zarpó para Cuba. Haciendo rumbo al S. E., caminaba con viento en popa á toda vela, y la mar encrespada, batía fuertemente contra las rocas y señalaba con su oleaje la playa que de lejos no parecía sino blanco sudario, pues las olas embravecidas bordaban la ribera con su espuma. Encima, á mucha altura, se veían las acantiladas peñas, inmensas, negras como el Averno y todos los objetos iban perdiendo poco á poco sus principales detalles á medida que el buque empujado por las brisas, se deslizaba rápidamente, dejando atrás la tierra como una sombra.

Entre la tierra y el buque se interponía la mar para no dejar ver más que las puntas de las torres y allá, en lontananza, como nidos de alondras, las casitas de campo en anfiteatro y más lejos las cordilleras áridas y negras que coronan la isla. Era ya la tar-

decita y la nave caminaba... caminaba... y como si fuera un cortinaje de ceniciento tul, se corrió de repente una inmensa nube hacia el oriente y los pasajeros que se hallaban sobre cubierta, mirando desaparecer la tierra de su vista, pudieron entonces contemplar á muchas leguas de distancia, cuando ya las cum-



bres no lucían, el Teide escueto, limpio pero obscuro, sin nieve y sin nieblas: el Teide que en la inmensidad del espacio, se des-

tacaba como un fantasma entre las sombras y que había aparecido subitamente como por encanto al rasgarse la nube. ¡Oh, él se veía resplandeciente; él lucía tan claro y tan de relieve que creía uno tocarlo, palparlo, estarlo cogiendo. En ocasiones parecía otro mundo, otro globo... y á veces una ilusión recreativa cuando al ponerse el sol se perdía entre los celajes de azul y rocicler como se pierde una visión divina allá, en lo más alto, entre las sombras del Cielo.

Al contemplar Milagros semejante espectáculo, le vino al pensamiento lo que es la creación, el poder de Dios, la munificencia infinita de un ser invisible que deja adivinar á cada paso su existencia en lo indescriptible por su grandeza, en lo inmensurable y perdurable por su eternidad. El Teide, esa gran mole en medio de los mares, queriendo traspasar las nubes, le pareció á Milagros como una via de comunicación entre lo humano y lo divino, entre la tierra y el cielo, entre el hombre y Dios.

Y ella entonces quiso postrarse para reverenciar tanta grandeza y comunicarse con las alturas... con lo etéreo. Pero no pudo: había gente que la mirara y para humillarse quería estar sola.

El fuego que se enciende, la luz que se apaga, el sol que brilla, las nieblas que forman la obscuridad, el mar embravecido que quiere romper sus diques para extender sus límites (decía ella) ¿qué es todo eso, sino resultado de la existencia de un ser invisible que gobierna el mundo? Cuantas veces lo que parece casualidad es la mano del supremo Hacedor que señala y guía! No he venido yo desde lejos á presenciar lo que nunca jamás pudo cruzar por mi imaginación; esto es, la imagen de la muerte...?

Y efectivamente, era verdad lo que Milagros decía. Me explicaré:

Sor Milagros, á los pocos días de haber llegado á Santa Cruz de Tenerife, tuvo verdaderamente una sorpresa, pues se le presentó motivo de asistir á un espectáculo que no parecía sino un designio del cielo.

Una mañana salió ella muy temprano, como de costumbre, á dar un paseo por las afueras de la ciudad y vió que un inmenso gentío caminaba presuroso hacia un castillo que se levanta fuera de la población cerca del mar. Todos seguían su misma dirección, todos iban hácia *Paso-Alto* y muchos padres llevaban á sus pequeños hijos de la mano, precipitadamente, á paso de marcha, como si fueran a una diversión, á una gran feria ó á un espectáculo ameno.

Sor Milagros al ver tal concurrencia no pudo menos de dirigirse á una mujer del pueblo, que vestida con un traje de muselina azul y un sobretodo negro por la cabeza, corría en dirección al sitio indicado, y preguntarle:—hay alguna novedad?

—Demasiado que la hay, señora... Van á fusilar á un *probecito* allá, detrás del cuartel de infantería cerca de los molinos de viento que llaman de *los Anacletos.*

Y hablando así señalaba hacia una altura que domina la ciudad, en las inmediaciones del Campo Santo.

La hermana de la Caridad tenía por costumbre ó por promesa que había hecho, acompañar al reo hasta el suplicio, rezando á su lado. Por lo tanto, llegó al Castillo de Paso-Alto á tiempo que salía de allí entre bayonetas un hombre ya de bastante edad, de cabeza grande, nariz chata y boca larga. Al ver aquella cara

antipática, aunque la actitud del reo era contrita, ella sintió latir á prisa su corazón; pero se revistió de valor y fué rezando junto al que dentro de breves instantes iba á desaparecer de la tierra... iba á dar cuenta á Dios... iba á morir.

Él llevaba sus párpados inclinados al suelo y caminaba al paso de la tropa y al redoblar de los tambores. A veces parecía que quería ir más á prisa, como deseando vivamente llegar á los molinos, para dejar de existir.

—¡Dios mío, acógeme en tu seno!—murmuró.

Pasaron algunos instantes y Sor Milagros vió entonces que aquel anciano derramaba abundantes lágrimas y observó que decía de tiempo en tiempo, maquinalmente, en voz baja:

Upa mamá... Upa mamá.

No le fué ya desconocido el reo.

Era *Cabeza de Perro;* aquel que tiró al mar al hijo de Milagros y que había estado esperando preso muchos años la sentencia de muerte, expiando lentamente su crimen.

La hermana de la Caridad recibió tal sorpresa al oir aquellas palabras, que estuvo á punto de caer al suelo sin sentido.

Pero al fin hizo un esfuerzo sobrehumano, se repuso y mirando al cielo, exclamó:

¡Qué grande es la Providencia!

Pero sucede que aquel criminal arrepentido quiso de pronto hacer ver al público por una de esas aberraciones del alma, su valentía, su serenidad, sn desprecio á la vida en tales supremos instantes, y entonces como por encanto desapareció aquella cristiana mansedumbre, aquella humildad tan edificante que en su prisión de tantos años había él demostrado siempre. Así, su con-

movedor arrepentimiento se trocó de repente en arrogancia atrevida, en orgullo desvergonzado é insultante y sentado junto al palo donde iba á ser fusilado, apareció erguido, en mangas de camisa, con un pañuelo encarnado liado á la cabeza. Allí se le vió también con un cigarro puro encendido, mirando con irónica sonrisa salir los espirales de humo de sus abultados labios como haciendo alarde de su cinismo, de su valor en tan críticos momentos, cuando por sus mejillas debían correr las lágrimas del arrepentimiento, del pesar, de la verdadera contricción.

Al fin se prepararon las armas, se dió la voz de fuego y se hizo la descarga. Tan pronto le hirieron las balas oyéndose la detonación, saltó el cigarro de su boca y de la espalda de aquel cuerpo inanimado por donde habían penetrado los proyectiles, se vió salir un chorro de sangre como si fuera impulsado por una bomba. El quedó con sus manos en cruz amarradas á un poste ó palo y era el aspecto tan horroroso, que causaba verdaderamente miedo contemplar aquel cadáver en que tan á lo vivo se representaba la agonía.

Y la hermana de la Caridad, mirándole fijamente con sus manos cruzadas, repetía llorosa, sumamente conmovida:—«*perdónale, Dios mío! Perdónale!*»

Y al hablar así llevaba sus ojos al cielo.

Tal fué el fin que tuvo *Cabeza de Perro*, terror de los mares, á mediados del presente siglo.

Allí contempló Milagros en el rostro lívido y desfigurado del pirata, *la imagen de la muerte!*

Tan inesperado acontecimiento impresionó mucho á la hermana de la Caridad y cayó enferma. Entonces, pasados algunos

días de haber guardado cama, tuvo que ir al campo por prescripción facultativa, pues tenía necesidad de cambiar su vista de objetos y de respirar sus pulmones otros aires. ¿Pero adónde dirigirse que no llevara consigo la memoria de Angel García... del pirata chorreando sangre, viendo sus ojos como queriendo salir de sus órbitas y él lívido, desencajado, tan desfigurado su rostro, tan feo, tan horrible? ¿A dónde ir ella que no se le representara á cada instante la imagen de la muerte?

Sor Milagros se vió pues en la necesidad de lanzarse *ad libitum* por los campos de Tenerife buscando objetos agradables para distraer su ánimo y para olvidar tan tristes recuerdos. Tenía la esperanza de hallar las perspectivas encantadoras, los cuadros seductores de que muchos le habían hablado con verdadero entusiasmo y se dirigió hácia el interior de la isla, por la parte norte, para ver si los encontraba como su corazón se lo predecía. Llegó al fin á un pueblecito que lucía desde lejos, blanco cual blanca paloma, y aseado como una tacita de plata. Allí era necesario pernoctar; pues estaba cansada.

Vino la siguiente mañana y Milagros salió muy temprano para ver el pueblo donde había dormido. Ella no sabía donde se hallaba.

El mes de Marzo tocaba á su fin y el cielo sereno y resplandeciente y las montañas cubiertas de nieve y la esbelta palmera destacándose en medio de aquellos campos como reina de la creación y las flores al abrir sus pétalos saturando la brisa con su perfume, todo hizo que Milagros permaneciera absorta por largo rato al salir de la casa viéndose al aire libre en campo tan seductor.

—¿Qué lugar es este?—preguntó á una muchacha que pasó



—¡Ah, la Victoria... Yo te saludo con todo el delirio de mi corazón...

á su lado, ligera como una gacela con un barril de agua á la cabeza, con aire garboso.

—Es la Victoria, señora.

—¡Ah, la Victoria... Yo te saludo con todo el delirio de mi corazón con todo el fervor de mi alma, Victoria hermosa...!—murmuró Milagros en un rapto de entusiasmo, contemplando semejante perpectiva, embelesada, abstraída.

Y se sentó sobre una piedra mirando aquel maravilloso cuadro. Después bajó su cabeza, inclinó sus párpados hacia la tierra y elevó su pensamiento á la magnificencia divina.

Y lo elevó porque las vistas que se presentaban á sus ojos no podían ser más interesantes y ella quería alabar en su interior desde el fondo de su corazón al Gran Hacedor del mundo.

Varias mujeres se hallaban con cántaros y barriles en un punto denominado «La Cisterna» á donde iban todos los dias por agua. Era la mañanita y el rocío de la noche contribuía á hacer más fresco y agradable el aire que allí se respiraba. Una palmera cerca, muy cerca de donde Milagros se hallaba sentada se destacaba orgullosa presidiendo como reina, digámoslo así, aquel vasto campo tan seductor, tan magnífico, tan exhuberante pues por todas partes no se veía sino verdura y lozanía, rodeada de una atmósfera embriagadora cuya transparencia era celestial. Las montañas en lontananza se distinguían claras y esplendentes, subiendo escalonadas hacia las nubes, y allá en lo más alto, como queriendo escalar el firmamento, aparecía el pico de Tenerife vestido de blanca nieve, augusto y reverenciado, como soberano del Atlante ó como avanzada atalaya de los mares; el Teide, que bajo un dosel de transparentes nubes, parecía decir:

«soy el rey del occéano: contémpleme... el mundo... Aquí estoy yo....!

La Victoria es el primer pueblo que se encuentra después de la Matanza caminando el viajero de Santa Cruz hacia la Orotava. Victoria y Matanza son dos lugares que recuerdan hechos memorables para las armas de España en la conquista de Tenerife, allá, cuando una raza valiente y noble sucumbió llena de sufrimientos y dolor yendo olvidada á morir en las cuevas llorando sus desventuras. Pobres «guanches»...! La posteridad les compadece y les admira. Les compadece, por la inclemencia con que los trataron: les admira por el valor incuestionable, demostrado con tanta nobleza en las sangrientas luchas, que tuvieron lugar en la antigua Nivaria á fines del siglo XIV. Quien pues que conozca la historia canaria no tiene un recuerdo de simpatía para los mártires que tiñeron con su noble sangre las agrestes peñas, sus tranquilos hogares, donde más tarde resplandeció el Sol de la civilización después de implantada la Cruz?

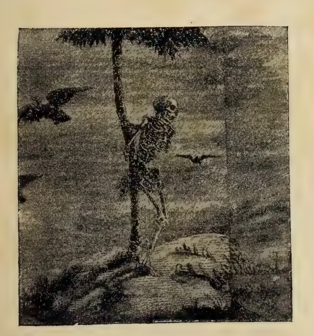


XLVII

Fin que tuvieron algunos personajes de esta historia.— Una gran sorpresa.

AHORA voy á ocuparme de doña Luz y su familia.

Resulta que la familia de aquella bribona desapareció para siempre de la Habana en un abrir y cerrar de ojos, pues la señora fué á expiar sus grandes culpas á los lavaderos de Sevilla donde falleció al poco tiempo; su hijo Benigno, siempre borracho, dejó al fin y al cabo en el campo la pelleja. El, al ir por segunda vez de Investigador á los pueblos del interior de la isla á hacer sus fechorías, murió amarrado al tronco de un arbol en un desierto de la Vuelta Abajo comido por los cuervos; Altagracia, ansiosa de novio y viendo que no se le presentaba ningu-



no, se fué para la isla de Santo Domingo de concubina con un mulato; Beatriz, siempre triste por las desgracias de su casa y con los grandes anhelos de tener un hijo, contrajo una tisis y murió y el Ingeniero Bermúdez pidió su jubilación en el pueblo de ** donde los fríos de los Pirineos y los aires mal sanos de aquellas montañas, le mataron, pues murió perlático, casi al llegar allí.

Con respecto á Gabriel cuyo apellido era Maceo, aunque ya don Fabricio no le daba «lo que caía» por misas, adquirió su libertad y se casó con una blanca. De tal unión nacieron dos hijos llamados el uno Antonio y el otro.. no recuerdo. Uno de ellos despunta por lo militar y es una notabilidad en la estrategia, siendo además en sumo grado activo y valiente.

El canónigo se halla en la actualidad viajando. En cuanto á Sor Milagros, he oído decir que está aquí, en París. Esa extraordinaria mujer siempre ha despertado en mi ánimo una gran curiosidad y á la verdad, deseo mucho encontrar quien pueda revelarme los secretos de su vida tan misteriosa, tan incomprensible para mí. Esta noche mismo procuraré saber donde ella se halla; pues he de preguntárselo á Mr. Duval que nada ignora. Quiero saber si es verdad que se encuentra aquí la que siempre en mi juventud estuvo en mis ensueños, en mi pensamiento, en mi corazón.

—¿Y quién es Mr. Duval?—interrogué á Gonzalga.

—Quién...? El esposo de Carlotita, de aquella niña que vivió cosa de ocho años encerrada en el sótano de la muerte. Mucho después de haber salido ella de aquella tumba, se casó con Mr. Duval y ambos esposos son felices. Tienen dos hijos; el varón

estudió leyes y es un gran abogado y la hembra, que parece una sílfide, sumamente espiritual, es una joven muy ilustrada y escribe los artículos más amenos que salen en el *Journal des Debats*. Ella es muy conocida aquí y todos la llaman *Florencia, la hija de Carlota la Cubana.*

La casa de la Calzada de San Lázaro no sé á la verdad el fin que tuvo, pues yo en esto me ausenté de Cuba.

Mas para hablar de todo un poquito y traer á la memoria el fin que han tenido los personajes de mi verídica historia—dijo Gonzalga—es necesario ocuparme también de Antonieta, la esposa de don Fermín.

Antonieta no supo nunca la muerte trágica de su marido, pues casi nadie tuvo conocimiento de que fué emparedado. Como se hallaba sola en el mundo, sin hijos, sin parientes, y era sumamente rica, vendió todo lo que tenía en la isla de Cuba y se marchó á Valencia. Al llegar allí compró un terreno cerca de la capital y formó un jardín que llamaba la atención por la variedad de sus flores y lo raro de la casa construída á su capricho. En ella murió.

Quisiera hablar ahora de los amigos más íntimos de don Fabricio y míos; de los camaradas de aquellos tiempos, en que todos con el entusiasmo de la juventud íbamos alegres á almorzar los domingos á la calle de San Ignacio á la fonda del Aguila de Oro. Pero ¡ay, no puedo hablar... que todos los recuerdos oprimen el corazón cuando la muerte ha cernido sus alas sobre el hermano y el amigo... No puedo hablar, porque hoy sólo queda la memoria triste de esos remotos días, de esos años hundidos para siempre en la huesa del tiempo...!

Hablando así don Antonio, inclinó su frente y permaneció silencioso largo rato. Después dijo:—me está dando en el corazón que don Fabricio ha de llegar de un dia á otro á París y que probablemente irá á hospedarse al hotel de doña Carlota, que es donde continuamente está la colonia cubana. Todos los que vienen á la capital de Francia, hijos de la Habana ó que han residido allí, no van á otro hotel sino al mismo en que nosotros vivimos: por lo tanto, tengo la esperanza de encontrar pronto lo que busco. Marchémonos, pues, que voy á hablar á Mr. Duval, padre de *Florencia la hija de Carlota la Cubana.*

En esto subimos al coche que nos esperaba y dejamos para siempre el bosque de Boulogne, donde Gonzalga me había relatado minuciosamente la historia que dejo escrita.

. . . .

Al dia siguiente al ir á sentarnos á almorzar don Antonio y yo, cual fué nuestra sorpresa al ver á Milagros y á don Fabricio conversando á un extremo de la mesa con varios españoles amigos? Sor Milagros se hallaba al lado de Estela, la esposa del diputado á Cortes y junto á éste estaba sentado don Fabricio.

Así que entramos se levantó inmediatamente el canónigo á abrazarnos con aquella gracia y viveza tan natural en él y Sor Milagros inclinó su cabeza saludándonos con la majestad de una reina. Aunque ya anciana, se veían en su rostro las huellas de una hermosura, que tanto llegó á llamar la atención en su juventud, cautivando á muchos corazones.

Don Antonio tomó asiento frente á ella; pero como ya los años habían variado completamente su naturaleza, sólo la trató con el respeto y la consideración que en toda buena sociedad se

debe guardar á las damas y la conversación fué interesante y amena; pues recayó sobre las peripecias que le ocurrieron á don Fabricio en su viaje por Italia y varios puntos de América.

Sor Milagros, parca y comedida en sus palabras, á todo el mundo imponía desde luego respeto y consideración, no solo al tratársele, sino desde que se la veía.

Aquel dia fué larga y tendida la conversación de sobremesa: se habló de todo. Se trajeron á colación los asuntos de Cuba, la política que allí se empezaba á desarrollar, la justicia con que se había declarado conceder á las Antillas representación nacional y sobre todo el paso tan grande que se había dado con la abolición de la esclavitud.

Don Fabricio era muy locuaz y tenía chiste: hablaba con gracia. El siempre había tenido muchas ganas de descubrir un secreto que interesaba tanto á Gonzalga como á Sor Milagros, aunque bien es verdad que la hermana de la Caridad se recelaba *algo*... esto es, sabía á medias ese secreto.

—¿Qué haré yo,—se decía á sí mismo el canónigo;—qué haré para noticiarles lo que quiero poner en su conocimiento...? Porque no hay duda: yo me hallo autorizado para revelar cierto particular que bajo el sagrado de la confesión se me ha conferido en momentos supremos... Yo debo decirles sin rodeos: *ustedes dos son hermanos... Hermanos carnales...*

En efecto: don Fabricio supo (y le autorizaron para revelarlo) que cuando don Francisco y Clotilde dieron á criar al campo á su primer hijo, éste quedó en poder de la nodriza y el niño que depositaron ya criado en los brazos de Clotilde, era el de aquella mujer que lo cambió con engaño para que el hijo de sus entrañas

gozara de mejor posición y fortuna; niño que á los dos días de llegar del campo murió, como dije al principio.

Todo esto lo supo don Fabricio por boca de la que siempre había pasado por madre de Gonzalga. Supo también que su esposo había tenido en tal cambio la principal culpa. Este hacía poco tiempo que había fallecido en su pueblo natal.

Gonzalga, pues, era hijo de don Francisco y de Clotilde y por consiguiente hermano de Milagros, quien ya lo había sospechado y ese fué el principal motivo de haber ella rehuido continuamente los amores de don Antonio. Y lo sospechó, porque algo en secreto le comunicó su misma madre al morir.

En tal estado las cosas, conferenció con Milagros el canónigo al levantarse de la mesa. «Señora:—le dijo—como Ministro del Señor que soy y como depositario de un gran secreto, estoy en la obligación de declarar con la mano en mi pecho y los ojos en el cielo, que usted y Gonzalga...

—No prosiga usted, Descobello, le interrumpió vivamente la hermana de la Caridad—Gonzalga, si es verdad que tiene en su brazo derecho una señal clara, evidente, con que ha venido al mundo, según al morir me dijo mi madre, somos los dos...

—Y que marca es esa, Señora?—le interrumpió don Fabricio á su vez—que marca es esa?...

Entonces Gonzalga, que se hallaba presente, desnudó apresuradamente su brazo á tales palabras de Milagros y enseñó *cinco lunares en cruz*.

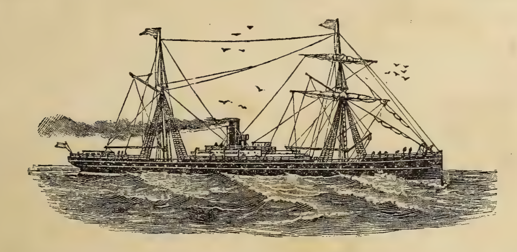
—¡Oh, que gran sorpresa!—dijeron muchos.

—¡Hermano mío!—exclamó en tal instante alborozada Milagros, lanzándose al mismo tiempo en brazos de aquel á quien ella

continuamente había rechazado, de quien siempre había huído.

Enteramente ancianos ya y corroborado perfectamente el hecho del cambio que hizo la nodriza, Gonzalga y Milagros se abrazaron estrechamente, como hermanos que eran, y vivieron juntos muy felices el resto de sus días.

En cuanto á don Fabricio, solo puedo decir que á los dos años de estar viviendo en París pasó al Hávre para embarcarse

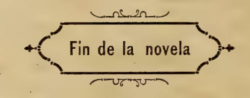


en un magnífico vapor; y en efecto, se embarcó y vino á su país, á Tenerife, en donde murió al poco tiempo pobre y loco, pues *toda causa tiene su efecto.* Pobre, porque confiando demasiado sus intereses en manos extrañas y no habiendo llevado cuenta de lo que gastaba con tanta prodigalidad, vino de improviso la bancarrota y el desastre; loco, porque amaba entrañablemente á una hermana suya, la cual murió, sobrecogiendo tal muerte sú ánimo y llenando de luto su corazón.

El, en el estertor... en sus últimos momentos, pronunció una vez el nombre de *Florencia.*

La causa porque lo pronunció se sabrá en la segunda parte de esta obra, si es que andando el tiempo la escribimos y mediante Dios la damos á la prensa.

Y como no hay otro asunto por ventilar de los tocantes á este libro, fuerza es terminar ya mi tarea, pero consignando antes que los *varios cuadros* de que se compone la obra, converjen necesariamente á dos puntos, á dos fines. El uno pone de relieve *la mala administración que varias veces ha agobiado á la Gran Antilla;* allí, donde de un modo alarmante ha resplandecido la corrupción y se ha enseñoreado el vicio: el otro tiende á evidenciar—es decir—á poner de manifiesto*, que siempre la Providencia premia la virtud y castiga lo que se opone á ella* en poco ó en mucho.... porque el ojo de Dios no duerme. Y tú, lector pío y complaciente, si acaso lamentares el tiempo invertido (por infructuoso) en leer estas humildes páginas, ten á lo menos la satisfacción de haber leído en ellas muchas verdades y de haber visto en un cielo lleno de nubarrones una luciente estrella, á *¡Sor Milagros!* la simpática protagonista.



Santa Cruz de Tenerife, Marzo de 1895. (1)

(1) Debo hacer constar que este libro se acabó de escribir al comenzar la actual guerra de Cuba y que habiendo permanecido inédito bastante tiempo, al publicarlo hoy, pierden indudablemente muchas de sus páginas, algo de la oportunidad que siempre debe acompañar á las obras de este género.

ERRATAS Y CORRECCIONES

Página	Línea	Dice	Debe decir
15	24	anciosa	ansiosa
25	6	morvidez	morbidez
25	7	siu	sin
29	20	camparecer	comparecer
85	17	vuesencia	vuecencia
87	13	vuesencia	vuecencia
87	17	vuesencia	vuecencia
163	17	(1)	(2)
256	22	lor	los
301	20	no le hallo	no le hablo
312	15	otras nos íbamos	otros nos íbamos
330	26	morvidez	morbidez
340	8	cambando	combando
354	12	¡Bonita mula!	¡Bonita maula!
422	1	rico escribir	sino escribir
453	9	San Juan y Martín	San Juan y Martínez
463		LXXXV	XLVI
473	25	sn	su

